

KUIS BONAFUOX

ESBOZOS

NOVELESCOS

GARNIER HERMANOS,

PARIS

BONAFON

ESBOZOS

Y VILES

PQ66C3

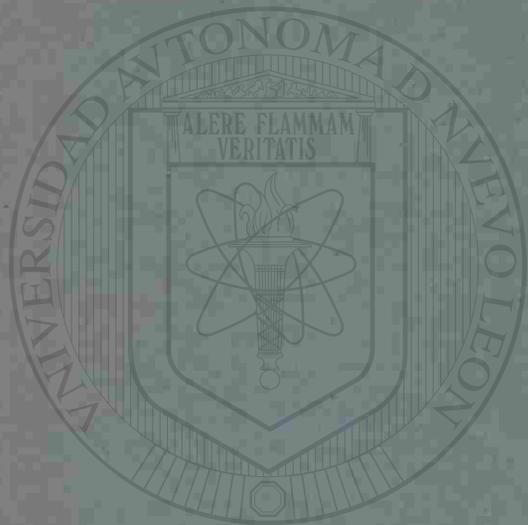
.06

E8



1080010905

00533



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



B-1021-EN

3360



BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

ESBOZOS NOVELESCOS



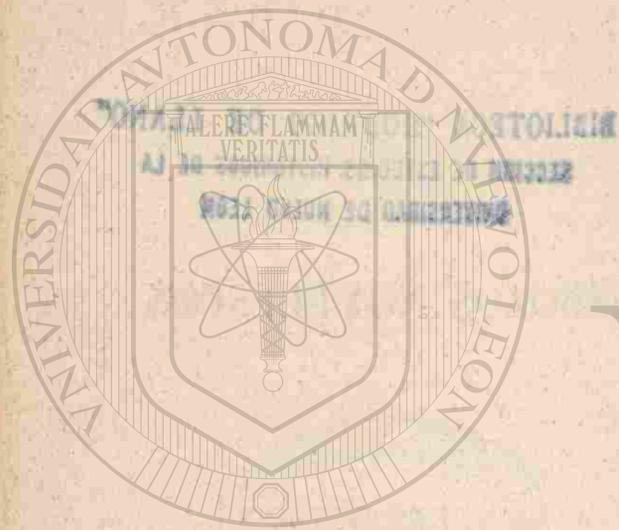
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ6603

06

E 8



ESBOZOS
NOVELESCOS

DE

LUIS BONAFOUX

CON PRÓLOGO DE EDUARDO BENOT

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

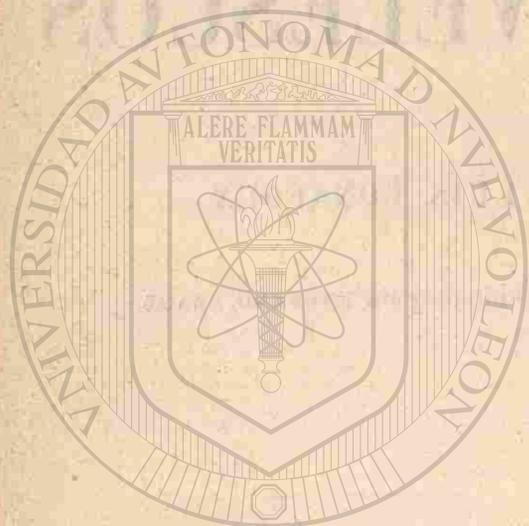
PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1894

PARÍS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.



FONDO
RODRIGO DE LLANO

DEDICATORIA

Á MANUEL ÁLVAREZ :

Invitado por los señores Garnier á formar un volumen de cuentos, inéditos los unos, reproducidos los otros de libros que, como *Ultramarinos* y *Mosquetazos*, se agotaron hace tiempo, tengo el gusto de dedicar el libro á usted, mi buen amigo, que ha sabido leer y sentir estas confidencias...

Lo quiero mucho. Por eso lo dedico á usted; y por eso también traslado á él, con satisfacción y orgullo, el prólogo que puso á *Ultramarinos*, hace ya muchos años, — cuando no había yo pensado en la mayor parte de estos cuentos, — el gran Benot, cuyas bondades no olvido á pesar del tiempo transcurrido.

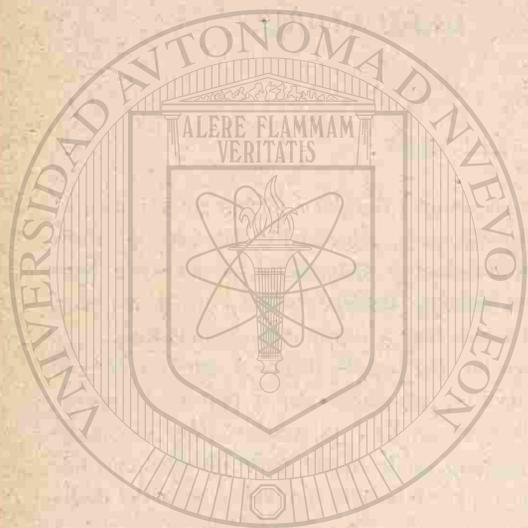
LUIS BONAFOUX.

Paris, abril, 1893.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PRÓLOGO

El señor don Luis Bonafoux, ó *Aramis*, va á publicar una colección de artículos, y me pide que le escriba yo un conciso prólogo.

¡Qué compromiso para mí! Es honroso que á uno le pidan parecer, pero jamás he escrito trabajos de esta clase; mi salud se halla quebrantada, y los chispeantes artículos del señor Bonafoux corresponden á un género sobre el cual me ocurre algo que decir. ¿Por qué el señor Bonafoux, joven y activo, quiere conocer el parecer de quien ya siente el hielo de los años y se halla hoy postrado y sin fuerzas? No comprendo por qué estima la opinión de quien en varios puntos difiere de las suyas; pero, sea de ello lo que quiera, el señor Bonafoux me tiene desde hace tiempo públicamente obligado, y es deber de reciprocidad y deuda de gratitud el complacerle.

Pero ¿cómo juzgar al autor, cuando lo que me ocurre es referente al género? Porque del libro,

sólo me cabe decir que está muy bien escrito, con sumo ingenio, travesura, inventiva y habilidad. Halla en él solaz el que lo lee. Hace reír, y quien hace reír se abre camino. Es obra del arte, y siéndolo, tiene ya mérito *per se* para quien ama el arte por el arte.

Cuenta una antigua tradición oriental que, rendido del sueño y del cansancio, después de sangrientísima victoria, el Vencedor Monarca dejó caer su coronada frente sobre la humilde hierba de los campos. Una gota de rocío, purísima y vestida de colores, rodó hasta una perla de inestimable valor que realzaba la corona.

— Aparta, gota de rocío, dijo la Vanidad.

— ¿Por qué? ¿No son más brillantes mis colores que el oriente de tu nácar? dijo el rocío temblando y esparciendo en su temblor luces de rojo y azul.

— Aparta, dijo también al despertar el déspota.

Y la gota de rocío saltó de la regia corona, y fué á fecundar una espiga de trigo que fallecía de sed.

La perla, enfermando, perdió su orgulloso oriente; al tirano, en las delicias de un festín, quitó la vida sobornado acero, y los hijos de la espiga se multiplicaron maravillosamente sobre la haz de la tierra. Y Dios, para premiar la gota de ro-

cío, infundió en ella un querubín de alas de oro, con poder y virtud de alegrar por su hermosura las tristezas del corazón.

*
* *

Querubines con alas más hermosas son las artes. Encarnando ideas en las formas, esparcen sobre la faz del mundo las ideas de civilización y de progreso, y los hijos de esas ideas se esparcen maravillosamente en las razas de la humanidad. Jamás una idea filosófica difundió sus luces por la conciencia universal sin la manifestación artística. La filosofía habla sólo al entendimiento, y el hombre no se mueve sino por los impulsos del corazón. El mundo no adelanta hasta que la idea se encarna en una forma. Los delirios de la caballería acabaron en cuanto su censura halló forma en *El Quijote*. El horror á la explotación de la raza negra acabó con la esclavitud en los Estados Unidos del norte americano no bien halló artística forma en *La Cabaña del Tío Tomás*.

Nunca la filosofía ha persuadido á las masas sino por medio del arte; pero el valor de las formas está en el valor del pensamiento. La obra será lo que el pensamiento fuere, porque la idea es el verbo que se encarna. El artista, pues, ha de dejarse arrastrar del torrente de la civilización y no vivir fuera de ella.

*
* *

Pero hay dos clases de artistas.

El éxito á toda costa, el lucro y el aplauso de un día hacen doblar la rodilla al que estima como oficio lo que debió mirar cual sacerdocio. Adula, y canta férvidos ditirambos en honor del siglo que se muere y de las preocupaciones adoradas por la multitud. Y el favor de las masas condecora sus trabajos.

Al contrario, hay quien se atreve á mirar al rostro á los fantasmas de las supersticiones y de las costumbres, y embiste contra las rutinas que deben morir, pero que, mientras más viejas, más fuerza tienen y con más vigor resisten. Y las nubes de incienso no envuelven al rebelde. Su aureola es el escándalo, y su recompensa la persecución.

Entre estos disidentes milita el señor Bonafoux. Hizo un cuadro de prácticas y costumbres censurables, reproducidas anualmente durante el carnaval en Puerto Rico; y un falso patriotismo levantó contra él la población entera, durante cuatro ó cinco días, con tenacidad sin ejemplo. Hasta hubo quien pidiera la cabeza de Bonafoux. Pero, por fortuna, los motines en favor de lo indebido son motines de éxito contraproducentes. Ignoraban los amotinados que, para que ciertas costumbres mueran, necesitan de las vergüenzas del escándalo y de las tropelías de la exageración. Con pocas variantes, esos abusos carnavalescos existían en la más culta de las ciudades de la pe-

nínsula, hace treinta años. Hoy los viejos se avergüenzan, en Cádiz, de haberlos perpetrado, y los jóvenes ni aun comprenden los bárbaros gustos de sus padres, durante setenta y dos horas cada año. En la perla antillana pasará como en la perla de Cádiz, y las costumbres censuradas durarán menos que su jovial censura.

*
* *

Quien se atreve á mover guerra á las prácticas entronizadas necesita un temple extremado; y extremadas tienen que ser en muchos casos sus afirmaciones. Sentimientos guían su pluma con arrebatado empuje, y la inteligencia en algún conflicto trabaja menos que la pasión.

*
* *

La crítica de Bonafoux percute muchas veces á determinadas personas, más bien que á censurables personificaciones.

Éste es un gran escollo, y ha de permitirme que se lo señale quien aparece maestro en el difícilísimo arte de personificar miserias humanas, como lo ha hecho, por ejemplo, en *Ida y vuelta* y en *Don Cholo*.

No es de mi gusto el personalismo. Y no lo digo porque en la presente colección se ataque (á mi entener sin necesidad) á personalidades de mi afecto. No. La crítica tiene que ser muchas

veces personalísima, y á ella se expone siempre quien vive en la atmósfera de la publicidad. Pero ¡cuán difícil es no extremar el elogio ni exagerar el vituperio! Estro poético, como pocos, fué el de Bello, honra de Chile y de la lengua castellana. Pero Bello, como versificador, tiene faltas y, como gramático, errores. Además, su gramática no llega al nivel de la filología moderna. Bonafoux no ha dicho nada de esto. El error se perpetúa cuando la crítica presenta como dechado lo que no es intachable, y se corre el riesgo de que el principiante lo imite, y lo repita, y lo propague.

Por otra parte. El personalismo es poco para el arte. Hubiérase ceñido *El Quijote* á la censura de un personaje real animado por el falso honor de la caballería, y algo habría hecho ciertamente contra la doctrina del bien á fuerza armada; pero no habría cerrado la tumba al feudalismo. Hubiérase concretado *La Cabaña del Tío Tomás* á describir los dolores de un determinado esclavo y las sevicias de un negrero en particular, y de cierto no habría sido la chispa excitadora de la explosión norte-americana contra la esclavitud del Sur.

Otro escollo. Ningún artista deja de recibir la influencia de su época; pero los apasionados extreman las tendencias de su tiempo.

Yo no creo en los intrincados *tiquis miquis* metafísicos trompeteados flamantemente á propósito de lo que se ha dado en llamar naturalismo, en oposición á... ¿qué sé yo? á algo como lirismo ó idealismo, ó cosa así.

La forma siempre es consustancial con la idea.

No hay vate más real que Homero, ni más poético tampoco. No hay idealismo superior al de la Venus de Milo, ni formas de perfección mayor. ¡Qué naturalismo en *El Quijote*! ¡Qué realismo en *El Alcalde de Salamanca*! ¡Qué personificación tan humana la de *Don Juan Tenorio*! Lady Macbeth, Julieta, Ofelia, Otelo, Hámlet, Altisidora, maese Pedro, Dorotea, Dulcinea, Cardenio... son más conocidos nuestros que las mismas personas de nuestro trato cotidiano ó las contemporáneas eminencias de la política. Pero tan gloriosas personificaciones viven por las ideas que informan y por las formas que esterioresen juntamente. Varíe una mano profana los nobles contornos de la Venus; hágase un virago de la endeble lady Macbeth, pintese obeso á don Quijote... y es seguro el motín del buen gusto universal contra los sacrilegos autores de tan estultas profanaciones.

Había, no hace aún una generación, confesionadores de dislates que perpetraban cantos de ruiseñores, idilios imposibles de amor conyugal, ferocidades anacrónicas y sentimentalismos y espasmos mentirosos de pasión. Contra esos esper-

pentos protestaba siempre el buen gusto; y semejantes delirios salieron de moda, no bien el arte tomó otros derroteros, copiando del natural modelos vivos y dejándose de ruisenores convencionales, de zagalas sabiondas y traidores de este-reotipia.

Pero ni lo uno era idealismo, ni naturalismo lo otro. Sólo forzando las acepciones de las palabras puede sostenerse el debate. Lo bello tiene que ajustarse á proporciones, y si no, se produce la fealdad. Todo está sujeto á tipos: números rigen los ejes cristalográficos; las moléculas se combinan en proporciones definidas. Las bellas vibraciones de los sonidos requieren necesariamente número y medida, y entonces su armonía deleita el corazón: rotas esas proporciones, no hay música posible.

Lo mismo en poesía. Así como hay olores que encantan y olores que repugnan, y ese encanto y esa repugnancia son ley impuesta á nuestra organización al irse lentamente evolucionando, del propio modo hay sentimientos que nos encantan y sentimientos que nos repugnan por ley impuesta á nuestra naturaleza mortal, al irse perfeccionando en la senda del progreso. La exageración ha hecho creer que las delicadas manos del arte no se degradan con el contacto de ninguna deformidad, sin tener en cuenta que en el hospital deben curarse las úlceras, en los manicomios las

locuras y las degradaciones humanas en los establecimientos penitenciarios. ¡Qué admirablemente y en broma de buen género dice Manuel del Palacio:

Pero ¿á qué retratar con sus matices
Lo que el vicio y el mal dan por despojos,
Si al ver después el cuadro con los ojos
Tenemos que taparnos las narices?
Se alumbra con la luz, no con el fuego;
El bajo instinto, la pasión bastarda,
Aunque ofrezcan placer, quitan sosiego.
Belleza de expresión, forma gallarda
Ostentan esas obras, no lo niego;
Mas ¿quién borda de perlas una albarda?

El señor Bonafoux es un gran pintor descriptivo. Sus cuadros siempre son de efecto. No censura fantasmas, ni modela endriagos. Sus expresiones tienen vitalidad y grandísima... expresión. Allá para sus adentros, ¿no cree el mismo señor Bonafoux, tan atilado al escribir *La Virtud en el Teatro*, que, á veces, son demasiado gráficas sus pintorescas expresiones, por ejemplo en la *Orgía*? ¿No considera que este cuadro está en flagrante contradicción con aquel artículo? ¿No juzga que ganaría mucho la escena del café X, borrando sin consideración ciertos renglones escritos con demasiada maestría? ¿No sabe que es gran fuente de placer para el lector el tener que adivinar?

Repítese que, para enseñar repugnancia hacia la embriaguez, presentaban los viejos lacedemo-

nios á los jóvenes el espectáculo repugnante de un ilota borracho. El arte es demasiado pulcro para mirar con horror esa clase de enseñanzas. El poeta no debe engarzar en perlas ninguna deformidad.

No soy, pues, amigo del personalismo ni de las fealdades del naturalismo. Pero, aunque el género no me sea simpático, ¡qué delicadeza en el recuerdo de la muerte del joven Portuondo! ¡Qué vigor en la descripción de la antes criticada *Orgia*! No es de Zola, por ser otro el estilo; pero si no, así la escribiría el jefe del naturalismo francés.

Creo hacer el elogio del libro diciendo de él que no lo dejé de las manos hasta terminarlo, aunque hubiera yo querido en él la gota de rocío que esparcía en sus temblores luces de rojo y azul.

EDUARDO BENOT.

Madrid, 1882.

ESBOZOS NOVELESCOS

NECROLOGÍA

Todos ustedes la conocieron... y si alguno de ustedes no tuvo esta ventura, tengo yo el gusto de presentarle aquella muchacha de ojos azules que, como el ensueño del poeta triste, parecía «vano fantasma de niebla y luz». La prensa de Petersburgo acaba de anunciar el fallecimiento de la pobre loca, que renunció generosamente á la mano de un secretario de embajada y quiso matar, por distraerse, á un marqués que le daba todo el dinero que quería. ¡Descanse en paz la buena muchacha de los ojos azules!...

Un filósofo de un merendero decía en cierta ocasión: «La fortuna tiene cara de cochino.» Sin duda por tenerla dejó pobre y huérfana á María Villegas, cuando era un capullo de la juventud, después de mimarla en la cuna. Entre

nios á los jóvenes el espectáculo repugnante de un ilota borracho. El arte es demasiado pulcro para mirar con horror esa clase de enseñanzas. El poeta no debe engarzar en perlas ninguna deformidad.

No soy, pues, amigo del personalismo ni de las fealdades del naturalismo. Pero, aunque el género no me sea simpático, ¡qué delicadeza en el recuerdo de la muerte del joven Portuondo! ¡Qué vigor en la descripción de la antes criticada *Orgia*! No es de Zola, por ser otro el estilo; pero si no, así la escribiría el jefe del naturalismo francés.

Creo hacer el elogio del libro diciendo de él que no lo dejé de las manos hasta terminarlo, aunque hubiera yo querido en él la gota de rocío que esparcía en sus temblores luces de rojo y azul.

EDUARDO BENOT.

Madrid, 1882.

ESBOZOS NOVELESCOS

NECROLOGÍA

Todos ustedes la conocieron... y si alguno de ustedes no tuvo esta ventura, tengo yo el gusto de presentarle aquella muchacha de ojos azules que, como el ensueño del poeta triste, parecía «vano fantasma de niebla y luz». La prensa de Petersburgo acaba de anunciar el fallecimiento de la pobre loca, que renunció generosamente á la mano de un secretario de embajada y quiso matar, por distraerse, á un marqués que le daba todo el dinero que quería. ¡Descanse en paz la buena muchacha de los ojos azules!...

Un filósofo de un merendero decía en cierta ocasión: «La fortuna tiene cara de cochino.» Sin duda por tenerla dejó pobre y huérfana á María Villegas, cuando era un capullo de la juventud, después de mimarla en la cuna. Entre

amorosos cultivos de la materna mano se desarrolló lindamente aquella planta de mujer, flor de invernáculo que, por inexplicable burla del destino, había de ser tronzada al aire libre por las convulsiones de esta vida tormentosa.

— Puesto que tú eres rica y mirarás por ella, yo muero tranquilo, dijo el buen señor Villegas hablando desde la tumba con su hermana Rita.

Pero doña Rita era material y moralmente la antítesis de su sobrina. Si se hubiera hecho en la Red de San Luis, por festejar á San Antón, una exposición de mujeres gordas y ordinarias, ¡qué guapetona habría estado doña Rita, luciendo sobre la apoplética cerviz un letrero que dijera: *De Ataquines!* (que de allí databa la señora). Se hubiera llevado el premio, indudablemente. Su actitud era de reposo absoluto. Pero, después de una suculenta comida, adquiriría una expresión *sui generis*. Doña Rita había realizado, sin saberlo y sin tomar vomitivos, el ideal de los romanos de la decadencia. Sí, ella saboreaba muchas veces, por ingenioso mecanismo de rumia imaginativa, los manjares que acababa de comer. Arrellenada en la espaciosa *chaise longue*, sintiendo todos los regodeos de la digestión, su mirada fluía indecisa, romántica, un poco metafísica.

Veía salir de su boca todo lo que comió, y lo

veía en su primitiva forma: terneras, cerdos, gallos, campos enteros de trigos. Primero veía á los animalitos refocilándose y cebándose; luego veía que los mataban para ella, y se los guisaban, y se los servían humeantes y bien olientes. Doña Rita los acariciaba con mirada dulce y melancólica de boa constrictor. ¡Era un bailable de la digestión, un *cancan* de las tripas, el delirio de un vientre repleto! Y entonces, precisamente, era el momento psicológico de hablar del *difunto* — como llamaba ella á su esposo.

— Aquella tarde estaba yo tan tranquila con mi perrito, cuando se abrió la puerta, y... ¡cátate que *entró el difunto!*

Era un difunto divertido, que metía miedo á quien no estaba acostumbrado á verle entrar y salir así, como una persona en estado de merecer, sirviendo de cabeza de turco á las expansiones digestivas de doña Rita y á sus discursos de sobremesa, afeados por tal cual vicio de pronunciación. Así, por ejemplo, el martirio de su vida era la palabra *temprano*; doña Rita decía *trempano*, sin poderlo remediar, sabiendo perfectamente que no era eso.

— ... Pues estaba yo tan tranquila, cuando se levanta muy incomodado el difunto y me dice: « Quieras que no, tienes que acostarte *trempano*. »

Y en seguida se ruborizaba, reflejando en su mirada una sorpresa inmensa, como si quisiera decir: « La solté. »

Aunque egoísta, no era absolutamente avara. Pero su generosidad no pasaba de dar parte de las sobras de su bolsa y de su mesa; y con esto teníase por la más caritativa de las mujeres y con derecho además á una espaciosa *chaise longue* en el paraíso...

Propietaria de dos casas — una para el buen tiempo en Madrid, y otra para el buen tiempo en Andalucía — regalábase el cuerpo viviendo bonitamente entre Málaga y la corte, no sin quejarse de las tribulaciones de la existencia y, sobre todo, de las caridades que hacía.

— Con esta *pobre* María, decía á sus tertulianas, no llevo ya la cuenta. Que si necesita un abrigo, se lo doy; que si... Les digo á ustedes que le doy, *y le doy*, y LE DOY que ya no sé. Cuando vine de Andalucía, le regalé un traje de percal, monísimo, que me costó veinticinco pesetas. Pues anoche tuve que darle un billete de cien, porque dice que no quiere vivir con su amiga, la compañera en el taller, y que quiere poner un cuarto. ¡Qué idea!

.....
Aquel día, doña Rita, en tren de viaje, levantaba su casa de Madrid, es decir, la enfundaba

para cerrarla después. Corrían de aquí para allí, sin dar paz á la mano, las gentes del servicio, y María, aunque sobrina, ayudábalas á la labor, porque « la señora era más limpia que el oro » y quería que todo quedara « como Dios manda ». Salas, gabinetes, espaciosas alcobas « en donde podían correr caballos », toda la casa, en fin, había sido escrudiñada por María con deseo de servir, y también con tristeza, que tenía ráfagas de cólera cuando recordaba sin querer su absoluto desamparo en medio de aquella abundancia insultante.

— ¡Qué bien pasaría yo el invierno en un rincón de esta casa en donde tanto sobra, durmiendo en la más ruín de estas camas, que son como nichos en espera de cuerpos cansados!...

La invitaron, porque era delgada y ágil, á subir á una escalerilla de mano para colgar sobre el regio lecho de doña Rita el blanco cortinaje de batalla.

Todo era blanco y correcto en aquella casa, como si aguardara la aparición de una boda ansiosa de hogar; todo era también frío, ó lo parecía, con aquel ropaje de cadáver amortajado...

La despedida en el andén fué larga y cariñosa.

— Adiós, hijita, adiós... que me escribas... que me cuentes tus penas.

María no dijo nada. Emprendió la vuelta á Madrid por entre baches de los arroyos y requiebros de los hombres, ¡sola, envejecida; casi fea de puro pobre!... Al llegar á la calle de Atocha, se figuró que los faroles tenían, como los muebles de doña Rita, capuchones blancos; de la plaza de Antón Martín parecía que bajaban multitud de motitas de nieve, las cuales se escurrían por entre las ramas de los árboles. Volvió la vista al Prado: todo era blanco, correcto... ¡Tuvo miedo de aquella blancura de muerte que le invadía correctamente el corazón! Allá, muy lejos, trepidaba el tren...

DON CHOLO PICAPICA

DIPUTADO

I

No se sabe de cierto dónde nació, pero sí se sabe que era oriundo de la tierra americana y que allá en la comarca se le tenía por persona visible y de arraigo, de quien las chicas decían que estaba *irresistible* con su sombrero multicoloro, terciado provocativamente. Admirábalas que tuviese un talle tan garboso, siendo tan panzudo; pero Tula (una cuarterona que era querida secreta de don Cholo) decía, poniendo los ojos ruborosos, que él se cinchaba la panza con una correa que de moza había servido á un jumento, y servía ahora á su amo. Añadían malas lenguas (nunca faltan) que don Cholo parecía un sabañón, pero no negaban, ni aún los más envidiosos de su mérito, que estaba soberanamente hermoso cuando se vestía de caballero, como él decía, con su gran cruz de Carlos III.

Apenas asomaba por las calles de la heroica villa, apartábanse con recelo los transeúntes meticulosos, porque el contingente de don Cholo iba diciendo: « ¡Que pego! » Sin embargo, jamás se supo de contienda alguna en que fuese parte este hombre extraordinario.

Si tenía que vengar un agravio, esperaba la celebración de algún acontecimiento trascendental, ó festejo público, que reuniera en apiñada muchedumbre á la curiosidad mujeril; íbase entonces, gesticulando y gritando, derecho al ofensor; pero amigos officiosos se daban prisa en sujetarle por las nervudas manos al par que deslizábanle al oído tal cual frase de compasión para el contrario... Don Cholo, cuando de cien leguas no veía al enemigo, gritaba que se las pelaba, pegando con el bastón en las piedras de la acera:

— ¡Si yo le pillara ahora!

Y añadía, exhibiendo los brazos al desnudo:

— Tienten ustedes... ¡Si le cojo!...

La fortuna, esa *cocotte* miope, le dió un pasar más que mediano, y él decía:

— ¡Fuera estudios y bachillerías, que á mí me sobra con mi posición!

Mi posición, ésa era la palabra.

Peró don Cholo no sonaba, y esto le ponía á morir.

— La culpa es del gobierno, decía furioso.

Y revolvíase contra tamaña injusticia, que á la postre le hizo pensar (con no poco asombro suyo y de los vecinos del barrio)... Y aquel pensamiento hubo de ocurrírsele al caer de una tarde, cuando, asomado á uno de los balcones de su casa, contemplaba tristemente cómo se reproducía en la vecina plazuela un rebaño de carneros, que parecían puestos allí para formar algún partido, del cual fuese jefe don Cholo.

— ¡Todo crece y se multiplica en el planeta! exclamaba él con profunda amargura.

Malos amigos suyos, por más atormentarle y burlarse de él, aconsejaronle que se presentara candidato para diputado á Cortes, que por ahí se empezaba, y que no fuese parte para asustarle su privilegiada ignorancia, que otros con ser menos que él (pura hipérbole) habían llegado á ministros, y tres más.

Dióse á partido don Cholo, y se fué haciendo á la idea de ser padre putativo de la patria.

Sonó con una diputación á Cortes ó cartera de ministro, ¡Dios sabe! Y en aquel mismo balcón desde el cual viera los carneros, que miraba ahora desdeñosamente, ideó un plan que por lo intencionado y de punta parecía hecho en colaboración de los dichos rumiantes. Él decía: « ¡Yo soy

muy bruto!» lo cual era verdad como una casa; pero verdad no menos grande que tenía gramática parda, mucha gramática parda y muchos *infundios*, ¡vaya si los tenía! Redujo la ciencia á esta quisicosa: *Aquel debe ser diputado que tenga posición.* (Él estaba siempre en facha.)

Y he aquí que *El Agente* dió esta noticia:

«Decíase anoche en la botica de Guillermet y que nuestro ilustrado amigo don Cholo Picapica tiene muchas simpatías en el distrito de Carites, por donde se presentará candidato á la diputación á Cortes.»

Al día siguiente, don Cholo se vistió de caballero, con la consabida cruz, y recordó su posición. Los vecinos del barrio le llevaron una murga; dispararon cohetes los chicuelos; en algunos balcones se asomaron con cara de alegría bonitas percalinas, cuáles verdes como esperanzas, cuáles otras amarillas como calabazas, y aún se asomaban rostros hechiceros que sonreían picarescamente cuando, llenando la acera con la panza, pasaba don Cholo, cruz al pecho, pensando en su posición y halagado por aquellos sueños de diputación y ministerio que concibiera desde aquella tarde bochornosa de verano en que vió á los carneros entregados á la trascendental y grata tarea de la reproducción de la especie.

— ¡Chivos indecentes! decía don Cholo mirándolos cara á cara.

Tula sonreía...

II

En la mañana del día en que don Cholo regresó á su patria, luego de haber hecho el diputado en la metrópoli, una oleada de gentes de todas clases y colores se agolpaba en el muelle.

En la botica de Guillermet y se había discutido hasta muy entrada la noche la personalidad de don Cholo. Recordábanse sus heroicidades. No había pronunciado más que un discurso, pero ¡qué discurso! Él, don Cholo, había hablado dos horas seguidas con motivo del cabotaje, allí, en el Congreso, en «el seno de la representación nacional», delante de siete diputados y de algunos amigos que ocupaban la tribuna pública. ¡Qué hombre este don Cholo! Se había presentado en el Congreso con su sombrero multicoloro y dos parches de *papas* en las sienas, porque tenía mala la cabeza á causa de lo mucho que había trabajado engendrando aquel discurso luminoso.

La Cámara, es decir la media docena de diputados, le oyó religiosamente. ¡Y qué aplausos en la tribuna pública!

BIBLIOTECA "RODRIGO 'DE LLANO"

SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

— Ese don Cholo es el mismo diablo, se decía en la botica.

Y recordábase que en cierta sesión en la cual Cánovas hablara de libertad religiosa, don Cholo le interrumpió preguntándole:

— ¿Y el cabotaje?

Se alababa aquel rasgo de carácter, aquella pulla tan oportuna.

Todos habían convenido en esperar con música á don Cholo. El maestro Rufo, que estaba en Caguas, había reventado tres caballos para llegar á la ciudad aquella misma noche y preparar los *tiples*. Algunos admiradores, temerosos de que la señal del vigía les sorprendiera, resolvieron acostarse vestidos.

El *Agente* había hecho una frase para ponderar la recepción de don Cholo.

«La tarde, dijo, era hermosa y gentil... Parecía que la naturaleza se preparaba á recibir al general Primo de Rivera.» (Esta frase fué comentada en la botica de Guillermety, y se envió telegráficamente á los pueblos de la isla.)

Y no pecaba de exagerado el ilustrado periódico cimarrón.

Era una tarde tan luminosa aquella de la llegada de don Cholo, que las azoteas de las casas y las piedras de las calles despedían chispas de

fuego. La bahía semejaba una bandeja de *majarete* con cenefa azul, según la expresión feliz de un poeta de la legua. Allá en el extremo de la ciudad aparecían los manglares velados por un vapor denso y mal oliente, que era el incienso que echaban á don Cholo por haber pedido su desaparición.

¡Qué hermoso espectáculo! Barcas y botes empavesados lujosamente cruzaban la bahía y llegaban á la escalera del vapor correo, de cuya cubierta se destacaba la panza de don Cholo. Cada uno de sus admiradores deseaba ser el primero en estrechar su mano, en darle la bienvenida.

En el muelle, la multitud continuaba agolpándose. Veíanse hileras de trajes de dril blanco y de sombreros de *jipijapa*; y en medio de aquella blancura, tal cual mancha negra, alguna cara de ñáñigo ganoso de festejar al niño Cholo y de ofrecerle un racimo de *guineos*.

En las azoteas y balcones se estrechaban, como enredaderas de nardos, cabezas de mujeres románticas, pálidas, con la palidez interesante de las hijas del trópico, que reían mucho y apuntaban sus gemelos al vapor correo.

¡Y todo aquello por don Cholo! ¡Por don Cholo, que penetraba ruboroso, convulso, por las puertas de la ciudad, luciendo un traje de cinco du

ros comprado en casa de Isern y unas zapatillas (no le dejaron tiempo de ponerse las botas) en cuyas palas Tula, la hermosa Tula, había bordado estas palabras : *Don Cholo Picapica, diputado!*...

¡Qué hermoso estaba! Le llevaron en silla de manos hasta su casa, y al llegar, excitado, conmovido terriblemente, quiso evadirse por el zaguán, cuando, saliéndole al paso una comisión de la diputación provincial, le entregó un quitasol de *pichipén* con puño de oro, en el cual había sido grabada esta inscripción : *Al gran Picapica, la patria reconocida.*

Tula, ataviada con una bata de muselina blanca y con el moño más empolvado que nunca, quiso abrazarle detrás de la puerta del zaguán; pero ella, como mujer, no era fuerte para las emociones : estaba inerte, y no pudo estirar los brazos en busca de su Cholo. ¡Oh, qué noche, qué noche la esperaba!...

En la calle, la policía se esforzaba inútilmente por contener el desbordamiento del pueblo, impresionado y rugiente.

— ¡Que hable! ¡¡Que hable!! vociferaba la multitud.

Y el eco de aquella exclamación, surgida de todos los labios, iba resonando de calle en calle y de plaza en plaza.

Don Cholo no podía evadir el compromiso. Salió á la azotea, y dijo con entonación temerosa :

— Señores...

— ¡Bravo! ¡¡Bravo!! gritó la turba.

Don Cholo se enjugó el sudor con un pañuelo de hierbas, y humedeciéndose la boca en un vaso lleno de *carato de guanábana*, empezó de nuevo :

— Señores...

Pero tenía un nudo en la garganta. Oleadas de ternura le subían del corazón y ahogaban su voz.

— Señores, dijo por última vez, dispensadme... ¡No estoy en voz!

Y bajando de la azotea, entre aplausos atronadores, volvió á su cuarto, donde la Tula se entretenía en mirarse el moño, más empolvado que nunca...

La sentó blandamente sobre sus rodillas, y estrechando su cabeza con ambas manos, imprimió en sus labios arqueados y sensuales un beso voluptuoso, ¡un beso reprimido durante medio mes de navegación!... Ella estaba tímida como la primera noche de novios, y la pechera de su bata blanca y rizada se estremecía pudorosamente...

— ¡Oh deberes del hombre público! pensaba don Cholo.

(Aun no había podido besar á Tula.)

Entre tanto, el pueblo se retiraba orgulloso para

recorrer las calles acompañando á un tiburón que, pescado aquel mismo día, era paseado triunfalmente al son de las músicas de la ciudad, y los comensales de don Cholo, anunciados « á la moda de Europa » por un lacayo, el negro *Chuchurumbé*, ocupaban los puestos de la mesa. Un rico olor á *lechón* asado se esparcía por las habitaciones. Arriba, en la azotea, una banda de música tocaba la *yola de Margari*, y abajo, en las calles, danzaban los transeúntes y se oían los rugidos del pueblo que vitoreaba al tiburón.

Cuando un vino del Rhin (que á los comensales se les antojó *champagne*) salió riendo y espumajeando de una botella empolvada, don Cholo, más sosegado, se levantó y dijo:

— Señores, la diputación ha trabajado mucho, pero sin conseguir el cabotaje. La metrópoli es la tirana eterna. ¡Caiga sobre ella la responsabilidad del porvenir!

— ¡Síii! ¡¡ Síii!! contestó el auditorio.

Y *Chuchurumbé*, que reflejaba en el blanco de los ojos su admiración por don Cholo, corrió á la cocina y dijo en voz baja á la cocinera:

— *La sensia, la esperiensa y la numansia jasen al hombre supio por la estudiansa.*

AL AMOR DEL HOGAR

I

Hace ya algunos años... Mi mejor amigo, que tenía veinticuatro de edad, y me llevaba uno, entró en mi casa de peor humor que solía, preocupado y taciturno.

— ¿Qué te pasa? le pregunté. Apuesto lo que quieras á que te has gastado ya todo el dinero del mes...

— Nada, chico, nada; no me pasa nada, y me pasa mucho. Esto es hecho: me caso, y me vuelvo con mi mujer al hogar paterno. Estoy harlo del paisaje... esto no es vida... Los amores para pasar el día y los amores para pasar la noche no son más que pejugueras, y no traen otra cosa que fuertes dolores de cabeza. Necesito á mi lado una mujer que me quiera y comprenda, que se alegre cuando me alegro y sufra cuando sufro, que sea, en fin, hembra en la materia, pero compañera en

recorrer las calles acompañando á un tiburón que, pescado aquel mismo día, era paseado triunfalmente al son de las músicas de la ciudad, y los comensales de don Cholo, anunciados « á la moda de Europa » por un lacayo, el negro *Chuchurumbé*, ocupaban los puestos de la mesa. Un rico olor á *lechón* asado se esparcía por las habitaciones. Arriba, en la azotea, una banda de música tocaba la *yola de Margari*, y abajo, en las calles, danzaban los transeúntes y se oían los rugidos del pueblo que vitoreaba al tiburón.

Cuando un vino del Rhin (que á los comensales se les antojó *champagne*) salió riendo y espumajeando de una botella empolvada, don Cholo, más sosegado, se levantó y dijo:

— Señores, la diputación ha trabajado mucho, pero sin conseguir el cabotaje. La metrópoli es la tirana eterna. ¡Caiga sobre ella la responsabilidad del porvenir!

— ¡Síii! ¡¡ Síii!! contestó el auditorio.

Y *Chuchurumbé*, que reflejaba en el blanco de los ojos su admiración por don Cholo, corrió á la cocina y dijo en voz baja á la cocinera:

— *La sensia, la esperiensa y la numansia jasen al hombre supio por la estudiansa.*

AL AMOR DEL HOGAR

I

Hace ya algunos años... Mi mejor amigo, que tenía veinticuatro de edad, y me llevaba uno, entró en mi casa de peor humor que solía, preocupado y taciturno.

— ¿Qué te pasa? le pregunté. Apuesto lo que quieras á que te has gastado ya todo el dinero del mes...

— Nada, chico, nada; no me pasa nada, y me pasa mucho. Esto es hecho: me caso, y me vuelvo con mi mujer al hogar paterno. Estoy harlo del paisaje... esto no es vida... Los amores para pasar el día y los amores para pasar la noche no son más que pejugueras, y no traen otra cosa que fuertes dolores de cabeza. Necesito á mi lado una mujer que me quiera y comprenda, que se alegre cuando me alegre y sufra cuando sufro, que sea, en fin, hembra en la materia, pero compañera en

el espíritu, y mi amiga del alma sobre todas las cosas... Qué, ¿te ríes?

— ¡No me he de reír, hombre! Tú estás un poco tocado en la cabeza.

— Bueno, tómalo por donde quieras, que no por eso tendré menos razón. Y prosigo. Mi vida, bajo otros aspectos, la conoces de sobra. Si vivo en hoteles, se me roba de lo lindo; pero si vivo en casa de huéspedes, se me roba lo mismo; y para que no me maten de hambre, necesito enredarme con las patronas, y con las hijas de las patronas, y con las sobrinas de las patronas. Total: líos y más líos... ¿Te acuerdas de aquella docena de pañuelos de seda color marrón, que compré no hace un mes? Pues, no me quedan más que dos, ¡figúrate! En todas partes, malos tratos y peores modos. Y créeme á mí, es terrible eso de volver alegre á casa y no tener á quien contar la alegría, ó volver triste y no tener quien alivie la pena. En las calles, las chulas; en casa, la soledad; por auditorio, las paredes del cuarto, y á un extremo del gabinete, esa estúpida cama que parece una fosa abierta... Desengáñate: el matrimonio es una necesidad moral, el pase *sine qua non* (y perdona el latinajo) para entrar en la vida seria. Tú mismo me has contado que te dijo esa familia de la calle del Príncipe que no me encon-

traba más defecto que el ser un poco chulo. ¡Hasta Felipa lo dice también! Ya ves tú, si no me tratara con chulas, evitaría que me pegaran esos modos y otras epizootias peores. ¡Y siempre solo! Con los amigos no se puede hablar cuatro palabras seguidas, porque cada uno está á lo que está: jegoísmo y egoísmo! No creas, hasta llego á figurarme que, exceptuando á dos ó tres (y creo que me corro demasiado), más gozan que sufren si me pasa algo malo, y al revés. Nada, nada: me caso y me vuelvo al hogar, y en buena hora lo diga.

— Bueno, ya te estás casando, si quieres; pero para contármelo no pongas esa cara afligida, que no me parece sino que te van á dar garrote. Y dí, ¿has mandado fabricar esa mujer con las condiciones que quieres?

— Ni falta; ¡me gusta la idea! ¿Te has olvidado ya de mi chica? Es rubia, bonita, correcta...

— Qué, ¿le has visto ya las piernas?

— Mira, no gastes bromas pesadas. ¡Contigo no se puede hablar en serio!

— ¡Hombre, como decías que es *correcta*, por eso lo preguntaba! No te abronques; ya sé yo que cuando se va con buen fin... se procura guardar las formas... Pero me escamo contigo, porque genio y figura... Y la verdad es que nunca está

de más tentar, digo, tantear el terreno; ¡mira tú que si te resulta *gambada!*...

— Dije correcta en el sentido parlamentario de la palabra. Correcta y buena, porque tiene cara de eso. Su carácter es bondadoso, tímido, inocente... Pocas energías revelan aquellos ojos, dormidas gotas de un lago azul... pero más vale así. Las mujeres de genio se crecen al castigo que es un gusto. Mi chica es instruída, sin ser bachillera; modesta, sencilla...

— Y barata.

— ¡Vuelta á las bromas! Luego te quejarás si se dice que no tienes formalidad para nada. Decía que mi chica es sencilla y me quiere con delirio: lo dice toda la población.

— ¡Toda la población! ¿eh? Pues si tú no eres andaluz, te debe faltar poco.

— Cree lo que quieras... Tampoco creía yo en el amor, aunque me han amado mucho; pero eso no quita que esa rubia pensadora me pareciera siempre, en el amargo oleaje de mi vida, lo que la gota de agua dulce venida de lo alto para refrescar el corazón marchito y quedarse luego brillando, como una estalactita del cariño, entre el cieno del fondo...

— ¡Chico, chico, que te pierdes! No asustes á los vecinos; pudieran figurarse que estás come-

tiendo en mi casa un atentado romántico. La mujer es siempre la misma; por algo se ha dicho que el *femenino es eterno*.

— Eso creía yo, pero no hay tal cosa. En mis amores con esa chica hay detalles que son verdaderas filigranas del sentimiento. Mira: al principio de nuestros amores... Ya te estás aburriendo; ¡el egoísmo, siempre el egoísmo!

— ¡Pero tú te lo dices todo! ¡Cuando digo que no estás bueno! No me aburro; todo lo contrario, me distrae la metamorfosis. Anda, vamos á ver qué pasó al principio de tus amores.

— Nada... Ya se me ha olvidado... ¡Ah! sí, te iba á contar (pero es un rasgo como otro cualquiera) que, cuando empezamos á tutearnos, olvidé el nuevo tratamiento. Ya sabes que soy muy distraído... En aquel momento pensaba en contestar á no sé qué artículo, en el cual me censuró un cualquiera... en fin, un imbécil de los muchos que me censuran. Pues bien: olvidé tutearla cuando hablábamos de que iría yo á verla. Yo le dije: « Aunque pasara eso, ni Dios me impediría ir á ver á usted. — ¡Ah! sí, contestó ella fraseando mucho; ¡ah! sí, porque *iriassss*. »

— ¿Y no le pegaste un tiro?

— ¡Dos, tres tiros! ¡Si hubieras visto qué ojos tan moninos puso cuando me dijo *iriassss!*... En-

tre ella y yo existe, sin duda, la conjunción de los espíritus gemelos, algo de mutua prescencia... Me conoce al pelo. Verás. Otra mañana, — por cierto que estaba yo muy misántropo, porque me empañaban la vista no sé qué negruras que se me antojaba ver en la lejanía, — me escribió en un sobre : *Juro ser tuya hasta la muerte*. Como con la mano : me puse más alegre que unas pascuas. El juicio de ella sobre mis trabajos literarios es la mejor crítica que se ha hecho. Cuando leí la carta que me escribió sobre mis artículos, vi, ó imaginé ver, unas mariposas azules que se alejaban muy de prisa después de haber revoloteado sobre unas entrañas roídas y sangrientas... ¡Y qué cartas las de mi rubia, qué cartas tan buenas por lo sencillas! No recuerdo si te he leído una que...

— Seguramente me la has leído; es más, creo que la sé de memoria... ¡me las has leído todas tantas veces!...

— No, te digo que no; ¡si sabré yo que no te la he leído! ¿Es que no quieres oírla?

— Hombre, sí; ¡pues no faltaba más! Efectivamente, no me la leíste... Ahora recuerdo que no me las has leído todas. Anda, lee esa carta...

— Sí, voy á leértela, porque quiero que me des tu opinión. Vas á oír una gran carta...

— Señorito, interrumpió el criado, que está ahí... la Vicenta...

— Bueno, que pase.

Mi discreto amigo tomó el sombrero y se marchó diciéndome :

— ¡Hasta mañana!

II

Hace algunos meses recibí carta certificada de la Habana. La abrí con tal precipitación, que el cartero se asustó. ¡Hacia tanto tiempo que no sabía yo de mi mejor amigo, y me han pasado desde entonces tantas cosas peregrinas! Aquel chico, pensaba yo mientras rasgaba el sobre, supo lo que hizo. Como él en aquella época, también yo me voy cansando del paisaje... Pero leamos... ¡Calle! No es lo que me figuraba; es carta da Manolo, el gran bohemio. Vamos á ver lo que dice ese tipo :

« *Respetable* compañero :

» No te asombre mi silencio ni lo inusitado de esta carta. Hay un sistema carcelario más duro que el que rige en Ceuta... En mi presidio no hay humor ni libertad para escribir. (Estoy em-

pleado en el Morro.) De mi buen deseo no dudes nunca. En la estación de mi amistad, que suele tener parada y fonda, tú eres un viajero extraordinario cuyo regreso deseo siempre.

» Quieres que te hable de las desventuras de nuestro amigo. Lo siento, porque mejor quisiera hablarte de las mías propias. Mas allá va lo que me ha dicho él y lo que he podido averiguar.

» Ya sabes que llegó sin novedad con su equipaje y su mujer. Al principio, todo júbilo era la gran familia: no faltó más que poner iluminaciones y coladuras. Todos sus parientes estaban entusiasmados. « ¡Pero qué simpático es, y qué alto está, y qué gracia tiene, y qué bueno lo hizo Dios, y cuánto sabe! » No le dejaban á sol ni á sombra: besos, abrazos, achuchones, mucho tratarle á cuerpo de rey, y mucho darle guarapo de piña para que no le pillara el vómito. Al mes... ¡ni el olor!

» Su rubia no llena el ideal que persiguió él. Es una mujercita de merengue, vamos al decir, y él necesitaba una mujer que tuviera el alma en su armario. Si escribe, le incomoda; si algún periódico le elogia, ya está celosa, y si le censura, ya la tienes de morro y toda asustada.

» No vale darle vueltas: á la mayor parte de las mujeres no hay que sacarlas de los cuentos

de la « buena sociedad » ni de los folletines de *La Correspondencia de España*, como pasto intelectual. En esas lecturas se pasa la vida la mujer de nuestro amigo; y él... pues á lo mejor tiene que darle tapioca al recién nacido, que nunca falta (porque, eso sí, se quieren una barbaridad), pues la señora está en misa, ó probándose un traje, ó de visita en casa de Talá.

» Lo que puedo decirte yo, es que no había pasado el año, y ya se tiraban los trastos á la cabeza. Lo que más le puede es la decepción de su espíritu. Pensar en lo divino, en la idealidad, y encontrar luego que todo eso es tortas y pan pintado. « ¡Quién me viera, me decía la otra tarde, » con la sabrosa Pepita merendando en el Vive-ro, ó comiendo buñuelos en la calle de Jacome-trezo! »

» La madre, que es una santa, lo tiene reventado á regaños y consejos. La manía de esta buena señora es que sean frailes todos sus hijos. Queriéndole mucho, le incomoda, sin embargo, que el matrimonio viva en su casa, « porque eso es dar mal ejemplo á los niñas solteras, que pueden ver algo ». (Ya no recuerda que ella es también parte de un matrimonio.) Si da á luz la nuera, — y ya te he dicho que da á luz frecuentemente, — hay que decir que van á traer un chico

de Madrid ó de París; y al nacer la criatura, hay que decir que vino en un cesto, y otra porción de cosas; todo para que las hermanas, que son ya casaderas, no sospechen... (Tampoco se acuerda la madre de nuestro compañero de que ha parido quince veces.) No fué floja la desazón que le dió cierta tarde porque (ya ves tú, ¿á qué se casa uno?) le cogió haciendo á la mujer un mimo permitido por la Iglesia.

» Pues nada te digo del padre. Otro que tal. Se pasa la vida contando sus peripecias en el Norte, ¡y mucho ojo con distraerse durante la relación! Carlistas por aquí, liberales por allá, el padre hecho un valiente á caballo, y el hijo está de guerra hasta la punta de los pelos. Cuando se entusiasma, hay que dejarlo, porque entonces es el imitar la caída de las bombas (y para hacerlo más al vivo, tira lo primero que tiene á mano) y el rechinamiento de dientes de los soldados moribundos. Se le ha puesto un genio que ni de encargo. Si no sabe ó no tiene con quién emprenderla á golpes, la emprende á patadas con la sillería. ¡Es divino! La otra tarde gritaba enfurecido: « ¡Carlistón! » Montado á caballo sobre una escoba, había cogido por el pescuezo al infeliz del asistente (que es cantonal).

» Cada pelotera que se arma con motivo de los

noviazgos de las hermanitas es una batalla en toda regla. « ¡Nadie se asome al balcón! » Á la abuela Petra, que está ya muy viejecita, hay que sacarla al sol en un canasto (según es costumbre en la Habana) para que no se florezca ni críe moho. Pues bien: el encargado de poner el canasto en la azotea es nuestro amigo, ¡figúrate! Total: entre la mujer, y los papás, y las hermanitas, y las tapiocas para los chiquitines, y el canasto, y los preocupaciones é impertinencias de la familia en masa, se está quedando el hombre en un hilo y tiene la cabeza como un bombo.

» Así se desliza su vida: á misa, á la procesión y á visitas... cuando se lo mandan las señoras. ¿Que han llegado las de Broto? Nada, nada, si está en la hamaca, vengan las botas y el traje para recibir á las de Broto. « Esta noche, le dice la mujer, cuando no la madre, tienes que acompañaros á visitar á Tatá. » No hay remedio: á ver á Tatá, aunque esté esperando el viático nuestro pobre amigo. « ¡Niño, exclama la madre, que no te olvides de llevar un cirio en la procesión de esta tarde! » Pues chico, allá va el cirineo, cirio en ristre.

» No escribe ya. ¡Escribir! ¿Para qué? No puede expresar lo que siente, porque sus trabajos están condenados á la previa censura domés-

tica. Se forma consejo de familia, con asistencia del boticario, el cura y otras personas leídas, y venga borrar, y modificar, y hacer rajadas en lo escrito. ¿Que tal cosa les parece fuerte? Se le recuerda que se compromete, que tiene familia, y se le llama loco y tal. ¿Que esa palabra no les parece correcta? Pues se borra. « ¡Ergástula! exclama el cura. ¿Que es eso de ergástula? ¡Disparate más grande! » Y la tacha, y en paz.

» No escribe ni estudia : á su porvenir se le tragó una enagua... La verdad es que nadie le roba los pañuelos de seda color marrón, y que tiene cosida la ropa, pero sentadas las costuras, recosida la voluntad y frita la sangre. Si á estas contrariedades del destino, y á la prosa de la domesticidad, añades los extravíos de su cerebro, los torbellinos de su imaginación, y, más que todo, el hastío que le royó siempre las entrañas, no te extrañará que cometa nuestro amigo una barbaridad que sea sonada. »

La otra noche estaba yo con los codos sobre el velador de mi sala, y muy divertido en trazar

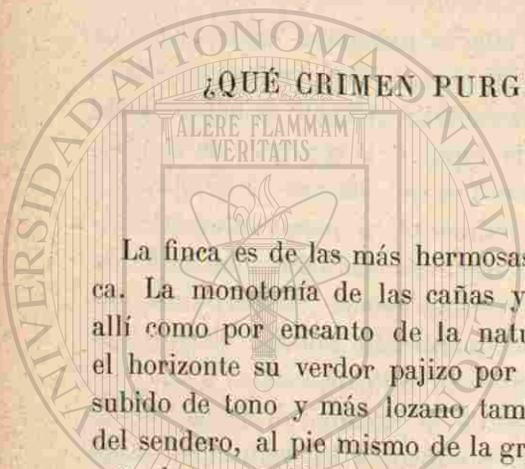
con un palillo un nombre cualquiera en el tapete, cuando una voz que entra y sale por mis oídos, como Pedro por su casa, me dijo alegremente :

— ¿En qué estarás pensando, mala idea? De puro aburrido, ni siquiera lees ya los periódicos. Mira *La Correspondencia*. (El gato la había cogido de encima de la mesa y la arañaba en el pasillo.) Lo que siento es que ha roto el folletín...

Tomé maquinalmente, y maquinalmente empecé á leer el venturoso periódico que falla de plano las desventuras ajenas. Al poco rato me abstraí completamente una noticia, y sentí que me daba un vuelco el corazón...

« Según cartas de la Habana, decía *La Correspondencia*, se ha suicidado á los veintinueve años de edad, disparándose un tiro de revólver, el señor don (aquí el nombre y la profesión de mi mejor amigo). Antes de morir dejó una carta escrita, manifestando que tomaba aquella fatal resolución por hallarse cansado de la vida. ¡Cansado de la vida á los veintinueve años! »

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¿QUÉ CRIMEN PURGARÁ?

La finca es de las más hermosas de la comarca. La monotonía de las cañas y cocoteros cesa allí como por encanto de la naturaleza. Trueca el horizonte su verdor pajizo por un verdor más subido de tono y más lozano también. Al borde del sendero, al pie mismo de la granja, se enmaraña la vegetación y rompe en borbotones de flores y espigas. A uno y otro lado se extienden los platanales, frescos, umbríos, con anchas hojas del color de la esmeralda de las cuales pende, en ovalado brote, el pan de la pobreza. La hierba de Guinea, henchida y desbordada, baja en apretado haz de remolinos que acortan el vuelo á las tórtolas y mariposas de vistosos colores que parecen amasados con luz del sol y pétalos de rosa.

Más allá se despeja un tanto el paisaje y se

destaca en la lejanía, recortando el aire, la solitaria silueta de una ceiba, cuyo ramaje brusco y agarrotado diríase esqueleto de crispados brazos que amenazan al cielo... Más allá todavía se extiende en la llanura una azulada sombra que baja cautelosamente de la montaña, disolviéndose en gigantescos manchones... Aquella naturaleza vive en pleno salvajismo; por eso es allí más acre el vaho de la tierra, más robusto el desarrollo de la planta, más fecundo el amor de las bestias... Al alborear el día, se arquea el capullo para recibir la primera gota que evaporó el arroyo, y allí la recoge en el pico, temblando las alas, el pájaro mosca que liba en las flores el cotidiano alimento.

Más tarde, cuando los fuegos del sol no alumbran, sino quemar, cuando predomina en la atmósfera una pesantez de bochorno, y el hombre y la bestia y el pájaro y la flor se abaten congestionados en el seno de una naturaleza que duerme la siesta con un pie en la montaña y con otro en el mar, repercuten en el valle relinchos y crujidos de animales en celo, que hacen ofrendas al amor, acorralados en espaciosa planicie que les sirve de lecho nupcial. Refocilados, jadeantes, abatidos por el orgasmo venéreo, se arrastran pesadamente hasta llegar al borde del canal

por donde discurre el agua, y pegan allí sus hocicos babosos y lascivos.

Testigo mudo de aquellas escenas, castigado despiadadamente por el sol, que cae de plano sobre su ulcerado lomo, cubierto por un girón de trapo que le da apariencia de mamarracho carnavalesco, enganchado á la noria para extraer el agua que beben, entre sorbo y retozo, sus compañeros de campo, voltea resignadamente un caballo flaco como un arenque, roído por el arestín, desorejado, ¡ciego! Alguna vez detiene su labor, mueve los muñones que le sirven de orejas, parpadea como si le estorbara un pensamiento, y diríase que eleva al cielo una reconvención severa y triste... Luego emprende otra vez su calvario de judío errante, hostigado por el capataz, sintiendo sin ver la aproximación del palo y expresándolo con un ligero temblor de la grupa.

Prometeo de cuatro patas atado á la noria, Tántalo con cara de caballo, no hay para él regodeos, ni amoríos, ni praderas, ni horizontes... ¡La ceguera y la noria! ¡el arestín y el palo! he ahí su destino...

Siempre que, á solas conmigo, me detengo á contemplar ese enorme infortunio que no se explica la mente y que parece un castigo, al tra-

vés de las edades, de infamias y miserias de toda una generación caballar, sintiéndome cómplice de la injusticia de los hombres, experimento la necesidad de dar un abrazo al caballejo aquel, herido por la vejez, destrozado por el odio, y me pregunto con miedo :

— ¿Qué crimen purgará?...

se esparrancaban para bajarse las faldas, tan aína, que no parecía sino que deseaban tapar vergüenzas, y los hombres se inclinaban al suelo, fingiendo recoger las cañas de desecho, para ver á hurtadillas las robustas cañas de carne y hueso...

En el cielo ni una nube para templar los fuegos del sol, y en la vega ni una gota de rocío para apagar la sed de las mariposas irisadas, que aleteaban mansamente sobre los pañuelos rojos y azules de las campesinas.

¡Buena tarde de bochorno en la descocada campiña malagueña! Corriendo de bardal en bardal y volando de floresta en floresta, la airosa guinea de rojo moño y pintada pluma iba en pos del amoroso nido; más allá chispeaba como ascua de plata el agua del río, que rociaba amores, y á sus márgenes abrazábanse con muchas ganas ramajes de árboles y campanillas azules. Hasta las piedras de la carretera echaban chispas, al parecer, según lo lustrosas y secas que estaban, y si no ellas, echábanlas por los ojos las parejas del cañaveral, más ganosas de dormir la siesta que de mandar cañas á la prensa de la molienda. Los gallos corrían vertiginosamente detrás de las gallinas; á guisa de besos, tirábanse mordiscos los perros y arañazos los gatos; las bestias de carga suspiraban amorosamente con relinchos espeluz-

NIEVES

Viviase en plena zafra, y era grande el barullo de la gente agricultora, á quien parecía de perlas la cosecha por lo pródiga y bien sazónada. De las cañas, cuáles verdegueaban en la vega, y cuáles, cortadas ya, humedecían con lágrimas muy dulces los tablados de los carros y carretas que en apretado haz las llevaban sin compasión alguna á la prensa de la molienda. Trabajaban á profia el propietario y el mayordomo, el Bracero y la yunta, y pasaban y volvían á pasar los carros y carretas rebotando cañas, mientras en el fondo del cañaveral chasqueaba el hierro en la jugosa entraña de la planta, y crujía secamente la áspera hoja al rodar al suelo árido y sediento.

Un aire fuerte levantaba las faldas de las mujeres y secaba en la frente de los hombres el copioso sudor arrancado por el trabajo; las mujeres

nantes, y enseñaban los dientes, como sonriéndose con coquetería, y hasta el propietario de la vega apartaba la vista de las calderas de vapor para fijarla en una falda arremolinada por el aire.

Humeaba en todo el campo un vaho denso y fuerte como de verano; subíase á las narices un olor, que no era precisamente á tomillo, sino más bien á cuerno quemado, y entre malagueñas de las mujeres y cacareos de las gallinas, palmas de los hombres y rebuznos de las bestias, cantares aprendidos y resuellos del natural, y ¡venga de ahí! y mucho ¡quiquiriquí! y ¡ole con ole! y allá va un relincho, y ¡viva tu mare! y allá va un bramido, diríase que de todos los rincones de la campiña salía un mismo ritmo tentador, entonado al unísono por todos los animales; desde la púdica mujer que se cubría la vergüenza con las faldas, hasta la liviana gallina que no se las bajaba porque no las gasta; desde el pudibundo hombre inclinado respetuosamente para ver mejor y más á gusto las robustas cañas de carne y hueso, hasta el indecente burro que tenía la audacia de acariciar á la burra de sus pensamientos en las narices del propietario de la vega y ante una sociedad de personas cultas.

No todo era, sin embargo, acorde en esta sonora manifestación del amor; que abajo, en la pe-

queña casa oculta en la hondonada, un hombre y una mujer parecían dormidos espectadores de la bacanal en que se agitaban los seres bajo la calenturienta acción de la naturaleza.

Ella era una mujer de lo que no hay en Madrid, ni se ve en el mundo, fuera de la bendita tierra de Andalucía, que allí nacen á montones las mujeres retrecheras; una mujer con unos ojos que parecían dos soles de penas, por lo grandes y tristes, y dos puñaladas por la espalda y á mansalva, de puro traidores y seguros; con una boca... que si hubiera tentado á san Antonio... ¡vamos, que nos faltaría ahora ese santo á quien rezarle una aleluya!... boca que era un desafío á los hombres y una risa con todos, menos con los dentistas, que para éstos estaba siempre cerrada; con una nariz más recta que el tribunal supremo de justicia, y á las veces ligeramente inflada, como nariz de yegua montaraz, en sus ventanitas que tenían visillos purpurinos; con un color muy moreno, con unas ojeras más morenas todavía... ¡y con la mar de cositas morenas en todo su cuerpecito salado! La frente merecía una corona; el pelo era una enredadera de enlutado encaje; más bien alta que mediana de estatura, y más bien llena que falta de carnes; era, en fin, la mejor manta de Palencia para desafiar las

heladas de Burgos, una mujer capaz de resucitar á un muerto, y que, de vivir en Pekín, diera motivo sobrado á que pensarán aquellos bárbaros si habría sido fabricada expresamente para el emperador del celestial imperio. Espérese usted, lector, que ya me olvidaba de lo principal : de la peana de la santa; pero... ahora recuerdo que no la tenía. ¡Si en viéndola venir de frente no había quien no se figurara que andaba en capullos de rosa, ni quien no sintiera ganas de echarse al suelo para que pisara ella en blando y no se estropease los pies en las piedrecitas de la calle!

Él... él era un hombre como todos los demás : *muy feísimo*, — porque no hay hombre bonito al lado de mujer guapa. Pero tenía un mirar inteligente y audaz y una cara que decía mucho; en una palabra : era un hombre con algo en la cabeza, y ese algo no era adorno de mala calidad, á pesar de lo reguapísimo de la compañía.

— Mia tú, le decía ella, mia tú que haberme traído á este destierro, como si tú me hubieras encontrao á mí en algún cortijo. ¡Si te habrás figurao que me van á empañar los hombres con mirarme á la cara!... Pues mia tú que no te enjuagues conmigo, porque conmigo nose enjuaga nadie...

Él nada dijo, y ella le miró con dureza, quizá

con odio... Queriéndole con más devoción que á la Virgen de la Paloma, no se resignaba á ser pájara enjaulada... En aquel momento sublevábase toda su independencia, y alejada de los hombres y deseosa de salirse con la suya, hubiérale puesto cuernos con un mosquito de los que zumbaban en la atmósfera.

.....
Anochecía...

Ya iban muriendo en el risco y en la hondonada los últimos ecos del trabajo. El bracero reivindicaba su libertad guardando gozosamente las herramientas, y la bestia, sin coyunda ni aparejo, triscaba á gusto en la pradera. Veíanse aún en el suelo los últimos bagazos arrojados de la prensa, que estaba pegajosa de dulce y con vetas de sangre de las cañas malas, y los carros y carretas, henchidos de fruto, hallábanse abandonados en la entrada del establecimiento.

El silencio se apoderaba gradualmente de la yega, y la noche iba manchando los efluvios de luz... Huía ésta por las laderas, medrosa y confusa como quien huye á la muerte, rastreado por los pliegues de las montañas y recatándose al salvar los recodos, como quien teme una celada; y apenas se columbraban en la lejanía, como brazos gigantes de una madagaña, las aspas del

molino girando pausadamente, mientras en una parte de la vega clareábase la verdosa superficie de las cañas con la luz tenue y pardusca del sol, que se caía á pedazos detrás de una colina.

Y en tanto que el ya quejumbroso canto del trabajador que volvía á su casa confundíase con el murmullo de la iglesia que balbuceaba la oración, y que de los rincones de todo el campo parecía salir un ritmo que sofocaba las cabezas y encendía las pasiones, aquella mujer de la hondonada rebelábase en silencio contra los amores de su corazón, con ser tan grandes, y contra las exigencias de su naturaleza, con ser tan impetuosas.

11

Ella no había sido hecha de una carne especial, ni tenía en su armario un alma diferente de las demás del sexo. Dícese generalmente que genio y figura acompañan al hombre desde la cuna al sepulcro; pero así como los afeites ó los trabajos físicos modifican la figura, así también las vicisitudes morales modelan el genio, de modo y manera que suele ser fruto de desgracia la acritud del carácter, y signo de ventura la templanza del temperamento; y en tesis general, bien puede afirmarse que las grandes virtudes y

los grandes crímenes son pronunciamientos de los caracteres, que, siendo idénticos en la esencia, varían, sin embargo, sin tasa ni medida, en la forma de producirse, según se acentúen y extremen en tal ó cual sentido.

Cuando le preguntaban de su vida, ella recordada confusamente algunos incidentes que se le grabaron en el alma, de modo tan indeleble, como en la frente del réprobo el estigma enrojado.

De niña había cruzado las calles hundida en las banastas de un caballuco, guiado por una vieja gimoteadora que pordioseaba por la villa, y no se le olvidaba que de la otra banasta salía á ratos la cabecita de una niña tan andrajosa y linda como ella, ni que ambas ponían los gritos en el cielo cuando la vieja las hería á escondidas con una aguja para que llorando mucho excitaran más la compasión del rico... Ni se le olvidaba tampoco que, crecida y con buen palmito, vendió luego periódicos por las calles, hasta que en una noche desventurada, de mucha nieve en la atmósfera y de mucha helada en el corazón, se quedó medio adormida y arrecida de frío en el quicio de uno de los portales de la calle de Peligros... ¡Qué nevada!... Al alborear la mañana, cuando los barrenderos se ocupaban en limpiar las calles, las criadas que se dirigían al mer-

cado reíanse de la pobrecita, que, rígida y con la diestra extendida en actitud de ofrecer el periódico, tenía al aspecto de una de las pequeñas estatuas del Retiro, bordados de nieve los ángulos salientes de su flaca armazón y con un cucurucho blanco en la cabeza. Una mujeruca le quitó de la frente los copos de nieve, para salpicarla luego hasta el cuello de los lodos del vicio.

En aquella noche fué bautizada. Sirvióle de capilla el quicio del portal... de sacerdote, la desgracia... de madrina, la vieja sin pudores... de agua bautismal, el llanto de la naturaleza... de acompañamiento, el corro de barrenderos y criadas : salió de allí con nombre y pasaporte para correr las calles, y desde entonces la llamaron *Nieves* en la cloaca del pecado, quizá con el propósito de que recordase siempre aquella desventurada noche de nieve en la atmósfera y de hielo en el corazón, cuando quedó sepultada bajo la escarcha del olvido, con el cucurucho blanco en la cabeza...

Todas las brutalidades del oficio no pudieron barrer los humos de su carácter ni las protestas de su razón, y al emanciparse de la servidumbre, revolviase airada contra cualquier cautiverio por dulce que fuese; y era que el menor mandato reflejaba en su memoria odiosos imperios, y no

pocas veces, merced á alucinaciones mentales, veíase de centinela de la prostitución, de gancho del vicio, de carne de pesca entre tuestos de flores polvorientas y aparejada siempre á horrible boda con lo desconocido... y oía luego una voz vidriosa que, entre regüeldos de aguardiente, le decía con acritud : « ¡Ya te puedes quitar de la ventana, que hace bastante rato que estás ahí! »

En la retina de su imaginación se efectuaba el andrajoso desfile de algo á manera de las sombrías visiones que engendra en el cerebro la *Danza macabra*, y se le aparecían con todas sus torturas la aguja que la atormentó en la niñez, el afrentoso desgaire de su juventud primera, la horrible profanación de placeres vulgares que huyeron de ella gesticulando irónicamente, los besos que se le evaporaron en lágrimas y los abrazos que tendió al hospital... ¡ay! ¡las primaveras todas de la vida sepultadas bajo el cucurucho de escarcha y nieve!... Entonces se rebelaba contra el abrazo que pretendía aprisionarla, aunque gustara del abrazo, como se rebelaba en la vega malagueña, en medio del ritmo tentador que el campo elevaba al cielo al caer de una tarde en que la mujer y la gallina y el hombre y el burro repetían á coro :

— ¡Juerga!... ¡Juerga!

LA HUERTA

Furioso lector de *El Motín*, tenía empapeladas las paredes de la casa con caricaturas del periódico anticlerical; y la casa, para ser de pueblo, no era mala: de planta baja, como vivienda de aldea, pero con hermosa huerta, y en la huerta naranjos y limoneros que por primavera olían á gloria.

El señor Lucas era una antigualla... modernizada, un castellano al revés, porque había puesto las virtudes de su carácter al servicio de todo lo que iba contra Dios y el rey. *El Motín* era, á su juicio, la última palabra del credo revolucionario; no creía en otra cosa, y las caricaturas del periódico venían á ser los santos de la devoción de su casa.

Doña Valentina, su esposa, no creía mayor-

mente en *El Motín*, pero se sentía hipnotizada por aquel Lucas, á quien no estorbaba lo negro, y que discurría con cierta prosopeya sobre los artículos y sueltos, embozado en una capa parda que era su compañera inseparable, más aún que la misma Valentina.

Cierto que el señor Lucas no era un *genio* ni mucho menos, puesto que decía cuando se acata-raba que tenía *constipación de sienes*, y llamaba al mar *sólido* por solitario; pero como todo es relativo, era en la aldea una autoridad política y literaria, singularmente para Valentina, la cual se sentía orgullosa de su Lucas, y lo demostraba reservándole respetuosamente la mejor parte del cuero de cerdo, alimento de los cónyuges los más de los días.

¡Aquellas atrocidades de los *cleripopótamos*!... ¡Aquellos *palos* á los republicanos que no querían unirse « para echar abajo lo existente »!... El señor Lucas se entusiasmaba con todo eso; y mucho más le entusiasmaba la caricatura del hombre del pueblo con pañuelo aragonés y alpargata catalana, el cual hombre, que parecía por lo elevado un gigante, al lado de Salmerón, Pi y Zorrilla, amonestábalos severamente, enseñándoles el derrotero del porvenir con el dedo índice, muy gor-do por cierto, de la diestra mano... El señor Lu-

cas *explicaba* la caricatura; campaba allí por sus respetos, y no se hubiera hallado quien se atreviese á contradecirle. El cura, con todo de ser cura, estaba espantado.

Pero la gloria es efímera, y la del señor Lucas vino á menos con la aparición en el lugar de un revolucionario que, como el judío errante, no se sabía ni se supo nunca de dónde vino: tranquilo al parecer, muy metido en sí, sobrio de palabras y... sin capa parda.

¡Qué desencanto! Aquel *energúmeno*, como le llamaba el cura, decía del señor Lucas que estaba atrasado un siglo... ¿La república? ¡qué tonte-ría! Llegarían al poder los mismos ministros con diferentes collares, y el pueblo, el hambriento, el desheredado eterno, continuaría gimiendo y llorando como si tal república existiera, royéndose los codos, esclavizado por el trabajo, des-honrado por sus amos... Aquello, predicar por la república, era una antigualla... como el señor Lucas. Los tiempos eran otros. Bueno que los burgueses hicieran la revolución contra los nobles y abatieran el principio autoritario; pero eso ya pasó; ahora el pueblo, el verdadero pueblo, tenía que acabar con los burgueses y con el principio individualista que representan. Hacía falta volverlo todo de arriba abajo, no dejar piedra so-

bre piedra, tener por símbolo de la política la horrible creación de un pintor alemán — campo desolado; sobre el campo, una pirámide de calaveras, y encima de la más alta un cuervo... eso es, la anarquía; — hacía falta, sí, echar á rodar « lo existente », pero empezando por la república, por esa república que era *el Dorado* del buen señor Lucas. Después... se vería; es decir, no lo veremos nosotros, seguía diciendo el *energúmeno*, pero lo verá alguien, no sé cuándo, ni cómo, en un siglo horrible, aunque justo, de expiaciones enormes, donde el Terror negro de los hombres que hicieron la revolución política será eclipsado por el Terror rojo de los hombres que lleven mezcladas en las manos sangre homicida y porquería adquirida al labrar la tierra ingrata... No será desfile de rebaño desmedrado, que saque á la calle el hambre, paseándola como una bandera, con la esperanza de ablandar los corazones... no será remedo de la *procesión de los sin trabajo*, un *paso* más, resignado, entre el gris del cielo y el lodo de la calle, como los del Cristo que fué en *procesión* hacia el Calvario para redimirnos de culpas monstruosas... será un horror de venganzas, una matanza de cerdos, y á las víctimas no se las llevará en carros cogiéndolas al azar, como ocurría diariamente en la plaza de la Concordia; se

las sorprenderá en sus casas y en el medio del sueño...

Y al señor Lucas se les saltaban las lágrimas; á duras penas probaba ya el cuero de cerdo, y envuelto en la capa parda miraba tristemente, por encima de los embozos, las caricaturas que tenían de adorno las paredes de su casa solariega; el mismo paletó que representaba al pueblo le parecía tonto de capirote á pesar del dedo índice estirado, puesto que no empuñaba, pudiendo hacerlo, el trabuco ó la hoz, y él, Lucas, era también un mentecato, un Lucas... Gómez, y además, según el *energúmeno*, un ladrón, un explotador del pueblo, un... burgués.

Aquel invierno fué un horror de crudezas. La anarquía tuvo un aliado: el hambre. Sobre el campo yermo, alumbrado mortecinamente por la luz de las hogueras, aparecían en confuso montón hombres y mujeres alternando con caballerías y acosados por alimañas que salían del bosque al olor de la carne humana. El novelista Tolstoi escribía desde Omburgo que se encontraban á centenares por las calles cadáveres de hombres y caballos. Ni pan ni pienso... Los caballos concluirían por ser anarquistas. Á la desbandada de las hordas de *Germinal* que gritaban: « ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! » seguiría una vertiginosa carrera de caba-

llos, un tren de sangre, como el de la *Bête humaine*, que lo arrollaría todo al relincho de: « ¡Pienso! ¡Pienso! ¡Pienso! » Allá en Rusia, las personas disputaban á las bestias los bocados de hierba; los campesinos huían de sus hogares sin lumbre y sin pan; turbas de chiquillos, que eran guiñapos, pedían qué comer á colonos que los maltrataban; en míseros jergones, á la intemperie, mujeres recién paridas, y, tiritando sobre despojos de partos, niños que venían á la vida en sacos de miserias... Se ayunaba tres ó cuatro días, porque no había más remedio que ayunar. En algunas ciudades, *la población se preparaba, confesando y comulgando, á bien morir*. Y allí, en el pueblo del señor Lucas, lo mismo que en Rusia... Puesto que había que morir de hambre y de frío, valía más morir matando; y la intentona, disparatada y loca, estalló bajo las órdenes del *energúmeno*, que poco después fué al patíbulo sin decir palabra, negándose á recibir los auxilios espirituales, firme y convencido, severo y triste, como un Saint-Just á la rústica revolucionaria, santificado por el sacerdote, quien, con extrañeza de todo el vecindario, levantó las manos sobre el reo moribundo y le dijo con sublime acento de caridad cristiana:

— ¡En nombre de Dios, yo te bendigo!...

Fué un acontecimiento que sacudió las entra-

ñas del pueblo, y de uno á otro confín de la comarca corrió por mucho tiempo, envolviendo á los aldeanos, una ráfaga de muerte. El señor Lucas, confundido modestamente con la turba, lo vió todo: la subida al tablado, la mano del verdugo, la sotana del cura, la última mueca del pobre *energumeno* al echar fuera la ennegrecida lengua... Y de allí á poco murió él mismo, sin que se supiera de qué, ni cómo.

— Salió á dar un paseo *con la capa*, decía doña Valentina, y sin probar bocado de cerdo se echó á morir.

Lo cierto es que al señor Lucas, que era hombre de bien, le entró pasión de ánimo y que murió de envidia y de remordimiento, recordando el calvario de su contrincante y deseando que también á él le apretaran el pescuezo para purgar el crimen de tener una casa con hermosa huerta de naranjos y limoneros...

LOS OJOS TRISTES

(Á SOLEDAD BONAFoux)

I

El follaje, erguido y lozano, esparciase locamente en un rincón de la villa, y sobre el follaje se abatían con molicie jaspeadas alas de dormidas mariposas. Era como un ramo de flores y de insectos, ramo vaporoso que se balanceaba á impulsos del aire en el azul moribundo de las tardes orientales, ya esponjándose, después de la lluvia, entre arreboles de arco iris, ya secándose, desnudo y lloroso, entre llameantes rayos de sol. Más allá se dilataba, en ramajes de oro y púrpura salpicados y en cañas de amarillentas hojas vestidas, la vigorosa obra de la madre naturaleza...

Cuéntase que el mar, bravo é insolente como nunca, entró una vez en el campo, no sin reñir batalla á brazo partido. Temblaron las flores en sus tallos; piaron los pájaros en sus nidos; y,

avergonzado, el mar retrocedió llevando sobre sus espumas hojas de flores arrancadas y espigas de nidos dispersos... y cuéntase también que no fué osado á poner sus olas en aquel rincón solitario de la villa.

Lo que no hizo el mar con sus cóleras insensatas, lo hizo el hombre con su vanidad demente. Segó plantas, arrancó flores, destrozó nidos, trazó calles de tñebre ciudad, levantó edificios; y, como si quisiera marcarlo con eterna ironía, grabó allí nombres prosaicos, inscripciones pomposas, ridículos letreros vomitados por la vanidad sobre lechos de rosas y aromas. Desde entonces, aquello fué una cloaca y se llamó cementerio.

II

Mucho tiempo ha pasado... Muchos nublados, que á nadie importan, han caído sobre mí corazón. ¡Muchas veces ha aleteado sobre mis sueños el ave triste del infortunio!... y así como he entrevisto siempre, al través de mis alegrías, cuando he gustado la vida en la embustera copa del aturdimiento, unos ojos soñadores, ensombrecidos por unas pestañas de luto, que se morían de pena parpadeando á ratos como trémulas alas de

cautiva mariposa, así también he sentido siempre, por encima de mis dolores más hondos, la mirada de aquellos mismos ojos que lloraban tristeza y me decían, al parecer, como el poeta del idilio: « ¡Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera! »

III

¡Mucho tiempo ha pasado!... De vuelta del país de las mentiras, rendido, más que fatigado, por los azares del camino, quise detenerme á reposar sobre la tumba de mis recuerdos...

El sepulturero me franqueó la entrada, y de repente sentí la invasión de la naturaleza: invasión fuerte, brutal, pero saludable, como la que dejaría en un moribundo el acre olor de un ramo de plantas silvestres.

El invierno de la vejez, con su acción borrosa, ha carcomido los mausoleos y las cruces, y la primavera de la juventud, con su acción vivificadora, ha cubierto de césped las tumbas á flor de tierra. La hierba ha nacido espontáneamente sobre los despojos de la muerte, se ha arrastrado sobre los nichos, se ha erguido sobre los mausoleos, se ha enlazado á las cruces benditas, invadiéndolo y abrazándolo todo con abrazo de juven-

tud; y de allí, de aquel sitio herboso y selvático, brotando de la hendidura de una tumba como de una herida del corazón, resalta vivamente, al igual de una hebra de luto en un brocado, el tallo esquelético y ennegrecido de una florecilla salvaje, formada acaso por la evaporación de la última lágrima que derramaran aquellos ojos, tristes como los de la Dolorosa, soñadores como los del poeta, solos en el mundo de las perspectivas.

LOS DOS POLOS

I

Eran bonitas las dos chiquillas y además vecinas; tan linda ésta, que semejaba figurita de cromo, y tan correcta, que parecía estatua... Ni las alegrías, ni las penas, ni las tempestades todas de la vida lograban alterar aquella cara de mujer, que diríase moldeada en hielo y abrasaba de puro fría...

« Esta carne es de *cocotte* », había dicho un observador husmeándola de cerca al pasar ella muy bien trajeada de rojo y negro, con sombras de artificio bajo los rasgados ojos y el airecillo aquel tan suyo, que parecía colado del Guadarrama.

Tuvo un novio con mal fin y peor principio; tuvo otro... y fueron tantos, como moscas sobre miel, que hubo de ocurrir más de una vez que se asombrara de que un hombre, á quien no recordaba haber visto, la describiera al vivo con

tud; y de allí, de aquel sitio herboso y selvático, brotando de la hendidura de una tumba como de una herida del corazón, resalta vivamente, al igual de una hebra de luto en un brocado, el tallo esquelético y ennegrecido de una florecilla salvaje, formada acaso por la evaporación de la última lágrima que derramaran aquellos ojos, tristes como los de la Dolorosa, soñadores como los del poeta, solos en el mundo de las perspectivas.

LOS DOS POLOS

I

Eran bonitas las dos chiquillas y además vecinas; tan linda ésta, que semejaba figurita de cromo, y tan correcta, que parecía estatua... Ni las alegrías, ni las penas, ni las tempestades todas de la vida lograban alterar aquella cara de mujer, que diríase moldeada en hielo y abrasaba de puro fría...

« Esta carne es de *cocotte* », había dicho un observador husmeándola de cerca al pasar ella muy bien trajeada de rojo y negro, con sombras de artificio bajo los rasgados ojos y el airecillo aquel tan suyo, que parecía colado del Guadarrama.

Tuvo un novio con mal fin y peor principio; tuvo otro... y fueron tantos, como moscas sobre miel, que hubo de ocurrir más de una vez que se asombrara de que un hombre, á quien no recordaba haber visto, la describiera al vivo con

todos sus pelos y señales; y andando al azar de mano en mano y de bote en bote, como pelota despedida á capricho de jugadores, encontró un espíritu honrado y débil que derrochó su sentimiento y gastó su vida en la faena de buscar un látido bajo la entraña de nieve de aquella mujer, viva imagen de la bestia que necesita del macho que la patee y maltrate; y aquel espíritu honrado y débil llegó á amar en ella hasta los defectos y vicios que la hacían hedionda y asquerosa, no de otra suerte que se ama el abismo, por atracción irresistible.

¿Cuánto duró la batalla entre el espíritu y la materia, entre el hombre y la bestia? No se sabe de fijo: tan sólo recuerda la vecindad que le vió bajar con cara de muerto y en brazos de un amigo, una tarde de verano, y que se dijo y comentó en el barrio que, mientras estuvo él entre la vida y la muerte, de resultas de una *judiada* de las que solía hacerle aquella perra, y toda la gente de la casa bullía y corría, quién con las mantas de abrigo, quién con la poción calmante, la ingrata se había asomado tranquilamente al balcón para hacer señas y guiños á un caballero que, con tamañas barbas, estaba de guardia en la esquina de la calle aguantando á pie firme y sin paraguas una tempestad de lluvia y granizo.

Y así prosiguió ella su camino, como yegua desbocada, sin que se le conocieran ni aun por el forro las averías de su honradez, — que aquella mujer, como el abismo, no podía devolver los objetos que rodaban á su fondo, y, como la estatua, no engendraba frutos de cariño: ventaja inapreciable de la que se servía su dueña á maravilla; y si al volver de una *juerga*, muy bien trajeada de rojo y negro, y con su aircillo aquel que daba pulmonía, osaba contar un maldiciente los milagros de la niña, no faltaba quien le respondiera al punto:

— ¡Psch! será todo lo que quieras tú; pero todavía no se le conoce falta, ni hay quien pueda decir que le ha levantado ampolla...

La otra chiquilla era físicamente la realidad de la Adriana del *Judio errante*: un capullo de primavera con mucho color en la cara y mucho fuego en el corazón; un tipo de mujer un tanto rara y agreste, oscurecida en el agujero de una boardilla. De ella no podía decirse que era una belleza, sino una muchada bonita que todavía no había cumplido los quince años. Por entonces tenía miedo de los hombres, y, si le echaban algún requiebro, se ponía más roja que cereza caída de la mata.

Era la señorita de su casa y también la criada:

recibía las visitas, gobernaba la boardilla, fregoteaba los cacharros, lavaba el suelo, recogía tal cual esputo del padre, que iba echando los pulmones, lloraba á ratos y aun tenía tiempo para llenar el cántaro en la fuente de la calle. Era su alma tan pura y buena, que venía á ser una protesta, muda, pero temida, contra las podredumbres de la sociedad, y nadie se atrevía á mancharla, por esos terrores inexplicables que infunde inconscientemente la inocencia. Por eso, cuando los jóvenes del barrio la veían tan pequeña y roja, con su cántaro de agua en la cintura, cruzar la calle tan á prisa como se lo permitían los torcidos tacones de sus zapatos, lejos de molestarla con piropos y sandeces, no le miraban á la cara por no ponérsela más encendida.

¿Cómo ocurrió aquel milagro? No se sabe de fijo : tan sólo recuerda una vecina suya que una tarde de verano la vió asomarse á hurtadillas por la ventana del patio y bajar poco á poco hasta el piso tercero un clavel encarnado pendiente de un hilo muy largo, y que otra tarde la vió también asomarse á hurtadillas y bajar luego una trenza de pelo rubio y otra blanca, que era de un lunar, atadas á una de las puntas de aquel hilo tan largo ; ni vió más la curiosidad de la vecina, sino arriba, y como asustada, una cabe-

cita rubia, y abajo, como mirando al cielo, una cabeza morena, y que ambas escaparon al vuelo, porque el sol, que se había marchado ya con viento fresco, les dió un susto muy grande cayendo de improviso sobre ellas é iluminando además un buen pedazo de pared...

¡Demonio con la chica y qué cosazas hacía! Fué la comidilla de la conversación en la vecindad, y se decía que á un estudiante, que era de la piel del diablo, al decir de la patrona del tercero, y no creía en santas ni en mujeres silvestres, sino después de haberlas visto y tocado, le entró començon de ver cara á cara y sin miedo aquella niña tan bonita como huraña, y fingiendo que se equivocaba de casa, subióse á la boardilla á preguntar si vivía allí el gran emperador de todas las Rusias. La chica, claro está, como hacía de señorita y criada de la casa, fué quien abrió la puerta, y la cerró más pronto que la vista, mas no sin que de aquel careo, que duró lo que un relámpago, quedaran ambos heridos y pensando en lo mismo : en curarse mutuamente amándose mucho.

Ello fué que aun no hacía el año de aquella ocurrencia, cuando los vecinos, formados en corro en la acera de la calle, contaban con gestos y aspavientos que la calandria de la boardilla había

volado en compañía del pájaro del tercero, «una barbaridad de chicos, decía la frutera del barrio, que está muy mal visto en el mundo... ¡Pero de eso se ríe Dios en las alturas!»

Bien así como se hincha la yema en el árbol para dar frutos cuando llega el buen tiempo, hinchábase el corazón de la chica en la primavera del amor, más alegre que unas pascuas porque era amada. ¡Y qué primavera! En aquella casita de la montaña, aislada del bullicio, donde fueron á colgar su nido, no había más que amor á todas las horas del día y de la noche; pero lo pasaban ellos más ricamente que querían sin preocuparse gran cosa del estómago, porque tenían lleno el corazón. Gobernaba ella la casita, fregoteaba los cacharros, lavaba el suelo, cantaba más y mejor que un pájaro, leía cuanto encontraba para bien de su talento, que era un primor, y salía á la compra con una pequeña cesta de alambres y sin caminar á prisa, no porque se lo impidieran los torcidos tacones de sus zapatos, que estaban en el mismo ser, sino porque á su lado iba el amante, quien en días de mucho apuro, y mientras en el mostrador llenaba ella la cestita de la compra, llenábase él los bolsillos del gabán (con muchísima vergüenza, pero también con muchísima necesidad) de especies y frutos que

cogía indebidamente de los sacos de la tienda.

Y pasaron los inviernos ¡tan fríos! y, como por primavera la yema en el árbol, dió ella frutos de amor, y ya hubo en el nido un machito y una hembrita, de los cuales solían decir con pena que habían venido al mundo á pasar trabajos, y si no lo decían, lo pensaban siempre que el chiquitín les preguntaba si iba á seguir la carrera de tocar la guitarra, ó la de vender *La Correspondencia de España*...

Todo presagiaba, sin embargo, la ruina del amoroso nido cuando arreciaron las tempestades. Él, de quien decían sus amigos y conocidos que tenía muy buen fondo, pero muy mala cabeza, de puro aburrido y descontentadizo parecía cuajado entre dos bostezos muy largos y en una noche de mal humor; y de puro duro y volcánico, diríase que había sido parido en una fragua mientras oía su madre el golpe del martillo sobre el yunque. Aquel espíritu, escéptico de suyo y agriado por las vicisitudes, fué marchitando los ideales de su compañera; aquel temperamento irónico y bilioso fué emponzoñando poco á poco, y sin quererlo, á la pobre flor regada con lágrimas de su corazón, pero ajada también por inclemencias de su carácter; y al cabo de algunos años la hizo á semejanza suya como Dios á los hombres... Él

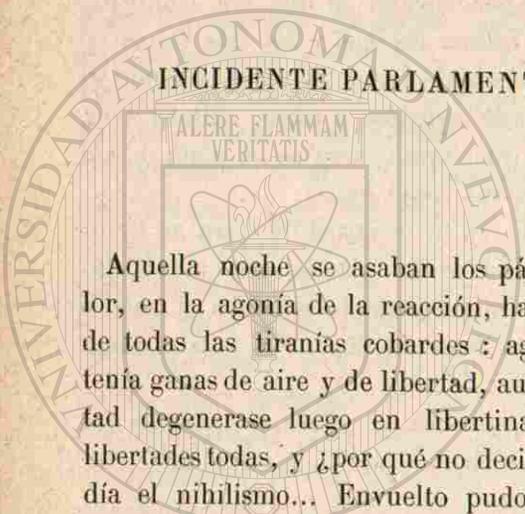
quería emociones, aturdimientos, para pasar á tragos una vida que se le antojaba larga y pesada; en vano buscaba aventuras en aquel amor de niña, sosegado y tierno, y las fué á buscar al fondo del abismo, allí donde pudieran caer sus cariños haciendo mucho ruido, y quedarse luego vibrando en sonoras ondas y lejanos ecos por todos los ámbitos de su hastiado espíritu.

Y queriendo en ella á la compañera de sus dichas y duelos, á la representante legítima de su pasada bohemia, con buenas ganas de llorar y con no pocas de darle un abrazo, una tarde abrió su caja de recuerdos, que ya tenía visos de tumba, según estaba de roída y mustia, y fué sacando de ella y arrojando al fango de la calle un clavel encarnado, una trenza rubia y otra blanca pendientes de un hilo muy largo, como si estorbaran allí, por no encontrar otro sitio en donde poner las agrestes flores que había recogido de la boca del abismo. Ella, sintiéndose mordida en el corazón, permaneció muda, indefensa, inmóvil, ante la mudanza de los símbolos de su amor, y desde entonces empezaron á caerse los blancos plumones del amoroso nido; daban vueltas por la salita, y por el tocador, y por todas partes, como si se marchasen de mala gana, hasta que una violenta ráfaga de aire los echaba

fuera, y poco á poco se iban volando al cielo ante los dos chiquillos, que mirando, mirando con los ojos muy abiertos, querían volar también, y al fin voló por curiosa la que era hembrita, á quien se le fueron los ojos y las alas detrás de una pluma más blanca que las otras. Cuando él volvía de la calle aturdido y ciego, callaba ella, más colorada que cereza caída de la mata y con los ojos hinchados como puños.

Ingresó otra vez en la boardilla (¡era su destino!), y si alguna vecina piadosa que la veía bajar por la calle del trabajo la saludaba al paso y decía luego una frase de elogio, no faltaba quien dijera al punto:

— ¡Mira tú que ésa...! ¡Pues si tiene ya dos chicos y ningún marido!...



INCIDENTE PARLAMENTARIO

Aquella noche se asaban los pájaros. El calor, en la agonía de la reacción, hacía la política de todas las tiranías cobardes: agarrotaba. Yo tenía ganas de aire y de libertad, aunque la libertad degenerase luego en libertinaje, como las libertades todas, y ¿por qué no decirlo? comprendía el nihilismo... Envuelto pudorosamente en una colcha á cuadros rojos, me asomé al balcón á ver si cogía al vuelo una ráfaga de aire. Pero todavía echaban chispas las aceras, y subía un vaho denso y fuerte, como de polvo de mostaza inglesa. Sentí un picor extremado en la punta de la nariz. Estornudé una vez, estornudé dos veces, volví á estornudar prosaicamente, y... me parece mentira que no esté estornudando todavía.

Entré de nuevo en el santuario de mi alcoba. Un mosquito acababa de caer mareado sobre una

almohada de mi cama. ¡Qué cara tan especial tenía! Con sus pelillos de punta, todo torcido y enfurruñado, parecía un estadista en el acto de meditar sobre un problema de la humanidad. Le cogí cariñosamente con unas pinzas, y...

— ¡Nada! ¡nada! grité; has querido herirme, y no lo has conseguido; ¡no importa! con la intención basta, y te voy á fusilar en nombre de mis instituciones. Pero no, espera, la Inquisición se acerca... vas á morir tostado.

Me dió una pita horrible. Le aproximé á la llama de la bujía; sacudió un poco las delgadas piernas, como si bailara un cancán revolucionario, y no dijo una palabra: estaba en efecto achicharrado. En seguida me lavé las manos para borrar la mancha de sangre que me dejó el insecticidio y quise conciliar el sueño á tiempo que le decía á la almohada:

— No ha muerto ninguna de esas gentes cuya sentencia firmaría yo sin lavarme después las manos; pero, en fin, he matado algo, ¡he matado un mosquito!

Del fondo de una guitarra salieron de pronto notas de *juerga* y cantares de borrachera. En aquella serenata al aire libre había un contraste raro: ora prorrumpía la guitarra en quejumbrosas notas, mientras se alzaban enronquecidas las

voces de los *cantaos*, ora languidecían éstas y hacíanse mimosas, en tanto que culebreaba sobre las cuerdas del instrumento un chasquido burlón y canallesco. Una voz soez contestó con aspereza:

— ¡Anda de ahí!...

Oyóse un ruido como de escape de gas ó de vapor mal comprimido, y después, silencio, mucho silencio, turbado un instante por el eco de las pisadas de una persona que se alejaba de prisa calle abajo.

El sueño huía de mi alcoba. Encendí otra vez la bujía, y vi que el mosquito se había adherido fuertemente á la esperma y semejaba una estria negruzca que se hubiera estereotipado en un filamento de nieves. Sentí pena por su viuda... ¡Acaso dejaba también hijos pequeñelos!... Me sentí humillado ante el cadáver del mosquito, y comprendí que yo, como el calor y como todas las tiranías cobardes, estuve, con aquella muerte, en la agonía de la reacción, ¡y agarraté de miedo á ser vencido!

— ¡Á la calle!

Pero antes de salir me vestí como Dios manda; no me pillara un esbirro del Santo Oficio.

— No haya miedo, pensaba yo poniéndome un sombrero cualquiera — una chistera que apareció con los pelos de punta, porque se ahogaba bajo

un montón de periódicos; — ¡no haya miedo! ahí, debajo de mi cuarto, esta Menéndez Pelayo, somos vecinos y amigos. En nombre de Dios, que es bueno, me salvará Pelayo de un conflicto con Pidal, que es mestizo.

Ya iban muriendo las luces artificiales, asfixiadas poco á poco por la mano de un empleado. Se retorcían soplando, sacaban de pronto las lenguas de fuego como si quisieran burlarse de la oscuridad, y luego, de pronto también, se encogían para meterse en sus mecheros, como si temieran que les cortasen las lenguas por iluminar en demasía.

Ni un alma... Rodando por las calles, varios cuerpos desaparrados; incrustados en los quicios de algunos portales, montones de carne infantil, carne para vicio.

El Prado estaba obscuro y hasta oloroso á queso... Atravesé rápidamente la arena removida horas antes por las combas de las chicuelas; quise sentarme, cogí una silla, y se abalanzó á mí diciendo:

— ¡No quiero!... ya no es hora.

Me asusté mucho, pero me repuse luego.

— ¿Desde cuándo, le pregunté, has hablado tú?

— ¡Desde siempre! Me gusta la idea, añadiendo. En algunas situaciones han hablado los

animales. ¿Por qué no han de hablar ahora las entidades de cuatro pies?

— ¡Chica, me tienes asombrado!...

— Ahora te asombrarás más. Espera sentado... en el suelo. Vamos á reunirnos en sesión.

— Tú estás loca. ¡En sesión!

— No que no. ¿Se reúne la Cámara allá abajo, en la Carrera? Pues igual nosotras. Así como así, ya se darían algunos oradores con un canto en los pechos por hablar como nosotras, ¡como nosotras, que hemos nacido en Cortes y no estamos deshonradas todavía!

Se oyó un ruido como de matracas por semana santa : era de las sillas de la mayoría aplaudiendo con las patas. Avanzaron respetuosamente dos sillones, que eran los maceros, con sus faroles correspondientes. Una silla muy gruesa y fuerte tomó asiento en la presidencia. No encontrando yo silla alguna donde sentarme, me coloqué á horcajadas en una de las barandas del Prado. Estaba, pues, en la tribuna pública.

— ¡Á callar! gritó la presidenta crujiendo la paja, y que las señoras diputadas que tienen la palabra digan lo mejor que han visto y oído esta noche.

Ya se preparaba una oradora, tomando agua de uno de los botijos que habían quedado en los

puestos, cuando se adelantaron dos sillas que habían salido de uno de los montones abandonados en el salón.

— Van á jurar dos señoras diputadas que están ahí esperando desde anoche, dijo la presidenta.

Concluída la ceremonia y la protesta de las sillas, que eran republicanas y no entendían de juramentos, empezó su discurso una de las oradoras que tenían derecho á hablar en aquella sesión.

— ¡Qué noche, señoras diputadas, qué noche! Yo no estaba sola, que formaba parte de un corro de más de veinte personas sobre chispa más ó menos. « ¿Qué tal los toros? le preguntaban á un aficionado. — Esta tarde, como no llovía y el cielo se las dió de inglés, estaban tan á gusto los de sol como los de sombra; igual igual. » « Qué fastidio mamá, decía una niña de diez y ocho primaveras; como es domingo, se han venido al Prado todos los cursis. ¿Verdad que Cánovas debía suprimir los domingos? — ¡Por Dios, hija, no digas desatinos! ¡Buena la haríamos si te oyera monseñor Rampolla. » La conversación general, señoras diputadas, versaba sobre el mismo tema : el tiempo, el calor y la colerina que acaba de salir ahora. ¡Y se dirá luego que los hombres son los seres más perfectos de la crea-

ción, y que sólo ellos tienen inteligencia! ¡Qué risa! Yo que soy una pobre silla, tengo la cabeza, digo, el respaldo, como un bombo, de haber oído tanta sandez. He dicho.

(Algunas diputadas felicitan á la oradora y le piden destinos.)

— ¡Ay! ¡ay! gimoteó una silla amarillenta. Yo creí ahogarme... Sobre mí se sentó un señor muy gordo con cara de cólera... *(Grandes risas.)* ¡Ay! ¡ay! ¡Me ha dejado reventada!...

— Señoras diputadas: yo no he oído nada, dijo una oradora á quien la desgracia había hecho filósofa y maldiciente; estaba muy lejos, arrinconada, porque tengo rota una pata. Pero he visto el desfile, y yo entiendo, señoras, que esto es lo del año pasado y lo de siempre: las mismas mujeres á caza de maridos, y los mismos hombres á caza de esposas. ¡Cuánta alegría ficticia y cuántos colorines que se pierden en la colada! Corros de familias de gracia en verano, chismorreos, rivalidades, envidias, miserias, ¡humanidad bobalicona esa que sale á la calle á ver y á ser vista, á divertirse, divirtiéndose á los demás! *(¡Profunda sensación!)* Pero el conjunto es de oro. Esta noche parecía el salón, con tanta gente bulliciosa y pintarrajeada, una orgía de carnaval. Á derecha é izquierda, dilatadas hileras de esos som-

breros altos, tan floreados y pomposos que gastan ahora las señoras, y por el centro del salón, entre nubes de incienso y aromas de nardo, bandadas de elegantes y bonitas muchachas que abren mucho los ojos cuando pasa el ejército expedicionario de seres barbudos. *(¡Mucho! ¡Mucho! en la mayoría.)* Chasquidos de besos femeninos, risas locas, interjecciones correctamente españolas, voces de aguadora confundándose con sonsonetes de barquillero y gritos de vendedor de periódicos, arrastre, ¡ay! de nosotras, las pobrecitas sillas, manos que se juntan, pies que se acarician cuando no se epuivocan y nos dan en los nudillos, sombreros que se saludan cortesmente; manchado todo por el polvo y escarneido por la conversación, cuyo murmullo se oye muy hondo, como ruido de piedras en río revuelto por la crecida, si no lo turban agudas y vibrantes notas, arrancadas por el jorobadillo que interrumpe la charla para pordiosear riendo con las cuerdas de su bandurria. *(Entrepiños aplausos.)* Y ¿qué diré, señoras, qué diré de las mimosas escenas que ocurren en lejanos sitios bajo ramajes de árboles en bancos injuriados por la intemperie?... *(Toses, chicheos.)*

— Oiga usted, señora, interrumpió un banco de piedra que acababa de llegar del Botánico;

eso es cuenta mía y de ello voy á hablar en este momento histórico...

— ¡Que se calle! ¡No le dejéis hablar, gritaron las sillas huyendo ruborosas.

(Momentos de confusión; la presidenta llama al orden, agitando una pata.)

— Señoras, dijo al fin como si marcara las palabras, señoras, este caballero es moderado histórico; no hay más que verle la cara, ¡respetad la desgracia!... La presidencia entiende que tiene derecho á decir lo que piensa, porque es tan hijo de Dios como cualquiera, y... pero dispensadme, no puedo hablar más... Siento que me baja una bolita de no sé qué cosa... Yo me ahogo... ¡Señoras, estoy atragantada!...

En efecto, se le había metido en la boca un coágulo de lodo.

Nubes de polvo levantado por las mangas de riego cerníanse sobre el salón, y ráfagas de aire fresco sacudían las moléculas elevándolas tan pronto como las hacían descender en forma de pegajosa arena. En el Buen Retiro ya empezaban á despertar á sus *cocottes*, chillando, algunos pájaros calaveras, y las encorvadas hojas de los árboles caían al suelo arrastrando avispas que las habían tomado por tálamos nupciales. Los mangüeros de la villa se acercaban cada vez más al

Prado, y, como nieblas sofocantes que se deshicieran en polvillo luminoso, marchaban las nubes camino de la puerta de Alcalá, dejando en pos multitud de moléculas, cuáles muy negras, cuáles brillantadas por una luz tenue que iba clareando el desnudo de la Cibeles, y un grupo de dos chicuelos que se habían dormido á pierna suelta el uno sobre el otro, muy cerca de la diosa, y sorprendidos por aquel chaparrón de las mangas de riego, despertaban rodando por el suelo, con las manos en las cabezas y dejando ver por los agujeros de los raidos pantalones algunos blancos de las nalgas.

.....
 Cuando volví la vista hacia el Prado, estaban mudas y en correcta formación todas las sillas. ¡Diríase que se preparaban á oír el discurso de la corona!...

DE REGRESO

... y calentura trojeras
volverás sin calentura.

Era su ambición: Madrid. No se lo explicaba, pero lo presentía: un pueblo grande, bullicioso, orgiástico, en donde se derrochaba la alegría de la existencia.

Venir por unos días á Madrid, verlo todo de arriba abajo, volver al pueblo y poder decir á las amigas: «Miradme bien... vengo de la corte.»

Y aquella buena moza de ojos grandes y garzos, que reflejaban, entre llamaradas rojas y negras, la fiebre amorosa de su dueña, tomó asiento en el tren de recreo, con la merienda correspondiente, un baulito, conteniendo todos los trapos de cristianar, y una madre solícita que no le quitaba ojo de encima...

Detrás, allá muy lejos, perdido en un mar de verdura, en un oleaje de flores, quedaba el pue-

blecillo con su centenar de casas rústicas seme-
jando blancos palomares entre árboles tristes que
bordan la orilla del río.

¡Este Madrid!... De la mañana á la noche ha-
cía falta estar de pingo. Ya se había puesto todos
los trajes churriguerescos, de suprema elegancia
en la aldea: uno verde, tirando á loro, que hu-
biera sido un verdadero peligro para ella si se
hubiese tropezado con Taboada; un sombrero mo-
numental con vistas de hortaliza; los guantes de
piel de perro color lila; el abanico de plumas de
colibrí, regalo de su tío *el indiano*... ¡Qué vida!
Tan pronto en coche como en tranvia, porque las
veinticuatro horas resultaban cortas si se quería
«verlo todo», y luego, al caer de la tarde, venga
pasear en *los martes de las de Gómez*, que eran su
delicia. ¡Ah! ¡cómo rabiarian sus buenas amigas
cuando les contara los mil y un encantos de ese
Madrid! Les daría las señas de todos los escapar-
ates, de todos los paseos, de todos los teatros,
de todas las calles.

No olvidaría decirles, ¡cómo olvidarlo! que vió
la «escultura de Cibeles», según había leído en
La Correspondencia que se llamaba una fuente ri-
dícula, y los elefantes del circo de Colón, y que

la reina, nada menos, se dignó saludarla contándole cuando se quitó la hortaliza sombreril. Con lo que no podía, — y lo contaría también, — era con los hombres : unos sin vergüenza... ¡Qué modo de mirarla ! ¡Y qué cosas le decían !... Hasta un cochero miserable le había dicho, porque el caballo se encabritó á tiempo que pasaba ella :

— Caballo ha de ser, ¡señora ! y le tiemblan las carnes al ver ese palmito...

Le faltaba todavía lo mejor, el *desideratum*, el pináculo de la excursión : *San Isidro*; y, sin saber por qué, sentía el miedo que se experimenta instintivamente al aproximarse á un peligro desconocido, miedo de virgen de pueblo que llega á Madrid con calentura amorosa...

Figurábase que la pradera era un precipicio del escándalo, en el cual se caía sin remedio, y la envolvían, entre desvanecimientos de casta doncella, voluptuosos alientos de hombre y fuertes vahos de embriaguez que parecían salir de una tierra empapada en vino.

En fin, y en el peor de los casos, para librarla de todo mal, allí estaba *el santo*...

* * *

Cando pensaba en ello, no sabía explicarse cómo había sido... Recordaba, sí, que cenaron so-

bre el musgo de la pradera una docena de amigos; que el vino no sabía lo que hacía con las parejas de comensales y que en el azul del cielo no brillaba poco ni mucho el farol colgante que se llama luna... Recordaba luego que se le hizo muy corto el regreso al pueblo; que cuando quiso decir : « Miradme bien... vengo de la corte », sintió un nudo en la garganta, y que con cara de muerta, á quien velaban los ojos de una madre avergonzada, penetró en el blanco palomar de la aldea, por entre los árboles tristes que bordean la orilla del río...

EL BANCO DE LOS DIFUNTOS

La puesta del sol de aquella tarde de otoño es la más hermosa que he contemplado. En el cielo azul que arrancara lágrimas al hipocondríaco autor de las *Rimas*, había líneas blancas y rojas; figuras fantásticas cabalgaban sobre nubes de caprichosa forma y, á causa de la impetuosidad de su carrera, se desvanecían en girones de tornasolados colores; tal parte del cielo semejaba un bosque incendiado; tal otra, un lago violáceo de riberas doradas; y allá á lo lejos, lindando con el horizonte, el velamen de una nave que se balanceaba sobre las espumas del mar.

Cuando, saliendo al campo por la puerta de Toledo, vi la hermosura de aquella tarde, última de mis sueños... paré tal, que cualquiera hubiera creído que latía enérgica en mi espíritu la fibra del entusiasmo; y, temeroso de que se borrara el

paisaje sin que yo hubiera apurado sus misteriosos encantos, abandoné el paseo para sentarme en un banco, desde el cual veía y tornaba á ver, sin admirarme de mi admiración, las bellezas de la puesta del sol...

II

La Rochefoucauld ha dicho que las acciones humanas son como los consonantes de la rima, que cada cual acomoda como mejor le parece. Tal máxima, verdadera en el mundo real, tiene exacta aplicación en el mundo de las quimeras.

¡Soñar es vivir!... En este largo y pesado sueño de la vida hay variedad de paisajes, acuarelas alegres ó tristes, copias de la naturaleza.

Si en noche huracanada de invierno se contempla á solas el desfallecimiento de un alma sin ventura, lágrimas silenciosas saltan á los ojos; el hielo que cae en el exterior de la casa, blanqueando el campo, penetra en el corazón y le marchita; el viento que desgaja los árboles se lleva consigo la ilusión postrera; las nubes pardas que cruzan volando el firmamento parecen pedazos esparcidos de una mortaja : el horizonte no tiene límites y es siempre negro...

Mas si se evocan tristes recuerdos cuando la

naturaleza está de gala, bajo un cielo que ríe, á la luz alegre de la aurora, ó á la luz melancólica de la tarde, presto pierden sus sombrías tintas y reflejan las de la naturaleza; las líneas de color de rosa que se dibujan en el cielo cubren los rugosos surcos que el dolor abrió en el semblante; el rayo de luz que ilumina la campiña vivifica el aterido entusiasmo y resucita las energías del espíritu; las fiestas del cielo se celebran también en el corazón del hombre, é imagina que la vida es bella, pasajero el infortunio y espera el *mañana* que nunca ha de venir.

— ¡No ha muerto mi esperanza!... pensaba yo mientras veía al sol que se ocultaba más y más en el espacio sin fin.

Y con rapidez vertiginosa, en deslumbrador desfile, entre rumor de besos, pasó ante mí la primavera toda de mi vida, con sus recuerdos alegres y lisonjeros, sus celajes de oro y grana, sus capullos de amor, rubios y morenos, sus botones de rosa, que son las ilusiones, iluminada por aquella sin par puesta del sol que parecía una luz de bengala muriendo en un fanal de nácar.

III

Un rumor sordo vino á despertarme de aquel sueño... ¡el último! En el mismo banco que yo ocupaba, dos hombres andrajosos habían colocado un caja larga, estrecha y enlutada, y oí una voz que decía : *¡Qué carga tan pesada!*...

Me fijé entonces en aquella caja entreabierta, por cuya espaciosa hendidura se descubría un cuerpo humano, amarillento y fétido, y pregunté á los acompañantes :

— ¿Qué sitio es éste?

— Aquí, me respondió el uno riendo, hacemos parada con los muertos... Ésta es la última estación antes de terminar el viaje...

— A este sitio, me dijo el otro, le llaman en Madrid *el banco de los difuntos*...

Y volvieron á coger la caja. Y continuaron su camino.

Cuando lo contaba, fruncía las cejas, y, entornando los párpados, dejaba ver las pestañas de sus ojos, mariposas de luto en urnas de cristal... Todavía hablada de « usted » á algunas personas, y reñía si la llamaban Pitusa á secas. Para preguntar por ella, era preciso decir : « la señorita Pitusa ». Ella reía mucho de puertas adentro, y descorriendo de repente el cortinaje rojo, decía muy seria :

— Pase mi señor.

Ella lo decía, enseñando unos dientes muy blancos, aunque jamás se dió en ellos polvos ni cepillo :

— Mi madre me parió en Orán.

Se lo decía á sus amigos, y ninguno lo dudaba al ver sus ojos caldeados en el fuego del amor, ennegrecidos con penas y siempre orlados de ojeras azules... Tenía una palidez enfermiza y en sus mejillas una pelusa tentadora que hacía decir á los hombres : *Cuando aquí nieva, ¿qué será en la sierra?*... Estaba siempre al desgaire, con el traje desabrochado, echada indolentemente y con los pies sobre un taburete carmesí; pies tan pequeños, que ni hechos de encargo para la Virgen...

— Mi madre me parió en Orán, decía riendo como una loca.

II

Acababa de realizar su sueño de oro... Volvía de París con el pelo teñido de rubio y un sombrero de ala muy ancha, con plumaje rojo y azul.

Allí, en una casa de la *Chaussée d'Antin*, se llamaba *mademoiselle Camelia*. Los franceses la encontraban *adorable*, y los españoles corrían á verla no de otra suerte que si se hubiera tratado de cumplir un deber de patriotismo. No había sillas en la casa para sentar á tantos amigos.

— Mi madre me parió en Londres, decía muy seria.

Y nadie lo dudaba al ver sus rizos de oro bajo las plumas rojas y azules del sombrero de ala

ancha. Hablaba del Edén y de *Excelsior*, y reía como una loca por la calle de la Montera.

Buenas amigas de ella habían hecho rajadas de su belleza; pero ya estaba en Madrid, más bonita que nunca, y, como ella decía, á todas les echaba la pata.

Así vivió algún tiempo: arrastrada orgullosamente por trenes de lujo en la Castellana ó arrastrando miserablemente sus pequeños pies en la calle de la Montera.

III

¿Cómo y por qué le amó? Ella misma no se daba cuenta del fenómeno... Pero no era vulgar capricho. Le amó ciegamente, con amor sumiso de esclava y con amor fiel de mujer harta de hombre. Él era un estudiante de medicina que disecaba el sentimiento con el escalpelo del cirujano.

Pitusa, en aras del amor, hizo el gran sacrificio del libertinaje. Pensó seriamente en ser honrada... y salió del vicio, como la mariposa del gusano, con alas para volar, y voló á una casita en compañía de « su hombre ».

Así vivió algún tiempo. Tuvo un hijo, por amor; después tuvo otro, por afición, y luego

otro, por costumbre... en fin, paría todos los años, porque creía que pariendo empezaba á ser honrada...

Después de algunos años de amoroso maridaje, aquel compañerismo ficticio empezaba á disolverse.

Ella le quería á él cada vez más; él saciaba sus brutalidades sensuales en la belleza de la mujer y luego la exponía en el mercado... Ella lo sacrificaba todo. Antes fué viciosa por comer; ahora lo era también para que comiera el estudiante. Y él comía con buen apetito.

Una noche, Pitusa enfermó gravemente; enfermó de pronto. Fué su enfermedad un amago, una caricia brutal de la tisis oculta en una amarillenta hoja de otoño. Su compañero, con el ojo avizor del médico, vió que se moría, y la abandonó por inservible...

Al cabo de algunos meses, ella le escribió así:

«... Si pasaba por nuestra calle, veía papeles en los balcones de nuestra casa y me parecía que se burlaban de mí y que me decían que mis amores se alquilaban... He vuelto á tomarla, porque la quiero mucho. Tú volverás, ¿verdad? ¡Si vieras cuántas flores tengo en la ventana! ¿Te acuerdas de la enredadera? Pues ya está más alta que tú. ¡Oh, ven, ven!... De sólo pensarlo me parece

que se agranda el pedazo de cielo que se ve desde el balcón... »

Sola y desamparada, arrepentíase de la honradez y sentía vértigos cuando de nuevo miraba cara á cara el vicio. El abismo la atraía fatalmente. Pero la prostitución habría de cerrarle también las puertas, y á poco la declaró inservible... Tenía las carnes muy flojas... Entre tanto, continuaba tosiendo, y en cada golpe de tos escupía un pedazo de vida... ¡Se moría á caricias de sentimiento y á patadas de hombre!...

IV

No se podía, sin cometer una profanación horrible, llevar el viático á aquella casa del pecado, allí donde los golpes de tos de la enferma bajaban solos de la boardilla y resonaban en la calle acompañados de risas y besos...

Pitusa pidió « el Señor » con mucha necesidad. Pensóse, pues, de prisa y corriendo en llevarla á una casa honrada en la cual pudiera entrar Dios sin escándalo, y fué trasladada en una camilla á un cuarto de la calle de Cedaceros.

Allí se vivía al aire libre. Todos los vecinos se hablaban, se tuteaban y se olían... culpa de las galerías, tan estrechas como largas, sin cristales

ni cosa que cubriera las desnudez de las habitaciones.

La cocina y el retrete eran los extremos de la galería de cada piso. En días de aire, ambas piezas se enviaban sus alientos... Si los vecinos iban á las habitaciones interiores, sentían brisas de cocina, y si á la sala, sentían brisas de retrete.

Ninguna de las ventanas tenía visillos; por no tenerlos, se clareaba todo, y los huéspedes del piso tercero de la izquierda se pasaban las horas muertas en la galería, viendo, á través de los cristales, cómo meneaba las caderas la Visitación si cosía á la máquina.

Quando, más muerta que viva, Pitusa llegó á la casa, levantábase de la mesa la honrada familia. Cinco niños rubios que comían como lobos manchaban de vino el mantel; el padre fumaba en pipa; la Visitación meneaba las caderas cosiendo á la máquina, y sobre el ruido de ésta y la grito de los chiquillos, se oía el arrastre de las chancas de la Olvido (así se llamaba la criada), que andaba por la galería llevando en la mano un escupidor más limpio que los chorros.

v

Mientras al párroco de las Calatravas se disponía á llevar el viático, por la calle de Alcalá desfilaba la muchedumbre de carruajes que salían del hipódromo.

Las carreras, á juicio de los aficionados, habían sido atroces. Los paseantes á pie hablaban muy mal del hipódromo. « ¡Invertir diez millones en poner una grotesca verja de madera á un solar donde crece á capricho la hierba! ¡Eso no es tribuna, ni pista, ni hipódromo! ¡Eso es una indecencia!... » Y volvían á hablar de los diez millones y del conde de Toreno.

Los paseantes en coche se daban tono con los que iban á pie. Á pesar de esto, pocos habían entrado en el hipódromo, por economizar el precio del billete.

— Ésta es una aristocracia roñosa, se decía. ¡Por ahorrarse una peseta, quedarse fuera de la pista!

Sin embargo, no podía negarse que el desfile era lucido. Había lujo de trenes y de coches de punto. Llamaban mucho la atención el *breack* del conde de la Patilla, el *four-in-hand* del conde de Tendilla y los calcetines rojos con agujas blancas

de un ministro diplomático á quien llamaban « la *cocotte fanée* ». Distinguidas damas de la aristocracia se codeaban con *cocottes* á precios módicos, y toreros con señoritos chulos. Todos habían comido *sandwiches* y bebido *cherry*.

Entre la muchedumbre y rozando las faldas de las mujeres, un mendigo monstruoso, un feto viiente, que se arrastraba como una alimaña con los pies en alto y la boca besando el suelo, hacía reír, cuando no se le echaba á un lado con los pies; mientras que por las apretadas filas de los carruajes de lujo se escurría un jorobadito recogiendo sonrisas de las señoritas de la aristocracia, cada una de las cuales le daba cinco céntimos los domingos y días de fiesta, porque les permitía sobarle la joroba en el atrio de las Calatravas.

Pero los clarines del ministerio de la guerra sonaban ya, y el caballerizo mayor hacía paso al coche del rey, seguido del duque de Sesto, con sus hermosas patillas de mayordomo regio, mientras Su Majestad se despepitaba por saludar á gentes tan groseras que no contestaban al real saludo.

Pitusa se había incorporado en el lecho para recibir los últimos sacramentos. Á la coquetería de su semblante había reemplazado un dejo de amargura que tenía mucho de resignación cris-

tiana. Sin embargo, estaba siempre muy provocativa con su camisa entallada...

El cortejo del viático no podía ser más numeroso. Habían acudido todos los vecinos de la casa con sus correspondientes velas, y hasta el inquilino de la boardilla, que jamás tuvo dinero para comprar una bujía, acudió también alumbrando con su mariposa de gas mill. El tramo de la escalera correspondiente al piso en que habitaba la moribunda había sido cubierto con una estera. Toda la vecindad estaba de rodillas.

El sacerdote, luego de haber cumplido su sagrado ministerio, se aproximó á Pitusa, y ésta, mirándole angustiosamente, le dijo con voz apagada algo que le hizo poner una cara muy triste...

— Fué una gran pecadora, pero santa por lo mucho que ha sufrido, decía el buen cura á la señora de la casa.

¿Por qué no? ¡Dios perdonó á la Magdalena!...

Y el Padre lloraba como un niño.

Poco faltó para que el viático se cruzara en la puerta de las Calatravas con el carruaje real. Su Majestad (el rey) se quitó el sombrero, y algunos transeúntes hubieron de figurarse que se descubriría en presencia de Su Majestad (Dios)... En aquel momento, el rey, atento y benévolo, se dignaba saludar á un cualquiera que había tenido el honor

de quitarse respetuosamente su gorra afelpada.

Entre tanto, las palabras del sacerdote fueron para la señora una revelación... ¿Conque era cierto cuánto le dijeran por la mañana?... Conque había sido engañada miserablemente?... ¡Haga usted favores para eso!... ¡Tener en casa á una mujer de la carrera!... ¡Oh vergüenza!... ¡Qué diría la vecindad!...

Y á la pobre señora se le subían los colores de mujer casada... Ella explicaría á sus amigos el abuso de confianza de que había sido víctima.

Este tropel de palabras y recriminaciones entró en el corazón de Pitusa como cuña á mano... Una nube de dolor empañó el cristal de sus ojos. ¡La honradez ajena se le subía á la cabeza y la trastornaba como el *champagne* de una orgía!... Hizo un supremo esfuerzo, y pidió por Dios que la llevaran al hospital: lo pidió con tanta necesidad, que no hubo medio de negárselo. La cortesana se desangraba, y la señora lloraba, porque la veían y de miedo á la muerte, por instinto de conservación... Pero en el fondo de su alma se alegraba, acaso sin quererlo, natural y fatalmente, de que muriera Pitusa... ¡porque era tan bonita!...

Cuando, acostada en la camilla, bajó las escale-

ras, la casa recobró su estado normal, oyóse nuevamente la grito de los chiquillos, y sobre ésta y el ruido de la máquina, el arrastre de las chanclas de la Olvido, que volvía con un escupidor limpio ya de los últimos esputos de Pitusa.

La turba de estudiantes de San Carlos se agolpaba en la sala de disección, y algunos, impacientes, bajaban al depósito de cadáveres. Aquella mañana había carne fresca...

En aquel momento los mozos se ocupaban en arrojar al depósito, con el mismo desenfado con que hubieran arrojado caballos muertos en la plaza de toros, los cadáveres que habían llegado del hospital, y el depósito parecía un puesto de cordones abiertos en canal.

El decorado era muy sencillo. En una de las paredes, una gran cruz de color negro y de madera grotesca, que diríase puesta allí para amparar á los muertos; en el suelo, agua sanguinolenta, colgajos, dedos y pelos acabados de cortar: algo así como un establecimiento de carnicería y peluquería á la vez.

Todos los cadáveres, que eran muchos, estaban

afeitados y con los pies muy sucios. De puertas adentro se los veía en posiciones cómicas y grotescas, con los labios abiertos y los dientes apretados. Hombres y mujeres aparecían juntos, hacinados, sin rubores de sexo... Al lado de un joven con el cuerpo surcado de manchas azules, una anciana venerable á quien acababan de afeitarse. Todos estaban en cueros sobre sábanas pringosas. Un mozo metía en el lavadero una columna vertebral con parte de las costillas. Era por cierto un buen trozo de carne humana, que, puesto en una carnicería, hubiera podido confundirse perfectamente con un pedazo de cerdo ó de carnero.

En el patio del depósito había varios bancos para la traslación y cubos llenos de tripas y grasas. (En una imprenta se hubiera dado á esos desperdicios el nombre de *perdido*...) Debajo de un banco se veía el muñón de un pie roído y sangriento.

Blasfemaban los mozos y zumbaban las moscas.

La turba de estudiantes se arremolinaba ante una de las mesas de mármol de la sala de disección. Dos mozos que acababan de dejar una camilla levantaron de ella el cadáver de una mujer. Uno la cogió por los brazos, y otro por los pies, tan pepueños, que ni hechos de encargo

para la Virgen... Al arrojar el cadáver en la mesa, la cabeza se dobló sobre los hombros, y los pechos, que eran piltrafas, se tambalearon como dos grandes vejigas á las que faltara de pronto el aire.

¡Pobre Pitusa! Estaba tan desfigurada, que no la hubiera conocido la madre que la parió, á no ser porque su boca tenía aún una contracción que la había hecho popular entre los hombres, un espasmo elocuente de la voluptuosidad.

Los estudiantes se preparaban á despedazar el cadáver, cuando uno de ellos se abalanzó el primero al corazón. Con mano práctica quitó el timo y el tejido celular, separó las hojas del mediastino é hizo una incisión crucial en la parte anterior, mientras exclamaba riendo :

— ¡Veamos esa fibra del sentimiento que dicen que existe en esta región!

Era el estudiante, que disecaba el amor con el escalpelo del cirujano.

¡Á VIVIR! ¡Á VIVIR!

— ¡Ah, señor!... ¡Si usted la hubiera visto!... ¡Si usted hubiera conocido á nuestra pobre Alice!... Se ganó por guapa un premio y por virtuosa otro... Todavía nos parece verla, en la aldea, debajo de una alegre parra, cuyas verdes hojas eran el marco de su ventana... La enviamos á París sana y honrada, y el Sena nos la devuelve muerta y prostituída...

Lloraron en silencio largo rato : lágrimas frías que rodaban por el apergaminado semblante de los viejos, como gotas de lluvia por el pedregoso surco de un río seco.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* *

Al llegar á la estación, dije al cochero :

— Lléveme usted á la Morgue.

para la Virgen... Al arrojar el cadáver en la mesa, la cabeza se dobló sobre los hombros, y los pechos, que eran piltrafas, se tambalearon como dos grandes vejigas á las que faltara de pronto el aire.

¡Pobre Pitusa! Estaba tan desfigurada, que no la hubiera conocido la madre que la parió, á no ser porque su boca tenía aún una contracción que la había hecho popular entre los hombres, un espasmo elocuente de la voluptuosidad.

Los estudiantes se preparaban á despedazar el cadáver, cuando uno de ellos se abalanzó el primero al corazón. Con mano práctica quitó el timo y el tejido celular, separó las hojas del mediastino é hizo una incisión crucial en la parte anterior, mientras exclamaba riendo :

— ¡Veamos esa fibra del sentimiento que dicen que existe en esta región!

Era el estudiante, que disecaba el amor con el escalpelo del cirujano.

¡Á VIVIR! ¡Á VIVIR!

— ¡Ah, señor!... ¡Si usted la hubiera visto!... ¡Si usted hubiera conocido á nuestra pobre Alice!... Se ganó por guapa un premio y por virtuosa otro... Todavía nos parece verla, en la aldea, debajo de una alegre parra, cuyas verdes hojas eran el marco de su ventana... La enviamos á París sana y honrada, y el Sena nos la devuelve muerta y prostituída...

Lloraron en silencio largo rato : lágrimas frías que rodaban por el apergaminado semblante de los viejos, como gotas de lluvia por el pedregoso surco de un río seco.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* *

Al llegar á la estación, dije al cochero :

— Lléveme usted á la Morgue.

Y como los cocheros de París no echan discursos, ni emiten observaciones, ni se admiran de nada, sacudió en seguida la fusta y llevóme en volandas por entre árboles de pomposos ramajes sobre los que brillaba temblando una rociada del verano.

La Morgue estaba allí, tan tranquila, con su corazón de muerta en el centro de un organismo vivo, como si no pasaran años ni cadáveres por su antesala, que es, en la dorada superficie de París, lo que una peca en la cara de una mujer bonita.

... Debió ser muy linda. Sus ojos rasgados conservaban aún, á través del vidrio de la muerte, el primitivo color que tuvieron: azul del Mediterráneo cuando está en calma.

Había algo de santidad en aquella pálida fisonomía que se despidió de la vida sin hacer una mueca, con resignación de mártir tranquila y sonriente. Del chorro de agua que caía sobre el lecho mortuario rodaba una gota por la frente de la pobre niña, jugando con un rizo de sus cabellos, que se alargaba á ratos para enroscarse en seguida como si lo acariciara la mano de un hombre enamorado.

Era un dolor aquella muchacha. Yo quería un dato acerca de su voluntario destierro del mundo de los vivos. Me acerqué á un guardia muy gordo...

— Se la encontró, me dijo, en un ribazo del Sena. *Es una tonta.* ¡Buena gana de matarse en la época de los espárragos y las setas!...

Y luego, desdoblando un periódico y leyendo con entonación de fiscal de audiencia:

— Vea usted lo que dejó escrito á su amante: « Esta sombra negra que me envuelve y absorbe hasta que consiga taparme á tus ojos, ha podido exasperarte, ¡á ti también!... *Véte y no vuelvas;* me lo has dicho, no lo niegues... ¡Quién sabe si mañana, cuando me haya ido para siempre, me echarás de menos, aunque no sea más que como madre de tu hijo! »

Recordé las lágrimas de los viejos, el premio de la belleza y de la virtud, las hojas verdes de la parra... Y sin poder evitarlo, porque los recuerdos se suceden en el alma como las olas en el mar, pensé en las muertas que llevamos todos en la ignorada Morgue del corazón...

Pero París despertaba. Una multitud bulliciosa invadía las calles, los carruajes, los ómnibus. Pasó

como un relámpago un *four-in-hand* con una bandada de muchachas entre rosas y claveles. Pasó también, con el corsé en la mano, una linda rubia que iba cantando :

Tiens! voilà Mathieu.

Comment vas-tu, ma vieille?

Tiens! voilà Mathieu.

Comment vas-tu, mon vieux?

Y del seno de la tierra, cubierto de flores, como del seno de las mujeres, saturado de aromas, se exhalaba un olor á juventud y un cántico sin palabras, algo así como misteriosa voz de una naturaleza que resucitaba, exclamando : ¡Á vivir!
¡Á vivir!...

EL AVISPERO

I

Sí... doña Angustias Ramírez, viuda de Rol-dán, era excelente persona : honrada á macha martillo, buena sobre todas las cosas, inteligente y culta. Con todas estas cualidades nada comunes, y mimada además en vida de su esposo, doña Angustias no era feliz. Bien al contrario : sus infortunios eran tantos y tan crudos, que le daban derecho á clasificarse en el número de los ejemplares de la humana especie destinados á servir de *anima vili* al escalpelo del cruel cirujano que se llama DESGRACIA.

Doña Angustias fué antaño mártir de sí misma, y luego lo fué de su familia y de sí misma también; porque doña Angustias era, ante todo y sobre todo, un caso patológico, un caso de enfermedad, *un caso* en fin. Producto de la *hysteria*

como un relámpago un *four-in-hand* con una bandada de muchachas entre rosas y claveles. Pasó también, con el corsé en la mano, una linda rubia que iba cantando :

Tiens! voilà Mathieu.

Comment vas-tu, ma vieille?

Tiens! voilà Mathieu.

Comment vas-tu, mon vieux?

Y del seno de la tierra, cubierto de flores, como del seno de las mujeres, saturado de aromas, se exhalaba un olor á juventud y un cántico sin palabras, algo así como misteriosa voz de una naturaleza que resucitaba, exclamando : ¡Á vivir!
¡Á vivir!...

EL AVISPERO

I

Sí... doña Angustias Ramírez, viuda de Rol-dán, era excelente persona : honrada á macha martillo, buena sobre todas las cosas, inteligente y culta. Con todas estas cualidades nada comunes, y mimada además en vida de su esposo, doña Angustias no era feliz. Bien al contrario : sus infortunios eran tantos y tan crudos, que le daban derecho á clasificarse en el número de los ejemplares de la humana especie destinados á servir de *anima vili* al escalpelo del cruel cirujano que se llama DESGRACIA.

Doña Angustias fué antaño mártir de sí misma, y luego lo fué de su familia y de sí misma también; porque doña Angustias era, ante todo y sobre todo, un caso patológico, un caso de enfermedad, *un caso* en fin. Producto de la *hysteria*

major, descendiente de una familia que, enardecida é impulsada por sus disparatados nervios, quiso pasarlo todo á fuego y exterminio, doña Angustias nació y fué formada para la guerra. Hubiera podido rivalizar con Agustina de Zaragoza, con Juana de Arco ó con María Pita... Hubiera podido ser una Carlota Corday ó una madame Rolland... Desgraciadamente para ella, y acaso para la historia, no pasó de ser eso, *doña Angustias*, — un ángel por el corazón y una Luisa Michel por el carácter, — y vió limitada su poderosa iniciativa á la fundación de un hogar, pero hogar *sui generis* á modo de campamento, con un centinela terrible, que era ella, velando en su imaginación mientras dormitaban sus fuerzas de guerrera al pie de la tienda de campaña cuyo todo lo formaban celajes de fuego y belicosas imágenes que reñían á diario tremebundos combates en lo recóndito de su batallador espíritu. Mientras soñaba así, con los ojos en claro, pidió su esposo (el cual no había nacido para las artes de la guerra) el retiro absoluto, marchándose al otro valle sin dejarle en éste de lágrimas muchas pesetas (puesto que se gastaron casi todas en pólvora y salvas), pero sí una prole sana y distinguida: tres varones, — Manuel, Carlos y Alfredo, — y tres hembras, — Catalina, Concha y Adela, —

uno para cada una, y en total algo así como dos bandos de Horacios y Curiacios.

Doña Angustias, buena de suyo, no hizo como la víbora, que se sube á un árbol para escupir al suelo los viboreznos que procreó. Doña Angustias parió á sus hijos como Dios manda, esto es, en la cama; los crió á sus pechos; los formó al calor de su regazo; y ellos, tocados también de la *hysteria major*, puesto que á su vez descendían de la familia que dió tanta guerra en el mundo, se le enroscaban al cuello. Eran como avispas irritadas, con ó sin motivo (mayormente sin él), que reducidas á comprimir su temperamento en los linderos del hogar, volaban de los cuartos á la sala, de la sala á los pasillos y de los pasillos al balcón, sin darse punto de reposo, picándose las unas á las otras, zumbando, con las ponzoñas derramadas, temblorosas de ira, furiosas siempre. Aquellos hermanos, excelentes todos en el fondo de su alma, vivían, sin embargo, como tirios y troyanos, zuavos y hulanos, chilenos y peruanos, riñendo por verdaderas futesas, zahiriéndose, des-pellejándose, mordiéndose hasta hacer saltar la vergüenza de sus mejillas. La divergencia más ligera sobre las cosas más fútiles se elevaba entre ellos, aguijoneados por susceptibilidad vidriosa, á categoría de cuestión de gabinete. Se formaban

bandos, Carlos y Catalina, por ejemplo, contra Alfredo y Adela, sin perjuicio de que, al andar del tiempo, se trocasen los frenos con motivo de otra divergencia igualmente nimia, aunque en distinto asunto, y alegara Carlos para defender á Adela lo mismo que, por ampararle, dijo Catalina en contra de Alfredo. Se dirigían cara á cara atroces invectivas, enconados ataques, injustas acusaciones, á solas y ante el público, sin exceptuar siquiera á los criados que llevan en las lenguas, lo mismo que en las manos, el pringue de las cocinas y alcobas en donde sirven husmeando con las narices abiertas. Se conminaban con la bofetada, el palo y el patíbulo. Hartos de vocear con las gargantas como fuelles de órgano, veíanse precisados á hacer alguna que otra pausa, muy breve, turbada á intervalos por el cuchicheo de algún hermano rezagado que no figuró en la gresea, no por falta de ganas, sino porque estuvo en la calle á la sazón de ocurrir el hecho, al cual hermano se hostilizaba para que tomara parte, describiéndole minuciosamente, detrás de una puerta, el último episodio.

Sobrevenían en seguida, entre unos y otros, los más especiosos comentarios, en los cuales se derrochaba una astucia insigne de picapleito, en desfigurar hechos y falsear verdades; y, después de

lanzarse furtivamente miradas henchidas por el odio, volaban por la casa con el aguijón de punta, entre muecas y contorsiones, como epilépticos. Si dejándose influir por aquel viento de tempestad que arrastraba en pos una lluvia de lágrimas vitriólicas que roían y secaban todas las ilusiones de la casa, á la cual no era posible aproximarse sin sentir algo así como la impresión que produce una pila de Volta, ocurría que alguna persona extraña á la familia se mostraba parte haciendo un mohín de disgusto ante tamaños escarceos, veríaisles entonces hacer causa común, como lobos de una misma manada, uniéndose para defenderse al igual de malhechores reñidos en familia y aunados y compactos en presencia de la guardia civil.

Á los gritos de la horda acudía doña Angustias, trémula, llorosa, caminando aceleradamente á cuestras con el pesado fardo de sus años, con la falda del vestido arrebujaada entre las secas manos; y sin quererlo, esto es, queriendo todo lo contrario, poner paz entre los contendientes, atizaba ella misma la llama de la discordia por echar su voto inconsútil en el platillo del hijo que le hacía más gracia en aquella estación del año. Inclínabase la balanza de la justicia con el peso de doña Angustias, y arreciaba la zambra de los hijos.

Entonces, ¡oh! entonces, exhausta de fuerzas para aplacarla, injuriada en sus respetos de madre, retorciase en paroxismo de suprema iracundia, y loca de dolor caía de rodillas ante el altar de veneranda imagen, diciéndole de corazón:

— ¡Misericordia, Virgen santísima, Señora de los Desamparados, misericordia!... ¡Librame de esta vida que me pesa tanto!...

Alguna vez conseguía doña Angustias pacificar á la prole, dirigiéndose á uno de los contendientes (el que privara menos en su simpatía aunque llevara razón en la riña) y arrastrándolo, en demanda de perdón, á las plantas del otro... Pero lo general era que ninguno de ellos le hiciera caso, y que de pronto rompieran las voces del cotarro en alarido de suprema imprecación y de pronto también se acallaran roncamente, no sin haberse jurado odio eterno los iniciadores de la fraternal reyerta, parando todos con los rostros pálidos, desencajados, envejecidos, como si se hubieran azotado contra ellos violentas ráfagas de ábrego furioso, ó como si acabaran de pasar por los estragos del cólera... del cólera, sí, porque aquella riña y la otra y todas venían á ser deyecciones morales de temperamentos cuyas válvulas eran una vanidad ineducada y un monstruoso egoísmo del corazón. Al igual que en las grandes

batallas, ponían paz en aquella jaula de locos las sombras de la noche cayendo friamente sobre las cabezas chamuscadas y sobre las entrañas escocidas por la ira; pero á través de esas mismas sombras, rompiendo el misterioso silencio de la noche, que es, para las inteligencias pensadoras, natural tregua á las pesadumbres del día, aun se percibían el rasguear airado de las plumas que enviaban á remotas tierras, en sendas cartas con honores de folletos, la historia del suceso detallada y exornada además con exageraciones estupendas, el suave susurro de escurridiza enagua esponjándose como una araña para posar á hurtadillas la nota final del chismorreó, y el reflejo de una luz, amarillenta y goteosa, que destacaba el ribete de la enagua y el demarcado perfil de una cara de somnámbula... en tanto que allá, abatida sobre el lecho del insomnio, con las yertas manos oprimiendo la abrasada frente y con el vientre crecido y convulso de suspirar tanto, la infeliz doña Angustias dejaba secar dos lágrimas del corazón en sus ojos hinchados y despavoridos.

Al caer de la tarde, después de una de las crisis que duraban todo el día y volvían de arriba abajo la casa toda, solía doña Angustias refugiarse en un escondrijo del balcón, con la cara

alargada y los ojos secos de llorar, vencida y dementada... De un nubarrón, que tenía negrura de abismo y parecía henchido por la proximidad de una tormenta, bajaba lentamente un sol muy encarnado que semejaba inmenso ojo sangriento sumergiéndose en la verde eflorescencia de las cañas, enfrente á solitaria palmera que encorbaba sus cogollos como si quisiera saludar al astro en su caída; y obedeciendo acaso á la conjunción de los destinos vencidos, se establecía una corriente de atracción irresistible entre el ojo sangriento que caía desprendido de la cuenca del cielo y los ojos tristes que le veían caer desde el marco de una fisonomía de madre desmayada y enloquecida...

11

La próxima llegada de Manolo conseguía á ratos calmar el *alismo* de la familia de doña Angustias. *Por fin* regresaba aquel hijo, que venía á ser en su casa algo muy especial y excéntrico que no se explicaba su familia, pero lo sentía sin darse cuenta de ello, juzgándolo provechoso para todos. No se quería el regreso del hijo pródigo por mero gusto de colgársele al cuello y restañar con besos las heridas que le causara su vagabunda y azarosa peregrinación por el mundo... Ma-

nolo significaba para algunos de su familia el mejoramiento de la fortuna, para otros el prestigio social, para todos la exhibición de un título académico que brillaría muy bien en el frontispicio de la derruída casa. El más cruel de los egoísmos, por lo mismo de aparecer con capa de santidad, habíase encarnado en la familia de Manolo; la cual, desde Majagua, le tendía los brazos por encima del puente de cada uno de los vapores que zarpaban con rumbo á la península, llamándole en largas y quejumbrosas cartas con cantos de sirena y con la misma succión que tienen para atraer á su víctima las ventosas del pulpo.

Manolo vacilaba, dando largas á los plazos, y no volvía. Enfermo desde muy temprana edad, combatido por terrible misantropía que se agazapaba, como un chacal, en lo más profundo de su espíritu, y que por anomalía del temperamento se exhalaba en regodeos y chistes que eran así como la espuma del llanto que corría por el profundo cauce de su corazón, Manolo pasó la infancia arrastrándose á solas en los rincones más solitarios, andorreando entre breñales ó anidando en las copas de los árboles, harto de vivir cuando no había empezado, roído por prematuro é inconsciente escepticismo, desperezando panza arriba el

hastío de su existencia bajo el emparrado de la casa ó bien tumbado á la bartola sobre la arena de la playa, desde donde dirigía miradas anhelantes en persecución de lo desconocido, del ancho océano que deseaba vadear, como si guardara en su seno la última esperanza del pobre niño. Los vecinos le graduaron de loco, la familia confirmó la justicia del título, y el mismo Manolo se persuadió de que lo estaba de remate y no merecía bien de una familia que encajaba perfectamente en el rutinario molde de la sociedad. Resolvió desde entonces, y consiguió luego, expatriarse. Su padre, que sin comprenderlo bastante sentíase orgulloso de haberle engendrado, le acompañó muy campechano y sereno en apariencia á bordo del vapor; pero luego, en el bote, cuando los marineros subieron la escala, y sorprendido por el ruido de la maniobra alzó la vista y vió que Manolo agitaba desde la cubierta del buque un pañuelo en señal de despedida, no pudo ocultar la espontánea lágrima, que había reprimido durante tanto tiempo. Aquella lágrima, henchida de sentimiento, subió copiosa é hirviente del fondo del corazón, y, corriendo por el rugoso cauce de la mejilla después de salpicar con ligero temblor las sombras de las pestañas, fué á caer pesadamente al agua como si quisiera

endulzar el océano de amargura que muy pronto separaría al hijo y al padre.

Manolo fué á estudiar para abogado en Madrid, no por vocación propia, sino por vocación y equivocación también de su familia. Fué el abuelo notable jurisconsulto en Majagua, y, creyendo los padres de Manolo en la transmisión de las facultades intelectuales, pensaron de común acuerdo que estaba Manolo llamado por Dios á perpetuar en la familia la raza de los letrados eminentes de Majagua. Lo cierto fué, sin embargo, que Manolo se inició por respeto á sus padres en el estudio de las leyes; lo cultivó por vanidad de estudiante que no quiere quedarse á la zaga; puso término por costumbre establecida á la carrera que había seguido, y tuvo una desazón cuando recibió el título de licenciado en derecho civil y canónico, ó sea en el arte de vender mentiras, como decía Petrarca. Pensó que la toga le deshonoraba, que el birrete le aplastaba el cráneo, que el abogado mataba al hombre... Firmó el título como si firmara su sentencia de muerte, y embutido en la toga, delante de los magistrados apercebidos para recibirle juramento, jurando en falso, puesto que no creía en ninguna religión positiva, ni en la ley, ni en el derecho, se figuró que aquella vestidura negra era la hopa que le apareja-

ban para subirle al patíbulo... y tembló de asco.

No ya licenciado era Manolo, sino doctor experto en achaques del corazón. El análisis á que se había hecho, combinado con la natural tendencia del temperamento y los múltiples accidentes de la vida, habían impreso en su espíritu singular desencanto, que flotaba á veces claro y sereno, y á veces se desbordaba turbulento y convulso; que corría también, como ráfaga de muerte, sobre lo que pensaba y escribía, invadiéndolo todo, quemando, á manera de helada extemporánea, sus ilusiones en flor, sin exceptuar siquiera las que tenía en la vida literaria, que se le presentaba á ratos bajo tedioso aspecto, brutalmente miserable; desencanto que le quitaba el sueño las más de las noches, y le amargaba la boca al despertar á la vida, cuando conseguía conciliarlo tras largo y combatido insomnio. Deseaba creer, encontrar algo que mereciera la pena de ser creído y le sirviera de salvavida en el inmenso naufragio que corría su juventud, y no creía, viviendo entre suspicacias y recelos, en eterna noche de duda y desconfianza, espoleado por su idiosincrasia y aleccionado por la experiencia. Decía que la vida era lo que él había visto y sufrido, y que hacía falta tomarla así ó presentar la dimisión. Recordaba al filósofo que, asqueado ante el espectáculo

de la humana especie, queriendo llevar en el claustro una vida libre de ajenas pasiones, fué á resucitar en el « santuario » del convento y en el cultivo de unas matitas sus olvidados amores. Una mañana observó con sorpresa que les habían quebrado las hojas, y otra mañana descubrió lo mismo. Sospechó que la destrucción de sus plantas era obra de infame abejorro; estuvo en acecho una noche, y al clarear el día vió con espanto, por el agujero de la llave de su cuarto, los ojos, henchidos por la envidia, de un fraile que era su mejor amigo, el cual, acercándose cautelosamente, tronzaba con frenética mano las hojas de las pobres matitas en las que refugiara el amor y el porvenir de su existencia...

Herido por la dilacerante pesadumbre que nace del conocimiento desmesiado claro de las cosas humanas, vivía Manolo aislado del mundo, á solas con su cerebro que estaba poblado de recuerdos (tal vez de fantasmas), y se abstraía y renegaba tanto que, por molestarle todo, le importunaba el halago de un perro que tenía, del cual aseguraba que le quería un poco, cuando le daba de comer.

Consideraba la vida como una resta. No sumaba los triunfos, los restaba.

— Y cuando lo haya estado todo, pensaba él

á solas con su idea, no desearé más que una cosa : la tumba.

Imaginaba, en sus delirios, viéndose divorciado de todo y perseguido por todos, que había venido al mundo á purgar crímenes que habrían cometido sus antepasados ó que pudiesen cometer sus descendientes, y que los expiaba fatalmente. Tenía entonces veintiún años en el calendario y sesenta en el corazón.

La primera vez que Manolo vió á Pitusa fué en el teatro Eslava, no por voluntad suya, sino por voluntad de un su amigo, quien, deseando informes, recurrió á Manolo, que gozaba fama de conocer á primera vista los achaques del mundo femenino.

— Hay, le dijo, una mujer que no entiendo, porque parece honrada... y no lo parece. Alta, delgada sin ser flaca, esbelta, elegantísima y discreta en sus maneras; blanca con el pelo rubio y los ojos negros de mirar maligno. ¡Buena mujer! La acompaña una señora muy seria, que viste de luto. Parecen madre é hija... Yo, francamente, no me atrevo á írmele al bulto.

Aquella noche estaba lleno Eslava : muchas

mujeres mundanas en los palcos, muchos periodistas en las butacas, la alegría de vivir retozando en el teatro, que estaba « muy tirado » de gasas y corbatas blancas, porque la moda había establecido que « la gente del Real » abandonara á ratos « el regio coliseo » para exhibirse en Eslava, como si la aristocraeia, aceptando el principio de que en la variedad está el gusto, quisiera apurar, tras una copa de champagne, un vaso de peleón.

Estrenábase un sainete, y el público había empezado á reír, no de los chistes de la obra, sino de los autores que escribieron tamañas majaderías. Oyóse el susurro de unas faldas que se deslizaban por el pasillo de las butacas, y Manolo volvió instintivamente la vista. Era Pitusa, se la había figurado, habíala sentido sin verla; era la propia Pitusa, muy señorita, discretamente ataviada y seguida de una señora que hacía á maravilla el papel de madre honrada y ofendida de que le miraran la hija. Manolo contempló á la buena moza con ojos que no pestañeaban cuando sondeaban los remansos del corazón. Aquellos ojos se pegaron á los de Pitusa, que relampagueaban de ironías, leyendo en ellos muchas cosas ocultas. Ella sacudió, como si le estorbara y produjera el malestar de una pesadilla, la mirada es-

crutadora; arrugó la frente y volvió la cabeza. Él sonrió victoriosamente... Pero muy luego, al sentarse, ella dejó caer sobre él una mirada tibia y dulce, de niña inocente y asustadiza, y entonces tuvo miedo Manolo.

Terminado el sainete entre estrepitosas risas del público que bromeaba á costa de los autores, salió Manolo para detenerse en el callejón de Eslava. Momentos después pasó Pitusa, y ambos volvieron á mirarse á la luz del farol que alumbraba la fachada del teatro, reconociéndose y leyéndose de corrido. Él la siguió largo trecho sin ser visto por ella, atravesando juntos, como cuerpo y alma, la carre del Arenal, la plaza de Isabel II, la calle de Campomanes, la plaza de Santo Domingo, la calle Ancha... Próxima á la de las Beatas se detuvo Pitusa, y, después de mirar á la calle, penetró resueltamente en un cafetín pequeño y extraviado. El marqués de Casabón, momia de sesenta años gastados en brazos de bailarinas y rejuvenecidos en el Jordán de buenos vinos, caballero de porte asaz ordinario, con afeites que le daban apariencia de cadáver embalsamado, esperábala en un rincón del cafetín, frente á una mesa sobre la cual lucía la cruz roja de una botella de cerveza. Al crujir la seda de la falda, levantó el marqués la cabeza, sonriendo alegre-

mente, como si hubiese pasado sobre su yerta calva un fuerte aliento de juventud.

Manolo, de pie en la acera, miró. Lloraban por dentro los cristales y hacían difícil la visión; pero, por entre las lágrimas que congelaba el frío de la noche y á través del vaho del cafetín, pudo asistir á otro sainete, más humano que el que acababa de estrenarse en Eslava y más triste también. Desde la acera veíase allá dentro del cafetín, destacándose sobre el mármol de la mesa, los gestos y abandonos de Pitusa y el tuteo que babeaba el anciano: indiferente él, con la seguridad que de ser amado da el millón; mimosa ella, con apasionamientos de mujer que necesita dinero, arrastrándolo suavemente con andares de paloma que arrastra á un escarabajo. Hablaban y reían. La línea roja de los labios de la mujer, labios que eran un brote de rosa, avanzaba arqueándose sobre la mueca del hombre, cuya boca era un surco... En aquel momento bajó del canalón, copiosa y fuerte, una lágrima de hielo que, escurriéndose por el cristal con el zig-zag de una sierpe, borró la imagen de la retina de Manolo.

Á la noche siguiente « echaban » la segunda representación del extraordinariamente... reído sainete. Manolo, cronista de teatros en el periód-

co *La Batalla*, no había dicho palabra de la obra, limitándose á encogerse de hombros sobre las cuartillas, y el señor Fiscowich, empresario del teatro, le agradecía el silencio y le enviaba en cambio un palco principal. Estaba allí, en el número 7, esperando la segunda sesión de risa, cuando apareció Pitusa con su madre de luto, en el pasillo de los palcos.

Al pasar frente al número 7, aprovechó Manolo la ocasión para abrir la puerta de su palco, y dándose de manos á boca con Pitusa le preguntó dónde vivía. Ella le miró de hito en hito, un minuto no más, con reconcentrada cólera en los ojos; frunció el ceño, y sin dignarse contestarle, ni siquiera volver la cabeza, entró en el palco número 11, cerrando la puerta con natural majestad de señora ofendida. Vuelto á su asiento, recobró él la calma que perdiera. Ya estaba tranquilo, al parecer, de codos sobre el rojo antepecho; y en seguida, aprovechando un instante de silencio, le dijo de palco á palco, en voz que pudiera ser oído:

— No se ponga usted tantos moños, y dígame dónde vive... ¡señora!

Del fondo del teatro salió un murmullo de estupefacción, que fué á elevarse, como incienso del escándalo, á los pies del trono de Pitusa. Es-

taba muy pálida, apretando convulsamente el varillaje del abanico, y de repente abrió la puerta del palco y salió al pasillo. Él, llevado del instinto, acudió presuroso á aquella cita imprevista.

— Mañana, á las cuatro de la tarde, Moya, 20, tercero.

Y luego, con gesto violento, aunque reprimido:

— Y no me arme usted escalanderas en el teatro... ¡caballero!

Algunos espectadores miraron, ansiosos de averiguar lo que ocurría. Pero no había pasado nada... Momentos después estaba ella recostada en su palco, con el airecillo aquel tan suyo de señorita distinguida; él, de codos en el rojo antepecho, parecía muy atento al desarrollo del sainete, mientras seguía flotando en el teatro una atmósfera de risa.

La entrevista, al otro día, fué muy decente. Hablaron del sainete, de la exposición de horticultura, del próximo veraneo... Pitusa, que sabía algo de literatura, porque tuvo un novio poeta que la aburría leyéndole cincuenta veces al día cada una de sus rimas, trató á Calderón y á Zorrilla con muchísima confianza, como si hubiera dormido con ellos, y elogió *La Terre*, que hacía ruido aquellos días, diciendo que la censurada descripción de los flatos de los labriegos le hacía

muchísima gracia, porque de puro bien trazada era cosa de creer que Zola había pasado su vida oyendo y estudiando dentro de un flato, y que ella aseguraba por su honor que éstos eran los únicos que le habían olido bien. ¡Qué risa!... y se desabrochaba el corpiño para reirse á gusto.

Mejor que en hablar, diríase que empleaban el tiempo en estudiarse. En el vario curso de la conversación, Pitusa se reveló, sin querer, tal cual era : soberbia, caprichosa, deseando hacer algo que fuese muy sonado : una muerte, cualquier cosa que llamara la atención de la vida madrileña.

Se citaron para la noche á la salida de Eslava, y se dieron el primer beso en Fornos, á la una de la mañana, entre sorbos de vino Sauterne. Á la hora de las confidencias se desnudaron moralmente, parando tales como Dios los hizo, en desnudez paradisiaca, pero sin hoja de parra. Bastante más ruborosos estuvieron luego. Libres de las vestiduras, sintieron miedo... de ellos mismos, y se miraron sorprendidos estudiándose en un minuto, como fieras lanzadas repentinamente al circo, que se atisban con espanto y meditan un momento sobre el modo más certero de herirse. Estaban borrachos de vino, de amor y de odio. Las tres serían cuando Manolo dejó sobre

un velador un billete de banco. Habíalo sacado lentamente de la cartera, con poca gana de sacarlo, no por avaricia, sino por vanidad amorosa, mientras Pitusa, vencida por el vino y quebrantada por el amor, decía que no, moviendo la cabeza. ¡No y no! Aquel billete era un insulto, « una atrocidad » de Manolo. Ella no quería su dinero; lo quería á él, al altrevido que la acorraló en el teatro; y le quería más que á todo en el mundo, más, mucho más que á sí misma... y se quedó dormida y convulsa por el último beso...

En su casa, Manolo no pudo dormir; meditó friamente... y, apenas hecho el día, escribió á Pitusa una carta de despedida, — porque le daban miedo aquellas relaciones, aunque sin confesar que lo sentía, — diciéndole, entre otras cosas, que era él muy pobre para una belleza tan rica, y remitiéndole el billete.

« Á nadie le amarga un dulce, añadía en la carta, y sólo estando borracha, como lo estabas anoche, se puede hacer ascos á un billete de banco. »

La contestación no se hizo esperar : originalísima, insidiosa, suplicante, llamaba á Manolo con arrullos de tórtola. Y le decía :

« Puesto que me tomas como un mueble que se compra y se vende, te advierto que *por ser á ti,*

también admito á plazos cuando no se puede al contado.»

Y Manolo cayó en brazos de Pitusa por amor y también por vanidad. Amáronse desde entonces en todas partes, al aire libre, delante del público. Ella no quería el amor al uso, entre cortinas, amor que le sabía á puchero de enfermo... Ella quería el amor á salto de mata, de improviso y al descuido, abandonándose con desfallecimiento de casta doncella... Una noche le obligó á acompañarla á casa del marqués de Casabón, y allí, reclinada en la puerta, quiso abrazarle. Él se resistía... pero ella insistió, frenética, temblorosa de impaciencia... y cayó Manolo vencido por el descocado abrazo, mientras el marqués, arellanado en una butaca, esperaba la hora de posar sus labios seniles sobre las flores del amor ajadas y marchitas á las puertas de su opulenta morada. Eso la divertía. ¡El buen Casabón!... ¿qué se habría figurado? Sí, ella sabía bien la historia de aquel pobre diablo metido á marqués. Todavía le olía á cuadra, aunque era ya remota la fecha en que dejó de ser criado de servir en Cataluña, y todavía le olía á cuerno quemado, aunque era también remota la fecha en que sorprendió en adulterio á su buena esposa. ¡Uf! Le apestaba aquel marqués que no podía despojarse de las

trazas de villano ni de sus apéndices de buey cebón, y, no queriendo ser menos que su esposa, le recocijaba grandemente la idea de prolongarle la predestinación...

Llegó el mes de julio, sudoroso, maleante. Habíase posesionado Pitusa de la hermosa casa que habitaba Manolo, al final de la calle de Alcalá, con vista al Retiro. Corría como loca por los anchurosos pasillos, canturreando playeras cuando no trozos de ópera clásica, presentándose de improviso en distintos trajes y con diferentes maneras, ya ataviada al igual de circunspecta dama que vuelve de misa con el ritual en la mano, ya como airosa chula, terciado el mantón de Manila y con el « quiquiriquí » de la peineta en el moño alto. Y entre tanto preparaba la excursión de verano, excursión bohema, en segunda clase del tren de recreo.

La mañana del viaje, Pitusa tenía cara de colegiala que se escapa con su estudiante y de niña *zangolotina* que no ha roto en su vida un plato. Estaba más alegre que unas pascuas, pegada á Manolo, con la merienda debajo del brazo, y entre risas y bromas, cambiando miradas y alientos, hicieron el viaje arrastrados por un tren carreta á través de campos floridos.

Estos regodeos de verano, á la intemperie, fue-

ron también en San Sebastián la comidilla diaria de Manolo y Pitusa. Diríase que les infundía miedo el hogar, que las paredes profanaban el secreto de su pasión. Colgaban el nido en lo alto del monte de Santa Clara, entre rocas, sobre plantas silvestres, al regresar de una excursión de *turistas*. Eligieron su lecho favorito debajo de un toldo que formaba la roca viva en las márgenes del Urumea. Él se tendía boca arriba para verle la cara al mismo tiempo que veía el cielo, figurándose á veces que éste era el marco azul de su cabecita fina y rubia como las de los ángeles que pinta la Iglesia...

De vuelta de San Sebastián, se sintieron, sin saber por qué, mustíos y cansados. Empezaba á soplar el cierzo sobre las llanuras de Castilla, y no viajaban ya en segunda clase del tren-botijo, sino en primera del expreso, experimentando escalofríos en el cuerpo, y en el espíritu presagios de una próxima ruptura. El campo no estaba ya cargado de frutas y aromas, y amarilleaba melancólicamente el otoño en las hojas de las flores y en el fondo de las pasiones de verano...

La ruptura en Madrid no se hizo esperar, violenta, decisiva, caída de lo alto como rayo de tempestad. No importa el motivo; tal vez no lo hubo para reñir. La lucha sorda que existía entre

temperamentos que eran igualmente rebeldes y estaban igualmente hastiados tuvo al fin su estallido. Leyéronse de nuevo, como la primera noche de amores, estudiándose al igual de fieras luchadoras en el circo. Él, iracundo y brutal, dejó caer sobre ella un puño frenético... Y ella, abrazándose á él con abrazo de víbora, le mordió sobre el corazón... Saltó la sangre, y Manolo creyó ver en el fondo de la herida los ojos de Pitusa semejantes á dos coágulos violáceos. No hubo más entre los dos... La caída de un puño airado los separó para siempre.

Noches después llegaba Manolo con el pesado fardo de su maleta, menos pesado que el de su vida, al ferrocarril de Andalucía. El tren salió lentamente, dando traspiés, entre silbos de herido que se desmaya y llora. Manolo bajó el cristal del coche y se asomó á la ventanilla para respirar libremente. Sí, se ahogaba de tristeza, de amargura, de remordimiento por dejar cuanto amaba en el mundo. *¡Adiós Madrid!*... Al volverse para aspirar en la ciudad de sus recuerdos, borrosa ya en la lejanía, el dorado polvo de su juventud marchita, vió asomada á la ventanilla del vagón contiguo al suyo la cabecita de Pitusa, muy pálida, pero tranquila. Mudos, impasibles, se reconocieron, como en el callejón de Eslava,

á los resplandores de la luz del farol de la estación. Él, vencido por un momento de desesperación insoluble, volvía al terruño, cayendo indefenso entre las ventosas del pulpo, que le atraía desde Majagua. Ella... ¿quién sabe dónde iba ella?...

El vapor *Victoria*, vistosa y profusamente engalanado, acababa de fondear en el puerto de Majagua, llevando al nuevo gobernador. Es decir, como nuevo, otros lo estarían más que aquel pobre diablo, herido ya por la puntilla de la parálisis, y abrumado por su misión de moralizador de la administración majagüena. De sólo pensar en ello, sentía temblores en las pantorrillas, aunque las tenía algo paralizadas.

Se ponderaba mucho la virilidad del gobernador sin piernas, que ni para correr habría servido en caso de apuro. No se sabía á punto fijo qué cosas viriles había hecho, si jamás hizo alguna, en su « combatida existencia »; pero... todo el mundo aseguraba que era un bravo general. (¡Un bravo general! — y puesto en décimas y en danza ya lo bailaban en Majagua las negras y mulatas.)

Según se decía, el general estuvo en Somorros-

tro, oyendo tranquilamente (desde la caseta de un peón caminero) cómo silbaban las balas alrededor suyo (es decir, al rededor de la caseta), y estuvo también en la Castellana... tomando el sol. Había desempeñado la cartera de guerra... en tiempo de paz, y era indudablemente un héroe, « digno hijo de la ilustre raza de los caudillos que en Bailén, Pavía, etcétera, ETCÉTERA ».

Algunos periódicos recordaban, á este propósito, la famosa cueva de Covadonga, y hablaban de Pelayo, Daoíz y Velarde, etcétera, ETCÉTERA, sacando á relucir las consabidas frases « adarga al brazo », « espada al cinto », « duro peto », « descendientes del Cid », y los beneficios que había hecho en Majagua la religión católica, apostólica y romana. Otro periódico hizo más, mucho más, con publicar un « editorial » que metió ruido por titularlo así: *¡Centinela alertaaaa!... ¡Que nosotros alerta estamos!*

Cada uno de los párrafos del artículo (grandilocuente, le llamaron en los cafés) empezaba diciendo: « ¡Centinela alertaaaa!... » Y el final, á modo de estribillo, era siempre el mismo: « ¡Que nosotros alerta estamos! » Aquel alerta, con cuatro aes, fué felicitado calurosamente por telégrafo, y el autor del editorial grandilocuente tuvo derecho á pavonearse en el café de la Bom-

ba, alta la frente, recogiendo apretones de mano de sus admiradores, por cuyo espíritu circulaba un escalofrío nervioso que les ponía carne de gallina cuando gritaban á una, recordando: « ¡Que nosotros alerta estamos! »

Tendidas todas las tropas, boca abajo todo el mundo, entre repiques de campanas, redobles de tambor, toques de corneta, fuegos de cañón y acordes de marcha real, bajó el bravo general cariacontecido é inundado por chorros de sudor que al resbalar por sus mejillas apelmazaban el colorite que se daba en ellas.

— ¡Viva el moralizador de Majagua! gritó el público con voz estentórea.

Y el mismo público respondió en seguida :

— ¡Vivaaaa!... (con cuatro aes como el alerta del « editorial »).

Y el general, entre tanto, estupefacto. ¿Qué voceaban aquellas buenas gentes? ¡Moralizador él que iba resuelto á meter baza en todo, en los mismos cupones de la Deuda y en la mismísima custodia si, por casualidad, se le había olvidado á otro!... ¡Moralizador él, que llevaba de portaestandarte á la marquesa del Sambolín, su legítima esposa, luciendo en aquel momento gubernativo tamaña tripa de siete meses, á rastras con la cual había hecho tan largo viaje, ganosa de

meter mano en todas partes, el hospicio inclusive, á cuyas asiladas pensaba ya obligar á que bordaran para ella, primorosamente y gratis por supuesto, montones de ropa blanca que le regalarían, á petición del gobernador, los comerciantes de Majagua! ¡Y aquellas gentes hablaban de que él iba allí á moralizar la administración! ¡Bonitas tonterías!

Manolo sonreía... y ya iba pasándole el mal rato que le produjera un viaje de quince días en unión de un general y una marquesa, cuando vió que su familia venía hacia él agitando las manos. Á medida que se acercaba al vapor el bote que la conducía, acercábase también, saliendo del fondo de la embarcación, cadencioso ritmo de música que había sido compuesta expresamente para festejar la llegada del hijo pródigo. Manolo palideció de vergüenza, y se la tapó embozándose en la capa, aunque el termómetro señalaba cuarenta y seis grados sobre cero. Al igual de César, quería morir sin conocer á sus asesinos. Pero fué vana pretensión la suya : extendiéronse los tentáculos del pulpo y desnudáronle de la capa á fuerza de abrazos que oían á bencina, porque los amigos, ante la perspectiva de la llegada de Manolo, habían limpiado de manchas los trapos de cristianar.

Mientras ocurría esta escena de hogar, paseaba

tranquilamente el nuevo gobernador su colorete revenido por el calor, y sufría el obligado chaparrón de vivas, poesías bucólicas y palomas atadas con cintas que tenían los colores nacionales. No sabiendo ya qué echar en honor suyo, desde el balcón de una casa principal le tiraron unas gallinas de Guinea, que al vuelo cogió la marquesa, al mismo tiempo que dijo al oído de su esposo:

— ¡Chico, *pa* la cena!...

Doña Angustias, en brazos de su hijo, acababa de volver en sí, esto es, de la congoja que le produjo el alegrón de verle después de una ausencia que se le antojaba eterna, contemplándola por el turbio prisma de sus ojos de madre con frecuencia llenos de lágrimas. No fué á recibirle, porque sintió que le flaqueaban las piernas, aunque no era gobernador de Majagua; además, « que ya no estaba para nada ». Dejó que fuera la familia con algunos amigos y admiradores, de los cuales salió la idea de festejarle « llevándole una música » á bordo del *Victoria*, mientras ella se quedaba en casa dando la última mano al dormitorio de Manolo. Días antes había hecho componer su cama de matrimonio, dorada antaño, enmohecida ya por el orín del clima. Cuando murió el esposo, se vino abajo el suntuoso lecho,

como si el bronce se hubiera ablandado con las lágrimas de la viuda, quien se negó entonces á poner mano en el arreglo de los desperfectos del mueble, figurándose que de hacerlo así profanaba el sentimiento demostrado por los hierros, de cuyas grietas parecía á la buena señora que se exhalaba algo del aliento del hombre que fué su compañero. Pero al recibir el telegrama en que le participaba Manolo su próximo regreso, tuvo la idea de levantar aquel escombros, gozando ya de solo pensar que, después de dormirse el hijo, entraría ella á verle, como cuando era niño, andando con tiento por no despertarle, y que le vería allí, en la misma cama abonde iba él todas las mañanas alegres de su inocente infancia á decirle minosamente: « La bendición, mamita... » Acaso pensaba también que, como en aquellos mismos tiempos de grata recordación, podría aproximarse á él y darle un beso muy callado, y que el beso, flotando luego entre el mosquito, se posaría dulcemente en el espíritu del padre, vuelto del cielo algunas noches para bendecir al hijo... Y así fué que, cuando entró con el alba sin que se le oyeran los pasos en el dormitorio, asombróse mucho de ver, á través de las gasas del lecho, los ojos negros de Manolo, que no había podido cerrarlos en toda la noche pen-

sando á ratos en la buena madre á quien dejó joven y animosa y á la que encontraba tan viejecita y triste, con los ojos irisados por el llanto y los labios fruncidos por el amargor de la vida, y á ratos soñando en otros amores de su alma, enterrados en aquel Madrid, que era para él á un mismo tiempo cuna y tumba de sus alegrías todas. Quiriendo sacudir el insomnio, había cambiado de postura muchas veces y cerrado otras tantas los rebeldes ojos; pero surgían del fondo de su imaginación enferma muchedumbres de sombras movibles que, á modo de gases que se escaparan de comprimido cerebro, iban de uno á otro lado, pequeñas y grandes, de tonalidades variadas, manchando la blancura de las sábanas, acurrucándose como fantasmas á los pies de la cama; y aquellas sombras tomaban cuerpo, crecían y se caracterizaban, ya en una anciana que lloraba leyendo una carta de Manolo; ora en la redacción de un periódico donde escribía él, muy pálido, al lado de sus compañeros, pálidos como él; ya, en fin, mudando repentinamente la decoración, proyectaban las sombras la perspectiva de la calle de Alcalá, en día de buen sol, durante el desfile de airosa chulería, con mantón terciado y pañuelo á la cabeza, moviéndose á compás del paso doble de la zarzuela *Cádiz*. Manolo

lo veía, sí, lo veía claramente, mientras la música, como si viniera de muy lejos, repercutía poco á poco en sus oídos, y se le ahogaba en el corazón el saludo de una de aquellas mujeres, muy conocida suya, que le había dicho al pasar por Fornos:

— ¡Adiós, tú!...

Entonces fué cuando la madre, sentándose al borde de la cama, dió al hijo el beso que deseaba tanto; beso inacabable, á solas en la sombra, aspirando en él toda una vida que consideró muerta; y luego, mirándole en un segundo por todo el tiempo que no le había visto, dijole entre lágrimas y sollozos:

— ¡Qué enfermo estás, hijo mío!...

v

Bien así como al adquirir vista un ciego de nacimiento nace nuevamente al mundo de las personas y cosas que presintió sin darles forma tangible, así Manolo, restituído al hogar que abandonó de niño, con sentimientos, ideas y costumbres distintas de las que privaban en él, como desarrolladas y mantenidas en otra atmósfera, renacía en el corazón de la familia y maravillábase de los más nimios detalles. Cuando su madre le

expresaba, enviándoselas á remota tierra, ideas y sentimientos en cariñosas páginas cuyos primores de estilo, con ser grandes, brillaban menos que las lágrimas destacadas del fondo del relato como estalactitas de manantial iluminadas por el sol, no la imaginaba, sin embargo, tal cual era, en todo el vigor del espíritu, aunque perseguida de continuo por fatalismos de impía suerte, viviendo para el sacrificio en aras del bienestar de todos, mártir y resignada, más buena y santa que las que se adoran al pie de los altares de la fe católica; ni imaginaba tampoco Manolo que aquellas diamantinas páginas fueron trazadas en medio del estruendo de bulliciosa casa, entre el ir y venir de azares y tribulaciones sin cuento. Aislábase de noche en solitario rincón, frente á rústico velador con recado de escribir, mal alumbrado todo por la luz de un quinqué; y allí, incómodamente sentada, porque sus doloridas y pesadas piernas, como decía ella, ya estaban hartas de sustentarla, sentía hondo, llorando por los puntos de la pluma, y escribía vertiginosamente con rugosa mano, en tanto que la mortecina luz destacaba en la pared el fino perfil de la pensadora fisonomía y el tupido casco de su cabellera blanca.

Una completa solidaridad en ideas y sentimien-

tos había agrandado desde los primeros días el fraternal afecto de Manolo y Adela, á quien dejó niña y volvía á ver en todo el esplendor de la juventud, que tenía en ella un no sé qué de misteriosa distinción y un perfume de romanticismo moderno. Genialidades de su temperamento, incomprendible para el vulgo de las mujeres, que no perdieron la ocasión para tildarla de extravagante, alejaronla de mundanales regocijos y la enfrascaron en la lectura de todos los libros que merecían bien del modernismo literario. Así, con el estudio y la observación, tonificáronse en ella las facultades psíquicas, y á medida que se le ensanchaba la inteligencia, empequeñecíanse á sus ojos los seres y las cosas que la rodeaban. El mundo de la rutina, panorama de hombres y mujeres que se mueven á compás como si los tirasen de un cordelito, según decía, inspirable profundísimo desdén, del cual brotó, agria y turbia, la tristeza de su vida y el desfallecimiento de su juventud, que iba perdiendo, atrofiadas por mortal consunción del espíritu las fugitivas ondulaciones y los suavísimos contornos. Ella lo decía :

— No me cuidéis más, no me deis más medicinas. Los médicos me ven la cara y me toman el pulso, pero no me ven el alma ni me sienten

el corazón. Yo no estoy enferma de lo que dicen ellos; yo me estoy muriendo de prosa.

Alta, esbelta, de color mate como celaje de otoño, coronada de gracias que se esparcían dulcemente en polvillo de luz, que eran sus cabellos, sobre las frescas aunque pálidas rosas de su semblante, y con ojos grandes y rasgados cuyo mirar triste melancolizaba el alma de quien se asomaba á ellos, sumergiase, como en baño de flores, en el paisaje de la naturaleza, durmiendo en su regazo con los ojos abiertos frente al horizonte infinito... No era osado Manolo á turbar los éxtasis de su hermana, y dejándola olvidada fuera de la vida material, conversaba con Catalina, alma resignada, ya que no tranquila, sobre la cual revoloteaba, como símbolo de esperanza, un enjambre de mariposas verdes.

¿Te acuerdas?... era la pregunta de siempre, inmutable, eterna, estereotipada en sus labios rojos.

— ¿Te acuerdas? Papá me regaló una muñeca así de alta, y te empeñaste en sacarle los ojos por ver lo que tenían dentro, y al fin, se los sacaste. ¡Cuánto lloré aquel día!

Y luego, señalando el tejado:

— Allá arriba hacías tu casa en un cajón, y metido en él no querías bajar en todo el día;

pero papá iba á buscarte y te traía de una oreja ¡Qué malo eras... entonces!...

¿Te acuerdas?... Lo preguntaba con verdadera emoción fraternal, mirándole de hito en hito, pendiente de la contestación de Manolo. Él no recordaba nada de aquellas « tonterías infantiles »; sobre su alma, herida por múltiples emociones á cual más viva y punzante, habíase posado la esponja del ovido borrando los recuerdos de la niñez, y Catalina, sorprendida, le abrazaba diciéndole:

— Ya no nos quieres.

Era un ángel por el espíritu, y físicamente semejaba una palomita blanca esponjándose al calor del hogar...

Después de larga ausencia, sucede con los afectos lo mismo que con los cuerpos después de largo viaje, y es que, como éstos, están aquéllos remozados, flamantes, vestidos con todos los trapos de cristianar. Al rendir la jornada, el viajero se acicala, se viste el mejor de sus trajes, y preparado así y con el calorillo que presta la natural excitación del viaje, aparece nuevo y feliz... por algunas horas. También el cariño que se ha visto de lejos aparece rejuvenecido por la abstinencia y agrandado por la distancia...

No pasó, sin embargo, mucho tiempo sin que

notara Manolo que había envejecido en el corazón de su familia.

« La pelea por eso que llama vida, escribía á una amiga suya, las tristezas é inquietudes de mi espíritu... ¡qué sé yo! ¡tantas y tantas cosas! me arrojaron nuevamente á esta playa ingrata para mí... Como sabes leerme y sentirme entre líneas, y oírme sin que hable, y leerme sin que escriba, no necesito comentar mi vuelta al país del desengaño, ni excusarme tampoco por no haberte escrito, ¿por qué, ni á qué escribirte? ¡Si pudiera contarte alguna ventura! ¡Si teniéndola ó no, pudiera llevar á tu espíritu la alegría que pide el mío y á tu corazón la esperanza que no tengo yo! Por primavera, allá en tu tierra, cuando flotan sobre el verdoso oleaje del campo multitud de motitas blancas y azules, rojas y amarillas, que son otros tantos brotes de flores, y los árboles esponjan sus nuevos ropajes en las márgenes del río, veía yo desde mi casita, perdida entre matorrales de la montaña, posarse la cigüeña sobre solitario árbol, seco, retorcido, negro, como herido por la maldición de Dios en forma de rayo tempestuoso. Más tarde, por otoño, cuando flotan sobre el amarillento oleaje del campo espigas dispersas en el naufragio de las plantas rotas y mustias, y los árboles sacuden temblando sus ho-

jas secas sobre el hielo de las fuentes, veía yo desde mi casita, perdida entre brumas y nieves de la montaña, alzar su vuelo la cigüeña despa- vorida por las primeras turbonadas del Norte y abandonar el árbol retorcido y negro. ¡Así como la cigüeña, la esperanza que anidó alguna vez en mi alma voló bien presto en pos de un paraje menos abrupto y maldito...

» Se me cae encima esta factoría en donde he venido á enterrar la postrera juventud de la vida, y recuerdo con envidia los buenos tiempos en que arrastrábamos nuestra bohemia por los boulevardés de París y por las calles de Madrid, y después de cenar langostinos lavados en vino blanco, veíamos cara á cara las negruras del horizonte y echábamos á volar por entre las nieblas del Manzanares nuestras ilusiones y nuestras cóleras... ¡Cómo no recordarlo! Estábamos en el campo de las Vistillas á las tres de la madrugada de una noche de niebla en la naturaleza y de hielo en el corazón... Yo estoy todavía allí con nuestro pensamiento volando por el campo de las Vistillas, paseándome como un somnámbulo por las afueras de esta vida prosaica y grotesca. »

El hastío que le invadió desde niño recrudeciase notablemente en su espíritu, que no podía ya distraerse con la efervescencia de la vida á

que estaba de antiguo acostumbrado. Sin amores ni odios, sin oficio ni beneficio, leyendo alguna página desesperada de un libro triste y mirando lo alto á ratos perdidos, tendido á la sombra de un árbol, apuraba desdeñosamente la vida en negra copa de adormideras. Afanábase por no intervenir poco ni mucho en las discordias y conversaciones de su casa; esquivaba el cotidiano trato de las gentes, porque entendía que, mientras más íntimas, más lejos deben de tenerse; vivía á solas consigo, cruzando á zancadas como fiera cautiva el espacio de su cuarto; tenía el cerebro, de puro devanárselo, como tortilla encéfálica, macerado el rostro por las contracciones del sufrimiento, roído el corazón por la impotencia... ¿Habría vuelto él, nuevo hijo pródigo, para complicar aun más de lo que estaba la situación de su familia? Al interrogarse, hiperbolizaba tal cual frase ó gesto que seguramente no tuvo pizca de malicia, y que traducía, sin embargo, en mohín de disgusto. Una tarde, de vuelta de un paseo, discurría con Catalina sobre las dificultades con que tropezaba para hallar ocupación que fuera provechosa á la par que digna de sus trabajos y merecimientos; y Catalina le contestó sencillamente, con fraternal inocencia :

— Yo me alegré mucho cuando supe que ve-

nías; pero me habría gustado más que hubieras vuelto con tu arreglo hecho.

Manolo palideció densamente.

Y luego, con la misma sencillez :

— ¿Por qué no pides el juzgado que, según dicen los periódicos, está vacante? No seas orgulloso, Manolo; más vale ganar algo que dejar de ganar.

Pocos días después, publicaba *El Zángano*, periódico satírico que había sido muy fustigado desde Madrid por la pluma de Manolo, un suelto que decía así :

« El célebre don Manuel Roldán, enemigo del país, á quien se le hacía poco el arciprestazgo de Indias, acaba de aceptar un juzgado en nuestra ciudad. Lo que dirá él, á pesar de sus humos: Á falta de pan, buenas son sentencias. Nosotros decimos : Aprended, flores, de Manolo, lo que va de ayer á hoy... »

VI

Con la adquisición del juzgado, la casa se normalizó... Pero aquella familia, formada para las emociones, que se entretenía tejiendo y destejendo acontecimientos, no estaba tampoco conforme con la monotonía de la existencia que discurre

sosegadamente. Necesitaba, para poder vivir, inventar todos los días alguna cosa. Ya era Carlos, alma y cuerpo de las revueltas del barrio, que salía en coche de punto con tamaña valija de papelotes para demostrar al gobernador que era el alcalde redomado pícaro; ora Alfredo, camorrista consumado, soliviantaba los ánimos porque le llevaban á la prevención con motivo de haber proferido gritos subversivos en un *meeting* del casino; ó Concha volvía de visitas contando que había puesto verde á la esposa del gobernador « nada menos »; ó Catalina hacía cuestión de gabinete un olvido de la cocinera al guisotear un arroz con pollo. Cuando no tenían con quién, reñían entre sí, y, si no había fundamento para gresca, inventaban viajes. Los miembros todos de aquella familia, cuyas ramificaciones eran extensísimas, pasaban la vida cruzándose en los mares y vías férreas, saludándose en las estaciones, abrazándose en los puertos. Lloraban mucho al despedirse, sentían atrocemente la separación, pero... se separaban. Era una necesidad de su organismo, ¡irse! Ninguno se eximía de tomar un vapor, un tren, una diligencia, ó siquiera un carro. La misma doña Angustias no podía sustraerse á los mandatos de su temperamento de juicio errante; y así, á pesar de su vientre y de

sus años, salía á lo mejor para el pueblo inmediato, en carruaje ó á caballo, acompañada de Carlos, que iba montado en una vaca si no tenía otra cabalgadura. Ninguno de ellos sabía tampoco, las más de las veces, á qué ni por qué se marchaban. Estupefactos, después del viaje, se decían á sí mismos :

— Pero, señor, ¿por qué habremos venido?

Y en seguida, para remediarlo, otra excursión, ó vuelta al punto de partida.

Adela, después de haber soñado mucho con hacer un pequeño viaje á Madagascar, Batavia y Japón, decía que ya no iba á ninguna parte. Inmenso desencanto habíase apoderado de la joven, y este desencanto era ya el único altar donde se prosternaba su alma dolorida. La antinomia entre el mundo de su espíritu y el mundo real hacíaese cada vez más irascible é irritante. Considerábase de derecho muerta, y se sentía atraída amorosamente al sepulcro... Manolo no tuvo la impresión de lo inesperado cuando la vió desaparecer para siempre, sin exordio y sin epílogo, como libro que se piensa y no se escribe; sin juventud y sin vejez, como flor segada prematuramente por el frío de la tierra...

La vistieron de blanco para enterrarla, en ataúd blanco, porque lo pidió ella, sobre lecho de aza-

hares cogidos en su jardín. Al cerrarle los ojos pareció á todos los de la casa que les miraba aún con su infinita ternura.

Aquellos ojos les seguían á todas partes, y cuando regaba Manolo las violetas que su hermana amó y cuidó tanto en vida, veíalos allí, palpitando de melancolía, como dos lágrimas caídas del cielo en el cáliz de las florecillas que se desarrollaron con la evaporación de sus tristezas.

Á nadie sorprendió aquella muerte, fría, lenta, razonada. ¡Había dicho Adela tantas veces que estaba harta de ver horrores! Para no verlos, hacía falta suprimirse del organismo humano, y se suprimió con estoicismo de suicida convencido. En presencia de aquel cuerpo joven, cuyo semblante habíase dignificado por la serenidad de la muerte, Manolo sintió que moría algo de sí mismo, y era que se marchaba de la vida la única alma gemela de la suya...

Una escarcha de muerte que se desprendía de la casa, como si ensombrecida por la tristeza de los ojos de Adela conservara aún efluvios de su mirada, invadía poco á poco, mucho tiempo después, el espíritu de Manolo, quien, para sacudirla, se escapaba vagando al azar. Era al caer de la tarde. Una atmósfera asfixiante y miasmática extraviaba la mente y angustiaba el corazón.

Aparecían los animales mustíos y aletargados, y se destacaban borrosos los árboles en un rescolado de gigantesca hoguera que era el paisaje. El color verde, predominante en la vegetación, trocábase en color amarillento, de fuego, como si una lengua llameante hubiera pasado cortando el aire. El campo ardía. Respirábase fatigosamente en el seno de la muerte; y aquel silencio de agonía sólo era turbado de raro en raro por el crujir de las hojas secas sobre las cuales se arrastraban lagartos y lagartijos, y por el aleteo del pájaro de mal agüero que pasaba rozando la cabeza de Manolo y hundiéndole en los oídos su estridente y expresivo grito de muerte...

VII

Surgiendo de un mar pendenciero y fanfarrón se levanta el islote colonizado. La metrópoli envió allí durante una centuria una emigración de hombres pobres, en su mayoría, que, forzados á renunciar á los amores todos de su vida, fueron á la tierra de la esperanza con una blasfemia en los labios y una protesta en el corazón... Estos hombres aventureros y levantiscos hicieron sin querer hijos en las mujeres negras, esclavas y envilecidas, que eran las hembras más baratas, y

la prole de ambas razas en oprobioso contubernio fué un horror berrendo sin precedente en la historia. Deshonrada al nacer, aquella prole bizantina manchaba cuanto tocaba con el pensamiento, no habiendo para ella honor propio ni honor ajeno, é, impregnada del virus de la indiferencia que tenía en la masa de la sangre, sentía singular desgana de toda obra digna y honrada, cuando no bostezaba de hastío en presencia de ella, ó se sonreía socarronamente con la cachaza y el amaño del etíope domesticado...

Aquella sonrisa era reflejo de la de Majagua. La populosa ciudad, desharrapada, vetusta y mugrienta, invadida por comercio de usureros, bloqueada de continuo por centenares de carros polvorientos y de carretoneros blasfemadores, con carne de lenocinio expuesta al desnudo en forma de pantorrillas y muslos en balcones de casas céntricas donde las meretrices se arremangaban las faldas para rascarse en público lo que no debe escribirse; con calles transformadas en urinarios y retretes y con viviendas convertidas en avisperos de monstruosas pasiones, la populosa Majagua, moderna rival de Sodoma y Gomorra, guarida de ladrones y antro de asesinos, empapada en alcohol como una cuba, sudando la po-

dredumbre de su viciosa administración y las serosidades de su roñoso cuerpo social, con el corazón atrofiado y la inteligencia agónica, sonreía siniestramente, no de otro modo que lo haría un moribundo sifilítico en el fondo de la fosa común.

La ciudad murió moralmente poco tiempo después de ser amasada sobre encombros de desatentado régimen político con sangre y lágrimas de una raza esclava, y ya no conservaba la menor noción del sentido moral, de tal modo que habría podido decirse, á juzgar por el desenfreno de la mayor parte de los habitantes, que jamás se conoció allí aquel sentido. Arriba, en el elemento metropolitano, la más desapoderada sed de oro para huir presto de parajes inclementes y restituirse holgadamente al solar nunca olvidado; abajo, en el elemento colonial, la maestría más consumada en el manejo de la perfidia y el disimulo para combatir á sus dominadores, y arriba y abajo una predisposición neurósica hacia los orgiásticos placeres en que se enfangaba la población, y una mortal indiferencia, si no una brutal mueca burlona por el honor, en todas las manifestaciones de la vida. Caras crapulosas, conciencias manchadas por el crimen, grandes anemias físicas, intelectuales y morales, gentes, en

fin, que eran desperdicios del montón, arrastrábanse cínicamente á la amarillenta luz de un sol que quemaba y bajo una atmósfera poblada de microbios, mirando con faz torva, como ganosas de quitar de en medio un estorbo, al hombre que tenía algo que perder y que no estaba resuelto á dejarlo en el naufragio que corría la honra en aquel proceloso mar de olas de ginebra y desverguenza del corazón...

En aquella sociedad, que era inhabitable, puesto que había perdido todo respeto á la vida y á la honra humanas, allí Roldán, con su vara de juez iba á administrar justicia... No le faltaban, á la verdad, excelentes propósitos de su inteligencia, ni fuertes estímulos de la buena sociedad de Majagua que, corrida y asustada, habíase expatriado á uno de los más lejanos barrios de la ciudad, de miedo á mancharse en el diario comercio de la existencia. Manolo no contaba, sin embargo, con la prensa, que él había amado tanto en otro mundo, destinada en Majagua á ser portadora de injurias y calumnias con las cuales se trataría de mancillar y suprimirlo de la vida en aquel organismo social. Pero Manolo no creía en ello, porque pensaba para sí:

— Se podrá herirme en la reputación de literato y abogado, pero la herida no pasará de ahí.

Grave error el suyo, puesto que no había para aquella prensa, con excepción de tres ó cuatro periódicos, cosa sagrada ni inviolable de tejas abajo; y así teníanle sin cuidado las reputaciones sin tacha, porque les aplicaba con el mayor desenfado el canon de injurias y calumnias que tenía establecido para el ataque. Usaba para todos los casos el mismo diccionario de dicerios, y si quería apurar el oprobio salía del paso colgándole al ofendido todos los muertos y las infamias todas de la redacción.

Borrajeaba aquella prensa una turba famélica, sucursal en la ciudad del bandolerismo que era rey de los campos; gente cuarterona, enemiga, por achaques de raza, de todo lo que sobresalía en Majagua, roída por legendaria envidia y alcoholizada de generación en generación; hombres, en fin, graduados de periodistas por arte de encantamiento, maratistas de emboscada, sin inteligencia ni instrucción, pero con toda la negrura de alma del director del harapo sangriento que se tituló *l'Ami du Peuple*, negrura que se derramaba sobre páginas asalariadas. Esta prensa, que vivía exclusivamente del pillaje sobre la vida y la honra, lo mismo atacaba los actos de un gobernador que las telas de un sastre; igual injuriaba la mitra de un obispo que las faldas de una corista,

siempre que le pagaran el ataque en moneda sonante, ó si no, en billetes. Las ofensas eran tanto más fáciles de hacer cuanto más impunes resultaban. El autor de la diatriba no era habido. Si el ofendido incurría, agujoneado por deseos de reparar la injuria, en la necedad de provocar un lance personal, el periódico indicaba como autor á alguno de los consumados duelistas que se batían por tantas ó cuantas onzas y se pasaban la vida dando saltitos en las salas de armas; requerido el cual, contestaba en seguida :

— Yo boy al campo del honor.

Y... salía incontinenti de la casa de meretrices que le daba de comer. Si el agraviado se querellaba á los tribunales de justicia, *resultaba* autor del artículo algún caballero (de industria) que estaba en la cárcel cumpliendo condena. Todos los caminos estaban cerrados, porque la ley no concede el derecho de matar al criminal de nacimiento como se mata á una fiera dañina.

La sociedad, aterrada, sufría en silencio tamaño oprobio; la prensa sana, temerosa de incurrir en el enojo de las bandoleros que tenían la desvergüenza de llamarla *compañera*, no era osada á protestar; el gobierno hacía la vista gorda para que le dejaran mangonear á gusto, y así como negociaba con los foragidos del campo, comercia-

ba también con los foragidos de la prensa, la cual merodeaba tranquilamente haciendo copiosas libaciones de cognac con el dinero arrancado al gobierno, á la aduana, á las oficinas todas del Estado, al obispo y al sastre, al comercio todo y también á la honra de los particulares que se avenían á pagar un impuesto personal para rescatarla de las manos de aquella partida de facinerosos á caballo sobre plumas de ganso...

Nunca faltó en Majagua una hoja sucia que llevara la batuta del descrédito. Privaba entonces, cuando llegó Manolo, un titulado periódico, de nombre *Los Valientes*, del cual era redactor vergonzante un tal Frasquito Cataclismo, á quien se llamaba en voz baja « el mulato de los duelos » y que tenía fama de ser un Miura...

El café de la Bomba, con su estrecho local y su modesto mueblaje, estaba, sin embargo, de dos á cinco de la tarde muy concurrido, porque era, por su situación, « un coche parado ».

Desfilaban por la acera del café, fatigados por un sol de fuego, dependientes del gobierno que « daban una escapada » para tomar un piscola-

bis de sandwich y cerveza; señoritos empolvados y olorosos á chipre que bebían en el mostrador sendas copas de cognac, confundidos democráticamente con tal cual carretonero, que antes de apurar la suya de ginebra estiraba y contraía el brazo derecho y lo enseñaba con orgullo diciendo al jefe del mostrador: « Tiente usted estos molledos! » horteras sudorosos y jadeantes que hacían un ligero descanso para humedecerse el gargüero; vendedores de periódicos voceando el robo y el asesinato que no faltaba ningún día; y bajaban y subían innumerables rippers atestados de multicolora gente; y la sensual mulata, que estaba debajo de los rayos del sol tan á gusto como el pez en el agua, cruzaba sin prisas la caldeada acera, balanceando las caderas con el lascivo descoyuntamiento de la hembra convulsionaria en el orgasmo venéreo. Por los espíritus de los transeúntes corría la neurosis como escalofrío de la locura, y por sus semblantes, pálidos y marchitos prematuramente, diríase que caía como salido del bochorno de la tarde un aliento de vejez. En frente del café, rodeando el palacio del gobierno como negra sabandija enroscada al muro de caserón vetusto, movíase á intervalos una hilera de desvencijados coches con escuálidos caballejos.

En el reloj moral de Majagua era aquélla la hora del chismorreo, de la difamación, de la calumnia, de la deshonra, en fin. Mordíase en todas las reputaciones con sin igual crueldad de jaguar hambriento sobre indefensa presa; hozábase en el basurero del gobierno, y, cuando la lengua de la murmuración no se hartaba con la palaciega excoria, buscaba comidilla rastreando sobre los pantalones y las faldas.

En aquella sociedad rendíase generalmente extraordinario culto á una ciencia aguanosa y á una literatura lírica yailable, que era obligado tema de conversación en el café de la Bomba. ¡Todo el mundo quería pasar por sabio!... ¡Todo el mundo quería sentar plaza de poeta!... Cualquiera zascandil se graduaba de escritor eximio en una paradisiaca tierra donde bastaba y sobraba con saber hacer palotes para conseguir título de director de periódico y lanzarse con el sombrero ladeado y la breva en la boca á recoger ovaciones en el café.

La poesía pastoril estaba allí en alza. Eran aquellos vates unos grandísimos bucólicos, que no tenían émulo en el arte de pastar. Los había también hipocondríacos y nostálgicos cuyos ¡ay! ¡ay! ¡ay! no dejaban en paz á los vecinos, así como tampoco sus fotografías, que eran innumera-

bles y en distintas posturas académicas. Llamábanse los unos á los otros ilustrados, eminentes, prestigiosos, genios desconocidos, millonarios de la rima... Á fuerza de llamarse así ellos mismos, casi casi creían que era justicia. Todos los discursos de los oradores tenían que ser por igual grandilocuentes, estupendos, famosos, colosales, piramidales, vibrantes; y ¡Dios librara al crítico que escatimara uno solo de los ditirambos de rigor! Todas las poesías de los *vates* tenían que ser igualmente sentidas, bellísimas, melodiosas, de vuelo de cóndor saltando por los Andes, dulce como la caña, amelonadas, esto es, frescas como el melón, vibrantes; y Dios librara al crítico que no dijera al poeta á propósito de su última *composición*:

— ¡Qué buena, pero qué bonísima es la poesía que publicó usted ayer! ¡Es lo mejor que ha hecho usted, *compadre!*

Á un orador mediano se le comparaba con Demóstenes y Cicerón; del autor de un drama que no se habría tolerado en el antiguo Capellanes, se decía que había *entroncado* con Shakespeare, Schiller y Calderón de la Barca; á poetas chirles se les llamaba Goethe, Byron, Leopardi... Y si salía un caballero rascando un violín, al punto se le bautizaba con el título de Paganini majagüeño.

El empeño periodístico estaba en decir que poetas y sabios y músicos europeos estaban con tamaño boca abierta contemplando á los de Majagua. ¡Ah! Cuando moría, á pesar de ser inmortal, uno de aquellos grandes hombres, la multitud corría ansiosa en pos del féretro, llevado en hombros de cuatro mamacallos que se regocijaban de la muerte, porque dejaba vacante un turno de sabio en el país; Majagua, con lágrimas en los ojos, sentía, durante veinticuatro horas, la desaparición del genio desconocido y vibrante; y su viuda recababa una suscripción para vivir con decoro un mes, y seguía luego viviendo, pero con vilipendio, de caridades patrióticas que tomaban forma de rifas, hechas por ella de casa en casa, exhalando suspiros líricos por el insigne muerto « que se sacrificó tanto por el país », y que le dijo á ella, momentos antes de marcharse al otro mundo: « El sol languidece... los celajes pierden sus colores de púrpura y rubí... Majagua parece una gaviota que se balancea sobre un lago azul turquí... ¡Hermosa tarde, Edelmira, para morir un poeta como yo! »

Éstos y otros episodios servían de regocijo á la mesa de Manolo. Con él se reunían allí Francisco del Risco y Fernando Gaviria, majagüeño aquél, extranjero éste, amigos ambos de Manolo,

con el cual formaban un triunvirato que era paso de risa.

Era Risco abogado perspicaz y periodista intencionado que, adelantándose á la época en que vivía y á la patria que le deparó el destino, reíase á su salvo de las *fantochadas* al uso, y, aunque patriota de verdad, ó tal vez por lo mismo de serlo, burlábase lindamente de lo que llamaba él barracón político y social de una raza perdida para la causa de la humanidad. Claro que no había podido librar á su espíritu de las influencias del medio ambiente, pero vivía con el pensamiento fuera de allí, y sacaba á salvo, por cima de la degradación general, el culto á la amistad y el amoroso respeto á una cabeza femenina, rugosa y cana, que guardaba en el santuario del hogar como si temiera que la empañara el vaho de Majagua.

Gaviria era buen poeta y atesoraba además notable ilustración. Muchos años hacía ya que había llegado á Majagua, llamado por su abuelo, del cual era heredero. Pero aquel octogenario señor no acababa de morir, resultando inmortal, aunque no era sabio del país, y Gaviria vió pasar estérilmente la primavera toda de su juventud y con la juventud las ilusiones todas de su vida. Hombre de corazón sano, con mucha ter-

nura y muchísimo decoro, se declaró muerto al llegar á un mundo que no podía comprenderle. Había en él dos personalidades : un Gaviria que salía á la calle y alternaba con las gentes, y otro que se quedaba en su casa, recogido en las profundidades del espíritu. Este Gaviria pensaba y sentía amargamente en silencio sobre los escombros de todo cuanto amó y perdió ; en aquél había encarnado la más absoluta indiferencia por todo lo que acontecía en el cielo y en la tierra. Gran bebedor, más por sed del espíritu que por vicio del paladar, ahogaba en vino su presente y su porvenir, y siendo, como era, rumboso en las libaciones, conseguía aplacar la envidia de los unos y la cólera de los otros, por lo cual se le llamaba, en aquella taberna de Quijotes, *señó Isidro el Maragato*. La fórmula de su vida era ésta : « ¡Á beber! ¡Á beber! » Y con esta fórmula hidroterápica curaba los achaques todos de la existencia.

Grueso, enorme, coloradote, con cara que parecía amasada por las manos de Diógenes y con panza semejante al barril en que se expatriaba de la vida aquel ilustre desvergonzado, periodista inexpugnable porque esgrimía la pluma á guisa de hisopo empapado en basura de Majagua sin curarse de que le mancharan las salpicaduras,

arquetipo del sentido moral en una sociedad que le había dado la vida como se la dió á Voltaire el derrumbamiento de su siglo, Enrique de Lara, con cara de camándula y tardo paso de buey arando, entraba algunas veces en el café de la Bomba, y discurría, al encontrarse con sus amigos, alguna cuchuffeta de su peregrino y desecado ingenio. La síntesis de su pensamiento era esta paradoja: «No es posible tomar nada por lo serio en un país esencialmente fiel y bodeguero.»

Las algaradas del buen humor que estallaban alegremente entre aquellos compañeros como burbujas de vino espumoso del Rhin habían de tener muy pronto acabamiento triste. La atención de Majagua se hallaba fija en Manuel Roldán, que debía fallar la célebre causa de Lamber, parricida y ladrón, quien había dado inicua muerte á sus progenitores para heredar prematuramente una fabulosa suma de millones, entre los cuales vivían los viejos avaros como personajes de un cuento de hadas. Habíanse puesto en juego los más positivos manejos para rescatar la preciosa existencia del parricida, cuyos millones se repartirían la curia, la prensa, el gobierno... ¡y Manuel Roldán había lanzado á la cabeza de aquel hombre todo el peso de la ley!... El fallo era inconcebible, extraordinario, monstruoso. La sen-

tencia era una campanada, y Majagua falló á su vez que el juez estaba loco ó tonto. Se le odiaba; se le molestaba también. Zaheriale injustamente la prensa periódica, esquivaban su trato las gentes del oficio, discurría el gobierno sobre la manera de separarle del juzgado, y ora directa, ora indirectamente, le provocaba todo el mundo. En el café de la Bomba arreciaron las manifestaciones de desagrado. Manolo sentía sobre su corazón las coléricas miradas que le asestaba el odio; oía á su paso murmullos, cuchicheos, alusiones malsonantes. De las mesas cercanas á la suya le disparaban á hurtadillas migajas de pan y bolitas de papel. Comprendió que estorbaba, y una sombra de tristeza obscureció su mente.

La vida de Frasquito Cataclismo era una aleluya triste con ribetes de cómica. Aunque de mala ralea, Frasquito no era perverso de condición; era, bien al revés, un buen hombre, lo que se llama un Juan Lanás, que, excitado por la desgracia y el alcohol, había concluido por ser criminal de oficio.

Su propio origen fué el primer estímulo á la criminalidad artificial del buen Frasquito.

La familia Cataclismo, muy distinguida socialmente, tenía, como todas las de su época en Majagua, una manada de siervos que usaban el apellido de sus amos. Negro esclavo de esta familia fué uno de los ascendientes de Frasquito, el cual no tenía derecho á llamarse de ninguna manera. No podía él negar su estirpe, porque, como ha dicho Sellés, hay espejos confidentes donde la faz se retrata; pero quería explicarla y la explicaba todos los días, por ser en él preocupación y pesadilla, diciendo que el sol de Majagua habíale bronceado la piel. Las gentes se divertían mucho con la explicación científica del astrónomo Cataclismo, y al mismo Flammarión le tuvo con cuidado aquel fenómeno solar que reflejaba tanañas manchas y lunares de color de chocolate de Matías López.

Atraído por las corrientes de simpatía que tenía el escándalo en Majagua, y fascinado ya por lo que podría llamarse delirio de grandezas, quiso Frasquito hacer una que fuera sonada con raptar á la mujer que era su prometida esposa y que, confiada en su palabra de matrimonio, abandonó el domicilio paterno para desposarse ante el altar de un fonducho... Al alborar el día, cuando

despertó ella de la noche de bodas, vió con asombro que había desaparecido su novio, quien, burlando la candidez del sueño, salió furtivamente del cuarto y dijo en el despacho de la fonda al pagar el precio del tálamo infamante:

— La que queda arriba es una mujer pública.

Tratada como tal por dependientes y camareños, llorosa, escarnecida y violada, no se la vió más desde aquella noche de oprobio en la honra y de luto en el corazón.

Llevado por raptó y estupro á los tribunales de justicia, empezó Frasquito por negar el hecho; pero probado que fué completamente, sostuvo que su novia no sólo era una mujer perdida, sino que se había entregado á él, como á otros, mediante precio. Vencido, sin embargo, por el miedo que más tarde le infundió la cárcel y por las amenazas de muerte que le hizo la ultrajada familia, se casó con la muchacha, prefiriendo los padres de ésta entregársela bajo partida de matrimonio, como víctima del presente y el porvenir, antes que conservarla en el hogar deshonrada por el amante y el fonducho... Aumentó así con esta dura contrariedad el estado pasional del buen Cataclismo. No le bastaba ya la preocupación de que todos los colores tenían que ser bronceados... bajo el sol de Majagua. Pretendía también que

todos los hogares habían de ser como el que fundó en una noche de crápula; — asemejándose en este punto á algunos socialistas que piden el reparto social, no por tener más, sino para que no tengan nada los que tienen. — Quería esparcimientos para su conciencia, y en busca de ellos recorrió todas las sendas de perdición, y enganchóse como chulo matasiete en lupanares y burdeles, de los cuales salió alguna vez para la prevención llevando entre los dientes un pedazo del carrillo que le arrancara en riña á una de las pupilas de la casa con quienes vivía como una de tantas, y alguna vez también salió la *Celestina*, que pagaba por su propia mano en las sastrerías las cuentas de Fasquito, corriendo airada tras él por calles y parques y azotándole la espalda con la factura de las prendas de vestir que llevaba puestas, mientras le decía á grito herido con escándalo del vecindario :

— ¡Te vas á dar tono con lo que te pago, ladrón!...

Aunque más bruto que un arado y más ignorante que bruto, empezó por entonces á escribir; bien que no hacía falta entendimiento ni cultura para hacer, en periódicuchos que estaban al alcance de todas las plumas, lo que llamaba él mismo « sueltecitos sangrientos y crónicas escandalosas »,

amasadas casi siempre con esputos de mujerzuelas y rufianes, crónicas y sueltos que provocaron algunos lances de... *honor*, llamados así por ironía del lenguaje, á los que acudió Frasquito haciendo de tripas corazón, porque era un cobarde disfrazado de matón en aguardiente, terminándolos con un acta sin ortografía ó con un rasguño sin consecuencias.

Perturbador por exigencias del vientre, que tenía hambre atrasada; devorado por el deseo de figurar, ya que se creía fundadamente despreciado de todos, y por corrosiva y monstruosa envidia que tenía carácter de enfermedad física y moral, el gran Cataclismo necesitaba que Majagua hablara de él todos los días y que no hablara de nadie más; y si no le daba el caletre para escribir los sueltecitos « sangrientos y las crónicas escandalosas », cuya responsabilidad esquivaba siempre que no le defendía el pandillaje del periódico, acudía á cualquier periodista rogándole con zalamerías de mulato socarrón que le hiciera un artículo para firmarlo él.

Las proezas que había hecho en el campo... del honor no le apagaban aún la inacabable sed de sonar, cuando tuvo la ventura de dejar cojo, en duelo á sable, á su probado amigo Pepe Ginebra, que había cortado hasta entonces « el bacalao

majagüeño ». Aquel sablazo de suerte dejó consternada á la población, y Frasquito no perdió la oportunidad de sacar de la cojera todo el partido posible.

¡Qué de emociones narraba! Se bañó á las ocho del mismo día del duelo. Hizo más: se afeitó y empolvó á las doce; y ¡qué serenidad la suya al coger la mota de la pólvora!

Sí, el suceso era digno de contarse en letras de molde, y Frasquito lo pintó con todos sus pelos y señales. La faena fué heroica y larga. Ya habían tenido los contendientes seis encuentros sobre el terreno, sin tocarse el pelo de la ropa, cuando al séptimo pensó Frasquito: « Ó le dejas cojo, ó te deja cojo. » Y ¡zas! le dió un mandoble en un tobillo. ¡Qué cara puso el herido! y, sobre todo, ¡qué tobillo! Frasquito describía la contorsión en un párrafo sumamente inspirado y *vibrante*. Se oía sonar el hueso al ser roto por el sable. Con el tobillo á cuestras, anduvo mucho tiempo por el mundo del escándalo, no en señal de remordimiento, sino como si llevara enhiesto un pendón aterrador y glorioso.

Pero una noche corrió por toda Majagua un rumor extraordinario... Un hombre, que miraba fijamente á Frasquito como si quisiera hipnotizarle siempre que se tropezaba con él, le había

insultado en público; y Frasquito, ¡oh asombro! no contestó palabra.

Otra noche circuló una noticia más extraordinaria que el rumor. Aquel mismo hombre, acercándose á Frasquito, le había dicho:

— Prepárate, que voy á darte una trompada.

Y, efectivamente, le dió con la trompa, ó sea con la mano, aplastándole la nariz; ¡y Cataclismo tan tranquilo, con la nariz aplastada!... El suceso era realmente estupendo. Pero más chocó á todos el ver á Frasquito paseando con el abofeteador, que le echaba sobre el hombro una mano protectora...

Meses después, salió á la calle un pasquín, en forma de periódico, titulado *Los Valientes*, garabateado por Frasquito Cataclismo y sostenido por la mano del caballero de la trompada. *Los Valientes*, que reflejaba diariamente la envidia de aquél, tenía por fuerza que ser el periódico indicado para atacar á Manolo; y, en efecto, el ataque salió á luz, sin sindéresis ni sentido común, bufo é inocente de puro calumniador y estúpido. Aquello era sencillamente *bestia* y producía bascas al espíritu.

Ataques así, comidilla diaria de aquella prensa, no llamaban la atención de nadie; pero Manolo no estaba aclimatado... Una ola de indignación,

que le brotó de la conciencia, sacudió su pluma arrastrándola á escribir lo siguiente :

« *Á Frasquito Cataclismo, el mulato de los duelos, autor de la cojera de Pepe Ginebra.*

» Esperaba de tu mala raza que contra mí también esgrimieras el arma de la calumnia, escudo y blasón de tu fuerza. Pero, aunque tenía la convicción de que eres la más desorejada mujerzuela de tu espúrea casta, « do muchas tuvieron hijos » y no esposos », no te creí capaz. ¡oh insigne manumitido! de herirme á traición y á mansalva, recatándote en la sombra del hombre que te despampanó la nariz. Quiero, á pesar de todo, apurar el cáliz de la ignominia dispensándote el honor de alojarte una bala, aun á riesgo de que se embote, entre cuerno y cuerno. »

La burla, el demonio de la burla que le retozaba en el cuerpo, hizo muy luego que se mofara Manolo de su propia obra.

— ¿Es posible? se preguntaba. ¿Estaré en el caso de batirme con el primer Cataclismo que me salga al encuentro? ¿Habré venido al mundo á cumplir la misión de matar un Frasquito? Pues si me mata, ¡lucida muerte, como hay Dios!...

No contaba, sin embargo, con que *se la habían jurado*, como se lo probaría de allí á poco un incidente trágicamente cómico.

Risco y Gaviria, enterados del suceso, le esperaban tranquilamente en el café, para felicitarle, porque, según ellos, estaba de plácemes; y cuando pretendió hablar del asunto en serio, Gaviria rompió á reír :

— ¡Usted delira! ¡Valiente bromazo le daría Enrique de Lara si supiera que quiere usted gastar dignidad con los Cataclismos y Frasquitos!...

Y luego, llamando al mozo :

— ¡Á beber!... ¡Á beber!

x

« Majagua, septiembre 7.

» *Señores don José Coñá y don Frasquito Cataclismo.*

» Mis distinguidos amigos :

» Pasando por la calle de Tócame Roque, noté, con verdadera sorpresa, que *al pasar* don Manuel Roldán me dió con el codo. Creí de súbito que sería por distracción; pero, habiéndome fijado luego en el gesto que puso el referido Roldán, no me queda duda de que trató de agraviarme. Con tal motivo, ruego á ustedes se dignen pedir,

en mi nombre, al señor don Manuel Roldán una rectificación estruendosamente pública del aludido codazo ó una reparación en el campo del honor, y rétenle ustedes formalmente y díganle que le abandono todas las condiciones del duelo.

» Soy de ustedes amigo obsecuente,

» JUAN DE LA CAMPANA. »

» Majagua, septiembre 8.

» Señor don Manuel Roldán.

» Muy señor nuestro :

» Nuestro amigo el señor don Juan de la Campana nos ha dirigido la carta que copiamos á continuación, y *por ende* usted se servirá decirnos si se halla ó no resuelto á *retratarse* del codazo, objeto de la cuestión. En caso contrario, ya está usted retado de un modo muy serio para que lo repare en el campo del honor.

» De usted atentos seguros servidores, q. b. s. m.,

» JOSÉ COÑA,

Groupier del círculo de la Bomba.

» FRASQUITO CATACLISMO,

Redactor de *Los Valientes* »

* * *

» Señores don José Coña y don Frasquito Cataclismo.

» Muy señores míos :

» Tengo el honor de participar á ustedes, en contestación á su carta fechada hoy, que hablando anoche con los señores don Ciriaco Pérez y don Ruperto Gómez, amigos del señor don Juan de la Campana, quien se hallaba presente también, tuve el gusto de manifestarles, en cuanto á lo del codazo, que sería sin querer, debido acaso á la estrechez de la acera de la calle de Tócame Roque, y que yo mismo no me habría apercebido del hecho si el señor de la Campana al recibir el codazo no hubiera exclamado : « ¡Pisa, burro! »

» Con lo cual, y con bebernos unas copas, quedó terminado el acto ; y como ustedes son hombres dignos el uno en su clase de *groupier* y el otro en la de *redactor*, y saben distinguir y tienen qué perder, no necesito insistir en la seriedad é importancia del indicado acto.

» Soy de ustedes, con sentimientos de consideración, atento seguro servidor, q. b. s. m.,

» MANUEL ROLDÁN.

» Majagua, 8 de septiembre. »

* * *

« Majagua, septiembre 8.

» Señor don Manuel Roldán.

» Muy señor nuestro :

» No tenemos nada que ver con las manifestaciones que haya hecho usted, según dice, delante de los afamados majagüenos don Ciriaco Pérez y don Ruperto Gómez, vates colosales y glorias del país. El codazo continúa en pie, y lo retrata usted de un modo estruendosamente público, ó lo repara por las armas.

» De usted afectísimos seguros servidores,

» q. b. s. m.,

» JOSÉ COÑA. — FRASQUITO CATACLISMO. »

» Señores don José Coña y don Frasquito Cataclismo.

» Muy señores míos :

» Me extraña sobremanera que insistan ustedes en la pretensión que formularon en su primera carta; pero me extraña más oírles decir que son vates colosales (animales sí que) don Ciriaco y don Ruperto. Por lo demás, y en cuanto al codazo, me atengo á lo dicho.

» Reiterando á ustedes el testimonio de mi

consideración, me repito su afectísimo seguro servidor,

» MANUEL ROLDÁN.

» Majagua, 8 de septiembre.»

* *

« Majagua, septiembre 8.

» Señor don Manuel Roldán.

» Muy señor nuestro :

» Publicamos un comunicado haciendo constar que no quiere usted satisfacer la *vindicta* del señor de la Campana reparando el codazo en el campo del honor. El país entero juzgará.

» Ahora nos toca advertir á usted que el hecho de negar que los señores Pérez y Gómez son vates colosales, como bucólicos, es un ataque al país y además nos ofende atrocemente. Con este motivo retamos á usted en la forma que verá más abajo.

» De usted afectísimos seguros servidores que besan su mano,

» JOSÉ COÑA. — FRASQUITO CATACLISMO. »

* *

« Majagua, septiembre 8.

» Señor don Manuel Roldán.

» Muy señor mío :

» Ha supuesto usted que yo no sé lo que es poesía bucólica, y esto me ofende. Ó se retracta usted, ó se pone á mi disposición, por medio de mis amigos, insignes oradores del país, don Crispulo Sánchez y don Clotilde Picapica.

» Soy de usted afectísimo seguro servidor, que besa su mano,

» JOSÉ COÑÁ. »

« Majagua, septiembre 8.

» Señor don Manuel Roldán.

» Muy señor nuestro :

» El hecho de decir usted que no son *bates* cosales mis amigos y paisanos don Anacleto, digo, don Ruperto y don Ciriaco, glorias del país, es propio de un *sinvelgüenza* como usted. Me ofende usted, ofende á Gómez y Pérez, y ofende también á esta culta sociedad, injuriada y escarnecida. Tendrá usted que batirse con medio millón de almas. Por de pronto ó se *retrata* usted en segui-

da ó *me* repara en el campo del honor, para cuyo terreno designo á mis paisanos don Carlota Cuyé y don Severo Quijote.

» Soy de usted atento seguro servidor,

» q. b. s. m.,

» FRASQUITO CATACLISMO. »

*
* *

¡ Cosa rara! Manuel Roldán, que no había hecho caso de los insultos del periódico *Los Valientes* — ni quería provocar un desafío por codazo más ó menos — estaba resuelto á batirse con el mismo Dios antes que declarar poetas á don Ciriaco y don Ruperto. ¡ Poetas bucólicos aquellos Gómez y Pérez! Antes morir que dar esa patente.

La camarilla de los Coñá y Cataclismo estaba de plácemes. Manolo no sabía lo que era un arma, y José Coñá era en Majagua el *La Sosa* descrito por Fernanflor. Cuando pedía alguna persona ser presentada á él, sus amigos le decían al oído : « ¡ Quince duelos! » Era más terrible que *La Sosa*, porque manejaba mejor las armas y tenía la entraña más negra. Se había alquilado varias veces, como su compañero Cataclismo, para batirse. En la sombra y en silencio ajustaba friamente el precio de la estocada ó del bala-

zo que daría para quitar de en medio á un hombre que no le había inferido agravio alguno. El periódico *La Polémica* publicó un suelto que aludía á José Coñá, asegurando que le habían ofrecido sesenta onzas por provocar á un desafío al director de aquel periódico. No faltaban indicios para sospechar que el duelo entre Roldán y Coñá era una emboscada en la que había caído aquél inocentemente. Se recordaba en el teatro haber visto á Coñá mirando con un monóculo de un modo impertinente á Manuel Roldán. Recordábase también que varias veces le había mirado de arriba abajo en actitud agresiva en Majagua, metiéndose los dedos pulgares en las sobaqueras y meneando la pierna derecha... ¡Ya hacía tiempo que toda Majagua contemplaba á la araña tendiendo la red para cazar á la mosca!... La muerte de Roldán estaba decretada por la envidia de la turbamulta y pagada por un expresidario, propietario de un periódico al cual había quitado aquél, escribiendo en *La Polémica*, popularidad y venta.

La idea de que iba á consumarse, con premeditación y alevosía, un asesinato, no podía menos de poner carne de gallina á la ralea de admiradores que formaba la camarilla de José Coñá. La noche que precedió al duelo habían vis-

to, por la reja del balcón de la casa de Coñá, algunas sombras que desfilaban por la acera de enfrente, y reconocieron en ellas á varios amigos de Manolo. ¡Aquello era grave! Sintieron miedo; creyeron que pensaban en asaltar la casa para darles muerte; la idea de un crimen se les representó en la azorada conciencia, por lo mismo de estar preparándose para cometer uno, y corrieron á encender el farol del portal y en seguida al teléfono para decir á Coñá, el cual estaba en el teatro: « Manda refuerzos. »

Sin embargo, las sombras eran inofensivas, tan inofensivas como Manolo. Los amigos de éste paseaban, curioseando, por las cercanías de la casa de Coñá, porque alguien les dijo que había dispuesta en ella una opípara cena para celebrar anticipadamente la muerte de Roldán. ¡Y aquel Manolo, que no se preparaba, ni siquiera se le ocurría hacer un centenar de disparos en alguno de los innumerables tiros de pistola que tenía Majagua!

El desafío había de verificarse á primera hora del día siguiente. Llovía, y de la empapada tierra salía un vaho acre y untuoso. Centenares de personas, madrugadoras y alegres, dirigíanse en coche, como si fueran á una romería, al sitio designado para el combate. Primero llegaron Ma-

nolo (calado de agua y con cara de sueño), sus padrinos y un criado que transportaba una camilla; y en seguida bajaron de un carruaje, orlado triunfalmente, José Coñá y sus amigos.

La elección de armas pertenecía á Coñá. Roldán se batía á pistola; y él, que iba allí á jugarse la vida por negar la palma de poetas á los Ciriacos y Rupertos, no llevaba armas y tuvo que aceptar las pistolas de su adversario... La muerte de Manolo era inevitable... ¡Se la veía reflejada en la cara de Coñá!...

Habíanse colocado de espaldas, á veinte pasos, para volverse á la voz de mando y disparar simultáneamente. Los espectadores aplaudían la correcta apostura de Coñá, y no podían menos de reírse de Manolo, que tenía todas las trazas de un polichinela...

¡Una!... ¡Dos!... ¡Tres!... Se les vió volver la cara y disparar al mismo tiempo que brillaba el fogonazo y sonaba le detonación como si fuera de un solc tiro...

Y entonces se percibió una cosa increíble. Manuel Roldán se mantenía en pie, seriamente, con la seriedad risible de un pollo mojado, en tanto que á Coñá le amarilleó la cara, le flaquearon las piernas, dejó caer la pistola de entre las crispadas manos y cayó él mismo cuan largo era sobre

la hierba húmeda, con el cráneo atravesado por mitad de la frente.

Majagua, saboreando uno de sus mejores placeres de *sport*, deliraba de gozo la noche del suceso y rendía pleito homenaje á Manuel Roldán, cuya fama tocaba las nubes. Su personalidad había crecido tanto en pocas horas, que ya lograba arrastrar en pos á los admiradores y paniaguados de Coñá, los cuales ensalzaban el valor del vivo á la vez que ponían de cobarde al muerto que les hizo sentir tanto y tan hondo las horcas caudinas de su bravuconería. Plácemes, apretones de manos, abrazos, besos, achuchones, vivas á Manolo, demostraciones de rebajamiento que no pedía él; millares de personas que se le acercaban en el teatro y en el café queriendo alistar-se en su banderín de enganche... y, rompiendo el vocerío del entusiasmo, se oyó distintamente la voz de Enrique de Lara, que decía á Manolo: — Vais, joven incauto, por una senda de perdición. Habéis peleado por el honor contra gentes que no lo tienen; ved el resultado: ¡os aplaudé el pandillaje infame!...

XI

La idolatría tributada á Manolo, con ser tan entusiástica, duró sin embargo lo que las rosas. No podía él comulgar con gentes bautizadas por Enrique de Lara con el pintoresco título de pandillaje infame. No podía tampoco el pandillaje reconocer la jefatura de un hombre como Manolo. Uno y otro comprendieron bien pronto que Roldán había sido héroe á palos. Lo cierto era que le quitaba el sueño la amarillenta mueca de Coñá en el supremo instante de perder la vida...

Por otra parte, los mismos apologistas de su hazaña se morían de envidia y deseaban tirarle del pavés sobre el cual le alzaron. Bien es verdad que viste mucho en el carnaval del mundo el haber dado muerte á un hombre; pero la ralea que se declaró voluntariamente esclava de Manolo se enteraba poco á poco de que aquella muerte fué sin querer y que el matador no tenía la menor gana de volver á serlo. ¡Qué desencanto!... Y Manolo, que lo veía claro, les trataba, sin poderlo remediar, con cierto asco que no pasaba inadvertido.

La deserción empezó á iniciarse paulatinamente, y surgieron, en pos de la deserción, las pro-

vocaciones en comparsa. Todos y cada uno estaban en acecho de que flaqueara Manolo para sentar con él plaza de matón. Se le estudiaba, se le media de arriba abajo. Sabíase que estaba muy quebrantado; que se trabajaba con fervor para suprimirle de la judicatura; que su familia, de rica que había sido por su casa, se empobrecía cada vez más; que menudeaban para él disgustos y tribulaciones, y que deseaba, en fin, al mismo tiempo vivir para los afectos y deberes de su hogar. El ídolo se tambaleaba, y la ocasión era propicia para empujarlo...

Él reducía cada día más el círculo de sus relaciones amistosas. Apenas se le veía en el teatro, ni en el café, ni siquiera en la calle. Recelaba una intriga, temía una emboscada, husmeaba la verdad en el fondo de corazones repletos de perfidias y en la superficie de labios pálidos y amoratados que debió de presentir Ovidio en su gráfica y magistral pintura de la envidia... Ya no sabía quién era amigo suyo ni quién dejaba de serlo. La amistad y la enemistad, la lealtad y la traición se confundían allí en la misma línea de la socarronería... Si confiaba alguna de sus penas en uno de esos momentos de expansión que son desahogo necesario de un alma cautiva que se desdobra á solas, no tardaba en averiguar que

el amigo que le incitó con cariños y zalamerías á exteriorizar su sentimiento lo divulgaba afanoso entre sus mismos adversarios. Era Manolo como una mosca atontada que se dejaba aprisionar en la red de mentiras y alevosías urdida mañosamente por arañas *sui generis* que tenían piel de paloma y corazón de víbora.

Al primero que se atrevió á denigrarle, y lo hizo impunemente, siguió otro y luego ciento. Las primeras explicaciones que dió, porque estaban puestas en razón, hiciéronse, con fundamento ó sin él, interminables. Todo el mundo publicaba contra él un suelto, un artículo ó un comunicado. Todo el mundo le pedía una reparación. Á creer lo que decían unos y otros, era cierto que todo el mundo le había dado « una trompada ». Media Majagua se apresuró á dejarle tarjetas de desafío tan pronto como corrió la voz de que había evitado dignamente una cuestión. Se formó cola en los alrededores de su casa, y los periódicos tiraron suplementos para dar cabida á comunicados de horteras, zapateros, barrrenderos más ó menos bucólicos, Rupertos y Ciriacos. Para contrarrestar aquella invasión de comunicantes, habría hecho falta matar diariamente una docena de Coñaques...

Roldán estaba solo... Risco y Gaviria, que sen-

tían verdaderamente tan inmerecido infortunio, no podían remediarlo, ni hacer causa común con él sin exponerse á que les tocara algo del chaparrón de infamias; y Enrique de Lara, al verle discurrir, hecho un Nazareno, por entre las turbas, se contentó con exclamar filosóficamente:

— ¡ Hombre al agua! ¡ Ya decía yo que no valía para vivir en este país esencialmente fiel y bodeguero!

Valerosas é implacables para con el caído, toleradas por el gobernador sin piernas y robustecidas por la prensa, la curia y la poesía bucólica, — entidades todas que tenían que vengar agravios de Manolo, — aquellas gentes no daban paz á la inventiva para escarnecerlo. Idearon sacarle procesionalmente en forma de monigote, con toga parecida á hopa de sentenciado á muerte y con birrete que tenía trazas de becoquín por carnestolendas, sobre el cual habíase escrito con letras gordas las palabras *prevaricador, ladrón, canalla, sincergüenza*, y otras más del diccionario majagüeño. Multitud clamorosa que seguía al mamarracho carnavalesco en vértigo de danza macabra de canibales, colgóle de un farol, frente á frente de la casa de Manolo, y prorrumpió, después de verificar esta patriótica ceremonia, en atronador ¡muera! (con cuatro aes como el alerta del « edi-

torial »). Le escupieron á la cara, le dieron de palos, le tiraron bocados... En medio del delirio africano, vociferó para afrentarle una cuarterona, jurando por su honor que había dormido con Manolo; ¡y aquella cuarterona, abandonada y envilecida, era la misera mujer de Frasquito Cataclismo, loca de remate!...

Á hora muy avanzada de la noche pudo Manolo, revolviéndose como epiléptico en el lecho, conciliar el olvido, ya que no el descanso, de aquellas escenas; y allá, entre sueños, veía al monigote, repleto de ridiculez, llenando la calle con la sotana que se extendía como una mancha negra por toda Majagua; en tanto que el birrete bajaba y subía á intervalos, á semejanza de muñeco Guignol, tocando el suelo, tan pronto como se perdía en las nubes. Al despertar de su sueño de enfermo, Manolo sintió en el espíritu la impresión hiriente que deja en la carne la rozadura de un acerico cuajado de agujas, como si hubiera velado su espíritu, mientras dormía rendida la materia, sobre un pan de avispa irritadas...

Un suceso tan inesperado como grave acabó de hacer desesperante la situación de Manolo. Su ma-

dre perdió, en la quiebra de los señores Galarrégui y compañía, el único patrimonio que quedaba á la familia y con él la exigua renta de que vivía modestamente. En el lenguaje del mal humor que origina la pobreza, adquiere proporciones de venenoso agravio la más suave de las censuras. Arreciaron las rencillas domésticas, acusáronse unos á otros, con frenético ardimiento, los buenos hermanos; y el mismo Manolo demostraba una intemperancia extraordinaria cuando le decían que la esquivez de su carácter había contribuido grandemente á fomentar la odiosidad de que era víctima en Majagua; que precisaba estar bien con todos, vivir con todo el mundo, en una situación de « tira y afloja »...

Habíase alterado profundamente su salud. En vano cuidaba de él con solícito cariño la infortunada doña Angustias, que se explicaba la enfermedad de Manolo como producto de sus desórdenes en materia de higiene.

— ¡Ayer comiste tan tarde! le decía.

Ó bien :

— Eso que tienes es efecto de la horchata que tomaste anoche; ¡si ya te lo dije!

¡Oh, sí! aquel malestar acabaría muy pronto si su hijo quisiera hacerle caso. Ella le decía amorosamente, cuando le contemplaba pálido y

desencajado después de una noche de pensar y sufrir en el potro de tormento que le servía de lecho:

— Si quisieras ponerte en el vientre una franjelita con ron alcanforado, verías que te curabas como con la mano.

Y otras veces:

— Mira, hijo, tú debías tomar...

— ¡El vapor, mamá, el vapor! le interrumpía Manolo con injustificada impaciencia y mal reprimido enojo.

La buena señora no profundizaba en el espíritu de su hijo, ni adivinaba la causa de la misantropía que como tempestad de sombras había caído sobre él y le obligaba á preguntarse en silencio si la existencia no era más que urdimbre de conflictos para el hombre justo; si el destino de éste no era el de mártir arrojado á las fieras en el sangriento circo de la vida. La virtud hollada y escarneida y el vicio ensalzado y temido; placeres sin cuento para el hombre que nació sin sentido moral y amarguras innumerables para el hombre dotado de sentimiento; el combate diario y eterno entre los individuos de una misma especie, y la destrucción constante, fatal, necesaria, del más débil por el más fuerte... ¡toda la podredumbre que enseñaba al desnudo, como sín-

tesis de la canallada universal, aquella Majagua primitiva!... ¿Era eso la vida? Sí, indudablemente era eso; y Manolo pensaba, al llegar á este punto de sus reflexiones, que no valía la vida el trabajo de defenderla contra la muerte, y que si no le retuviera en la cárcel del mundo la indestructible argolla del deber, moriría friamente como murió Adela, su alma melliza en la conjunción de las tristezas del pensamiento. Puesto que era cierto que hay seres en la gran familia de timadores y timados que se llama humanidad, condenados por ley ciega y fatal á servir de moscas en la monstruosa red de la vida, ¿á qué esforzarse por evitar el peligro, ni á qué seguir aleteando para caer irremisiblemente en él?... Si, en medio del terrible abordaje de la vida, saturada de las emanaciones de las letrinas y del ponzoñoso hálito de las personas, Manolo agonizaba. Ahogábase de pena, de vergüenza, de asco... Poníanle enfermo, á un mismo tiempo, las altiveces del funcionario público que salía de Palacio á exhibirse como un sátrapa viendo de rodillas á un pueblo de eunucos sin decoro y sin conciencia, y las ruindades del dependiente de comercio que cruzaba las calles, en camiseta sudada y mal oliente, andando en chancleta.

Aquel mundo de prosa se le hacía insoportable.

En la prensa, la diatriba estúpida chorreando insultos y calumnias; en el juzgado, el trato con los litigantes, alguaciles y papeles de oficio; en el hogar, el roce con tristezas irreparables y con desesperaciones sin fondo. Deseaba volar, salir de entre las ventosas que le atenaceaban el entendimiento y el corazón, y se sentía retenido, mal grado suyo, por incontrastable fuerza, simbolizada en los deberes creados y mantenidos por la ley de la costumbre. Consideraba perdidos los prestigios de su nombre y las energías de su carácter, ahogado material y moralmente por una montaña de prosa. Los legajos le asediaban, le invadían, se aplastaban contra él, le escupían el odio de su vejez de forma y fondo, le hacían horribles muecas con los garabatos de las firmas notariales, y todavía, cuando trataba de conciliar el sueño, desfilaban ante él en fúnebre procesión de espectros, rechonchos, mosfetudos, atados por la cintura á modo de frailuna gente, exhalando de sus páginas el acre olor del egoísmo escrito sobre carpetas con polvo amontonado por el tiempo. ¡Manolo se moría! La amarga ola del corazón herido le subía á la boca en espumarajos sanguinolentos. El pus del rencor contra los fatalismos de su suerte corría evenenándole la sangre; y al fin cayó vencido, anonadado, sin causa apa-

rente de muerte y muriendo sin embargo de un solo golpe asestado en la sombra por la mano de lo desconocido.

La familia no entendía aquella muerte, ni podía explicársela, « en el momento más precioso de la vida de Manolo, cuando había logrado situarse *tan bien* en el destino que ella había soñado para él ». ¡No! Aquello era un absurdo, un imposible « una barbaridad de la Providencia », la cual privaba á la familia del bienestar que había logrado, gracias á Manolo. ¡No, no!... Pero para confirmar al suceso, estaba allí el muerto, con la cabeza desgonzada por el garrote vil de los respetos que guardara contra su voluntad, con la boca pegada á una carpeta en actitud de morderla, escurriendo de sus ojos yertos una inmensa lágrima que derramó el sentimiento en su noche de rocío y que congeló el deber en el fondo de las roídas entrañas.

Al día siguiente fué el entierro. Algunos vecinos piadosos se pusieron la levita y el sombrero de paja para acompañar procesionalmente al muerto, al son de fúnebre marcha que tenía el mismo aire del tango con que recibieron al vivo á bordo del vapor *Victoria*. Cuatro personas de viso en Majagua llevaron los cordones del féretro, sobre el cual se destacaba, como irrisorio emble-

ma, el bastón con borlas de juez. Uno de aquellos respetables señores, orador vibrante y fúnebre (subvencionado por la Funeraria), que enterraba á todos los muertos notables de la ciudad echándoles el propio discurso, despidió el duelo en el cementerio, asegurando, « con voz conmovida pero elocuente », según decía el mismo periódico, que « la carrera judicial estaba de pésame »; y un *vate* colosal roció la tumba con las perlas de una poesía pastoril, cuya última estrofa bailable hizo, si no mintió en su periódico Enrique de Lara, mover al muerto... Parientes y amigos, « resignados ya á sufrir la nueva desgracia que les enviaba Dios », habíanse retirado á descansar, porque velaron hasta muy entrada la noche zumbando al rededor del cadáver como moscardones dispersos por la muerte que revolotean aún sobre los restos del animal á quien gangrenaron la sangre y envenenaron la vida. ¡Sólo doña Angustias abrazada, como á la cruz bendita, á la cabecera de la suntuosa cama en donde yacieron el padre y el hijo, sintiendo que nuevamente, y esta vez para siempre, se le venía abajo, continuaba allí, en el lecho, sin gemir ni llorar, enloquecida la mirada, secos los ojos!...

LOS INSEPARABLES

« Querido Luis: Ayer murieron los dos pajaritos que me trajiste de Londres; se querían demasiado. El machito, á fuerza de amor, mató á la hembra, y él se murió de tristeza... ¡Pobrecitos! Estas dos muertes me han hecho mucho daño. Voy á regalar todos mis pájaros... hasta los inseparables. ¡Qué crimen!

» CARÓ. »

I

Se había recostado en una *chaise longue*, con toda la refinada elegancia de una parisiense y toda la insolente indolencia de una criolla... La expresión de su rostro, de ordinario picaresca y retozona, hacíase por momentos reflexiva y triste. No aleteaban ya con amor sobre las pupilas de sus ojos — tan chispeantes y malignos, que parecían abiertos con el escapelo de Arouet en un capullo de camelia — las pestañas que los guarnecían como una *peluche* negra rodeada á los bordes de dos cuencas de cristal purísimo. Su tez tomaba el color mate de una flor enferma... sus labios formaban una imperceptible línea que iba perdiendo

ma, el bastón con borlas de juez. Uno de aquellos respetables señores, orador vibrante y fúnebre (subvencionado por la Funeraria), que enterraba á todos los muertos notables de la ciudad echándoles el propio discurso, despidió el duelo en el cementerio, asegurando, « con voz conmovida pero elocuente », según decía el mismo periódico, que « la carrera judicial estaba de pésame »; y un *vate* colosal roció la tumba con las perlas de una poesía pastoril, cuya última estrofa bailable hizo, si no mintió en su periódico Enrique de Lara, mover al muerto... Parientes y amigos, « resignados ya á sufrir la nueva desgracia que les enviaba Dios », habíanse retirado á descansar, porque velaron hasta muy entrada la noche zumbando al rededor del cadáver como moscardones dispersos por la muerte que revolotean aún sobre los restos del animal á quien gangrenaron la sangre y envenenaron la vida. ¡Sólo doña Angustias abrazada, como á la cruz bendita, á la cabecera de la suntuosa cama en donde yacieron el padre y el hijo, sintiendo que nuevamente, y esta vez para siempre, se le venía abajo, continuaba allí, en el lecho, sin gemir ni llorar, enloquecida la mirada, secos los ojos!...

LOS INSEPARABLES

« Querido Luis: Ayer murieron los dos pajaritos que me trajiste de Londres; se querían demasiado. El machito, á fuerza de amor, mató á la hembra, y él se murió de tristeza... ¡Pobrecitos! Estas dos muertes me han hecho mucho daño. Voy á regalar todos mis pájaros... hasta los inseparables. ¡Qué crimen!

» CARÓ. »

I

Se había recostado en una *chaise longue*, con toda la refinada elegancia de una parisiense y toda la insolente indolencia de una criolla... La expresión de su rostro, de ordinario picaresca y retozona, hacíase por momentos reflexiva y triste. No aleteaban ya con amor sobre las pupilas de sus ojos — tan chispeantes y malignos, que parecían abiertos con el escapelo de Arouet en un capullo de camelia — las pestañas que los guarnecían como una *peluche* negra rodeada á los bordes de dos cuencas de cristal purísimo. Su tez tomaba el color mate de una flor enferma... sus labios formaban una imperceptible línea que iba perdién-

do la valentía de los tonos... Ya había arrugado la asfixia el suavísimo contorno de su garganta, modelada primorosamente... ya empezaba la agonía á desfigurar el perfil de su semblante, cuajado por las hadas de la belleza en el molde donde se forjaron las mujeres de Rubens... ¡ya moría!... Sobre las desordenadas trenzas de su cabellera, que reflejaba todos los tonos del color rubio, posábanse dulcemente, mustios y enfermizos, dos periquitos de los que se conocen con el nombre de *inseparables*... ¡Á la caída de aquella flor marchita prematuramente, ellos abrían sus alitas verdes para cobijarla con el símbolo de la esperanza!...

II

Era un corazón de oro, por lo rico, y una inteligencia de filigrana, por lo transparente. Pero ella se había complacido en atrofiar su sentimiento, con la misma criminalidad con que se atrofia el sexo, y en extraviar su inteligencia con la misma obcecación con que se extravía la virtud. Se comparaba á la mayoría de las mujeres, y veía elevarse desmesuradamente el nivel de su estatura. De esta comparación tentadora nacía buena parte de sus defectos, que, con ser grandes, valían en ella mucho más que esas virtudes incolo-

ras y anodinas que aplaude el vulgo. Ella estaba orgullosa de sus genialidades, y tenía razón en estarlo. Pero no podía condonársele que profanara su almita, á quien hería con todo el ensañamiento de un verdugo ruso; ni se podía ver con buenos ojos que, siendo inocente, se condujera ella misma al banquillo de los acusados para condenarse á muerte, como si obedeciera á las leyes del determinismo, con la implacabilidad con que condena una entraña judicial...

Mucho contribuía á su nostalgia el medio social en que vivía. El hábito del positivismo del siglo le quemaba el rostro y le marchitaba el corazón. Pero, á pesar de los pesares, cuando se veía á solas con su alma, veía también revolotear alrededor suyo hojas desprendidas de flores que retoñaban en el corazón, cuáles verdes como las alas de sus pajaritos, cuáles otras rubias como la dorada mies de sus cabellos.

En su carácter existían revueltos los componentes de todas las pasiones y de todas las virtudes. Hubiera podido ser una heroína en las lides políticas; hubiera podido ser también una santa en el calendario de la humanidad y, á querer serlo, la venturosa fundadora de un hogar.

No venció á tiempo las asperezas de su voluntad, y se hizo dura é injusta contra los sentimien-

tos de su corazón... Si hubiera vivido en la Roma de la decadencia, habría hincado el punzón del castigo en las carnes de la mujer ilota para recordarle su esclavitud; si hubiera aspirado en los labios del sol el mosto del trópico, habría azotado las espaldas de la mujer etiope... Y, en ambos casos, hubiera corrido á depositar una lágrima silenciosa en el alejamiento de su dorado camarín.

La nota característica de su temperamento era la extravagancia. Esta nota se había acentuado con la lectura de obras que expresaban el descoco y un sentido de amargo pesimismo. En aquellas páginas bebió el filtro que produce el vértigo en las imaginaciones exaltadas que, sin la debida preparación, se abren al contacto de ideas corrosivas. Por hacer algo nuevo, ella se guillotina tranquilamente y con sus propias manos.

El rasgo más saliente de su carácter era la vanidad, vanidad ingénita en su idiosincrasia y mimada por la fortuna. Su divisa era la síntesis de su creencia en sí misma: *¡Excelsior!*...

Por alardear de energética y fuerte con las demás, era débil consigo misma. Antes que esparcir en los temblores de una lágrima las ternuras del sentimiento, que era en ella inagotable, hubiera preferido cegar el manantial de sus ojos.

La fortuna le prodigaba sus dones, y ella se di-

vertía en rechazarlos con desprecio. Sus caprichos eran leyes, órdenes sus antojos, y, saturada de vasallajes ajenos, decidió morir de hartura de felicidad... y también de hambre de adversidades y contradicciones...

Y en los salones sucumbía de anemia, entre las sombras del camarín dorado, y cerrando continuamente los labios para que no entrara en ellos una sola gota medicinal.

En vano la advertían con severidad los médicos, y la aconsejaban con cariño los parientes y amigos. En vano también, si tardaba en retirarse á su gabinete, los *inseparables*, los periquitos verdes, bajaban piando los peldaños de la espaciosa escalera que conducía á la sala, como si tuvieran el presentimiento de que se les iba á morir muy pronto la flor en que libaban ellos las primicias de sus amores.

III

Morir... era su cerebro demasiado grande para sostenido por cabeza tan pequeña; era su alma con exceso fuerte para albergada en cuerpo tan débil. En sus ratos de buen humor, suele divertirse Dios con el absurdo: crea un genio como una montaña, una voluntad como un volcán, y los injerta en una muñeca de *biscuit*.

Moría... y, en el paroxismo de la crisis morbosa, recostábase en la *chaise longue* con las lujosas maneras de una parisiense y el marrullero hastío de una criolla... Sus manos, que, de puro finas y pequeñas, alejaban el deseo de estrecharlas de miedo á hacerles daño, crispábanse como si quisieran estrangular al destino. Había cruzado las piernas, con la familiaridad de una sultana, dejando entrever el nacimiento de las monadas de sus pies, de los cuales hubiera podido decir Campoamor, sin exagerar tanto como en su poema, que podían ocultarse en el cáliz de una rosa; y al abandonar la vida en un acceso de tos violenta, sacudía despóticamente, con la punta de uno de sus zapatitos, las páginas de la última novela que se le cayera de las manos, y conservaba en su apostura aquel ademán, mitad colérico, mitad desdenoso, que pudiera traducirse en esta frase: *¿Qué me importa á mí, y qué le importa á nadie?*

¡Ay! Algo importaría su muerte á aquellos *inseparables*, que doblaban tristemente sus cabecitas verdes sobre la frente de la joven, como si hubieran esperado á que muriese para darle sin miedo el primer beso amoroso, ¡el beso del ave á la flor!

EL CAPITALISTA

I

PREPARATIVOS

— Parte, hijo mío; parte, y hazte hombre. Vuelve pronto hecho un doctor ó un licenciado. Estudia mucho y, sobre todo, sé económico. Para enviarte treinta pesos al mes, tu padre trabajará día y noche como un negro, tus hermanas ordenarán las vacas... Vas equipado para todos los años que estés en Madrid. Llevas una docena de calzoncillos, otra de medias; cinco camisetas; seis camisas de madapolán, cuatro de hilo, nuevas, que te hice de unas viejas de tu papá; tres pares de botines, uno de los cuales es de tu hermano, que no los quiere porque le vienen estrechos; un bombo (chistera) blanco que usó en sus buenos tiempos tu tío Pancho; cuatro fluses de dril blanco; una levita y un gabán de invierno que usó tu abuelo cuando estuvo de diputado en Madrid; una dita para el baño; un sombrero de jipijapa

y una chupa blanca. ¡Qué envidia te tendrán tus compañeros!... Mira, hijo: en la familia no hay ningún doctor ni licenciado; es preciso que tú seas algo.

Cierra la estudiantil maleta aquella buena madre y abre sus ojos al llanto.

El futuro doctor le da un abrazo y sale de su casa, acompañado del padre, que le deja en un camarote de primera del vapor correo.

— Ahí va mi hijo, le dice al capitán; es una gran cabeza. Dios me conceda vida para verle hecho un doctor.

Y ocultando una lágrima, toma el camino de Puerta de Tierra; llega á su hacienda, y como piensa en los treinta duros que ha de enviar á su hijo, se pone á trabajar como un « negro », y dice á sus hijas:

— Id á ordeñar las vacas.

Leva anclas el buque, y desaparece luego del Puerto, semejando á intervalos una mancha negra en un horizonte de cristal.

El futuro doctor dirige su última mirada á la patria, que se queda entre las espumas del mar caribe, y alzándose orgulloso sobre las plantas de las *chinelas*, exclama con énfasis:

— ¡Oh patria!... ¡Yo volveré á tus playas, hecho un doctor, para darte días de gloria!

Y acto continuo se mete en la cantina, y se toma media caneca de ginebra.

*
* * *

EN SANTANDER

(DOS CARTAS)

« Santander, 13 de agosto de 1870.

« Querido papá:

» Escribo esta carta en Santander, que es un pueblo mucho más grande que Río Piedras. Yo estoy muy triste acordándome de ustedes, y deseo llegar á Madrid para examinarme de siete asignaturas el mes que viene. Conmigo no se *pué jugá*, porque tengo mucho de aquí, y en un dos por tres me aprendo la carrera. Ya quisiera estar en Madrid; pero antes tengo que ir al lazareto, que es la universidad de este pueblo, según me ha dicho un estudiante montañés que tiene los pies *ajorquillaos*.

» Á mamá le darás un beso, y otro á mis hermanitas, y muchas expresiones al *compae* Narciso y á mi *comae* Berenjena.

» Te pide la bendición

» CLOTILDE. »

« Santander, 15 de agosto de 1870.

» Querido Ambrosio :

» Chico, chico, *bibil* para *bel*. Llegué aquí con doscientos pesos fuertes, y en tres días me llevo gastados dos pesos y medio. ¡Qué modo de gastar, Ambrosio! Estos españoles son unos ladrones.

» Hay aquí unos *cafeses* mucho mejores que el de la Zaragozana y unos teatros más buenos que el de la *siudá*, con unas velas de sebo que no se gastan nunca y alumbran más que los faroles de Río Piedras.

» Pero sobre todo esto están las mujeres. ¡Qué *requerete* de ninfas, chico! Son duquesas y marquesas, de lo principal de España, que se enamoran de los indianos. Á lo mejor le *jalan* á uno por la levita y le llaman hermoso. Lo malo es que no se lavan. Aquí no se baña nadie, chico. Hay mucho *sicote*. Se espanta la gente de que yo me lave dos veces al día y me empolve el cuerpo.

» Yo no me casaría aquí, te digo la verdad. Prefiero Nemesia á *toas* las mujeres de España, porque no me *jalaba* en la calle, ni me llamaba hermoso, sino bonito, y eso en el corral de su casa, junto á la *palisá*, donde no nos veía *naide*. No la olvido un momento, y en cuanto que sea *dotol*, me caso con ella aunque no quiera su *pae*.

» He sabido que *toitos* los paisanos son unos perros que no se acuedan del país. ¡Míralos qué *simbelgiensas*! Yo les voy á echar la pata á *toos* ellos, porque *sabo* más que las *niguas* y que *toos* los *guanimes* del mundo y soy más serio que un *sinco é queso*, y á mayor *superabundamiento* tendré buena conducta y haré *toos* los *añangotamientos posibles*, y en tres años *¡san se acabó!* me hago *dotol*.

» Dale expresiones á Nemesia y dile que se acuelde de mí cuando se ponga junto á la *palisá*.

» Tuyito,

» CLOTILDE. »

» P. D. — En el próximo correo te mandaré la última composición poética que he hecho. La hice en el vapor, y se titula : ¡*Adiós, pobre Puerto Rico!*

EN MADRID

(DOS AÑOS DESPUÉS)

¿Quién es aquel joven que luce raquítica levita (abierta por detrás), pantalón embudo, por lo estrecho, y *bombo* monumental? Es el joven Clotilde, que vino á Madrid á hacerse doctor, bien envuelto en el recio gabán que usó su abuelo el diputado.

Corrieron los días, y Clotilde supo que la palabra *americano* en Madrid era sinónimo de *millonario*. Recordó que tenía una hacienda (ingenio) empeñada; vióse muy feo en un espejo de á real, y dijo:

— Ésta es la mía, el dinero; yo haré conquistas, si no por mi bonita cara, por mis muchos pesos.

Abandonó el aula por el café, y las figuras de disección por las chicas de carne y hueso. No las quería con mal fin, sino por prurito de que se dijera de él que tenía muchas novias, aunque no les tocara el pelo de la ropa. No pasaba una mujer á la vara de él sin que la mirara seriamente y le dirigiera alguna carta por el estilo de ésta:

« Señorita :

» Perdone usted mi atrevimiento si le digo que la amo. Sí, señorita, la amo á usted de una manera espantosa.

» Cuando la vi ayer en la carrera de San Jerónimo, me pareció usted una hurí, ¡qué digo una hurí! un meteoro que cruzaba por la tierra, y se me quedaron los ojos *engurruños* de tanta luz como despiden los de usted. Y luego, al asomar su talle gentil de palmera y su lindo y breve pie, me quedé extático como un tiburón.

» Yo me quería en mi país con una joven que me aguardaba todas las noches en el corral de su casa, junto á la *palisá*, y que espera á que sea yo doctor para casarse conmigo. Creía yo que era la mujer más guapa de este mundo, pero ahora veo que la mujer más guapa es usted.

» Si usted me quisiera, ¡ay! yo me casaría con usted y la llevaría á Puerto Rico, mi país. Sería usted la reina de mi corazón y mis haciendas. Mis negros la meterían en el baño, y usted, dulce sirena de mi existencia, vería con qué gusto se deslizaban los años de su vida á orilla del platanal, entre serenatas que le diera el pueblo y aclamaciones de los jibaros tocatiples,

Á quienes gusta el frangollo,
El plátano verde en bollo
Y el aguardiente que pique,

comiendo guanábana y bebiendo guarapo; festejada, en fin, hasta por el capitán general.

» Deme usted el *sí*, y me hará feliz. Sólo me falta una asignatura... Tengo dos millones de pesos, muchas vacas y negros *carabilis*. Esto se lo digo para que no imagine usted que soy *un cualquiera*.

» Espero su contestación. Si usted me diera el *sí*... ¡ay! yo sería el más feliz de los doctores.

» Le besa la saya,

» CLOTILDE PICAPICA.

» *P. D.* — Tengo el gusto de inviarle una composición poética que me ha inspirado usted.

Á MI CHINITA

Si te vas á Puerto Rico,
Dormirás en un petate,
Y yo te pondré en el pico
Un racimo de aguacate.

Allí verás tiburones
Tamaños como las casas,
Y les cogerás las pasas
Á los negros cimarrones.

Te tocarán bien el pito
Para que bailes á gusto,
Y te llevarás un susto
Si te tragas un caimito.»

(Ella, después de leer la carta :)

— ¡Qué feo es, María santísima! ¿Cómo me las arreglo yo para salir á la calle con un mamarracho así?... Pero dice que tiene muchos negros y dos millones de pesos, que serán míos si le doy el sí. ¡No digo yo el sí, el lucero del alba le doy yo! Y dice que comeré guanábana (¿qué será eso de guanábana?) y que sus negros me meterán en el baño... ¡qué gusto! En fin, yo necesito un marido, aunque sea un igorrote. Le diré que sí; pero... ¡qué feo es, María santísima!

II

En su nueva vida, Clotilde inaugura una serie de *micos*, ora á la patrona, ora al sastre, ya á las familias á quienes vino recomendado, ya, en fin, al portero, cuando no al sereno, si alguno de ellos tiene dinero para que él se dé tono de opulento americano.

¿Que le hacen falta cincuenta duros! Carta sablazo al canto:

« Mi respetable amigo :

» Como verá usted por la adjunta carta de papá, no ha podido enviarme los doscientos pesos que me ofreció de regalo. Pero los recibiré por el correo próximo.

» Le agradecería me prestara cincuenta pesos, porque tengo un compromiso (cuestión de matrículas).

» Suyo afectísimo,

» CLOTILDE PICAPICA. »

La carta falsa del padre (escrita por un memorandista de Madrid):

« Querido hijo :

» He recibido tu grata, é impuesto de que necesitas doscientos pesos, pensé remitirtelos hoy;

pero no puede ser. Estoy sin fondos. Esta mañana tuve que soltar ochenta mil pesos para la refacción de mis haciendas, y mañana *tempranito* tendré que soltar otros ochenta mil, porque todo el dinero es poco para atender á los gastos de estas haciendas, como que cogen media isla y parte de la otra.

» El cosecho no me tiene contento. Sólo me dejará de ganancia líquida dos millones seiscientos mil y pico de pesos, y yo, hijo, contaba con cuatro por lo menos. Bien es verdad que el precio del azúcar ha bajado mucho (culpa de la crisis y de la maldita remolacha). Ahora se vende el bo-coy casi regalado : á dos mil trescientos pesos, nada más.

» También nos fastidió á los hacendados el temporal de San Gurmésindo. Yo estaba en la hamaca con tu mamá cuando sonó el primer trueno. ¡Qué trueno, Clotildito! Parecía el taponazo de mil botellas de champagne, según dijo un cronista de la ciudad. Ordené en el acto que tapasen todos los espejos y me puse un camisón de seda de tu mamá, la cual, en aquel momento andaba en crinolina por la casa, y los muchachos, como son tan malos, le cantaban aquello de :

¡Con fuá, ma Gutina!
¡Diablo verde en la cocina!

» Bibí se puso una saya de seda de tu hermana Nené. (Ya sabes que la seda ahuyenta los rayos.) Todos parecíamos mujeres. Cada cual, por supuesto, con su correspondiente paraguas abierto dentro de la casa, porque el agua se metía. La sala parecía el río de la Plata crecido. Yo me subí á la tapa del piano; tu mamá se encamaró en la consola, pero la rompió, porque está muy gorda (tu mamá), cayéndose al charco. Afortunadamente, yo tenía un anzuelo de pescar pulpos, y la saqué con él. ¡Qué susto, Clotildito!

» Á otra cosa. Además de los diez y siete mil negros que tenía, he comprado ocho mil, y, como no cogían en los ranchos, he fabricado al rededor de la isla un cuartel que principia en Puerta de Tierra y concluye en el Pepino, pasando por la bahía, que hice cegar.

» Aun así y todo, no están contentos, los condenados, y hay que darles mucho fute para que no gruñan. Eso sí, cuando toea su fotuto el mayordomo y suena su fute el capataz para que vengan los negros al trabajo, da gusto verlos todos en fila, que comienza en Río Piedras y termina en Salinas. Algunos tienen que meterse en el mar, porque les falta tierra donde ponerse, por lo que pillan unos catarros muy grandes, y se tropiezan además con los buques que pasan por la costa, y

los marineros, como son tan malos, les tiran de los pelos ó de las *pasas*, como se dice aquí.

» En estos días he alquilado la isla de Vieques y parte de la de la Cabra para depósito de unos cuantos miles de barriles de funche con bacalao que me ha llegado del Norte con destino al buche de mis negros. Ya no sé dónde poner las macarelas. El capitán general me ha ordenado que las quite de la carretera, porque no dejan paso á los coches, y los vecinos de Caguas se quejan de oler á macarela. Las muchachas están furiosas con el olor...

» Hazte pronto doctor, hijo mío. Sólo espero á que lo seas para enviarte tu legítima, dos millones de pesos y ochocientas negritas escogidas que te rascarán los pies. Pero hoy por hoy no esperes de regalo arriba de mil pesos. Temo que te pierdas.

» Tu mamá sigue con su jaqueca, á pesar de tener constantemente puestos dos parches de papas en las sienas. Tu hermano Finfin tiene tres mil y pico de caballos, todos ellos de mucho menudeo y andadura.

» Terminó, porque tengo que recibir al pueblo, que me ha ofrecido una serenata.

» Te bendice tu padre,

» CLOTO PICAPICA. »

El infeliz *sableado* suelta los cincuenta pesos, que no cobrará en los días de su vida, y Clotilde continúa hablando de sus millones y de sus negros.

El mes de septiembre es una lotería para Clotilde. Anticipadamente pide á su padre cien duros para matrículas y libros.

— ¡Cien pesos! exclama el buen hombre.

Pero lo cree, porque el hijo le cuenta que el ministro de fomento ha aumentado considerablemente los derechos de matrícula y que las obras de texto, casi agotadas, valen mucho más que antes.

El padre vende el caballo que le servía para ir á la capital, y remesa el dinero.

— Á bien que es el último, piensa el pobre diablo, porque hace ocho años que está mi hijo en Europa y sólo le falta una asignatura para concluir. Un esfuerzo más, y veré á mi hijo doctor... ¡Hijas mías, ordeñad bien las vacas!...

Clotilde se dirige á los amigos que tiene su padre en Madrid y les pide dinero para lo mismo, esto es, para matricularse.

— No lo he recibido á tiempo, les dice; el plazo expira, y perderé el curso si no me matriculo. Y de tal suerte reúne doscientos duros para ropa, café, teatro, etc.

Ha olvidado que San Carlos está en la calle de

Atocha; ignora que hay un Ateneo médico en Madrid; en su casa no quedan señales de un solo libro. Laviña compró en dos reales el último que le quedaba.

Y así pasan años y lustros. Cuando los padres ó amigos de Clotilde le preguntan por sus estudios, contesta invariablemente:

— Sólo me falta una asignatura.

Al final de la escena, debiendo algunos miles de duros, conocido ya de quinientos acreedores, despedido de Fornos por el ilustre Cirilo, sin recibir dinero de sus padres, y habiéndose bebido toda la leche que ordeñaron sus hermanas, torna á los patrios lares para exhibirse en la plaza de Armas, asistir á los bailes de la *siudá*, *desbaratar* los que se celebran en el campo y dárselas en todas partes de patriota integérrimo con murmurar, á traición y á mansalva, de *El Carnaval en las Antillas*, artículo que no leyó él, ó, si lo leyó, no lo entendió seguramente.

El padre dice á sus amigos:

— He gastado en mi hijo ocho mil pesos para hacerle aspirante á licenciado de presidio.

Y las hermanas, no teniendo vacas que ordeñar, se casan « por detrás de la iglesia ».

EL SEÑOR ESTÁ SERVIDO

I

Monsieur Gremieux es, por temperamento y por sistema, un hombre máquina, un cronómetro que anda en dos pies. No siente nunca; calcula siempre; las manecillas del reloj informan los actos todos de su vida.

Monsieur Gremieux se levanta del lecho á las siete de la mañana; se baña con agua fría y pone la cabeza á disposición de un Deibler peluquero, que le afeita la barba y le riza el cabello después de friccionárselo con agua de Lubín; se desayuna con café, bollos y manteca de Nantes; lee en seguida *Le Matin*, fijándose particularmente en la sección titulada *Bourse de commerce*, fuma un habano y escribe algunas cartas. Á las doce menos cuarto toma un cocktail, y á las doce en punto entra en el comedor á la voz de un criado, que le dice humildemente:

Atocha; ignora que hay un Ateneo médico en Madrid; en su casa no quedan señales de un solo libro. Laviña compró en dos reales el último que le quedaba.

Y así pasan años y lustros. Cuando los padres ó amigos de Clotilde le preguntan por sus estudios, contesta invariablemente:

— Sólo me falta una asignatura.

Al final de la escena, debiendo algunos miles de duros, conocido ya de quinientos acreedores, despedido de Fornos por el ilustre Cirilo, sin recibir dinero de sus padres, y habiéndose bebido toda la leche que ordeñaron sus hermanas, torna á los patrios lares para exhibirse en la plaza de Armas, asistir á los bailes de la *siudá*, *desbaratar* los que se celebran en el campo y dárselas en todas partes de patriota integérrimo con murmurar, á traición y á mansalva, de *El Carnaval en las Antillas*, artículo que no leyó él, ó, si lo leyó, no lo entendió seguramente.

El padre dice á sus amigos:

— He gastado en mi hijo ocho mil pesos para hacerle aspirante á licenciado de presidio.

Y las hermanas, no teniendo vacas que ordeñar, se casan « por detrás de la iglesia ».

EL SEÑOR ESTÁ SERVIDO

I

Monsieur Gremieux es, por temperamento y por sistema, un hombre máquina, un cronómetro que anda en dos pies. No siente nunca; calcula siempre; las manecillas del reloj informan los actos todos de su vida.

Monsieur Gremieux se levanta del lecho á las siete de la mañana; se baña con agua fría y pone la cabeza á disposición de un Deibler peluquero, que le afeita la barba y le riza el cabello después de friccionárselo con agua de Lubín; se desayuna con café, bollos y manteca de Nantes; lee en seguida *Le Matin*, fijándose particularmente en la sección titulada *Bourse de commerce*, fuma un habano y escribe algunas cartas. Á las doce menos cuarto toma un cocktail, y á las doce en punto entra en el comedor á la voz de un criado, que le dice humildemente:

— El señor está servido...

Después del almuerzo, conversa monsieur Gremieux con algún amigo, ó juega con él una partida de ajedrez. Á las tres, á la calle : otra partida, un rato de murmuración y de vez en cuando un paseo. Compra un diario de la tarde y vuelve á su casa en punto de las cinco. Hasta las siete menos cuarto, ¿qué hacer? Monsieur Gremieux elabora estadísticas por amor al arte, y las remite á un periódico; verbi gracia : « La exportación de la cerveza alemana, que subió en 1886-87 á 1.071.000 hectolitros, ha bajado en cuatro años á 626.000 hectolitros. La disminución es de 42 por ciento. » Ó escribe un anuncio para el *Petites Affiches*; por ejemplo : « Un comerciante casi gordo, sesenta y un años, 8.000 francos anuales, se casaría con una señora, prefiriéndola entrada en carnes. Dote seria. »

Á las siete menos cuarto, otro cocktail, y á las siete en punto la sacramental frase :

— El señor está servido...

Después de comer, la misma cosa que después de almorzar : un poco de charla con un amigo. Á las diez se meté en la cama monsieur Gremieux; á las diez y un minuto, ronca como un bendito.

No hay acontecimiento humano ni divino que altere un punto esta vida cronométrica. Monsieur

Gremieux vive con el reloj en las manos, prescinde de toda clase de consideraciones y lo sacrifica todo al más ligero movimiento de las manecillas. Tiene su casa en perfecto orden. Si un amigo deja el bastón fuera de la bastonera, monsieur Gremieux se levanta azorado y pone el bastón en su sitio. Si tira inadvertidamente un papelito, monsieur Gremieux va, echando lumbre por los ojos, á depositar el papelito en el cesto. Su condición es de pasta flora, pero se torna irascible contra cualquiera al más ligero intento de descabalar una sola de las piezas que forman el tablero de su existencia. Hombre previsor, si jamás los hubo, tiene también reglamentado la muerte: coste del entierro, número de las invitaciones, carrera del féretro, y allá, en Montparnasse, un nicho que le espera con la boca abierta y la correspondiente inscripción fúnebre :

AQUÍ YACE

MONSIEUR GREMIEUX

CONDECORADO CON LA LEGIÓN DE HONOR

Porque esta máquina humana tiene una fibra sensible, la vanidad, que en él vibra ultratumba.

II

Hay, sin embargo, algo que pretende á ratos alterar el método de monsieur Gremieux. Cuando repercute en su despacho una tosecilla seca y estridente, el viejo cronómetro detiene un momento el tic-tac de su marcha y se resigna alguna vez á tocar el timbre.

— No es nada, observa una enfermera; la señorita ha tenido un acceso de tos.

Es su hija, única, que espanta la primavera de la juventud... ¡Y es además tan buena y tan guapa aquella chicuela de ojos grandes y claros que se entornan á intervalos cuando los cruza, alejando tristemente, la sombra de la muerte!... Monsieur Gremieux la quiere con el alma, pero no puede menos de protestar contra ese algo que le estorba. ¡Si él pudiera arreglar los afectos como arregla los papeles de su mesa!... Monsieur Gremieux paga para que asistan á su hija los mejores médicos de París; ha puesto á la cabecera de su cama dos hermanas de la caridad; le ha dado la mejor habitación, elegante, suntuosa, con amplios balcones sobre cuyos cristales se abaten verdes ramajes del boulevard... ¿Qué más quiere? ¡Ah!... Él la enviaría á una casa de salud si no temiera el qué dirán...

La moribunda no se queja, no protesta, no dice nada; ¡pasea por él los ojos, grandes, claros, atónitos, como buscando en su corazón una flor nutrida con savia de paternal ternura, sobre la cual pudiera posar el vuelo de niña huérfana y fugitiva sobre la tierra!...

III

Bañado, afeitado y desayunado, monsieur Gremieux acaba de entrar en el despacho, cuando llama su atención un papelito que no vió en el suelo la criada.

— ¡Qué desorden de casa!

Si él la barrera, no habría, no, semejantes papelitos...

Ya se dispone á llamar y regañar á la criada.

Pero la enfermera le interrumpe, entrando sin pedir permiso. Hay un motivo que justifique tanta infracción de puertas.

— La señorita se muere...

Monsieur Gremieux corre desolado y llega á tiempo de cerrarle los ojos que le miran con asombro. Luego abre el reloj: las ocho menos dos minutos. Dentro de la habitación, tristona aunque espléndida, cae por fin la sombra de la muerte, mientras se levanta un sol otoñal espar-

ciendo la vida sobre los ramajes del balcón...

Una hora después no es conocido el cuarto. Se han recogido los trajes dispersos, los *bibelots*, los caprichos de tocador, hasta un polichinela que guardaba de niña la pobre joven. Todo está limpio y desinfectado de arriba abajo. Sobre los encajes del blanco lecho se destaca, más blanca todavía, la cara de la muerta, y sobre la mesa de noche, encima de un plato, el azahar de un ramito.

Á las doce en punto, monsieur Gremieux entra en el comedor á la voz del criado que le dice con su habitual humildad:

— El señor está servido...

CORINA

I

Cuando Gustavo vió, desde la cubierta del vapor *Louisiane*, la ciudad de Saint-Thomas, paró tal, que cualquiera le habría dado una carta de recomendación para el doctor Ezquerdo... Y cuenta que á Gustavo nada hasta entonces le admiró en la tierra; pero, en este caso, dicho sea en honor de su pesimismo, había motivo sobrado para asombrarse.

Las viviendas de la isla danesa, enclavadas en la movediza arena, suspendidas en las cumbres de los montes, o en las vertientes de los riscos, tienen los colores de carnavalesca estudiantina. La naturaleza es ardorosa cual ninguna otra, y la vegetación se exhala en extravagantes flores de hojas aterciopeladas y embriagadores aromas. Pueblan el cielo muchedumbres de pájaros que ostentan en sus plumajes los tornasolados cam-

biantes del arco iris, é insectillos de luz surgen de la espesura de los bosques para ascender por los aires como luminarias que brotaran de las profundidades de la tierra. Banderas y banderolas de vivos dibujos adornan de día las azoteas de las casas, y de noche arrulla el sueño de sus habitantes quejumbroso sonido de acordeones tañidos por los marineros de los buques anclados en el puerto.

En las orillas del mar, conchas lucientes abren sus rojos labios para recibir en ellos húmedos y sensuales besos, y lindando con el horizonte aparecen enanas las montañas ataviadas con mantillas de blancuzca niebla. Dentro de la ciudad, abigarrada multitud de extranjeros invaden los jardines para gustar en ellos vino espumoso escanciado en copas de caprichosa forma, y vagar luego en medio de aquella naturaleza descocada, henchida de sensualismo, lujuriosa, excitante, donde lúbricas bacantes de color de ébano, tendidas voluptuosamente bajo los árboles en mullido lecho caldeado por la canícula, de flores abatidas por el aire y marchitas por el fuego, arquean los labios y abandonan muellemente las desnudas formas.

Ese pueblo de filigranas que duerme con careta y botas de montar, para preservarse de un ejér-

cito de mosquitos que asalta las camas y levanta en alto á los durmientes, haciéndoles ronchas y picaduras, fué en remotos tiempos foco de piratería: en él hizo sus más sonadas hazañas el famoso Barbarroja, Han de Islandia civilizado, pánico de las buenas gentes, bu de los chicuelos y rey de hecho de la isla de Saint-Thomas.

II

En una cabaña hecha con palmas de coco y cañas de bambú, vivía en Saint-Thomas una chica muy bonita, de nombre Corina, que, nacida del maridaje de francés é india, unía á las chispeantes gracias de la francesa la hermosura un tanto agreste, pero espléndida, de la que despertó á la vida en medio de los bosques de América.

Su padre, incrédulo en materia religiosa, no estaba por bautizos oficiales; y así, no bien nació ella, la roció con vino del Rhin, y le puso por nombre Corina, nombre de gata y de perra, muy usual entre las mujeres de Saint-Thomas, pero que á él le sonaba á romántico y le sabía á poesía pura.

Cuando apenas el sol alegre y bravucón salía con su uniforme de luz y oro por las calles de Saint-

Thomas á contemplar la gran parada de los astros, y los colibríes y turpiales, en sus aligeros vuelos, rozaban las flores para teñirlas con el color de sus alas, salía Corina á la campiña guiando sus cabritillos sin mancha, que triseaban en la menuda hierba.

Tenia, como Marianella, por único espejo las aguas de un arroyo, y al asomar á él su cabecita, maravilla de hechizos que, á ser vistos por los santos del calendario, ninguno fuera para veneración nuestra, reflejaba al arroyo muchas caras de ángeles, y parecía formada su corriente por ramilletes de rosas y claveles.

Así, medio desnuda, inclinada hacia las aguas del arroyo, hubo de contemplarla Barbarroja, que robaba el oro á los hombres y el amor á las mujeres, y le entraron deseos de Corina, tales que olvidó el robo para dedicarse á hacer el oso.

No contaba el pirata con la repugnancia que su menguada persona le causaba á Corina, perdida además de amores por Gustavo, real mozo y poeta tan excelente que, antes de llegar él á Saint-Thomas, llegó la fama de su inspirado estro...

¿Habéis visto; lectores, hermosísimo castillo artificial, todo colores, todo luz, del cual se desprenden mil luminarias, ora en forma de lúcidas bombas, ora de chispeantes estrellas; ya de rosetas

violáceas, azules ó verdes, ya en fin, de arroyo ígneo que asciende por los aires, borda los celajes del firmamento, ilumina el cielo y cae, por último, como menuda lluvia de oro sobre el espectador de una de esas fiestas solemnes, en las que el hombre intenta trocar la noche en día, como si no fuera más bella la luz del crepúsculo de la tarde que la luz del crepúsculo de la mañana?... Pues así de bonitos, como el castillo, le parecían los versos de Gustavo á Corina, que no era bachillera, pero sentía el arte, y adoraba en ellos, haciéndoselos repetir muchas veces con gusto de él, que se daba por bien servido con que Corina los oyese y le refrescara los labios con un beso, en vez de darle agua y azucarillos...

De poesía en poesía y de beso en beso, ello fué que una de las noches estivales del suelo americano pasaron Corina y Gustavo á mayores vías de hecho. Cayó ella, sin lucha ni resistencia: amaba sólo; no podía pensar ni calcular, y dejó sobre las flores de la campiña, gemelas de ella, la virginidad del cuerpo...

Bien sospechaba Barbarroja lo ocurrido, que á él nunca le pareció que iban con *buen fin* los versos de Gustavo, y la idea del *sucedido* le consumía el cerebro y le amargaba el alma, porque el pirata no creía, como cierto filósofo chino, que la

mujer no es de jabón, para gastarse, entendiéndose, bien al contrario, que era formada así como las espumillas de jabón que suelen hacer los chicos, las cuales al más ligero soplo del aire se desvanecen, ó del tejido de la sensitiva, que al menor roce languidece y muere, ó como las ilusiones, tan bonitas de lejos, que pierden sus mágicos cambiantes si se las ve de cerca.

Mucho lloró él, luego que se lo confirmó un revisero de *La Correspondencia* de Saint-Thomas, el desliz de Corina, que bien la quisiera para sí pura como la fuente Cibeles; pero la amaba tanto que se avino á recoger lo que buenamente quedara de la hermosura; y para no dar lugar á más versos ni á más besos, la arrancó de la cabaña de palmas de coco para encerrarla entre los muros inaccesibles de su castillo.

Entristeci6se el valle, balaron con angustia los cabritillos, los medrosos campesinos se alejaron de la solitaria cabaña, y la abundosa y cristalina agua del arroyo, como Corina no se miraba en ella, torn6se escasa y turbia.

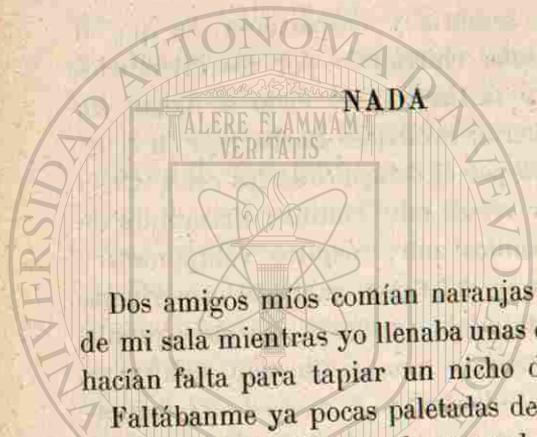
Vivía ella entre sedas y pedrerías, y vestía trajes del más delicado raso, guarnecido de oro, que dejaban entrever sus formas por la abertura hecha de intento en la extremidad de la falda.

En aquel volcán de sedas, se encendían los de-

seos pecaminosos del pirata, que en vano lloraba desdichas, imploraba piedad, conminaba castigos y fulminaba rayos de amor y odio por los enrojados ojos.

Una noche sombría y tempestuosa, en que el viento penetraba chirriando por los intersticios del castillo, y la tierra y el cielo se daban un abrazo de muerte, revolviase Barbarroja en el lecho, hostigado por el demonio de los celos. Creía oír á lo lejos versos muy bonitos, chasquidos de besos más bonitos aún, suspiros voluptuosos... En el paroxismo del furor, asaltó el camarín de Corina, arrastrándola consigo á una nave pronta á recorrer el mar, y como si quisiera desafiar la tempestad, abandonándose á merced del embravecido oleaje, tendió al viento todas las velas.

Algunos marineros, centinelas de los buques anclados en el puerto, vieron, á la luz de los relámpagos, primero la blanca estela de una nave que corría á toda vela sin rumbo fijo, luego, allá en la popa, dibujadas las sombras de un hombre y de una mujer, airado y fiero él, suplicante y llorosa ella, sombras que tocaban el cielo ó se hundían en el mar, según el balance de la nave que corría, corría, cual si impulsada por el genio de la locura fuera en pos del infinito...



NADA

Dos amigos míos comían naranjas en el balcón de mi sala mientras yo llenaba unas cuartillas que hacían falta para tapiar un nicho del periódico.

Faltábanme ya pocas paletadas de prosa, cuando mis amigos, después de cerrar los cristales del balcón, cruzaron la sala en dirección á la puerta de la casa y dijeron á un mismo tiempo :

— ¡Vamos allá !

El instinto me llevó hacia el sombrero, y salí también. Entonces uno de mis amigos me dijo rápidamente :

— Es un hombre que pide socorro en el balcón de la casa de al lado.

Bajamos á toda prisa los peldaños de la escalera. En el piso principal, una chica morena tateaba *La Mascota*; en la calle, un arriero golpea-

ba su mula con una vara y golpeaba á Dios con una blasfemia mal oliente.

*
*
*

Ya en la casa vecina, se abrió bruscamente la puerta del piso tercero, y apareció un hombre. En los labios de este hombre, impresionado y nervioso, se veía aún la huella húmeda de un salivajo.

Apenas entramos, cerró la puerta. Mis amigos se dirigieron maquinalmente por un pasillo estrecho y largo. Miré con fijeza á aquel hombre que echaba la llave y el cerrojo para recibir un socorro...

— Yo le conozco á usted, me dijo nerviosamente; le he visto en una casa del barrio de Salamanca.

— Es posible, le contesté con frialdad.

— Ah, sí; venga usted.

Y, asiéndome de una mano, casi me arrastró á la sala. Una mesa manchada, un puchero sucio de ceniza, un cofre y algunas sillas de paja : de esto se componía el mobiliario de la habitación... En un rincón, estaba como pegado á la pared un niño de ocho años. Tenía escueto el semblante, y su boca era un surco amoratado y contraído, un

surco abierto por el vitriolo del escorbuto en la cara de un ángel. Aquel niño tenía la pasividad del idiota.

Mis amigos habían vuelto de su sorpresa, y, creyendo que yo corría un peligro, se aproximaron á mí.

El hombre descorrió el cortinaje de una alcoba, y me dijo :

— Véala usted... se muere...

— Efectivamente, se muere, le contesté yo.

Se morían unos ojos de mujer, unos ojos muy grandes, sobre los cuales languidecían unas pestañas muy negras. En el desordenado y pringoso lecho, se destacaban aquellos ojos, bailando en sus órbitas y animados por el espanto. Todo lo demás del cuerpo era una convulsión. Cuando el hombre quiso aproximarse al lecho, los ojos de la mujer se abrieron desmesuradamente, y se cerraron en seguida. En aquella última mirada de la moribunda había mucho de temor angustioso; había también una reconvención muda, pero triste y severa... Moría sola...

— No quiero que se marche usted, me dijo el desconocido; no, no. He mandado recado al juez... Usted no sabe lo que es esa familia. Sería muy capaz de decir que he asesinado á esa mujer.. Mire usted, yo estaba casado con la Pepa. Cuando

se murió, me hice el cargo de que las señoritas no sirven más que para dar quebraderos de cabeza, y me casé con esa mujer, que es una criada...

— Que fué una criada, le interrumpí yo.

— Eso es, que fué una criada. De poco me ha servido. Siempre hemos estado de moños : á escándalo por día. Hace poco, en la calle de Peligros, los guardias nos llevaron á la prevención. La madre me llamaba ladrón, porque yo, con el derecho de marido, guardaba las alhajas de la hija ; « ¡que yo la mataba de hambre y negándole medicinas »... Mire usted ese puchero lleno todavía de tisana. Estas manos que usted ve, han servido para lavar la basurita de las sábanas de esa mujer... ¡ Y me han llamado ladrón, y un hermano que se las echa de guapo ha venido á armarme un lío !... Le digo á usted que fué una escena atroz. Los padres querían llevarse á la hija, y yo no quería soltarla, con el derecho de marido, ¿verdad usted? Ellos la tiraban de una mano, y yo la tiraba de la otra. Acudieron los guardias, y al fin pude llevármela en un coche. Pero... ¿se va usted?... Hágame el favor de no irse. No quiero quedarme solo; va á venir el juez, y podrían decir que la he matado...

Sonó la campanilla, se abrió la puerta, y dos mujeres se abalanzaron á la alcoba. Después se

oyeron llantos y gritos... « ¡Ay, ya estará en el cielo, bien merecido lo tiene!... » « ¡Ha sido una pobre víctima mi pobrecita hija!... » « Miren ustedes, caballeros, hace más de un mes que ese hombre no nos dejaba verla... »

Eran la madre y la hermana de la muerta.

— Venga usted, gritaba la madre dirigiéndose al yerno; venga usted, que se ha muerto ya.

Él contestó con desabrimiento:

— Ya lo hemos visto, señora.

Habíase desnudado moralmente, y estaba al natural, un infame de cuerpo entero. Sus ojos habían perdido por un momento la dureza habitual y se reían con cariño, como se reiría la cuerda, á poder reirse, cuando acaba de ahorcar. Sobre el labio inferior se veía aún la burbuja del salivajo, amarillenta y seca, como un esputo del odio, como una estalactita de un corazón podrido.

— Ya verá usted, añadió, ya verá usted cómo van á decir que la he matado. Le dijeron ayer á la portera que yo le había dado la gran paliza, en la cama, donde cayó hará cosa de dos meses de resultas de un mal parto. Yo no sabía que hacer. Ningún dinero daba abasto á tanta medicina... Despedí al médico, porque no estaban los tiempos para tirar á la calle el dinero... ¡Y luego dirán que la he matado!... Comprenda usted que

hay momentos en que se ciega uno y hace una barbaridad... No se vaya usted. ¡Si va á venir el juez!... Ahí está, ése es...

Sonó nuevamente la campanilla, y se abrió la puerta para dejar paso á una vieja...

— Ahí tiene usted, me dijo él, á la señora que la ha asistido. Ella le dirá á usted si yo he puesto tasa á las medicinas.

La vieja le miró con miedo y se echó á llorar.

Siempre que él la miraba y le pedía que confirmase sus palabras, ella lo veía con espanto, no decía nada y lloraba, pero sin ganas y con mucho estrépito, como si estornudara por los ojos.

Un muchacho trajo un recado del juez. No podía venir... La justicia se ocupaba en otras cosas... El juez decía que, si el caso era urgente, fuera al juzgado aquel hombre. Cuando éste supo que el juez no vendría, se calmó repentinamente. Yo aproveché aquel cambio para retirarme con mis amigos. Él no insistió ya para que nos quedáramos...

Al bajar del piso, recordé un chimorreo del barrio de Salamanca.

Una mañana, al salir yo á la calle, la portera de mi casa me detuvo para decirme:

— Señorito, ¿no sabe usted lo que ha ocurrido?

— No, si usted no me lo cuenta.

— Pues, que se ha muerto la Pepa, esa pobre mujer que vivía en el tercero interior.

— Lo siento...

Ya salía yo por el portal, cuando la portera me detuvo otra vez para decirme en voz muy baja:

— Oiga usted, señorito; dicen que la ha matado de una patada en la tripa... Ya ve usted, como estaba embarazada...

Durante la noche del día en que presencié la escena que dejo descrita, una pareja de orden público custodió el portal de la casa donde estaba la mujer muerta. El marido, temeroso de que la familia de ésta diera algún escándalo, pidió amparo á la ley.

En la mañana del día siguiente, iban calle abajo dos hombres de blusa azul, los cuales conducían de mala gana un ataúd grotesco.

Poco después salía de su casa el protagonista de esta historia, muy limpio y afeitado y luciendo en el cuello un pañuelo de colores.

La morena del principal cantaba un aire canallesco de *La Mascota*... Cuando él pasó por bajo del balcón, ella le miró con coquetería de mujer soltera...

Al mismo tiempo ocurrió algo extraño en el balcón de la casa de donde había salido el ataúd. Primero se asomaron tímidamente unas manos pequeñitas y delgadas; después salió todo el brazo y se apoyó sobre la reja, y al fin, mirando de reojo, se asomó una cara de niño, un costurón hecho á mano por la desgracia. En los ojos de aquel niño había muchas lágrimas, y muchas cayeron en el fango de la calle cuando él, venciendo el miedo, sacó la cabeza fuera del balcón para ver el ataúd, que cruzaba ya la esquina, y sin poder remediarlo, dijo llorando:

— ¡Ay, mi mamita!

Entonces, sobreponiéndome á los brutales egoísmos del corazón, quise gritar á los guardias, cuando todavía se alcanzaba á ver aquel viudo, que había vuelto la cabeza para hacerle un guiño á la morena del principal: « ¡En nombre de Dios, que se ahorque á ese hombre! »

Pero... no dije nada... ¿Qué tenía yo que ver con aquella muerta?...

LA CARNE RUBIA

Por la calle arriba,
Por la calle abajo,
¡Cómo paseabas anoche ese cuerpo
Que yo guardé tanto!

Por la calle de Alcalá rodaba lentamente el coche, con todas las cortinillas corridas, camino de la Puerta del Sol; se detuvo al llegar á la esquina de Fornos, y bajaron de él un joven y una joven.

Ella, con cara de amapola; él, con cara de pas-cua; ella, muy rubia; él muy moreno. Temblan-do y recelosa, como quien acaba de dar una pu-ñalada, escapóse ella rápidamente por la calle de Peligros entre entusiastas ¡olé! de algunos tran-seúntes. Relamiéndose de gusto, como gato que acaba de engullirse un buen bocado, entró él tran-quilamente en el café.

La impertinencia de sus amigos le dió bromas...

— Psch, contestó él sonriendo; una de tantas... Es una aventura, como otra cualquiera, que em-pezó en la calle de Hortaleza y terminó en esa

esquina, pasando por el Prado... Eso bueno tie-nen los matrimonios en coche: se disuelven tan pronto como deja de rodar el vehículo.

Y, dicho esto, Manolo apuró de un trago una buena copa de *fine champagne*.

*
**

Juan, el buen compañero de Manolo, caminaba á toda prisa, frotándose las manos, por las afue-ras de Madrid, que daban frío, y de vez en cuan-do maldecía las genialidades de su amigo.

— ¡Sí, se necesita ser muy misántropo ó sal-vaje para vivir con gusto en este desierto y en pleno invierno! iba diciendo para sus adentros.

Estaba furioso... Pero ya hacía tiempo que no se veía á Manolo por ninguna parte, y era preci-so saber de su vida.

— ¡Puede que se haya helado en esta Siberia! seguía diciendo Juan.

Y bajaba cuestras, se metía en los baches, hacía crujir el hielo bajo la suela de sus botas, y lleva-ba el gabán perdido de lodo.

La casita aparecía de pronto saliendo de una hondanada. Era como una tumba á flor de tierra, rodeada por un paredón mohoso, sobre el cual se destacaban á guisa de bayonetas algunos árboles rapados por el viento.

— ¡Rústico marco de un salvaje! solía decir Juan cuando su amigo le ponderaba las excelencias de la lejanía.

Y Manolo se enfadaba.

— No me toques á esa casa, le respondía, porque vamos á reñir. Al redor de ella han crecido muchas flores, mustias é inodoras para ti y otros vecinos de Madrid, que las ven de puertas afuera, frescas y bien olientes para mí, que las veo de puertas adentro. Déjame en mi desierto, y márchate á tu calle de Jacometrezo á ver la ropa en los tejados y á percibir olores á puchero. Jamás he pedido á mis amigos que vengan á verme. Ya sabes que me revientan las visitas...

Y concluía siempre por darle un buen abrazo.

Por ley del contraste, ley que tiene atracciones de abismo, Juan y Manolo, buenos amigos, si jamás los hubo, no se parecían absolutamente en nada. Juan era hombre *céntrico*, que vivía en las inmediaciones de la Puerta del Sol, buen creyente en una porción de cosas divinas y humanas y buen soñador en otra porción de ellas. Al revés, Manolo, que era *excéntrico* por temperamento, prefería un barranco en las afueras á la mejor calle de Madrid, y ni creía en Dios ni en el diablo, ni soñó jamás dormido ni despierto. Juan entraba en la vida vestido de riguroso uniforme,

como quien entra en Palacio; Manolo entraba en ella de blusa y alpargata, como quien entra en una boardilla; Juan, andando con cautela y en puntillas, al igual del enfermero que penetra en la alcoba del moribundo; Manolo, arrastrando las chanclas y dando traspiés, al igual del borracho que entra en la taberna á libar la última copa. Juan era hombre al uso, con ensueños de idealista, más apegado á las cosas materiales que á las espirituales; Manolo era un romántico vestido á la inglesa y un materialista que vivía del espíritu. Ambos amigos filosofaban á ratos perdidos, guardando cada uno su correspondiente *punto de vista*; pero las filosofías tristes, como llamaba Manolo á sus ocurrencias, se filtraban, á modo de polvillo vidrioso, en el espíritu de Juan y le hacían sangre.

Cuando, después de haber andado una legua larga, llegó Juan á la solitaria casa, encontró á su dueño en la sala paseando con un maletín de viaje y un *plaid*.

— ¿Qué?... ¿te marchas?

— No. Le cuento á ésta un episodio de mis viajes, y, al mismo tiempo, viajo un poco por la sala.

¡Ésta!... Juan miró... Sentada al desgaire en un sillón de lona que olía á buque, se hallaba ésta. Juan recordaba haber visto en otra parte aquellos

ojos, tersos y brillantes como la porcelana, de los cuales hubiérase dicho que habían sido robados á una muñeca de *biscuit*, y aquella boca, chiquita, encarnada y fina, cuyo labio superior se torcía en ligera curva que le daba apariencias de estar pidiendo besos. Sí, aquella mujer era la misma con quien celebrara Manolo el matrimonio de verano que empezó en la calle de Hortaleza y terminó en la esquina de Fornos, pasando por el Prado...

Juan seguía mirando con cara de asombro... Su amigo le interrumpió:

— Sentirás frío, ¿eh? Aguarda, te echo esta manta, no te constipes, y vámonos á dar una vuelta por la carretera.

— ¡La carretera, esto es, el polo! pensó Juan dando diente con diente.

Pero siguió á su amigo.

— Sí, estás asombrado, terriblemente asombrado, dijo Manolo; no lo niegues, que te lo conozco en la cara. ¡Qué quieres! yo, todo yo, el hastío que anda, no salgo de entre esas faldas hace ya un mes, y lo más raro es que no estoy aburrido... He hecho un descubrimiento. Debajo de esa carne rubia que te enseñé en la punta de mi pluma cuando te escribí al pueblo, en el fondo de ese sentido carnal extraviado, hay una entraña que siente y padece... no te asombre, no; yo la

he estrujado hasta hacer saltar sangre de ella, y tengo en mi laboratorio muchas gotas que te enseñaré otro día. ¡Que es una tal y una cual! ya lo sé... Pero si da gusto tener entre las manos la carne suave y perfumada y aspirar la vida y el aroma que brota de sus poros, da gusto también hacer en la carne infecta una herida salvadora y ver que se unen los bordes de la herida por una piel fresca y sonrosada... Es hermoso recibir la primera caricia de la mujer virgen... sentir que aquel beso suyo es el primero que da y acaso el último que dará en su vida con los labios de la carne; descubrir en ella el mundo de las sensaciones y encender en las pupilas de sus ojos la alborada del amor primero... Pero más hermoso aún es rescatar una caricia verdadera de la mujer perdida... sentir que aquel beso suyo que ha vendido á todo el mundo es el primero que regala y acaso el último que regalará en su vida; hacerla pensar y sentir en el colchón del vicio como piensa y siente la honradez en el tálamo nupcial; descubrir en ella el mundo de las ilusiones y hacer brillar en las pupilas de sus ojos un crepúsculo, primero y único quizá, pero crepúsculo de un amor honrado... Lo primero es obra vulgar; lo segundo, obra meritoria ante Dios y los hombres... Sin embargo, he sostenido contra mí mis-

mo una lucha terrible... lucha cruel y estúpida por lo estéril. He tratado á esa mujer con duchas de indiferencia cuando vino una y otra noche á hacer nido en mi Siberia, y al fin he caído en sus brazos prostrado é indefenso... Nos hemos amado sin atadero, en la alcoba, en la sala, en el balcón, en esa hondanada que ves ahí, en todos estos alrededores, delante de los vecinos y al aire libre, como bestias, que no otra cosa somos después de todo. No parecía sino que todo el mundo estaba en la obligación de enterarse de que nos amábamos; y si han pasado por este barrio bandurrias y guitarras, hemos abierto los balcones de noche, de madrugada, á cualquier hora, y nos hemos besado y mordido, mientras la música se perdía á lo lejos. Así hemos pasado un mes sin lumbre ni frío, en pleno invierno, viviendo entre abrazos muy apretados y besos muy calientes. Ella me hizo olvidar de mí mismo — gran servicio — durante ese tiempo, y yo la hice feliz por treinta días, — es bastante, — y ahora tengo que ponerla de patitas en el fango. Porque me voy, no sé cómo salir de aquí; pero me voy, y la subida mía á la montaña será la bajada de ella, otra vez, al escombros desconocido... Si cupiese en un frasco, la llevaría conmigo — pagando exceso de equipaje porque tiene buenas carnes — no de otra ma-

nera que se lleva un aborto de la naturaleza digno de figurar en un laboratorio...

Juan, que *sentía* á su amigo y descubría lágrimas ocultas en los bordes de su irónica sonrisa, no le contestó, y habló de teatros y cafés y un poco de Galeote, que era la novedad del día. *¡Galeote en el teatro!* Así se titularía su artículo, un artículo con mucha alma.

— ... Pasa medio siglo, y un Echeagaray, esto es, un genio, lleva ese cura Galeote al teatro español, y le hace aplaudir... ¿Qué te parece la idea?...

Luego dió un abrazo á Manolo, y emprendió el viaje de regreso por cuevas y baches, dando diente con diente, pero sin maldecir ya las genialidades de Manolo, sintiendo antes bien que avanzaba en lo recóndito de su espíritu una sombra de infinita tristeza por el buen amigo y compañero, en tanto que la sombra de la naturaleza se extendía sobre la casita, hundiéndola en la hondanada, con el paredón mohoso, los árboles rapados y la silueta de Manolo, en una mancha gigantesca y negra, á la que escapaba solamente, en la imaginación de Juan, el sillón de lona, y sobre el sillón, los ojos tersos y brillantes y los ladeados labios de color de sangre que seguían pidiendo besos...

*
* *

... Entonces se entabló una lucha á brazo partido contra la ausencia; un ir y venir de cartas, ruegos que subían, quejándose con angustia como lamentos de moribundo; negativas que bajaban, zumbando ruidosamente como abejas irritadas; y en el fondo del paroxismo, latiendo, avasalladora y victoriosa, la debilidad de aquel amor que preocupara desde su principio el fuerte espíritu de Manolo.

« ... Si me hubieras querido un poco, no me habrías abandonado, y no sería yo tan desgraciada... Dios hará que vengas pronto, porque no querrá él que yo me muera... Encontrarás mujeres que te quieran, pero, como yo, ninguna: ¿lo oyes? Acuérdate: como yo, nadie. No me olvides, y cuando estés con otra mujer, acuérdate de mí. »

« ... De buena gana viviría yo al calor de tus faldas (tan ricas), pero es fuerza que viva á la intemperie. Si no tenemos que comer, nos comeremos á besos; eso será muy bonito, pero no es verdad. El mundo nos tendría por locos, y puede que nos encerrara en un manicomio para que no diéramos mal ejemplo á los hombres y mujeres que se aman por dinero. No, no voy. »

Y subían los ruegos llorando... y bajaban, llorando también, pero sin ruido, las negativas,

Triunfó en la lucha el fuerte espíritu de Manolo; pero la materia cayó rodando sobre el lecho del dolor.

Fué un derroche de fiebre cerebral, el *delirium tremens* de la voluptuosidad, una borrachera de enagua... En el período álgido de su locura, Manolo veía á ratos el pudridero del amor y, allá dentro, el montón de carne rubia sobado y apelmazado por hombres que pagaban el inmundo peloteo; á ratos veía también la carne rubia, herida por él, que surgía limpia, suave y sonrosada, extendiéndose por todo su cuerpo de enfermo como una oleada de sangre caliente; le oprimía con cariño el corazón, le hacía cosquillas en la garganta, le agarrotaba el cerebro... y ora caía envuelto en las piltrafas del montón, ora se sentía alzado por la invasión de carne sana, fresca, triunfante.

Cuando el enfermo estuvo en pie, el médico, que era de los que saben estudiar las enfermedades del cuerpo relacionándolas con las del espíritu, y había sorprendido frases y recuerdos en el delirio de Manolo, le dijo cariñosamente:

— Ha estado usted muriéndose; pero, en fin, se ha salvado usted. Ahora, lo que hace falta es que se marche usted por donde vino, y cuanto antes mejor. Cálmese usted, distraiga esa imagi-

nación, aliméntese bien, y, sobre todo, coma usted mucha carne rubia...

.....
 Pero cuando él volvió, ella era resto de desenfrenada orgía de hombres, desperdicio de lobos hambrientos en noche de invierno, pelota de carne que, rodando de mano en mano y golpeada por todos, había parado al fin en un sumidero de la calle...



DE VENTA

Tenía el plumaje de color de yema de huevo, pizpireta el andar, inquieta la mirada. Había en su cara algo de niño alegre. Parecía una personita. Y era un canario.

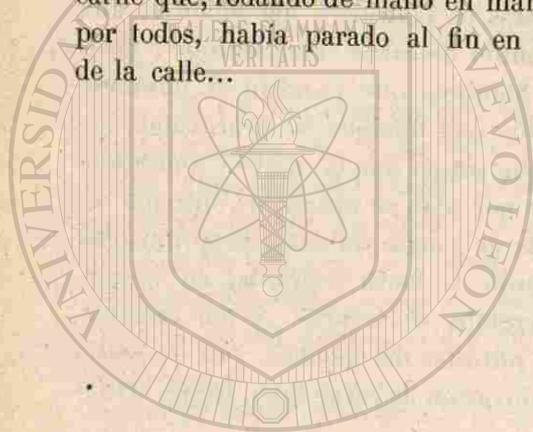
Su dueño llegó de un largo viaje con aquel avechicho, como le llamaba él.

Por cuidarle, no pudo dormir en dos noches seguidas. Guarecíale bajo la copa de una chistera; dábale traguitos de aguardiente para que no pillara un constipado, y cuando llegó con él sano y salvo (de milagro), aprisionóle en primorosa jaula, y subiéndolo á zancadas el centenar de escalones que le separaba del cielo aboartillado de su novia, puso de patitas en sus faldas el regocijado animalito.

El canario, como si se reanimara al calor de la hembra (aunque de distinta especie), sacudió el

nación, aliméntese bien, y, sobre todo, coma usted mucha carne rubia...

.....
 Pero cuando él volvió, ella era resto de desenfrenada orgía de hombres, desperdicio de lobos hambrientos en noche de invierno, pelota de carne que, rodando de mano en mano y golpeada por todos, había parado al fin en un sumidero de la calle...



DE VENTA

Tenía el plumaje de color de yema de huevo, pizpireta el andar, inquieta la mirada. Había en su cara algo de niño alegre. Parecía una personita. Y era un canario.

Su dueño llegó de un largo viaje con aquel avechicho, como le llamaba él.

Por cuidarle, no pudo dormir en dos noches seguidas. Guarecíale bajo la copa de una chistera; dábale traguitos de aguardiente para que no pillara un constipado, y cuando llegó con él sano y salvo (de milagro), aprisionóle en primorosa jaula, y subiéndolo á zancadas el centenar de escalones que le separaba del cielo aboartillado de su novia, puso de patitas en sus faldas el regocijado animalito.

El canario, como si se reanimara al calor de la hembra (aunque de distinta especie), sacudió el

plumaje y cantó. Bien que por entonces no había cosa con cosa que no cantara en aquel nido de novios. ¡Ellos mismos cantaban en la mano!...

...La despedida fué « una cosa atroz ». No, no podían darse cuenta del por qué de tan brutal ruptura. Sólo recordaban que *ella* estuvo atisbándole por el ventanillo, con la esperanza de verle repasar lo andado, y que *él* permaneció como pegado al primer peldaño, con el deseo de que le llamara *ella*. Dado el primer paso en el espinoso camino del desvío, hizo lo demás el amor propio, que es el amor de los amores...

Desde entonces se odiaron terriblemente, queriéndose más que todas las cosas. Enamorábase *él* de todas las mujeres que se parecían á *ella*, ó que se figuraba *él* que se parecían; y *ella* creía tenerle presente á todas las horas del día y de la noche con mirar aquel canarito, que no hubiera dado por un ojo de la cara...

No duró más que el aparecer y desaparecer de un relámpago. Pero *ella* lo sintió como se siente una conmoción eléctrica, mucho antes de verle.

Era *él* con *otra*; la cual iba erguida, sonriente, un tantico burlesca, como si quisiera reírse de *ella*...

Poco después, por uno de esos fenómenos que se sienten, pero no se explican, *ella*, á semejanza de Luis XVI en presencia de la Convención que discutía su corona y su cabeza, tuvo ganas de comer, no precisamente melocotones, como el monarca, sino algo más sólido, y recordó en seguida que, por otro fenómeno que tampoco se explicaba, pero lo sentía con demasiada frecuencia, no se había desayunado aún.

Á volver á casa, le faltó tiempo para descolgar la jaula, y dijo riendo que iba á empeñar el canario.

¡Empeñar un canario!... Todas las vecinas, cigarreras de oficio, celebraron la ocurrencia. « La cosa, decían, tiene gracia; » una gracia mezclada con una lágrima silenciosa que rodó por el enrejado de la jaula y se paró temblando en el pico del pajarito!

con el fruto del mantón que había *pulido*, reparó, como por casualidad, en una jaula.

Allí, mirándole inquietamente por entre las rejas de su ventanillo, como si creyera que volvía por él, estaba el canario, el amor de otros tiempos... *Ella*, deteniéndose frente á la puerta, miróle también de hito en hito, como si aguardara que la llamase. Pero el canario sacudió el plumaje, y revoloteando alegremente, hizo caer un cartel con un letrero que pendía de la jaula.

Ella vió aquellas letras, gordas como puños, que decían brutalmente: DE VENTA.

Y riendo con toda la boca, exclamó en seguida:
— ¡Como yo!

TRIC-TRAC

(Á MANUEL VÍAS OCHOTECO)

La Correspondencia lo había anunciado :

« Ayer se unieron con el santo é indisoluble lazo del matrimonio nuestro ilustre amigo el opulentísimo propietario don Juan Gómez y García con la distinguida y bellísima señorita doña Julia Espino, nieta de la marquesa del Foyoyo. Fueron padrinos de la boda el duque de Colocolo y la duquesa de Peloempecho, en representación de Sus Majestades.

» Los recién casados, á quienes deseamos una eterna luna de miel, han salido para Trouville, en donde pasarán el verano. »

* * *

La boda de don Juan Gómez y García con la señorita doña Julia Espino fué grandemente co-

mentada. Don Juan se había defendido mucho del matrimonio. Su padre le dejó una renta de diez mil reales diarios, y por la renta un nombre ilustre y respetado entre los hombres sensatos, y un escandaloso derecho de pernada sobre las buenas mujeres. Armado de aquella renta, que era patente de corso para viajar por mares femeninos, don Juan consiguió hasta entonces las ventajas todas sin ninguna de las desventajas del sacramento. Había despoblado de vírgenes algunos barrios de Madrid; había burlado calles enteras de maridos, y se le declaró inexpugnable, en cuanto á casarse, cuando, de regreso de Rusia, adonde llevara á guisa de serrallo á las valencianas que estuvieron en la Exposición de París vendiendo orchata, encontró en los aristocráticos salones de la marquesa de Foyoyo á la señorita doña Julia Espino, que solía frecuentarlos, acompañada de su hermana Consuelo. De escaso patrimonio, — escasez que procuraban disimular ellas, porque, á su juicio, nada había tan deshonesto como la pobreza, — Julia y Consuelo Espino privaban en los salones de la aristocracia, por ser nietas de la marquesa del Foyoyo, como queda dicho, y por ser mucha y peregrina la belleza de las dos hermanas. Rubia y espigada Julia, morena y metida en carnes Consuelo, eran dos tipos opuestos de

belleza que llamaban igualmente la atención en el mercado conyugal y que se traían buenas cosas, como decían, en el lenguaje al uso, los contertulios de la señora marquesa. Según se aseguraba, y era cierto, don Juan se enamoró « loco perdido » de Julia, porque le chocó en ella su mucho fondo de chulapería madrileña, disimulado bajo un exterior perfectamente romántico. No ha dicho *Almaviva* ni cronista alguno, que yo sepa, si aquel don Juan fué con buen fin desde el principio de sus amores. Pero sábese que Julia hubo de ponerle á raya en más de una ocasión, y que era tan intransigente (al menos con don Juan) en ciertos dares y tomares, que habiéndose tropezado con su novio horas antes de la boda, y pretendiendo él no sé que gaje anticipado (que de esto tampoco hablaron *Almaviva* y demás cronistas), díjole ella, entre enojada y marrullera:

— Ten paciencia, chico... ¡Cuando nos casemos!...

* * *

Boda suntuosa, si jamás las hubo, fué en verdad la de don Juan Gómez y García con la señorita doña Julia Espino. Sobre todas las cosas del mobiliario, preocupó á don Juan el tálamo nupcial.

« En esa cama, escribíale á un su amigo de París, nacerán mis hijos; en ella moriré yo probablemente; en ella, en fin, pasaré las noches de amor con mi Julia, que es la única mujer á quien he amado, y amo y amaré. Tiene, pues, que ser un lecho excepcional el que elijas para mí, un trono indio... ¡el solio de Brahma!... »

No hallando cosa mejor ni más elegante, su amigo le remitió la regia cama que estuvo en la Exposición de París, y que no pudo venderse entonces porque querían por ella veinte mil duros.

Mejor embalado que los cuadros que remiten desde Roma los pintores españoles, aquel lecho llegó á la estación del Norte, cruzó todo Madrid y fué á parar al palacio de don Juan Gómez y García, quien por mero capricho, ó acaso porque era artista de corazón, lo fabricó en las afueras de la villa, lindando con el barrio de Alegría, en pleno campo... sin miedo de que le robasen los muebles, que representaban el valor de dos millones. Allí, en el palacio, el tálamo nupcial fué levantado con tanta solemnidad y compostura como pone el sacerdote al alzar en misa.

— ¡Esto es un santuario! decía don Juan.

* * *

Marido y mujer regresaron en octubre, cuando empezaba á amarillear la hoja en el árbol. Diríase que empezaba también la luna de miel de aquellos enamorados, según se camelaban á todas horas; ella, arrullando más que paloma en el nido; el, mirándose en los ojos de ella.

Fué un escándalo. Lo veían y no lo creían los amigos de don Juan. « Está chiflado. » Ó bien decían: « Esa Julia le habrá dado á beber alguna pócima. » Ni de otro modo se explicaba que aquel sultán tan dominante estuviese sujeto á los caprichos todos de su esclava. Si iba al teatro, había de ser con ella; si á paseo, con ella; á todas las fiestas y regocijos, con Julia, y siempre con Julia colgada del brazo. Ella le tenía cosido á sus faldas, y él no se le quitaba de encima. Se morían de envidia los amigotes de don Juan, y en venganza, si le hallaban al paso, le miraban su mujer y se la desnudaban con los ojos...

Pues si sentía ella « ganas de campo », no hay que decir si hacía tontunas el hombre. Corrían como chiquillos en aquellas afueras de Madrid; bailaban, si no los veían, en las hondanadas del camino; cogían á puñados y se tiraban á la cara flores silvestres.

De vuelta de uno de aquellos escarceos pastoriles, una tarde, en los albores del estío, Julia se

sintió indispuesta. Tuvo escalofríos irregulares, dolores en los lomos, náuseas y vómitos. Á escape vino el médico, que era un sabio, y, después de examinar cuidadosamente á la enferma, guiñó el ojo al marido :

— Amigo, la culpa es de usted... La señora está... En fin, usted tiene la culpa de lo que la pasa.

Y volvió á guiñar el ojo.

Pero Julia se sintió peor al día siguiente, y el médico observó manchas violáceas en la piel de la enferma y en el origen de sus membranas mucosas. Julia tenía además flujos de sangre...

— Viruelas, sí; viruelas graves... dijo el médico sin guiñar el ojo.

¡Y tan graves como eran las viruelitas! Días después, cuando el sabio Hipócrates, « aquella eminencia de la facultad », vió que las vejiguillas contenían sangre y que las pústulas se vaciaban sin esperar á que se las reventase, movió doctoralmente la cabeza. Y Julia se murió como se muere todo el mundo : faltándole el resuello.

* * *

¡Qué noche de agonía!... Don Juan no se separó de su compañera hasta que le cerró los ojos... aquellos ojos tan monos, de color verde mar.

Consuelo, que adoraba en su hermana, no hubiera querido moverse de la cabecera de su cama; pero vencida por el sueño, y á instancias de don Juan, se retiró aquella noche á descansar un rato. De repente, como movida por uno de esos presentimientos que no se explican, pero se sienten, se despertó sobresaltada, y, sin calma para vestirse, en desaliño que era casi desnudez, corrió al cuarto de su hermana, que acababa de morir. No se lo advirtió nadie, pero lo sabía, porque se lo advirtió el corazón.

— ¡Hermana mía!... ¡Consuelo de mi alma!... ¡Pobrecita!... decía entre sollozos.

Y trémula, llorosa, vacilante, como si le faltara el suelo en que pisaba, cayó de bruces sobre el cuerpo de su hermana. Así, en aquella postura, con el corpiño desabrochado, y en enaguas de encaje, se destacaba llena de vida la redondez de su carne hermosa; y fatalmente, contra el deseo de don Juan, sus ojos pasaban fugaces del saco de huesos y pústulas de la mujer muerta á la carne sana y poderosa de la mujer viva. Consuelo no pudo ver aquella mirada, pero la sintió, como se siente la proximidad de una tormenta, y al incorporarse miró á su cuñado con ojos de hembra, aunque velados por lágrimas de hermana, y la interesó su palidez, que era resultado de

la vigilia y el insomnio; y mientras él, sin quererlo, protestando contra el pensamiento bastardo que se le imponía, pensaba que aquella hembra podía ser suya, Consuelo, sin quererlo tampoco, indignada ante la mezquina idea que triunfaba en su corazón, pensaba también que aquel hombre podía ser suyo. No se explicaban la razón de no haber sentido tal deseo en ninguna de las ocasiones en que estuvieron juntos, felices y risueños, ante « la pobre Julia », que sonreía también, y menos se explicaban la razón de sentirlo entonces en ocasión tan trágica, tristes y llorosos, ante el cadáver de Julia; y confesaban á medias, pero en silencio, con mucha vergüenza y con muchísimo horror, que en aquel rapto amoroso ante el altar de una muerta, en aquel traicionar á un cadáver, sentían ellos un goce brutal é impío, pero avasallador y punzante... Al igual de Macbeth después de oír á las brujas en el páramo, don Juan y Consuelo se decían, cada cual por su lado, allá en lo recóndito de su espíritu: « El pensamiento del homicidio comienza á dominarme y á oscurecer mi albedrío. Sólo tiene vida en mí lo que aun no existe... »

— ¡Yo me ahogo en este cuarto!... dijo Consuelo.

Y don Juan, que sentía asimismo la asfixia,

asfixia del espirilu más angustiosa que la física, abrió el baleón.

Alboreaba... Nubecillas alegres y retozonas habían salpicado el campo de gotas brillantes que sacaban de la tierra fuertes vapores y amodorrados insectos. Al atravesar las gotas un rayo de luz tibio y mimoso, formó una franja de colores, un arco iris sobre un ramaje verde esmeralda; y allí, dentro de la franja, entre las hojas de la rama, que semejaba un mosaico, como si quisieran teñirse en la luz y bañarse en el rocío para casarse limpios y majos, dos pajaritos rozaron sus alas, juntaron sus picos, y agitando el plumaje y temblando de amor, se besaron en el aire... Don Juan y Consuelo se miraron un momento, y se besaron también, con el pensamiento, sobre el lecho de muerte...

* * *

La Correspondencia lo había anunciado:

« De regreso de su largo viaje á Oriente, nuestro ilustre amigo el opulentísimo propietario don Juan Gómez y García se unió ayer con el santo é indisoluble lazo del matrimonio á la bella señorita doña Consuelo Espino, nieta de la marquesa del Foyoyo. Apadrinaron á los contrayentes el duque de Colocolo y la duquesa de Peloempecho,

en representación de Sus Majestades, que, como regalo de bodas, han agraciado á los novios con el título de marqueses de la Fraternidad.

» Los recién casados, á quienes deseamos una eterna luna de miel, no saldrán por ahora de Madrid. »

Días antes de la boda, don Juan y Consuelo rindieron un cariñoso tributo á la memoria de « la pobre Julia ». Como los baturros de Zaragoza, que dan una puñalada después de pedirle perdón á la Virgen del Pilar, cuando no mojando la navaja en la pila del agua bendita, don Juan y Consuelo concertaron darle una puñalada al recuerdo de Julia, después de exhumar sus restos y archivarlos en preciosa caja, que era amarilla con incrustaciones de oro y nácar. « Esta caja no se separará nunca de nosotros, decían ellos. ¡Pobre Julia. » Y la colocaron á la cabecera del lecho, que era la famosa cama de la Exposición de París.

La noche de bodas, solos don Juan en la cámara nupcial, entre los envites del amor honrado y las convulsiones del matrimonio honesto, ¡cuántas veces no oyeron indiferentes el tric-trac de los huesos de la « pobre Julia », sacudidos violentamente dentro de la caja amarilla!...

LA ORGÍA

El reloj de la Puerta del Sol, cuya luz se había apagado, parecía una calavera que miraba friamente á los transeúntes, señalándoles las dos de la madrugada.

El sereno de la calle de Fuencarral franqueaba la entrada de una casa á un caballero embozado... Una mujer, en la esquina de la calle de San Onofre, tuteaba á todos los hombres que iban por allí. Pasaba alguno que otro estudiante, maltrecho y aburrido, que abandonara en la Zarzuela á la tuna de San Carlos, y alguna que otra máscara grotesca y desarrapada. Dos luces lánguidas y polvorientas iluminaban el solar del número 30, enseñando el maderamen de la casa en construcción, y la enorme bota, muestra de la zapatería del número 39, que chorreaba agua.

El maderamen parecía á veces, por la proyección de las luces y de las sombras, un patíbulo

en representación de Sus Majestades, que, como regalo de bodas, han agraciado á los novios con el título de marqueses de la Fraternidad.

» Los recién casados, á quienes deseamos una eterna luna de miel, no saldrán por ahora de Madrid. »

Días antes de la boda, don Juan y Consuelo rindieron un cariñoso tributo á la memoria de « la pobre Julia ». Como los baturros de Zaragoza, que dan una puñalada después de pedirle perdón á la Virgen del Pilar, cuando no mojando la navaja en la pila del agua bendita, don Juan y Consuelo concertaron darle una puñalada al recuerdo de Julia, después de exhumar sus restos y archivarlos en preciosa caja, que era amarilla con incrustaciones de oro y nácar. « Esta caja no se separará nunca de nosotros, decían ellos. ¡Pobre Julia. » Y la colocaron á la cabecera del lecho, que era la famosa cama de la Exposición de París.

La noche de bodas, solos don Juan en la cámara nupcial, entre los envites del amor honrado y las convulsiones del matrimonio honesto, ¡cuántas veces no oyeron indiferentes el tric-trac de los huesos de la « pobre Julia », sacudidos violentamente dentro de la caja amarilla!...

LA ORGÍA

El reloj de la Puerta del Sol, cuya luz se había apagado, parecía una calavera que miraba friamente á los transeúntes, señalándoles las dos de la madrugada.

El sereno de la calle de Fuencarral franqueaba la entrada de una casa á un caballero embozado... Una mujer, en la esquina de la calle de San Onofre, tuteaba á todos los hombres que iban por allí. Pasaba alguno que otro estudiante, maltrecho y aburrido, que abandonara en la Zarzuela á la tuna de San Carlos, y alguna que otra máscara grotesca y desarrapada. Dos luces lánguidas y polvorientas iluminaban el solar del número 30, enseñando el maderamen de la casa en construcción, y la enorme bota, muestra de la zapatería del número 39, que chorreaba agua.

El maderamen parecía á veces, por la proyección de las luces y de las sombras, un patíbulo

enorme que se perdía en las nubes, y á veces reflejaba en la pared figuras grotescas, esqueletos inmensos, grandes escombros, mientras la bota se agrandaba y su chanclo se extendía por la pared vecina, amenazando pisar el tejado de la casa. En el rincón de una puerta, alumbrado por el reflejo mortecino de un farol, se destacaba la silueta horrible de unos espejuelos, una capa mugrienta, un báculo, un pingajo con canas; y de allí surgía el trino quejumbroso de una flauta que pedía limosna. Hacía más de dos meses que no llovía, pero aquella noche caía agua de firme.

— ¡Maldita lluvia! decía una chica de diez y seis años de edad. Estoy perdida de barro, y lo peor es que con este chubasco los hombres no salen á la calle... ¡Lluvia más perra!

Las parduscas y raídas puertas del café X, de la misma calle, estaban entornadas. Por las rendijas, salpicadas de gruesas gotas de agua, asomaba un rayo de luz macilento y triste. De puertas adentro todo era bullicio y alegría. Allí se corría una broma, una huelga, para celebrar el carnaval.

De la sala se habían quitado las sillas, que encaramadas unas sobre otras aparecían en los rincones. Los mecheros de gas estaban adornados con florecillas artificiales. Con las mesas pequeñas se había formado, uniéndolas, una grande

colocada en lo más reservado del café, debajo de un tragaluz empolvado que tenía un cristal roto, por donde se colaba un aire desapacible y helado.

Lo demás del establecimiento no había salido de su estado normal. Sobre el mostrador, de madera chapeada de mármol, estaba la licorera con su docena completa de botellas de cristal blanco; una fiambarrera que contenía algunos panecillos fríos y rígidos como cadáveres de harina y algunos pedazos de queso; un timbre, un calendario, una lista, manchada y rota, de los precios del *restaurant* de la plaza de toros, y muchos platitos con azúcar.

Las dos puertas contiguas al mostrador estaban cerradas, enseñando sus forros rojos. Por la de la derecha se iba á las habitaciones interiores, cuarto de plancha y cocina. Por la de la izquierda se bajaba á la bodega, donde los toneles de vientres hidrónicos y grises destilaban por sus llaves aguardiente y vino. Para no perder una sola gota de alcohol, cada tonel tenía debajo un cubo de madera. El líquido que se derramaba al llenar las botellas, era recogido y se expendía al público. En el verano, estos cubos servían de baño á los hijos del dueño del café, y éste y su mujer se lavaban los pies en ellos.

De una de las paredes colgaba un reloj de cuco,

que sonaba pavorosamente. Un poco más allá, y suspendida de una de las puertas del mostrador, se veía una jaula con un mochuelo de ojos muy grandes, verdes y orlados de luto.

Un organillo, alquilado para la fiesta, tocaba frenéticamente la polka ¡st! ¡st! ¡st! cuyas primeras notas fueron saludadas con muchos olés y grandes salvas de aplausos.

Al rededor de la mesa había una hilera de cabezas femeninas, rubias y morenas, de jóvenes alegres, entre las cuales descollaba la Clarita, envidiosa de la vecindad y del barrio todo, que con cierto dejo de ironía y de mala intención la llamaba « la mujer honrada » porque jamás se supo de ella que tuviera novio ni anduviese en belenes, y si estaba allí, culpa era de doña Enriqueta que á título de tía suya, que sí lo era por línea materna, la había llevado á tal sitio, pero no sin hacer antes muchos distingos y dengues.

La Clarita, que por lo guapa era cosa de comérsela á besos, no era coqueta, pero sí limpia exteriormente. No, no era coqueta la Clarita. Sin embargo, en verano, su madre la había sorprendido muchas veces en camisa, mirándose voluptuosamente, con el pretexto de cogerse pulgas.

Algunas mujeres habían llevado á sus hijos pequeños que gritaban desaforadamente.

— ¡Á la cuna ese chico! ¡Esa señora del erio, á la cárcel! gritaba alguna voz cuando los chicos chillaban mucho.

Una chiquilla que vendía periódicos y billetes, y un perro hocicudo y baboso, cruzaban la sala voceando aquélla y ladrando éste.

Los comensales miraban con ojos de gula la lista de los platos. Había ternera en salsa de tomate, langostinos, jamón en dulce, alcachofas, tortillas, riñones salteados, vino tinto y manzanilla. El mozo Lorenzo se multiplicaba para servir á tanta gente. De la ternera y de los langostinos no quedaba *ni el olor*, como decía la Milagros; las copas no debían tener fondo, según el vino que se echaba en ellas. Todos las manos estaban debajo de la mesa. Las mujeres se aligeraban de ropa, y poniendo los ojos en blanco á cada requiebro de los hombres, les daban *finezas* con sus tenedores. Clarita, muy colorada, frotaba su cara sobre los hombros del joven que tenía á su lado. La Serafina, vieja octogenaria, miraba á las chicas, y el mochuelo fijaba en ella sus ojos verdes y penetrantes.

La borrachera era inminente. Del mostrador, sucio ya y salpicado de desperdicios, salía la cabeza de la dueña, escueta, morenucha y adornada de enormes orejas, que parecía una rata salien-

do de una alcantarilla. Su marido fumaba tranquilamente un puro, al cual se enroscaba un papelito con un letrero que decía: *non plus ultra*. En el suelo se veían charcas de vino y colillas de cigarros.

Un joven, con el chaleco desabrochado, echaba en una aljofaina copas de aguardiente, vino tinto, jerez, manzanilla, todo revuelto, y después de agitarlo con una cuchara, bebía de aquel menajurje, que él llamaba *tinieblas*. Otro joven se había puesto en mangas de camisa y rebañaba un plato con los dedos.

Gritaban los chiquillos, y sus madres les mudaban los pañales sucios, al mismo tiempo que comían; la vendedora de periódicos y billetes recogía las migajas que rodaban de la mesa, y el perro, después de olfatear los bajos de las mujeres, rastreaba babeando su lengua por el montón de inmundicias del suelo.

Tardaban en servir las tortillas, y la Milagros, impaciente, dijo á su amiga Patrocinio:

— Pero mujer, ¿has visto cuánto tardan en hacer las tortillas? Vamos á hacerlas...

Y cogiéndola de un brazo la llevó á la cocina, donde al par de los guisos humeantes y bien olientes, veíanse algunos platos de alcachofas mascaadas, rebañados otros, carapachos de langostas,

desechos de riñones, cubos de agua mantecosa, pingajos, rodillas y escobas.

Se pedían nuevas raciones, y el vino desaparecía en aquellas copas sin fondo y se derramaba sobre la mesa. La mayor parte de las mujeres estaban mojadas.

Los hombres eran más atrevidos á medida que comían y bebían, y adorables las mujeres. Á Clarita no la hubiera conocido la madre que la parió. Estaba muy encarnada, con los ojos húmedos y entornados, y jadeante, sudorosa, con el traje y el pelo desarreglados, se reclinaba en los brazos de su compañero, ¡ella, la honrada, la honra del barrio! Su cabecita rubia se destacaba sobre el rojo del diván, una cabecita inquieta que gesticulaba y hacía monadas... Á veces interrumpía su charla para lanzar un *¡st! ¡st!* acompañando al organillo, que arrancaba prolongadas risas.

— ¡Manzanilla en ella! decía un libertino.

— ¡Todo se ha perdido menos el vino! exclamaba otro.

La Paca miraba, miraba. Sus ojos fríos é investigadores reflejaban un aplauso mudo, pero entusiástico.

Todo se veía como velado en aquella atmósfera excitante y voluptuosa, producida por las exhalaciones del café y de las comidas, el humo de

los puros y el olor sensual del amizcle mezclado con la traspiración de las mujeres, que habían bailado habaneras *íntimas* en la Zarzuela, y tenían las camisas húmedas de sudor. La mujer de Lorenzo se había puesto una chistera y daba la vuelta á la mesa hasta que desapareció de la sala, en compañía de un jorobado, mientras su marido, más borracho que una uva, juraba y perjuraba que no había en el mundo mujer más honrada que la suya...

Las demás dejaban hacer... y hacían que no veían, pegando en el suelo con los tacones de sus zapatos, acompañado aquel ¡st! ¡st! chulesco de la polka, que zumbaba en sus oídos y les hacía guiñar los ojos.

Sonó un beso muy fuerte, muy apretado y quedó luego vibrando, como si se rasgara algo, y era que la virginidad de aquellos labios rojos de Clarita se rasgaba al contacto de una boca apasionada y sedienta. Ella tomaba por lo serio el hacer á su marido (como le llamaba) el lazo de la corbata. No, aquel lazo no estaba bien hecho. Para arreglarlo, se arrodilló sobre el diván, teniendo entre sus manos la cabeza del *marido*... Pero ya le había puesto á su gusto la corbata. Ahora hacía la actriz. Contaba que estuvo en el Retiro y que vió allí una quisicosa cuyo título no

recordaba. ¡Diablo de título! Lo tenía en la punta de la lengua. Una actriz hermosísima se desnudaba delante de sus jueces. ¡*Frinea!* sí, eso es, ¡*Frinea!* yo soy *Frinea*, yo soy la Cecilia Delgado ¡yo! ¡yo! Y empezaba á desnudarse delante de aquellos jueces borrachos. De pie, en el diván, se desabrochó rápidamente el corsé, y, libres de la compresión, saltaron sus pechos, blancos como la leche y temblosos como la gelatina.

— ¡*Consumatum est!* gritó una voz estudiantil.

El gas, retorciéndose como una culebra, huyó de los mecheros dejando la sala á oscuras. Silencio prolongado... Sonaron de pronto respiraciones fatigosas, y lascivas, ruido de besos que crujían en el espacio como aristas rotas, risas nerviosas, un ¡*suéltame, que grito!* el estrépito de copas que rodaban al suelo, suspiros comprimidos... y subía un olor fuerte, voluptuoso, embriagador... Nuevo silencio... El perro lamía las últimas sobras de la mesa. El cuco contó las cuatro con voz burlona y cascada; y en aquella oscuridad destacábase un punto luminoso y horrible: los ojos del mochuelo, fijos y fosforescentes, semejantes á dos estrellas verdes que iluminaran de noche un cementerio.

MIS MUERTOS

Anoche contemplaba yo solemne y respetuosamente una larga hilera de fotografías de mis antepasados.

Sentado frente á una mesita que tiene tapete verde, con los retratos en la mano izquierda y repasándolos con la derecha, me figuré que estaba tallando. Pensé con miedo en la autoridad; pero pudo más el sentimiento, y seguí tallando con la baraja de la muerte.

Recordé el día de difuntos; recordé también que los vivos tenemos el deber de llevar coronas á los muertos. No sé por qué, pensaba yo, se ha de dar preferencia á ciertos finados, generalmente á los que « nos tocan » más de cerca. El egoísmo es tan grande que no se detiene á las puertas del cementerio. No entramos allí á cumplir un deber

religioso y triste; entramos á festejar restos humanos, polvorientos y roídos, que son despojos de nuestros afectos, de nuestras pasiones, acaso de nuestros vicios... Esa coronación del día de difuntos significa culto á la materia que ha muerto... significa también culto á la materia que vive. Puede ser signo de cariño, puede ser asimismo signo de remordimiento y, á las veces, causa y motivo de hilaridad... He visto á una viuda, que fué mala esposa, coronando la tumba de su consorte. — ¡Ni aun después de muerto y carcomido se verá libre de las coronas! — He visto también á un marido derramando lágrimas sobre la tumba de « su » hijo, que lo era del vecino. Más que apoteosis de lo que perece en la tumba, esa fiesta es apoteosis de lo que está en el corazón...

Todos los parientes muertos merecen el mismo respeto, los mismos honores... ¿Por qué el padre ha de tener más derechos que el tatarabuelo?

Yo no sé de nadie más respetable que un tatarabuelo. Si existió el Adán del paraíso, ¿quién con más derecho que él á tener una corona? Si no existió ese sujeto y sí el otro Adán, el mejicano (según Lenormant), tenemos la obligación de ir á Méjico á poner coronas y derramar lágrimas sobre la tumba del padre más padre que se ha conocido.

¡Qué conflicto! Aun descartando de la baraja aquellos antepasados « que se pierden en la noche de los tiempos », suman un número respetable, en cada una de las familias, los que hay que coronar. Si todos estos difuntos, decía yo mirando los retratos, estuvieran enterrados en este pueblo, tendría que llevar las coronas en un carro de mudanzas. Estando, como está, la mayoría en el Sur americano y en Francia, para cumplir con todos, enviando una corona á cada uno, tendría yo que fletar un bergantín y tomar todo un tren de mercancías. Lo primero resultaría una extravagancia; lo segundo saldría muy caro...

Tamaño inconveniente me hizo desviar el curso de mis reflexiones... Del fondo del retrato de mi abuelo paterno, con sus ojos azules y fríos como gotas de un lago dormido, y su boca burlona y fina como cinta de papel en donde la ironía hubiera pegado sus libros, me pareció ver surgir una sonrisa que quería decirme : « En vez de ponernos coronas que nos tienen sin cuidado, ¿no sería más razonable que se las pongas á los que moralmente mataste en vida? »

— Sí que lleva usted razón, abuelo. Lo que es usted, muerto y en tarjeta, habla todavía mejor que un libro.

Y abriendo un armario saqué otra baraja de

retratos, nuevos, lutosos, bonitos, muy de moda. Estas gentes no existen para mí, decía yo; pero la verdad es que no faltó quien me dejara el cuerpo cosido á puñaladas... ¡Cómo se defendían antes de perder la vida!... Ya están bien muertas y enterradas... ¡oh! ¡cuánto daría yo por resucitar algunas!...

II

¡Interesante busto! Éste era un poeta pacífico que publicó un tomo lírico para pedir... no recuerdo qué cosa; y yo le salí al paso con una porción de atrocidades...

— En vez de pedir con la lira, le dije, pida usted con la guitarra y cantando *vivitos y coleando*, ó exhibase usted en la calle de Alcalá como la mujer-carnero.

No cantó más el vate, y luego se murió de sentimiento en las márgenes de un arroyo indecente. ¿Qué daño me había hecho? Absolutamente ninguno. Yo tenía entonces un humor tan insoponible, que me costaba trabajo vivir en paz conmigo mismo.

Una difunta... Ya recuerdo quien es : ¡no había de recordarlo al ver esa cabeza que tiene tanta luz! Era una chica muy sentimental y bucólica (en la acepción poética de la palabra). Estába-

mos en Londres, muy cerca de Victoria-station, en una casita de campo; frente había un palomar. Un palomo y una paloma se cogieron del pico y se balancearon en el espacio...

— ¡Hermoso! ¡Hermoso! me dijo ella, ¡celebrar las bodas en el vacío, entre efluvios de nubes rojizas por el sol naciente, bajo terciopelo azul del cielo, y en amoroso deliquio caer juntitos al pie de un rosal recién abierto ó sobre el follaje con perlas del primer rocío de la aurora!...

¡Qué atrocidad! pensé yo; esta chica es capaz de querer que nos arrojemos por el balcón.

— Aguarda, aguarda un poco, le dije; voy á coger los pichones cuando caigan al suelo.

Bajé, y aprovechando la salida de un tren rápido, me fui camino de París. Ella brilló durante algún tiempo en Argyll-Rooms, y después... pensando en los palomos que se balancearon en el espacio, se tiró de cabeza desde la torre de Londres.

¡Bonita colección! Éstos fueron funcionarios públicos á quienes dejó cesantes un artículo mío. Veamos el artículo... ¡Qué atrocidad! Los funcionarios serían deficientes; pero el artículo es un abuso. Me siento muy conmovido y apesadumbrado... ¡si yo pudiera emplearlos en el cielo, á la diestra de Dios padre todopoderoso!...

¡Figura eminentemente dramática! Esté ciuda-

dano había publicado una quisicosa con el título de drama.

— ¡Eso no es drama! le grité yo; usted está viejo; póngase bien con Dios; prepárese á morir como buen cristiano.

Y en seguida se murió... ¡del susto! Era buen amigo de mi familia... Y este señor ¿quién es? ¡Ah, sí!... aquí hay una papeleta : «... Don... solicita celebrar acto de conciliación con don Luis Bonafoux y Quintero, abogado y escritor, sobre injuria hecha á aquél en el número... del periódico *El Español*. » ¡Pero si yo, no he injuriado á nadie, que recuerde al menos! Á ver, repasemos el artículo... ¡Qué disparate! Eso lo escribí desde una barricada, ó yo estoy loco. Lo primero que haré en el otro mundo será buscar á este personaje para darle la satisfacción que le negué en vida. Pobre señor : ¡si tiene cara de haber sido tan hombre de bien!...

¡Diablo! esto es una partida, casi un ejército. ¡Qué caras!... Si yo fuera devoto de las frases de efecto, diría que parecen hechuras de una papeleta mojada en disolución de envidia y de idiotismo. Ésta es la jauría de perros que nunca faltan; gente que se arrastra en la llanura, y sin poder mirar á la cumbre de miedo á cegar, se empeña en que nadie alce el vuelo, y ladra en

la hondonada; ésta es la reproducción de la especie de aquellos compatriotas de Heine, á quienes deseaba ver colgando de las ramas de sus árboles. *R. I. P.* ¡Pero, no, que viva y se perpetúe la especie, y sea eterno en la llanura el pueblo de idiotas y de esclavos!

¡Qué borroso está este retrato!... Voy á retocar su contorno con esta tinta violácea... Apenas se distingue ya el rubio de los cabellos. Sin embargo, los conozco... y los he besado tanto, que me han aliviado el luto de algunas hebras del bigote. ¡Pobre!... ¡Pobre!

Una lágrima henchida de sentimiento me sureó la cara y fué á rodar sobre una burbuja de tinta que temblaba en las puntas de mi pluma; descompuso el color de violeta, y formaron juntas una gruesa gota, parecida á una lágrima del corazón, la cual, cayendo bajo su propio peso, resbaló por la superficie del retrato. Al levantarme para buscar algo con que enjugar aquella debilidad de carácter, fijé la vista involuntariamente en la fotografía de mi abuelo paterno. Sus ojos, azules y fríos, tenían el tono mimoso de un celaje de otoño; había desaparecido la sonrisa de su boca, y presentaba ésta el aspecto de una hendidura tierna y jugosa : me pareció que mi antepasado tenía muy abiertos los brazos, como si

forcejeara para salirse del retrato y estrecharme con ellos. Entonces me sonreí como él... bailando los ojos.

— Parece que se ha puesto usted muy serio, abuelo, mientras he removido el osario. No sea usted niño... mañana compraré las dádivas para mis muertos...

III

Á tiempo que yo regresaba á casa á embalar mi cargamento de coronas, mientras decía para mi conciencia :

No os podéis quejar de mí
Vosotros á quien maté,

vi en la calle del *Desengaño* (de Guayama), á don Eleuterio Lugo, vate del pueblo.

— Caballero, le dije muy emocionado; ¡caballero!... yo soy un gran corazón... ¡permítame que principie por usted, poniéndole esta coronita!

INTERVIEW CON MARAT

Por las *Cartas infernales* del redactor de *La Voz Montañesa*, no ignoraba yo que *Nicanora* había sido para dicho escritor algo así como *los polvos de la madre Celestina*, puesto que fué á todas partes en alas de aquella modista. Telegrafié á Pepe Extrañi :

« Mándame á *Nicanora*. »

Y habiendo accedido á mis deseos, hice en ancas de la niña una ascensión aérea.

No encontré á Marat en el infierno, donde le suponía, sino en el cielo y á la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Estaba como si tal cosa; tan raquíco como en sus mejores tiempos, con el mismo colorcillo de ala de mosca y el mugriento pañuelo, que le da trazas de aragonés, brutalmente anudado en la frente.

— ¿El señor Marat?...

— Servidor de usted.

INTERVIEW CON MARAT

271

— Muy señor mío. Yo soy...

— Sí, ya sé. Hace tiempo que le esperaba, porque usted merece ser guillotinado.

— ¡*Don Marat!*... ¡Esas palabras...!

— Son sinceras... Usted me ha ofendido muchas veces, sin perdón de ese señor (señalando á Dios); porque, en fin, si usted se hubiera limitado á leer un Quinet, un Thiers ó un Lamartine, *ese* jilguero de la Revolución... Pero usted ha leído á Blanc, si no me equivoco, y Blanc es el verdadero historiador de mi tragedia...

— ¿Y qué?

— Que bastardeando la historia y, lo que es más grave, falseando los sentimientos de usted, me ha injuriado gravemente y dispensádome un odio que no merezco.

— ¿Odio? no, señor. Pena, pena muy grande; porque usted vivió, como un buitre entre los despojos de la muerte, tirando de un carro de la Funeraria. ¡En presencia de ese arrastre de guillotinos, yo le tengo á usted mucha lástima, señor Marat!...

— Crea usted que me tiene sin cuidado la compasión de usted y la de la humanidad. Á Blanc me remito: el que se atreva á censurarme, censúreme; el que se atreva á aplaudirme, apláudame...

— Y bien, señor Marat. No he venido á discutir nada de eso. He venido, ó me ha traído esta bestia (señalando á Nicanora), para conocer, si se digna responderme, la opinión de usted acerca de esta temporada anarquista.

— ¿Cree usted que soy un Lombroso ó un Garófalo y me dejó tomar el pelo?... Yo soy quien soy : *Marat*...

— Ya lo sé; pero usted será una persona bien educada, aunque sea en el cielo, y tendrá la bondad de darme su opinión sobre la temporada anarquista.

— Temporada... *de verano*, dirá usted; durará poco.

— ¿Lo cree usted así?

— ¡Qué duda cabe! La sociedad, *eso* que llaman ustedes máquina social, tiene suficientes fuerzas dentro de su propio organismo, que es egoísta, para reprimir atentados parciales, explosiones de bombas que vienen á ser fuegos fatuos del cementerio de los vivos.

— Al hablar así, olvida usted las salvajes energías de Ravachol...

— ¿Ravachol? ¡Un mentecato!

— ... la astucia diabólica de Pini.

— ¿Pini? ¡Otro mentecato!

— ¡Para usted, es tonto todo el mundo!

— Todo el mundo, no; todo aquel que se propone mejorar la condición del hombre.

— En este caso, y con arreglo á tal criterio, usted es el primero de nuestros mentecatos, porque usted fué un Ravachol anticipado, ganoso de regar con sangre, para que fructificase en provecho del pueblo, la tierra de promisión.

— ¡Qué disparate! Ravachol, Pini, Biscuit, todos esos caballeritos son fanáticos de una idea, místicos que hacen explosión, creyentes, *convencidos*; mientras que yo no tuve más que una idea, una creencia, un convencimiento, un amor, el amor de mis amores : ¡la guillotina!... Con razón dice Zola que esos anarquistas son poetas; poetas, sí, de capirote. Cuando yo pedí ochenta mil cabezas y deseé con Claudio que tuviera una sola la humanidad para guillotinarla de un solo tajo, no pensé poco ni mucho en mejorar la vida social. Obedecí á las exigencias de mi temperamento (eso lo primero) y después á la convicción profunda, profundísima, de que ni hay esperanza de redimir la especie humana, ni lo merece la especie. Mi evangelio predicó el aniquilamiento, la vuelta al caos primitivo, el regreso á la *nada*, de donde jamás debió salir una especie que es más dañina que la del lobo y más ingrata y traidora que la del tigre...

— De modo que el trabajo por el mejoramiento social es, según usted, trabajo perdido.

— Absolutamente. ¿Qué queda, si no, de la gran revolución francesa? ; Palabras y palabras!... Los burgueses de hoy son los aristócratas de antaño. Si no se falta á la ley, se la *interpreta* ó *mistifica*, que es igual. Las mismas tiranías, idénticas esclavitudes; derechos y deberes distribuidos injusta y odiosamente; los mismos privilegios de antes, iguales monopolios, con otros nombres, con collares distintos. Sentí vergüenza, ya que no pena ni sorpresa, cuando leí en *El Liberal* que los mayordomos de las fábricas de Cataluña ejercen bonitamente el derecho de pernada. La hembra tiene allí que prostituirse para asegurar el salario del obrero, y el obrero está más contento que unas pascuas cuando le cuentan que su mujer es la concubina del fabricante. ; Y para ver tal situación, armamos la gran revolución! Ja, ja... Si los anarquistas *subieran*, harían lo mismo que los otros, con más grosería, porque debe ser horrible é inaguantable el despotismo de la alpargata... Pero cuente usted que ni el bombardeo de los anarquistas moverá la hoja en el árbol, ni el aleteo de la musa de los poetas cuando alza el vuelo con rumbo al corazón. Unos y otros no son más que ilusos, visionarios, perseguidores de una

misma utopía, acariciada por éstos en un sueño hermoso, esperada por aquéllos en una pesadilla horrenda; y la humanidad, con los ojos bien abiertos, la humanidad sin nervosismos de damisela y sin epilepcias de monstruo, seguirá riéndose del sueño de los poetas y de la pesadilla de los energúmenos. Hay dos clases de anarquistas: los que encienden bombas en la calle, y los que las dejan apagarse en el corazón. Éstos son los grandes escépticos, despreciadores de la vida, que no vale la pena de poner bombas con buen fin... aquéllos viven estallando de cólera; éstos vegetan en medio de un desprecio inofensivo hacia todas las cosas, entre cenizas de la ira, que tomó forma de tristeza infinita. ¡Todos *lilas!* ¡Todos risibles!...

— Tristes son las ideas de usted, señor *de Marat*. Por fortuna, no abundan en ellas los Bakou-nine, Marx, Tolstoi, Krapotkine....

— Déjeme usted de cuentos y Krapotkines. El mal radica en la sangre; ¡y la sangre humana es muy mala!...

— Hay, pues, que desechar la idea de que la familia puede constituirse en falansterio, familia comunista, tal como fueron las primitivas tribus, según cuenta Spéncer, y la idea de que, al modificarse el hombre, se modifiquen también los animales, el clima, el planeta todo, que vendría

á ser un *Dorado*, una *Jauja*, una fonda enorme !...

— Sí, empedrada de besugos, según han dicho Fourier y Osorio y Gallardo. ¡Qué cosas! La humanidad es y será la eterna infame, engendradora de timadores y timados...

— ¿Pero no tiene usted fe en que llegue un primero de mayo esplendoroso, pletórico de libertad, igualdad y fraternidad?...

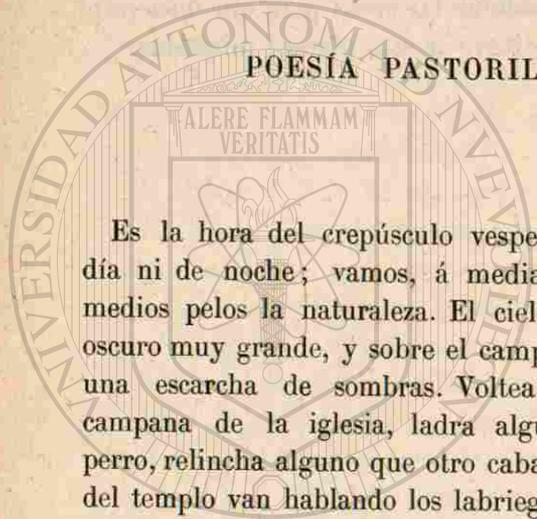
— ¡Quite usted! Yo no creo en mayo, ni en junio, ni en nada... Ese primero de mayo verá usted que será, á poco andar, una fecha lúgubre para los mismos obreros... ¿Quiere usted saber lo que conseguirán? Que la reacción contra los míseros de nacimiento ó por fatalismos de la suerte sea más espantosa todavía. Los obreros llegarán á ser de peor condición que las bestias. Se comerán los unos á los otros, beberán hiel y vinagre; no tendrán hogar propio, ni mujeres, ni hijos, y, azotados por el knout de los burgueses vencedores, irán á rastras, besando la tierra, con la cerviz inclinada como coyunda bovina, á cavar con sus propias manos la sepultura de sus guñapos... Destruýase, sí, pero por gusto, sin esperar redenciones, por odio y no por amor al género humano. Ésa es la fija.

Los ojos de Marat echaban lumbre como los de

los *clowns* Bibb y Bobb... Nicanora, asustadísima, meneaba la grupa...

— Oye, vámonos de aquí, me dijo. Este tío está guillado.

Y presentándome las ancas para que hiciera el viaje, me restituyó á este planeta miserable.



POESÍA PASTORIL

Es la hora del crepúsculo vespertino: ni de día ni de noche; vamos, á medias tintas ó á medios pelos la naturaleza. El cielo es un claro oscuro muy grande, y sobre el campo va cayendo una escarcha de sombras. Voltea gritando la campana de la iglesia, ladra alguno que otro perro, relincha alguno que otro caballo, y camino del templo van hablando los labriegos.

El señor alcalde, en mangas de camisa y con calzón corto y ceñido, que no se ha mudado en todo el año, impide que se perturbe el orden de la grey apostólica, imponiéndole respeto con una vara de fresno, mientras la alcaldesa aprovecha la ausencia de la autoridad, y al pie mismo del pozo repite con el boticario del pueblo la escena de la Cava y don Rodrigo, cuando el Tajo sacó el pecho afuera.

Zumban abejorros; arrástranse hasta sus cuevas culebras y lagartijas; rebuzna voluptuosamente el macho porque al lado suyo pasa la hembra; revuélcense de gusto los cerdos; barbariza, patán en su asno, el sarnoso arriero; y el señor alcalde, después de ver desfilar al último miembro del rebaño, se pone como diz que se puso Sancho, con gran contentamiento de las gallinas, que dejan de beber en las charcas de la calle para tener la honra y el sibaritismo de cenarse parte de la autoridad del pueblo.

Día de mucho jolgorio en la comarca. Ya ha terminado la ceremonia religiosa. El Padre Soldado, cura coloradote como rábano y cebado como capón, se despide de su parroquia presentándole, para que los llene, dos bolsones que parecen dos banastas. Este feligrés suelta dos libretas y varias barras de chocolate de Matías López; aquél deja el mejor pavipollo del corral; esta feligresa regala gallinas y huevos, y esotra le dice sonriendo que no le da nada allí (porque se lo ha dejado en casa), pero que se lo dará de noche; y á tiempo que sale del fondo de los bolsones un griterío de gallinas, que se confunde con las postreras campanadas de la iglesia, y se exhala un fuerte olor á chocolate, que va á mezclarse con el del incienso elevado á Dios, el

monago, estirando humildemente el cepillo, pide metálico para la patrona del pueblo, y el ama del cura, presentando el desvencijado y sucio azafate, pide también para las ánimas benditas.

Buena cena (¡buena!) en casa de don Simplicio. Dorotea, su mujer legítima, de legítimo matrimonio, guisa desde el alba en obsequio de los comensales; y aunque con constipado, que la tiene todo el día sopla que te sopla y escupe que te escupe, ha hecho caprichitos de dulce y unas albondiguillas que están pidiendo bocados. Hay también su poquito de magras con tomate, y humeante sobre la mesa un monumental y riquísimo puchero, con azafrán á puñados que da gloria olerlo.

La casa de don Simplicio es de las mejorecitas, si no la mejor del pueblo. El vestíbulo tiene cara de prendería, según está de cacharros que cuelgan de las paredes. En la sala pueden correr burros, según es de grande. Hay en ella varios cuadros: un retrato del rey, que está muy propio, y un crucifijo que tiene uno de los brazos roto y pendiente de un hilo. Desde la sala se alcanza á ver el corral con los mozos de labranza y las gallinas, que picotean en el fango.

Hay motivo para estar satisfecho de esta pieza.

Pues nada digo del gabinete, con otro crucifijo de madera y los retratos de toda la familia de don Simplicio. El mejor mueble es la cama, de palo santo, muy limpita, aunque con cierto tufillo conyugal. La salita tiene balcón con vistas al campo. Por la mañana da gusto estar allí, viendo cómo saltan los gorriones en la carretera, y cómo se meten en los agujeros de la pared una porción de moscardones. Cuando don Simplicio no se distrae mirándolos, se pone en sitio desde donde puede ver, sin ser visto, los amores de las tórtolas.

— Estos bichos, dice á Dorotea, son de lo que no hay, de limpios y curiosos.

El macho empieza á hacer cosquillas en el cuello de la hembra. Ésta se resiste, porque es honesta, y además bien ve que no va con buen fin; pero él es tenaz y continúa el cosquilleo por todo lo alto, de arriba abajo. Ella esponja el plumaje, baja la cabecita, le tiemblan las piernas...

— ¡Ya!... exclama don Simplicio con la boca abierta.

¡Con qué entusiasmo lo describía él, que había sido poeta en sus buenos tiempos, y con qué erotismo lo pintaba en presencia de sus comensales y de los restos de la cena brutalmente amontonados sobre la mesa de pintado pino! Y á Doro-

tea se le caía la baba, del color de la sandía, que había sido postre, y se la esponjaba el refajo amarillo y rojo como nuestra bandera.

Habíanse apurado algunos cuartillos de vino, y se soltaban á hablar las lenguas... La verdad es que se decían disparates atroces.

Dorotea, que sabía tirar la piedra y esconder la mano, apuntaba chismes y cuentos bien que curándose en salud.

— Pero á mí, decía, á mí no me va ni me viene en nada de esto, y no me gusta meterme en vidas ajenas.

Demasiado conocía ella si hacía blanco, y cuando levantaba en vilo al paciente y éste se retorcía de rabia, decíale ella con beatitud:

— Pero á mí, ¿qué me cuenta usted? yo no me meto en eso; allá ustedes. Ni se vuelva tonto ideando quién me lo ha dicho, que es el que menos se figura usted.

Don Simplicio, que se moría de ganas de ser alcalde, hacía rajas de la primera autoridad del pueblo. « Siempre entre chorizos y cerdos; ¡qué brutazo! Tiene ojos en la cara, y no ve tres sobre un borrico, ni á su mujer con el boticario. Para lo único que vale es para dárselas de mandón con la infeliz maestra de escuela. »

— No, pues lo que es la maestra, interrumpió

doña Regina, tampoco se porta como es debido. En su casa hay misterio... no lo duden ustedes. Todavía está de huéspedesa esa chica que tiene los ojazos tan verdes... Dicen que es casada, pero ¡quiá! á mí no me la da nadie. La otra noche... verán ustedes, la otra noche, cuando más llovía, llegó en el tren correo un joven que tiene facha de extranjero. Yo estaba en el puesto de agua de la estación hablando con la Vicenta, que dice está hidrópica; pero ¡quiá! á mí no me la da nadie; lo que hay es que está de cinco meses lo menos; así Dios me salve. Pues, como iba diciendo, llegó el joven de la facha y se fué derecho al jefe de la estación, y le habló con unos modos y un aquel, que más parecía príncipe que persona, y ¡cátate lo que hizo el jefe! pues se quitó la gorra hasta los pies y luego llamó á un guarda-aguja para que acompañara al viajero. ¡Si estos señoritos tienen un poderío y hacen cada barbaridad!... Trapisonada tenemos, pensé yo, y según estaba agazapada detrás de la mata grande, me fui escurriendo hacia el campo sin perder de vista al joven, que maldito el caso que hacía de la luz del guarda-aguja, y como si pensara en todo menos en aquello que estaba haciendo, se metía hasta los tobillos en los baches y pantanos. Tiró por el atajo, llegó á la puerta de la

casa, y... ¡pues ni que le hubiera olido! ya estaba en la ventana esa rubilla con una candileja. La luz le dió de lleno en los ojos, de modo que, desde mi escondrijo, pude ver en la obscuridad aquellas pupilas tan verdes como las de un mochuelo. Él se coló de rondón, como Pedro por su casa, y yo me marché diciendo para mi sayo : « ¡Hum!... lo que es, aquí va á pasar algo. »

— Sí que se vendrá el mundo abajo, observó el maestro de escuela, que no había abierto la boca más que para cenar... como un maestro; sí que se vendrá el mundo abajo y tres más. La culpa la tiene el señor cura, que consiente marranas en la población. Pero, ya se ve, á ese canalla de Padre Soldado, en dejándole hacer mangas y capirotos de la alcaldesa, que no tiene bastante con su marido y el boticario, y sobar á las mozas buenas y revolver matrimonios, le importa un comino que se hunda el pueblo, y...

— ¡Chist!... exclamó Dorotea que, á pesar del vinillo, tenía buena la cabeza y barruntaba mal del giro de la conversación; ¡chist!... cada uno á su casa, yo á mi rosario, y Dios con todos.

Salieron... cuáles tambaleándose, cuáles frotrándose los ojos, unos abriendo la boca y otros

apoyándose en sus varas, fueron perdiéndose en la obscuridad.

*
*
*

Una hora después se oían sendos ronquidos y saltaban las pulgas y corrían las chinches. El rebaño apostólico dormía á pierna suelta y ronciosa, mientras de los corrales, que hacían de retretes, y de las rendijas de las casas, iban saliendo olores á perro, á macho cabrío, á hombre, á cura párroco y á mujer puerca. Y cantó el sereno:

— ¡Las nueve y nublado!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CUARESMA EN EL CIELO

Don Simplicio había cometido un pecado terrible... La conciencia y el estómago de este bienaventurado reñían grandes batallas durante la cuaresma, porque él era católico á macha martillo, y además gastrónomo rabioso.

Después de oír misa en las Calatravas, don Simplicio volvía á su casa con el propósito de saborear un opíparo almuerzo de pescado. Aquella mañana vió, frente al hotel de las Cuatro Naciones, un hombre que llevaba una tabla sobre la cual se sostenía un crustáceo parecido á una langosta. Don Antonio, secretario del hotel, regateaba el precio. Había ofrecido seis duros...

— ¡Mire usted que seis duros por un *escribano* vivo! exclamó el vendedor. Para no hablar más, se le dejó á usted en ocho...

Á don Simplicio le bailaban los ojos. Hacía mu-

cho tiempo que tenía ganas de comerse un *escribano*. Le miró con ojos de borrego á medio morir, mientras le pasaba las manos por el carapacho, y, dando lo que le pedían, metióse el *escribano* en un bolsillo del gabán. Los bigotes del bicho quedaron fuera bailando una polka.

Cuando don Simplicio salió de las Calatravas « derechito á su casa », sita en la plaza de Oriente, arrimada al sol que más caliente, hubo de ocurrírsele, por mal de sus pecados, la idea de cruzar por la calle de Sevilla. Aquel gran derribo le ponía nervioso, afligiéndole su espíritu de buen católico. Miró tristemente las derruidas casas, *campos de soledad* para su seráfico espíritu, y bajó por la carrera de San Jerónimo, con la sana intención de seguir « derechito á su casa ». Pero se detuvo frente al *restaurant* Lhardy. Allí, en el escaparate, estaban expuestas unas salchichas trufadas, de Burdeos, ¡qué ricas! Don Simplicio tenía dos aspiraciones, únicas, exclusivas; á saber : oír diariamente una misa y tragarse todas las salchichas trufadas que pudiera. Jamás las vió él tan hermosas y bien olientes como aquéllas, y cuenta que las veía y olía de puertas afuera del *restaurant*. Él lo pensó mucho, y, venciendo la tentación, echó á correr sin volver la vista. Pero en la Puerta del Sol sintió un desvanecimiento. El pote, repleto de

sabroso embutido, no se le marchaba de la imaginación. Las mujeres que pasaban á su lado le olian á salchichas trufadas... y, dirigiéndose otra vez hacia el escaparate, se arrobó de nuevo en la contemplación de las salchichas.

— ¡Orgullosa! ¡Ni que llevaras de polisón la *Biblia* en verso de Carulla! exclamó un tertuliano de la acera del café Imperial, hablando con una chula que se balanceaba al andar como una paloma.

Volvió la cara el buen Simplicio para ver al deslenguado que profiriera tamaña irreverencia, cuando se dió de manos á boca con la chula...

— ¡No es mala ración de vista, mamarracho! dijo ella al paso.

Este desearo hirió en lo vivo á don Simplicio, decidiéndole á comprar el pecado, esto es, las salchichas. Como no quería dar mal ejemplo á su piadosa familia, se fué al retrete en llegando á su casa, y allí se puso de salchichas hasta que no le cogieron más. Entró después en el comedor, bendijo la mesa y se engulló el almuerzo de marisco.

Este enorme pecado se cometi6 á la una de la tarde. Á las dos, sintió don Simplicio el primer retortij6n de un cólico *miserere*, y poco después era tan cadáver como el *escribano*.

No se le pudo cerrar bien la boca; y á su prole 6 cría, que echaba sobre el *escribano* la culpa de

aquella muerte, pareciale que salian de los descoloridos labios del papá los bigotes del crustáceo bailando una polka...

II

Allá, en el cielo, echaban la casa por la ventana en honor de la Virgen... Había besamanos á primera hora, gran *menu* servido par Lhardy al caer de la tarde, y era mucha la algazara de los santos porque la Pasqua y Gayarre cantaban la *Favorita*. Era turno de moda, y muy grande la cola á la puerta del teatro. Daba la vez San José, que se había quedado el último (por bobo), y no esperaba ya conseguir localidad, porque los revendedores, que eran curas, pedían torres y montones por cada asiento de paraíso.

Don Simplicio, muy majo con el traje que le pusieron antes de enterrarle, llegó con su maleta á las puertas del cielo, en donde le esperaba Carulla, que había sido nombrado introductor de hombres buenos por aquello de haber puesto la *Biblia* en verso.

Cuando entraron en el salón del Trono, con el propósito de presentarse al Padre Eterno, desfilaron unas señoritas acompañadas de su mamá. Un ujier acababa de anunciarlas, gritando : « ¡Doña

Paca Castrillo con sus niñas!... » Y la Zoa, una de ellas, que era de la piel del diablo, le tiraba de los bigotes al ujier.

Carulla se aproximó al trono del Altísimo; y mirando á éste, al par que miraba á su amigo, los presentó así :

— El Padre Eterno... Mi amigo don Simplicio...

El Altísimo se dignó sonreír desde su elevado asiento, y dijo benévolamente :

— Acércate, mi buen Simplicio. Ya te conocía mucho de nombre...

Don Simplicio quedó prendado de este lenguaje y, á fuer de galante, le contestó con voz meliflua :

— ¡Yo también le conocía á usted de reputación!...

Ya en los pasillos, dijole Carulla :

— ¡Valiente plancha te has tirado!... ¿Qué dirá la Providencia?...

Cada uno de los salones del cielo semejaba un ascua de oro y luz. Las más extrañas melodías resonaban en aquel recinto, por cuyos artesonados techos se esparcía un suave olor á santidad y un color de rosa pálido, lila casi. La mesa, que estaba ya servida, era tan larga, que se perdía de vista. Don Simplicio estaba absorto, contemplando una larga hilera de *escribanos* y salchichas trufadas.

Vió al director de *El Siglo Futuro* que cogía puros habanos, y, no queriendo ser menos, se llenó á hurtadillas los bolsillos de *escribanos* y salchichas trufadas...

Las santas, encantadoras con vaporosos trajes de verano, le sonreían y hablaban de tú... Santa Tecla tocaba al piano música de *La Gran Via*, y á san Pascual Bailón se le iban los pies de puras ganas de bailar aquello de « Yo soy un baile de criadas y de horteras... » Algunas santas jugaban al *Tio-vivo*, y algunos santos gritaban : « ¡Mucho, mucho! » cuando se meneaba al desgaire, con indolencia sosa que gustaba, la Pino, una monísima rubia que hacía de *Calle de Sevilla*. Santa Úrsula y las once mil vírgenes no participaban de la fiesta, porque estaban ocupadas en comer pan de boda...

La escena le parecía cuento á don Simplicio, y, resuelto á salir de dudas, se fué derecho á *san Escalado*, que estaba allí á pesar de haber puesto verdes á los académicos, y le habló de esta manera :

— Oiga usted, amigo : estamos en cuaresma, si no mente el *Zaragozano* de Mariano Castillo, que compré (el almanaque) allá abajo por un perro grande... ¿Qué *juerga* es ésta?

Quedóse el ingenioso escritor mirando entre des-

deñoso y compasivo al pobre diablo, y luego le contestó :

— ¿Conque *juerga*, eh? ¡Está usted académico, digo, tonto!... La cuaresma, señor san Simplicio, no se celebra aquí gimiendo y llorando, sino cantando y bailando, como *Él* quiere. Sin la muerte de Dios no estaríamos aquí, ni se hubiera usted metido en los bolsillos esos *escribanos* y salchichas (¿se figuraba usted que no le había visto?), y abominar de esa muerte, que es nuestra vida, sería una primada. Además, nosotros no matamos á Dios. Eso fué cosa de los académicos, digo, de los judíos : ¡allá ellos...!

EL HUECO DEL ÁRBOL

(AL DOCTOR FRANCISCO TOCA)

Mi amigo Wilson es más bien alto que bajo, flaco de carnes, seco de complexión, de ojos grandes y biliosos, color cetrino, pelo negro como la endrina y dientes blancos como el marfil. Wilson es realmente feo. (En eso está conforme todo el mundo, su novia inclusive.) ¡Gracias que es un tantico presumido y que sabe llevar con bastante soltura la ropa nueva! La fealdad de Wilson resulta así bastante presentable.

Á juicio de la mayoría de las gentes, Wilson es un tipo raro, extravagante, singularísimo; en fin, *un tipo*. Á juicio de esa misma mayoría, es atrabiliario de condición, y goza fama de hosco é hipocondríaco. Pero á pesar de los pesares del escepticismo, Wilson tiene todavía un amigo. Ese amigo soy yo, y yo, que he leído en lo recóndito

de su espíritu y en el fondo de sus ojos grandes, sé que Wilson en una persona excelente, excelentísima.

— Me ponen de atrabiliario y huraño cuando yo he aspirado á vivir con todos y en la más grata de las armonías, me decía anoche el buen Wilson. ¡Precisamente porque quiero vivir en compañía y porque quiero vivir en paz, vivo solo! No me hacía falta aprender en el filósofo ginebrino que el estado salvaje es el estado natural del hombre; ni tampoco me hacía falta refugiarme durante mis noches de insomnio en la *Soledad de Zimmermann* para vivir alejado del mundo. Todo cansa, querido: la hermosura de la mujer amada, la lealtad del amigo, la sabiduría del sabio, el ingenio del ingenioso, el chisporroteo del añoso tronco en el hogar bendito... Cada individuo de la especie pensadora debería tener, á modo de retiro, el hueco de un árbol para refugiarse de vez en cuando.

» Al hablarte así, mi amigo, yo *sublimo* á la gran familia que se llama humanidad, y doy por bien averiguado que pueda reunirse fácilmente en un haz de venturas la consecuencia de la mujer querida, la lealtad del amigo, la sabiduría *verdad* que hace pensar y el ingenio de oro que hace reír...

» Del mismo modo que los demas animales (perros, gatos, gallos, *etcétera*) pasan la vida riñendo sin motivos, persiguiéndose á muerte y propinándose mordiscos y picotazos, los hombres y las mujeres, animales al fin y al cabo, aunque de peor especie, viven en lucha continua, persiguiéndose y despedazándose, con mejores formas (al parecer), como los gatos, perros, gallos, *etcétera*.

» El hombre, que es de condición bastante más funesta que el tigre, resulta en sociedad lo que en la plaza pública el oso domesticado. No muerde de miedo al domador, que se llama alcalde, gobernador, guardia civil, *etcétera*; los cuales alcaldes, gobernadores, guardias, *etcétera*, no muerden de miedo también á los domadores que tienen encima; y así sucesivamente. De niño le enseñan sus papás á no morder á los otros niños; de mozo, le castigan sus profesores por reñir con los condiscipulos, y va aprendiendo así el arte de reprimirse en sociedad. Pero la perversidad del instinto se rebela y se impone siempre, aunque sólo sea un minuto todos los días; — en ese minuto, durante el cual se efectúa lo que podría llamarse eclipse de las buenas formas, el hombre más manso de naturaleza siente ganas de dar una dentellada á su vecino...

» Observa lo que que dije antes : que *sublimo* á la gran familia humana; porque si tomamos por tipo el « hombre común », tal cual es, con sus deslealtades é hipocresías, sus envidias y rencores, su basura de cuerpo y su suciedad de espíritu, ¡Dios nos asista! En síntesis : todo es miseria en el fondo de todo... y para conservar las ilusiones, que no son más que espejismos de la mente, hace falta guarecerlas de la publicidad.

» Pero... ¡qué quieres tú! En ningún país más y mejor que en este de las renombradas Batuecas, en donde no se concibe otra vida que la vida en *común*, se hace difícil la independencia individual. Así, mal que te pese, no podrás evitar que tal ó cual amigo (*dice él*) « dé una vueltecilla » por tu cuarto para « echar un cigarro » y echar un discurso, en el cual llamará *Escapeare* al pobre Shakespeare; y luego de fumar, no un cigarro, sino una cajetilla (de las tuyas) y de molerte con un discurso entreverado de citas literarias á lo *Escapeare*, tendrás que darle las gracias « por haberte distraído » (*dice él*).

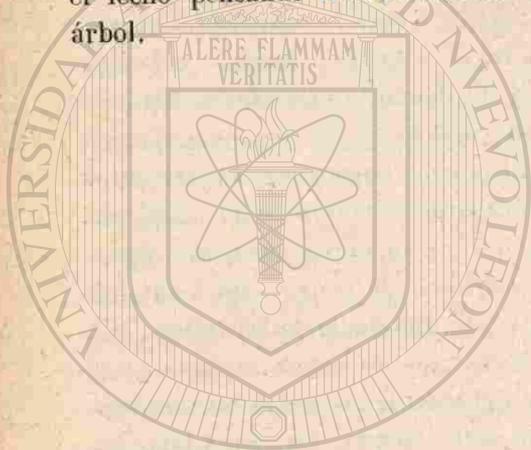
» Pues si no va don Ciriaco el orador, irán los señores de García Gómez y Gómez á distraerte, por lo que intentarán comer y beber lo que les pagues; y cuando no los de García Gómez y Gómez, aparecerán las señoritas de Jiménez y

Gómez también, las cuales señoritas no irán á nada; quiero decir, no comerán y beberán contigo y á costa tuya, ni se dignarán siquiera saludarte, pero entrarán y saldrán y olerán tu casa, « á ver » si es cierto que estás *metido* con la hija del Nuncio. Nada; todo el mundo empeñado en que te distraigas y no te « metas á fraile »; y te tendrán lástima, y te llamarán ermitaño y loco.

» Solo, en este monte, en este escondrijo, como alimaña acosada por los buenos vecinos del mundo, tengo, sin embargo, que esperar la noche para levantar los ojos sin miedo de ver á un importuno y para pasearlos á gusto por esas montañas *de nieve siempre canas*. Del fondo de los valles y ríos se levanta entonces una atmósfera mimosa y saturada del olor del tomillo, y, sobre las cumbres de ese pico que estás viendo, las encendidas árgomas diríase que bordan de fuego el horizonte azul. Suena á ratos lentamente la campana de la vecina aldea, y á ratos también repercute en el bosque el aullido del mastín que ladra á la luna, porque ésta se asomó furtivamente por encima del monte, é iluminó de imprevisto la casa solariega. Después, silencio, mucho silencio, como si las personas y los animales y los árboles y las plantas estuviesen en misa y en el acto de alzar ante la naturaleza la hostia, de color amarillo,

que es la luna. ¡Todo es paz, soledad, olvido!...

Pero acordándose de los Gómez y Garcías y Ciriacos, que volverán quizá mañana á dispensarle la merced de *distraerlo*... Wilson se refugia en el lecho pensando tristemente en el hueco del árbol.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS DIPUTADOS

Por fin... ha fallecido el periodo electoral. Los diputados han surgido en plena fiesta de la Candelaria, al iniciarse la primavera, casi casi al despuntar en el Retiro y en el campo del Moro las setas y las lilas.

Son muchos los que pueden jaclarse de ser independientes (de la opinión pública); son muchos también, en « ambos hemisferios », los señoritos que se han quedado compuestos y sin distritos.

Recuerdo haber leído este diálogo :

- ¿Y el chiquitín?
 - Tan mono.
 - ¿En qué se ocupa?
 - En nada... Esperamos que sea mayorcito para hacerle diputado.
- Aparte de alguno (*rara avis*) que quiere ser

diputado por patriotismo, y de otros (los más) que lo desean para recabar *per se* (léase para ellos) ó *per accidens* (léase para sus amigos y paniaguados) destinos gordos, todos anhelan la investidura de padres de la patria para que lo cuente *La Correspondencia* y puedan ellos repetirlo en papel del Congreso: — sin que falte, por supuesto, quien haga acopio de caramelos para la familia, ni quien los revenda á la misma confitería que los vendió.

Para el hombre que no es orador ni escritor, que no tiene instrucción ni talento, y que, á pesar de tamañas deficiencias, se ve compelido á dejar que le pongan la investidura — que es como si le pusieran un arnés y lo engancharan al carro del Parlamento, — para ese hombre, si tiene decoro, la diputación es el mayor de los suplicios.

No... yo no olvidaré nunca las fatigas que pasó don José Gómez, que era buen ciudadano, buen padre de familia y buen amigo; pero que era al propio tiempo un caso de caquexia intelectual y un ignorante de condición. Su cabeza no sonaba tanto á hueco allá en el distrito; y aunque parezca mentira, á don José se le había oído con deleite en el mostrador de su casa y alguna que otra vez en el Casino.

¡Pero en Madrid!... En Madrid se hila más delgado, y allí no *resultaba* don José Gómez; allí, en aquel medio ambiente que no era el suyo y para el cual no había nacido, se caía á pedazos de puro aburrido. El *bulle-bulle* del salón de conferencias le ponía *bomba* la calabaza que le servía de cabeza.

Los diputados charlaban por los codos... que Sagasta dijo que el gobierno estaba moralmente muerto y que en caso de crisis sería llamado al poder el partido constitucional; que Sagasta salió en seguida á enterar á Martínez Campos, el cual estaba almorzando en Lhardy, y terminó la narración con un gesto de inteligencia que fué muy comentado; que Romero Robledo se propone arrojar del templo á los mercaderes de la política; que á Carvajal le parece bien el manifiesto de Ruiz Zorilla; que á Salmerón no le parece lo mismo y quiere modificarlo; que Pi y Margall está con el espíritu, pero no con la letra del documento, y que Castelar no está con la letra ni con el Espíritu Santo; que todos los demócratas están conformes con el manifiesto, pero que no puede haber fusión entre dichos elementos, y si puede haber ineligencia, ó al revés; que habrá crisis si sale Silvela, pero que si no sale del gobierno, puede que tampoco haya crisis; que...

Don José Gómez se volvía loco. Haciendo un esfuerzo se acercaba á otro corro.

— Á propósito, don José, le dice un diputado, Estamos hablando de la autonomía, ¡y como usted viene de *allá!*... Diga usted, don José: ¿ha leído usted el *Catecismo político* de Montigny?

(¡Qué crueldad! ¡Preguntar eso á don José, que conoce á medias el catecismo del Padre Ripalda!)

— Oiga usted, señor de Gómez, dice otro diputado zumbón. Cuéntenos algo de esa obra de Hernán Merival, titulada *Lectures on Colonization and Colonies*...

— Instrúyanos usted, don José.

— ¡Alterne usted con nosotros, señor de Gómez!

Y don José, abrumado, corrido, se dirige á la puerta; pero tropieza con un compañero suyo, otro Gómez, y le pregunta como preguntaban los progresistas cuando hablaba Salmerón:

— ¿Qué dicen esas gentes? ¿De qué hablan en ese grupo? Leroy-Beaulieu, John Russell, ¿les has oído tú mentar alguna vez?

En su precipitación, olvida al salir que le han recomendado que se tape la boca. Bien es verdad que no hubiera podido tapársela, porque sale con tres palmos de narices. El salón de conferencias es un horno, y la temperatura es glacial en la calle. Don José Gómez toma una bronquitis

horrorosa que le pone « á las puertas del sepulcro ».

Restablecido de la dolencia, vive amargado por su insignificancia personal en Madrid. ¡Qué injusticia! Madrid no sabe quién es don José, el acaudalado dueño de la mejor fábrica de pan de Mallorca, ni sabe tampoco los millones que guarda en su tahona, y sobre los cuales, y consiguiendo votos á cambio de panecillos, alzó el pavés de su diputación bufa. ¡El señor de Gómez está consternado! Pero... ¿por qué, se pregunta él mismo, me habré salido del tiesto, ó sea de la panadería?... Y entonces, aproyechando la agria levadura de la vanidad ultrajada, malos amigos suyos, que le deben el pan de diez años, le instan á *echar* un discurso *sobre* la cuestión harrinera.

— No tenga usted miedo, don José. La *cosa* es no *cortarse*. Usted domina el asunto.

Él también lo creía. Pero la tribuna del Congreso es harina de otro costal. Madrid ignoraba las proezas, dignas de todo encomio, de aquel *nabab* que fabricaba panecillos. Madrid se fijaba en la cara de libreta que tenía el buen diputado, y en su formidable leontina, perteneciente á la clase de las que han sido chacoteadas por Pereda y Palacio Valdés, y en las obleas de sebo que

llevaba en las sienes, porque don José era jaquecoso.

Resuelto á todo, puesto que ya estaba en el burro, muy metido en sí, don José se metió también en harina, esto es, en discurso, y Madrid, desde la tribuna pública, se reía de él con toda la boca.

— ¿Tengo yo monos en la cara? preguntaba á los amigos que había colocado detrás de él para que le apuntaran mientras enjaretaba el discurso.

Don José echaba chispas. Se ahogaba. El vaso de agua con azucarillos no lograba refrescarle. ¡Oh! ¡si él tuviera á mano una *ginebrita* ó un néctar soda!... Sudando la gota gorda, herido por aquella risa acerada, que era un silbo del Guadarrama, y meliéndose en las sobaqueras los dedos pulgares, hizo un esfuerzo sobrehumano para recordar el párrafo más saliente de un discurso suyo, que fué muy aplaudido en el casino de su pueblo; y, puesto ya á recordar, recordó todo el párrafo, y lo soltó todo... entre risas inacabables, porque Madrid continuaba riéndose de él, ¡de don José Gómez!... Y es que don José le resultaba divertido á Madrid, que es un pueblo de buen humor.

Una voz gritó desde la tribuna de periodistas :

— ¡Valiente costal!

Otra voz dijo :

— Eso no es hablar; eso es ladrar y silbar un discurso.

Y de repente, estallando como una tromba marina, cien voces exclamaron :

— ¡Que lo lleven á la cuadra!

— ¡Que lo lleven al Retiro y lo metan en la jaula de los monos que se han muerto!...

Yo que había ido á aplaudir á don José — porque hay que hacer de todo en esta vida ingrata — lloraba de pena.

Y aquella misma noche, ¡oh fatalismos de la suerte! murió don José Gómez de un cólico oratorio...

IMPRESIONES DEL BOULEVARD

El público, colocado entre la *Porte-Maillot* y la *Cascade*, presenciaba alegremente el desfile de veinte mil carruajes floridos. Era incalculable el número de princesas y duquesas extranjeras y del país, confundidas con las Marión Delorme, Martas, Marias, Irenes... en lo que se llama gráficamente «ensalada parisiense». Las alegres muchachas llevaban también su «óbolo», más ó menos pulcro, á la caja de las *Víctimas del deber*, en provecho de la cual se celebra anualmente la fiesta de las flores.

Flores que venían de la *Cascade*, de la *Porte-Maillot*, de la *Porte-Dauphine*, de todas partes, haciendo del paseo de las Acacias una enorme guirnalda iluminada brillantemente por un hermoso sol de estío, y allá, sobre un banco de los Campos Elíseos, cayéndose á pedazos, de pobre y can-

sada, con el desgredado cabello pegado á las sienes por el sudor del rostro, una florista, desairada tal vez por fea en la gran almoneda de flores á diez francos la caja, daba las primeras cabezadas del sueño, teniendo á sus pies, mal calzados y sucios, una cesta de fragantes rosas que no habían sido tocadas...

*
* *

Sentado en un rincón del *Grand Café*, entre la *rue Scribe* y el *boulevard des Capucines*, yo recordaba, á las nueve de la noche, el gran festín á que se había entregado, una hora antes, la Mesalina moderna. Aun se alcanzaba á ver, por entre las ramas de los árboles que ocultan á manera de hiedra el frontispicio de los *Bouillons parisiens*, el ir y venir incesante de blancos delantales de camareras cargadas como bestias con desperdicios de opíparas cenas. Á lo largo del boulevard, en todos los hoteles y restaurants, así como en las últimas tabernas, el mismo banquete en honor del *Grand Prix*, y corriendo por todas las calles, salida de sótanos y portales, la misma bocanada de aire impregnado de fuertes olores á comida caliente...

Sentí un malestar grande, como si yo también ejerciera de boa. Figuréme que me había cre-

cido un poco la barriga y que yo era uno de los muchos panzudos de la villa. Salí en busca de aire que no oliera á salsas de pomada; atravesé la plaza de la Concordia; llegué al puente sobre el Sena... La tumba de Napoleón se destacaba, como un girón de oro, en la negrura del espacio, y no sé por qué me pareció que la enorme roncada, con su larga aguja, era un gigantesco casco de acerada punta, como casco de hulano, que se desprendía lentamente del cielo para tapar á la oveja parisiense... Un vozarrón me gritó al oído: *Attention!*... y pasó rozándome un enorme carro de comidas.

Buena cosa es el progreso; pero no puedo remediarlo: esa locomotora que recibe vitores de la prensa porque fué de Jaffa á Jerusalén y atruena y apisona recónditos parajes, como el Gólgota, cuya silenciosa tristeza no se había enturbiado á través de tantos siglos... esa locomotora victoriosa me da á mí mucha pena. Porque ya no le queda nada á la poesía: ¡ni el huerto de los Olivos!...

Y si el progreso material no respeta la tierra santa, el progreso intelectual no respeta la tierra de los sepulcros. Al pie de la sepultura de una niña, gritó ayer un racionalista que, con otros muchos, enterraba á la muerta:

— ¡Viva la revolución social!

— ¡Viva Dios! respondió un sacerdote que llegaba al mismo tiempo acompañando el entierro de otra niña.

Hubo gritos, silbidos, protestas, gran escándalo entre los grupos de ambos partidos.

Las niñas muertas no podían, afortunadamente, enterarse de la gresca religiosa. Vestidas de blanco, pálidas, con los ojos bajos — como si las avergonzara el espectáculo de la lucha — esperaban en el fondo de la zanja las paletadas de cal. Debajo de una misma tierra, casi juntas, á pesar de la oposición de los hombres, nutrirán á un tiempo y con igual ternura el tallo de la azucena, que brotará por abril, como símbolo de paz, al amoroso traqueteo de la primavera.

*
*
*

— ... ¡Qué quiere usted! me dijo la buena señora Weber; cada cual ve á su modo las cosas, porque no sólo se ve con los ojos del cuerpo. Hay quien se fija preferentemente en la sombra que vaga en un cuadro lleno de luz, y hay también quien ve sólo el rayo de luz que aparece á intervalos en un horizonte negro... ¡Vaya usted á saber! Misterios de óptica... Yo soy costurera, trabajo todo el día y buena parte de la noche,

tengo por toda diversión la vista de los escaparates, guardo al igual de la hormiga, y paso el verano recordando las heladas de enero, y el invierno pensando en los calores de agosto... Sin embargo, yo era feliz, porque las tristezas y penurias de la vida las veía por los ojos de mi María, que son claros y alegres, y aunque no tiene aún tres años, me llenaba el alma como si fuera una persona mayor. Sí, yo era feliz, muy feliz, créalo usted, señor.

Y, dicho esto, se echó á llorar francamente, como si estuviera sola en el rincón de su boardilla.

— Pero ¿cómo pudo consumarse semejante infamia?

— Yo misma no lo sé. Ya usted ve que la calle de Chartres, donde vivo con mi hijita, es estrecha. Es también un horno en este tiempo. No por mí, que estoy hecha á sufrir, sino por el pobre angelito, nos sentábamos todas las tardes en un banco del boulevard de la Chapelle, cerca de casa. Yo repasaba la ropa, mientras María, respirando á sus anchas, se entretenía en hacer montoncitos de arena, único juguete de las niñas pobres. Llegó ayer ese hombre, se sentó en un banco al lado del que yo ocupaba, llamó á María, le hizo caricias... Señor, ¡yo le miré con ojos de ma-

dre agradecida y orgullosa!... Seguí repasando mi ropa, con la vista fija en la labor, y de repente me dió un vuelco el corazón. María no estaba allí, el hombre tampoco. Corro, pregunto, lloro... ¿usted sabe que las lágrimas de una madre ablandan las piedras!... Unos transeúntes me dicen: «Por aquí pasó, en brazos de un hombre. Iba gritando: ¡Mamá!... ¡Mamá! — Y el hombre ¿qué dijo? — Que era el padre de la niña y la llevaba á casa de la madre.» ¡Dios mío, qué pena! Sigo recorriendo de arriba abajo todo el barrio; ni una señal, ni un dato. Á las siete, rendida de andar y muerta de miedo, entro en mi cuarto; y allí, en el último rincón, pegada á la pared, entontecida, temblorosa como hoja en el árbol, se me aparece la pequeña María. Nada me dice; no puede articular palabra: está inmóvil, rígida. El médico me lo dice todo.

Y madama Weber cae sollozando sobre la labor en el banco del trabajo.

*
* *

Se llamaba ó le llamaban Dubois. No sé si de nacimiento, ó porque le hubieran encorvado los años, era muy pequeño de estatura; la barba

blanca, el andar atáxico; en la mano izquierda una muleta, y en la derecha un garfio.

Todavía se mantiene caliente y de pie en mi retina. Todavía veo sus zapatillas de orillo, su pantalón borroso, su gabán raído, pero limpio; luego una chistera pequeña, como de amazona; entre la cinta y el pelo del sombrero, una porción de plumas de variados colores, que recogía en su tardo paso de Cristo rendido por la cruz del trabajo, y sobre la espalda, como un *inri*, la espuerta de su vida, el cesto dentro del cual sacudía papeles y andrajos, que pescaba al azar con el garfio de la miseria.

¡Dubois!... Alguna vez le di diez céntimos y le envié una mirada de amigo. Parecíame, en pleno boulevard, un feto coronado irónicamente de plumas con un cuévano á cuestas.

Le miraban pocos; le sentían menos. ¿Qué importaba? Salía á las diez de la noche y cruzaba como una sombra las calles principales. En los altos espejos de los almacenes reflejábase á veces, herida por la luz eléctrica, su silueta deforme, algo de extravagante y grotesco, mientras las plumas de su chistera se extendían á lo largo de las paredes, subiendo y bajando á compás del andar del viejo, que se arrastraba penosamente. Á veces también detenía el paso y dirigía á los manjares

y bebidas de las mesas una mirada de asombro triste.

Con indiferencia inaudita, con abandono característico en todos los mendigos de raza, cruzaba anoche, cuando desfilaba en ruidoso torbellino una multitud de carruajes, brillantes. el espacio que separa la rue des Mathurins de la rue Caumartin, vértigo de ruedas, laberinto de bestias, espacio que había de ser en su largo martirio el que separa la vida de la muerte...

Le atropelló una señora que debía de tener mucha prisa, según la que llevaban sus caballos. Iría quizá al teatro; acaso á una cita amorosa... de todos modos, no era cosa de perder un instante.

Apenas lo percibió el cochero. Aquello que caía en el arroyo, entre las patas de una caballería y las ruedas de un carruaje, más parecía fardo que hombre, un paquete con plumas de gallo.

¡Pobre Dubois! Después de todo, nó iba á hacer nada malo: iba á pasar...

De regreso, pensando en aquel dolor, salta á mi vista el severo y elegante templo de la Mag-

dalena, que está de gala por ser domingo, decorado con lujo verdaderamente *mundano*, entre anchas franjas granate y verdes hojas de arbustos y plantas que amarillean á la luz del sol. Por la espaciosa escalinata, que tiene aspecto de entrada á un gran teatro, descienden un centenar de niñas que han hecho la primera comunión, vestidas primorosamente con trajes blancos, sobre cuyas espaldas brillan hermosas cabelleras, cuáles negras, cuáles otras rubias, recogidas con estudiado desgaire por imperdibles que tienen color de azabache, ó color de oro, según es el del pelo que atraviesan ligeramente. Multitud de padres y madres, muy circunspectos, forman el séquito de las bonitas muchachas. Arriba, en el frontispicio del templo, las tres palabras consabidas (*Liber-tad, Igualdad, Fraternidad*), parto lírico de imaginación calenturienta, y abajo, esperando limosna para el hambriento, turbas de pordioseros que miran con faz torva la procesión de las humanas pompas...

¡Qué hacer!... Filosofar sobre hechos irremediabiles es insigne necedad. Es mejor emprender un viaje para celebrar el domingo. Bajaré la escalinata de la plaza de la Concordia, tomaré por algunos céntimos un pasaje en alguno de los vapores que cruzan el Sena, y pasaré un par de

horas á bordo, en el río, haciéndome la ilusión de que la tierra huye...

Aunque no me gusta este río, verdoso, obscuro, sin musgos ni hierbas, cuya medrosa y callada corriente tiene, de noche, las sombrías fosfo-rencias de un alma réproba. ¡Se ha disuelto en sus ondas mucha sangre inocente y se ha sepultado en su fondo mucho infortunio inmerecido!... Me gustan los ríos claros, como el agua, y expresivos en sus murmullos al igual de chiquillos de escuela. La musa de Hugo no consiguió sanear el Sena. Trabajaron en la misma labor muchos escritores, Dumás entre otros, y muchos higienistas. Y el Sena continúa envenenado y venenoso, turbio, casi negro, arrastrando cautelosamente su panza de sapo. No, no me gusta este río. Pesadilla de París, no se le vadea ya con placer, ni se le mira con cariño. Ha renovado el suplicio de Tántalo. Su agua mata: sus orillas espantan...

nean entre gasas y perfumes, ha sido eclipsado por la noche triste de una mujer infortunada que desaparece anónimamente en un surco de Rouen.

Se llamaba Adriana Leguay. Ojazos azules; ballera negra : sombra de noche escandinava sobre azul marino de lago suizo. La naturaleza, pródiga con Adriana, le dió además tez pálida, formas insinuantes, todo un derroche de gracias y hermosuras que la hicieron merecedora del apodo *Boule-de-Suif* con que fué bautizada en la piscina de la orgía. Todavía hizo más en favor suyo : la presentó á Guy de Maupassant para que la inmortalizara en un fragmento del tomo *les Soirées de Médan*; y el gran melancólico, poco conocido hasta entonces, nació del vientre de *Boule-de-Suif*, como de la tumba de *Figaro* el lirio hermoso de la poesía de Zorrilla.

Adriana era guapa y buena. Una amiga suya, tísica pasada, le dijo al morir en el hospital : « Ahí te le dejo »... Adriana adoptó al niño huérfano, costeó su educación, « le hizo hombre ». Por entonces conservaba el azul de la pupila, la negrura del pelo, la opulencia de las carnes blancas y frescas.

Todo envejece, todo cansa. Adriana envejeció. ¡ Los ojos mortecinos, la cabellera entrecana, las

FLOR AJADA

...¿Quién lo ha dicho? ¿Quién se atrevería á decir que no tiene París temblores de madre amorosa cuando caen sobre el asfalto, arremolinadas por un aire de muerte, las pobres flores que se desprendieron fatalmente de las boardillas para correr airadas de uno á otro confin del boulevard? Todavía se recuerda á la gentil florista que dejó entre manos de descorazonado amante el fresco azahar de su cestilla, y que burlada por él con otra vendedora de flores, tuvo ánimos para entregar á su rival la última rosa, sobre la que depositara un moribundo beso de mujer suicida... — Besos y flores de olor que vaga aún y vagará siempre sobre la fría rudeza del asfalto...

II

El alegre sol de Trouville, abrillantador de lujosos atavíos de princesas y duquesas que vera-

protuberancias lasas! Á la vejez de su belleza ultrajada siguió el cansancio de su clientela de adoradores. Quiso trabajar... recordó que había sido modista... ¿cuándo?... Sus antiguos conocidos, los que la rechazaban por inservible, silbaron sus propósitos de meterse á honrada. Vino la pobreza, después la miseria, en seguida el suicidio ¡y una agonía lenta, cruel, durante tres días muy negros!... Todo acabó... Pero vaga aún y vagará siempre en una página de Maupassant, como effluvio de un alma caída inmerecidamente, el aroma de un corazón sano en un cuerpo podrido y el azul fosforescente de unos ojos que alumbraron con resignada dulzura las orgiásticas noches de la juventud de Rouen.

III

La meretriz y el escritor han muerto juntos. ¡Sólo que Maupassant, en marcha para la necrópolis, se ha detenido riendo en la estación de los locos, para ver caer á sus pies la flor ajada de *Boule-de-Suif!*...

EL ZAPATERO

El hambre y el frío, malos consejeros, pusieron palos y hoces en las manos airadas de unos campesinos de Jerez. El comer no tiene espera; el frío, junto con el hambre, produce una irritabilidad belicosa. Centenares de aldeanos, enloquecidos, entraron, como las hordas de *Germinal* en la *Voreux*, en la ciudad del buen vino, « que da fuerza al hombre y fuego á la mujer »... Luego... lo de siempre : muertos y heridos, algunos atropellos, mucho miedo, y, destacándose en el rojo horizonte, la sombra que proyecta al levantarse el tablado del patíbulo... *La Correspondencia* prepara el carro fúnebre. Ya ha dicho, agravando la situación de los amotinados, « que no es el hambre, sino las predicaciones anarquistas, lo que ha promovido tales sucesos ». ¡Tal vez hayan leído y creído aquellas pobres gentes las lucubraciones

del actual director de *La Correspondencia* en sus buenos tiempos de revolucionario!...

« Esas aventuras que de vez en cuando vienen á llenar de estupor á nuestros gobernantes, dice *El Liberal*, no son más que una de tantas manifestaciones de la gran inquietud, del inmenso malestar que siente este pueblo, desesperado del presente y del porvenir, sin amor á la vida, y que instintivamente busca en la muerte la solución definitiva de su estado angustioso. »

¿Llegará la noche triste de la invasión de los locos... por necesidad? Creo que sí. Los desheredados de todas las naciones, los representantes genuinos del eterno dolor sobre la tierra, pasearán de uno á otro confín la Europa toda, reclamando el derecho á la vida...

En lo alto de la cuesta de la Ventanilla, debajo de escueto árbol, á la intemperie, con los pies mal calzados sobre el suelo húmedo, trabaja de zapatero un viejecillo flaco y enfermo... La nieve le abofetea, el aire le abate sobre la labor, la helada y la escarcha caen como un sudario sobre sus blancos cabellos. Siempre que paso por allí, aforrado en un gabán, y paseo la vista por el páramo de la miseria que sirve de banqueta al pobre zapatero, yo que no soy aristócrata ni millonario, sino un obrero como otro cualquiera, no

puedo menos de asombrarme de que me salude pacíficamente dejando entrever una sonrisa bondadosa por entre las hebras de su recio bigote, cuajado de nieve, que le da aspecto de foca polar.

Cae la última hoja del calendario. Pasan los años... ¡pasan también, rozando aquel nido de harapos, grandes trenes de lujo, riquezas orientales, flores y gasas, risas y besos!... Pero no pasa ni pasará el eterno sufrir del pobre zapatero que raspa la encorvada suela como si fuera la caja rota de un violín deshecho, en lo alto de la cuesta, á la intemperie, sobre un tablado de muerte...



Aun tengo vivo el recuerdo de aquella escena memorable...

Cuando llegué al lado de mi inseparable amigo, mortal palidez se extendió por su semblante; tenía vidriosos los ojos, y respiraba con trabajo. Comprendí al punto que la vida huía de aquel cuerpo. Me aproximé al lecho, y lloré en silencio largo rato...

— No llores por mí, me dijo tendiéndome su abrasadora mano; soy feliz. Llego bien presto al fin de la jornada. He dejado la vida entre los tiquis miquis del camino.

»...Sólo tú has tenido el valor de venir á verme. Ten también el valor de oír el inventario de mi personalidad...

» Tengo una patria que, si se la busca en el ma-

pa, no se la encuentra, y si se habla de ella, se ríe la gente... Patria sencilla y honrada... Pero yo tenía derecho al patíbulo, porque nací en otra tierra, tierra regada con sangre de guillotinado.

» Tengo una chiquilla rubia, rubia, rubia (nada más que rubia), que me ha sufrido mucho, y me ha llorado más; tengo, por herencia, un sarpullido reumático, en el invierno, y una honradez muy tonta en todo tiempo; tengo un fiel amigo, alegre y chispeante, que vivía dentro de mí, y se llamaba Martell (de tres estrellas), único que me quedó de tantos como vivieron conmigo en el buen tiempo; tengo un impermeable, que yo mismo hice de la tela de mis acritudes, para guarecerme de las lluvias de pus en mi viaje por los ventisqueros del planeta; tengo un lecho capaz, en donde me he reído de algunas buenas mozas, y un periódico grande, en donde me he reído de algunos hombres valientes; tengo once baúles, cinco sombrereras y nueve maletas, porque sentí manía de viajar, recordando que Lamartine ha dicho que el hombre cambia de ideas cuando cambia de horizontes; — pero como no se puede cambiar de horizontes cuando no hay una peseta que cambiar, vivo ahora desterrado voluntariamente en estas afueras, desiertas y frías como las de mi alma, solo como un hongo, y más á gusto solo que mal acompañado,

viviendo entre el placer sano de recoger en mi cuerpo enfermo los rayos de un sol que no calienta, y el placer enfermizo de recoger en mi espíritu muerto las perspectivas del horizonte eterno y del cielo gris que hirieron de muerte el hígado del gran poeta...

» Tengo...

» Eso es todo, amigo mío, y ya me largo con la música á otra parte. Sigue tú errando por el desierto. Los amigos llamarán á tu puerta cuando te necesiten. Huirán de ella cuando te hiera el infortunio.

» Las mujeres arquearán sus labios, húmedos aún por el deleite, para recoger en los tuyos la sangre de tus venas y la savia de tu espíritu. Te matarás ó deshonrarás por un beso que no es tuyo ni de nadie; un beso cosmopolita...

» Todo es egoísmo acá abajo. El afecto más santo y puro en apariencia no resiste el análisis de la razón...

» Mira el cielo por esa ventana: mírale cuán bonito. Diríase que está de gala porque yo me muero...

» Tengo debilidad por este cuarto. Parece hecho expresamente para mí, y quisiera llevármelo al orto mundo. ¡Dios sabe la habitación que me darán allá arriba!...

» En este barrio apartado y solitario, jamás he oído el rumor de los necios que se divierten porque salen de sus casas con intención de divertirse.

» Vivir en barrio retirado de Madrid y en casa solitaria; oír el chirrido del viento en las noches de invierno, el roce de la nieve que extiende el sudario de sus copos sobre el tejado de la casa y forjarme la ilusión de que el barrio, el aire y la nieve son míos, exclusivamente míos; que estoy separado de todos, malquisto del mundo y del mundo olvidado... no he pretendido más.

» Es tan deleitosa la soledad de este sitio, que pienso si sería sacrilegio turbarla con otro ruido que el del aire que esparce el aroma del bosque, ó el del arroyo que borda las orillas de la escarpada senda.

» Mira por esa ventana (*y se incorporó en el lecho*): allá, á lo lejos, los blancos picachos de El Escorial; más cerca los bosques de El Pardo. El Manzanares semeja una culebrilla de plata... salta de trecho en trecho, y huye siempre, como la esperanza de mi corazón...

» Las lavanderas, castigadas por el sol, se asfian bruñendo ropas interiores. Si hablasen esas camisas, ¡qué cosas no dirían!...

» Dirige la vista á la plazoleta y á la calle:

todo está solo. Es muy hermoso no ver á nadie...

» Una tarde estuvo aquí, en esta misma ventana... ya sabes quién. Mirábamos al cielo, que estaba muy pálido, no tanto como su rostro... Al inclinar su cabeza para darme un beso, rodó por mis mejillas una lágrima suya, una perla que tengo engarzada en el alma; y, sin embargo, es una perla falsa... de los diamantes americanos... No vale dos pesetas.

» De esos amores, tú hubieras hecho un poema...

Silencio prolongado. Lanzó después una maldición enérgica, y murió como había vivido : maldiciendo.

Ser incomprendible y *único* en su especie, no podía vivir á gusto en este planeta, donde todos parecen cortados por un mismo patrón.

Amortajé con un hule el cuerpo de mi compañero. Lo metí en un simón, y lo deposité luego en un cementerio. La tierra, surcada para recibirlo, cerró sobre él su ancho y ceniciento broche.

Cayó la tarde; aristas rotas de una escarcha de otoño extendíanse como blanco sudario sobre la removida tierra; el aire del Guadarrama imprimía helados besos en las luces opacas que mal alumbraban la aldea de los difuntos; partióse el sepul-

turero con el azadón al hombro, y recordé las palabras del poeta :

¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!

Ninguna ceremonia religiosa acompañó al entierro; ningún otro amigo llevó á la tumba al que lo fué de todos... Los gastos del funeral ascendieron á la suma de una peseta.

No hubo lágrimas, ni responsos, ni lamentaciones fingidas...

Ningún recuerdo queda de mi compañero. En el sitio donde está enterrado, sobre la movediza arena, escribí su maldecido nombre. El aire habrá borrado ya la inscripción...

FACETAS DE LA VIDA



Una epopeya tremenda... Las tropelías de aquel carnicero ilustre que dejó pequeñitos á César y Alejandro habían irritado al heroico pueblo español, que es una especialidad en epopeyas; y el pueblo se echaba á la calle á defender lo que estaba indefenso en manos de un rey imbécil, dirigido por un favorito ó consejero que se alzó príncipe sobre el pavés de la infamia.

Una epopeya tremenda... Somos valientes y altivos. Sufrimos con resignación católica, apostólica, romana, el yugo de nuestros reyes; pero nos rebelamos contra los reyes extranjeros. *Pepe Botella* era francés... Fernando VII era un zángano, pero un zángano español. Rechazamos al francés, y sufrimos al zángano.

Una epopeya tremenda... Dos oficiales del ejér-

cito van derechos al motín, al cráter de la hornalla gritando: ¡*Viva la independencia!* salvan á la patria y á la libertad, y exánimes y ensangrentados aparecen luego en una capilla ardiente...

¿Y después?

La patria, reconocida, indaga sus nombres, y para darles la inmortalidad, les dedica un obelisco en forma de pilón de azúcar blanco de la Habana.

¿Y después?

Entre ruido de artillería, bajo arcos de triunfo, casi bajo palio, al son de músicas y clarines, con mucho oropel y toque de amarillo y rojo, frente á frente del obelisco y hollando acaso el polvo de los héroes, pasa *vivo* un general que acaba de hacer traición á la patria y á la libertad.

*
*
*

Una tragedia en un sitio lúgubre que se llama Wisembourg.

— ¡Paso á esos valientes! exclama un príncipe del ejército enemigo.

Van los prisioneros sudorosos y polvorientos, ennegrecidos por la pólvora, abofeteados por la derrota, humillados por vivir después del vencimiento... Son pocos, apenas llegan á trescientos. ¿Qué

se hicieron tanto miles? *Descansan en paz* sobre la artillería enemiga. Fué una arremetida terrible... Indefensos y sorprendidos á causa de la incuria de sus jefes, se lanzaron al combate, en un arranque de valor heroico, para clavar sus garras en el corazón de los prusianos. ¡Qué risa! Ahora parecen ranas espachurradas sobre las cuñas de los cañones. ¡Todavía va rodando cuesta abajo una cabeza de zuayo separada del cuerpo por un golpe de metralla! ¡Todavía corren por la pendiente hilillos de sangre francesa!

¡Oh! ¡no haya miedo!... La patria, reconocida, concede á esos muertos una ancha fosa. Pero ni un epitafio sobre el montón.

— ¿Cómo se llamaban esos valientes? pregunta un peregrino.

— Pues eso, ¡el montón!

— ¿Y qué nombre tenía el héroe, muerto sin duda en el campo de batalla y guardado en este suntuoso mausoleo? pregunta un alemán.

— Napoleón III. Murió en su cama, de tanto cálculo (en la vejiga).

Otra tragedia, no importa el sitio.

¿Adónde va aquel jefe que entregó con alevo-

sía el mejor baluarte y un número brutal de soldados, brutal por lo inmenso? ¿Va camino del patíbulo? No, que va á vivir holgadamente sobre los recuerdos de su traición.

*
*
*

Dulce y hermoso es morir por la patria... ¡cuánto más dulce y hermoso morir como un cualquiera, de viejo y metido entre sábanas calientes!

II

DOS TEMPESTADES

Quando se advierte en la naturaleza ese fruncimiento de cejas de que habla el poeta, y se la ve reñir y pegarse sola, no de otra suerte que riñe y se pega á sí mismo un niño enojado, hay que prosternarse, rendido de admiración ante la armonía y la seriedad de la obra del genialísimo arquitecto á quien llamamos Dios.

Una tempestad en el mar. Sí que es cosa poética y bonita. Ni un pedacito de tierra en la lejanía, ni una esperanza en el horizonte. Arriba, amenazando caerse á montones, van presurosas nubes negras, y abajo se agita el mar, retorcién-

dose como un colérico entre vómitos de verdosa espuma. ¡Ay del pobre náufrago! Si mira hacia abajo buscando de qué asirse, ve algas endebles y dispersas por el torbellino sobre la superficie de las rabiosas aguas; si mira á lo alto pidiendo amparo en aquel trance, ve... lo que verá el expatriado del reino de la ventura cuando en tempestuosa noche, de truenos en el cerebro y de lluvias en el corazón, alee la vista al cielo de la esperanza buscando en vano una estrella que le guíe en el camino del infortunio.

¡De qué buena gana asistiría el público á la representación de esas tragedias de mar adentro si pudiera presenciarlas tranquilamente sobre la segura orilla de la playa, y qué hermosa y divertida le parecería entonces una tempestad en medio del Océano! Pero no tan hermosa como la tempestad que produce el fuego del hogar si se recuerda, al amor de la lumbre y con buen calor en los huesos, que en medio del arroyo se hielan los gorriones y los pobres... ni tan divertida como la tempestad orgiástica del espíritu que chisporretea de alegría, como la lumbre del hogar, cuando tiembla en unas pestañas largas y rizosas el húmedo rocío cuajado por el amor y el vino y se recogen las gotas en un beso muy caliente, mientras al través de los llorosos cristales del bal-

cón se alcanza á ver, mojada y medrosa, la silueta del buen marido que cruza la fangosa calle en demanda del trabajo honrado.

III

ANTE LA LEY

El taller y la fragua funcionan vertiginosamente. Un hombre, calenturiento por la ambición, trabaja sin descanso. Ya amontona barras de oro; ya es millonario; ya edifica un palacio allá en lo más céntrico de la ciudad de los condes; ya se hace grande de España de primera clase; ¡ya se cubre delante del rey! ¡ya se encaja el sombrero hasta el cogote en presencia de la nación, estupefacta!

Pero la policía sigue la pista al monedero falso. Es preciso que alguien vaya á presidio para dejar satisfecha la vindicta pública... Entonces recuerda el millonario que en una barriada de la ciudad existe un buen hombre con mujer y ocho hijos que, como náufragos hambrientos y sin esperanzas de comer, están á punto de ser sorteados para que muera uno y se lo coman los demás.

— ¡Ellos vivirán! piensa el grande en su palacio.

Y en la barriada, el buen hombre no vacila.. Va á ser condenado á cadena; va á infamar su nombre y el de sus hijos. ¡No importa! Se vende. La familia come y calla...

Alguna vez el pobre *reco*, trabajando en la cantera, suele ver á lo lejos al gran señor en lujosa carretela, con su duquesa y sus hijos, y una lágrima amarga y silenciosa va á esconderse temblando de miedo en una grieta de la picada piedra... Alguna vez también, arrastrando penosamente por la carretera el grillete del presidiario, oye una interjección lacayuna y brutal que le manda dejar franco el paso por la vía, y roza su cara el látigo del auriga del duque, que, embutido en pieles, regresa del paseo.

— Después de todo, piensa el gran señor, sin mí, ¿qué sería de la familia de ese pobre diablo?

La mujer, no pudiendo aguantar más el divorcio, se hace querida de un cualquiera (amigo que fué del presidiario), que le ayuda á comerse los cuartos. Los hijos, crecidos ya, besan con amoroso respeto la mano del protector y huyen indignados del padre, que se pudre en la cárcel para que coman ellos sin ser sorteados. La familia toda, llena de vergüenza, resuelve dar por muerto

al pobre hombre; manda al cura que diga una misa por el descanso del alma del *difunto*; paga la misa el chulo con dinero del protector, y más alegres que unas pascuas se van todos á la Rambla para ver las iluminaciones que ha puesto el duque por ser los días de Su Majestad.

IV

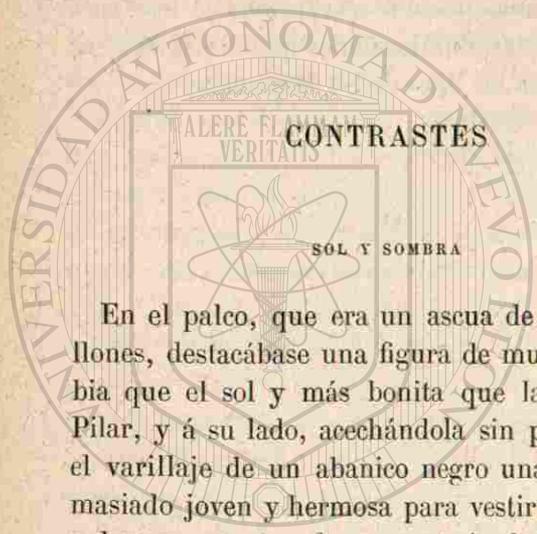
ANTE EL REY

U
A
N
L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



ALDE BIBLIOTECAS



CONTRASTES

En el palco, que era un ascua de colores chillones, destacábase una figura de mujer, más rubia que el sol y más bonita que la Virgen del Pilar, y á su lado, acechándola sin piedad, abría el varillaje de un abanico negro una señora demasiado joven y hermosa para vestir su juventud y hermosura con el rugoso traje de suegra...

En la arena, húmeda y removida, iba dejando coágulos de sangre un caballo, herido traidoramente en el pecho. (*Palmas y olés.*) De lo alto caían mazos de puros, sombreros de ala ancha, blasfemias irritantes y juramentos que chorreaban odio...

Cuando ella se miraba con timidez en unos ojos que no la perdían de vista, abríase el varillaje del negro abanico, y aleteando pausada-

mente, ocultaba la cara de aquella rubia, cara de cielo sin nubes ni manchas. Era el mariposear de la sombra sobre la luz... el aleteo de un murciélago sobre una florecilla azul...

El caballo, herido en el pecho, sacudía cómicamente la cabeza sobre un charco de sangre. De arriba rodaban tempestades de entusiasmo, y el público pedía con voces de muerte : ¡caballos!... ¡caballos!...

¡Cuán bonita estaba! ¡Con cuánta dulzura mirábase en los ojos que no la perdían de vista!... El varillaje del abanico extendíase como una mancha negra sobre una hoja de magnolia, y por un espejismo de la distancia, semejaba un crespón de luto velando unos ojos que se miran todavía y seguirán mirándose á través de las sombras del tiempo...

LA PÓLKA

Cuando ella arrancaba al piano los sonidos melancólicos de una polka sin nombre, él no se fijaba en la música, faltándole tiempo para fijarse en la cara de su niña.

Una mañana se dirigieron ambos por distintos caminos igualmente orillados de recuerdos... Él

le había escrito: « Y si no pudiera ser, yo recordaré siempre como los más felices de mi vida los días que pasé contigo, nuestras promesas de amor, nuestra jurada fe, tu palabra, que escrita está, de ser mía hasta la muerte; ¿te acuerdas?... Olvídame... pero no me pidas nunca que te olvide yo. He amado de verdad una vez sola, te he amado á ti, y contra el destino te amo y te amaré. »

Cuando la polvareda del camino los separó por mucho tiempo, él, recordando la polka, hubiera querido tener muy cerca del corazón un organillo que se la repitiera sin cesar.

Combatido por odios y pasiones, sin creencias ni halagos del mundo, siempre sacaba á salvo del naufragio de sus esperanzas aquella polka sin nombre, y merced á su recuerdo, guiaba con valor á la tierra de promisión la averiada barca de su vida que hacía ya bastante agua... Frecuentaba los teatros, conciertos, cafés y almacenes de música, esperanzado siempre con oír de nuevo aquellos sonidos melancólicos que no se habían apagado en el fondo de su alma. Á algunos horrores inspiraba lástima; otros se reían de él con la risa del industrial.

Una tarde disponíase febrilmente á regresar de la tierra prometida, mientras se hacía á sí mis-

mo estas observaciones, nacidas al calor de la incertidumbre y avivadas por el helado soplo del desaliento, que abrasa como ráfaga de fuego: « ¡Oh! Será feliz, mucho más que yo... La luz de nuestro soñado altar brotaba del corazón y era muy débil para iluminar la página de un contrato... ¡Qué bien se leerá, iluminada por algún lampistero, ó fabricante de cerillas con mucho nombre en las cajas, al cual por dos cuartos se meta diariamente en el bolsillo el vecindario del pueblo! ¡Oh! Ella tendrá por lo menos alumbrado gratis, mientras yo... ¡quién me dice á mí que al andar del tiempo no subiré á oscuras las escaleras de mi casa!... »

De sus labios, contraídos por un movimiento nervioso, caían lentamente ironías y sarcasmos cubiertos con buenas palabras. De pronto se detuvo... Debajo del balcón de su casa un organillo acababa de tocar el primer compás de aquella polka sin nombre que tan inútilmente buscara. Abrió las maderas y lanzó á la calle una moneda de plata á tiempo que dijo, dirigiéndose al hombre que tocaba el organillo:

— ¡Toma y calla, miserable!

contestaba con mucho garbo : « ¡Ya lo credo! » *Credo*, ésa era la palabra.

Á oír requiebros mientras vendía buñuelos, reducíanse los placeres de Blasa. No iba á paseo, ni al teatro, ni tampoco á misa; no tenía vicios, ¡ni siquiera fumaba!

Y así pasó un año y otro y cumplió los diez y ocho, con la frescura caliente de una mañana de mayo. Blasa era inexpugnable... lo decían todos sus parroquianos. Cuando la asediaban mucho, formaba una barricada con sus buñuelos y se encastillaba en su hornillo.

Pero... ¡la primavera sobre todo! Y fué aquella la más escandalosa y canallesca que vieron los nacidos. El Retiro y el Campo del Moro estaban perdidos de tanto verde; brotaban amapolas y lilas (lilas sobre todo), sonetos y revistas á la primavera, que era primor y bendición del cielo, y, de tanta agua como bebiera, el Manzanares habíase salido de las casillas de las lavanderas. Todo en la naturaleza estaba fresco, húmedo hinchado, en retoño... los charcos de las plazuelas tenían pretensiones de arroyos; los ramajes de los árboles de la calle de Alcalá se subían á las barbas de los caballeros que se asomaban á los balcones de los pisos principales; á los calvos les salía el pelo sin saber por qué,

POR MOR DE LA PRIMAVERA

No sé si recuerdan ustedes á Blasa, la buñolera de la calle de Atocha, una mujer que parecía haber nacido exclusivamente para vender buñuelos. Eso era su vocación, el buñuelo; y así como así, vale más venderlos que hacerlos.

Hermosísima, como gallega al fin, y fresca como mañana de primavera — más claro, fresca en caliente, — muy fina de color y muy pequeña de pies, hubiérase podido decir de ella que le había nacido la cabeza en Galicia y los pies en la Habana...

¡Pobre Blasa! Ella misma no sabía de su mucho mérito, y si algún aficionado al buñuelo la requebraba diciéndole : « ¡Es usted más guapa que Dios! » ella, que se había hecho muy chula, en fuerza de vivir en la calle de la Comadre, le

y á la moda parisiense le dió gana de desparramar por los mundos unas almohadillas, en forma de polisiones, que esponjaban los trajes de las mujeres. En fin... aquello era un escándalo, una primavera terrible, que echando chispas y dejando en pos regueros de lumbre, se le venía encima á la pobre Blasa, que, en las agonías de su virtud, quiso formar la última barricada con los buñuelos; pero se le cayeron al suelo, y al bajarse para recogerlos, se le abrasaron las manos, dejándola indefensa...

¿Cómo fué aquella debilidad? ¡Psht! como las debilidades todas en esta terrible lucha del espíritu con la materia. No, no se sabe cómo fué el faltarle fuerzas á la buñolera. Lo que se sabe, porque lo cuentan las vecinas suyas á quien quiere oírlo, es que á principios de invierno, cuando la naturaleza estaba muerta y los buñuelos daban frío, Blasa escribió á su olvidadizo amante la siguiente carta, que partía los corazones del barrio :

« Muy señor mío después de saludarlo Encompañi de sufamilia estos dos renglones son para decirle auste en el Estado en que mencuento siéndome tan triste por mi des gracia que bastante measis s te quisiera pedirle Enfavor tenga

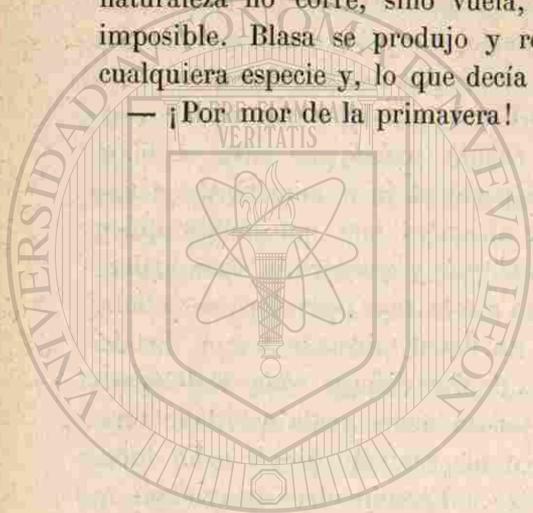
compasion de mi sencillez que bastante asido tenga huste la fineca de depersona decente porque lonexito, porque Estoienbaracada de tres meses Reconocida por tres médicos, por lo tanto teng dispuesto biaje porque huste me yzo mucho perjuicio, de modo hun ijo noseeria con dos cuartos porque los tiempos están malos de modo que yo Noquie Estar tirada por madrid y auste le sale mejor cuenta mandarme para el biaje que no quede parte al juez monecipal; tengo averiguado por abogados mas que no soy quien para hacerle molestar y prefiero ir auna galera que huste salga con la suya porque yome callaba pensando que no Resul tabanada y que Estaba enprimer grado de tises dispoga como le delagana yo yaestoi dispuesta nome gusta acerdaño anadie yo con poco me contento diez y ocho duros para marcharme luEgomimadre meayudara á criarlo que sea y si hoste lo quiere criar por sucuenta tambien selo cedo mejor podra uste miermana espera contestacion sino quie que andemos Enmobimiento Conserbesebueno.

« BLASA GARCÍA. »

¡Pobre Blasa! Después de todo... sucumbió como se sucumbe siempre en el combate diario

de lo espiritual con lo material. Porque tener levantado el espíritu y levantado el seno; muy esponjada la virtud y muy esponjado el polisón y estarse helada, y como si tal cosa, cuando la naturaleza no corre, sino vuela, eso... eso es imposible. Blasa se produjo y reprodujo como cualquiera especie y, lo que decía ella :

— ¡Por mor de la primavera!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ELLA

(AL ORIGINAL DEL RETRATO)

I

Cuando á solas conmigo resucito recuerdos de mi vida que han ido desapareciendo bajo el polvo de los escombros que arrojaron á montones sobre mí esos sepultureros de color lívido que entierran gratis... no lloro lástimas ni me querello del destino. Asisto á la resurrección con la misma tranquilidad que á una puesta de sol, sin que enturbien mi pecho esas miríadas de luz que brillan en la lejanía y que no podría alcanzar yo, aunque estirara mucho los brazos... Y siendo así que la vida ha de pasarse á tragos, tengo la costumbre de saborear mis recuerdos, mojándolos antes en lágrimas de manzanilla, y no pocas veces, cuando la desgracia intenta herirme á mansalva, la miro frente á frente y, caña en mano, le digo :
— ¡Brindo por usía y por la compañía !...

II

He podido vencerme tanto, que acaso lleven verdad los buenos amigos que dicen de mí: «¡No tiene corazón!...» No sé si lo tengo, y, en Dios y en mi ánima, no me importa el saberlo. Hace mucho tiempo, eso sí, que no le oigo latir por nada ni por nadie... Era de los antiguos, de oro puro, y lo habrán descompuesto las pasiones humanas... Ahora están de moda los corazones de níquel, como esos relojes que no se manchan ni se rompen aunque se les tire al medio del arroyo.

En el hueco donde había sentimientos, suele haber una mortaja formada por odios, y entonces, huyendo al frío, no se quiere abandonar ninguno de ellos... ¡no se hiele también el cristal del escaparate! Para tener abrigado el corazón, hay que amar ú odiar mucho... y en materia de odios, soy egoísta: no daría el menor de todos por la mayor ventura. Son mi mortaja: sin ellos, sentiría frío en las entrañas.

Algunas veces he salido presuroso á la calle con ánimo de buscarlo, pero no le he encontrado en parte alguna. Lo poco que había de él está en buenas manos; *ella* lo ausculta diariamente, lo trata con cariño, opera en él la transfusión de su

generosa sangre, y no me lo devuelve, temiendo tal vez que le roben lo que tiene aún, como le robaron los pedazos que le faltan...

III

Cuando me ciega el nublado de las injusticias, y algo superior á mi voluntad me arrastra á creer en el predominio del mal, si me acuerdo de *ella*, creo que todo es bien sobre la tierra. Una tarde del *mes de mayo*, miraba yo á María sobre un altar entre coronas y flores, y acordándome de *ella* sentí enojos... y ganas de ponerla en el altar de María.

Esta adoración ha formado en mí y contra mí un segundo temperamento. El recuerdo de *ella* ha atado más de una vez mis manos, dejándome indefenso en el combate. Es un recuerdo alado que viene de lejos, y, en forma de paloma mensajera de paz, se posa dulcemente sobre mí cuando quiere arrastrarme en su turbio oleaje el diluvio de las pasiones.

La languidez de la tarde me recuerda la tristeza suya; la alborada del día me pinta al vivo los colores de su hermosura y de su talento, que, con haber sido tan admirado, jamás despertó envidia, porque *ella* lo sacrificó en aras del hogar,

tal vez por enseñanzas de su madre, acaso creyendo que es una flor muy bonita y delicada para expuesta á las inclemencias de la publicidad.

Cuando hablo, me parece que me oye; si rezo, es para pedirle á Dios que me diga si volveré á verla; ¡pero ese Dios es un sordo mudo incurable!... Jamás practico el bien en nombre mío ni por mí mismo: lo practico en nombre suyo y por *ella*. Y *ella* me recompensa ó me castiga. ¡Cuántas veces me parece que se ríe dulcemente desde el fondo del retrato, ó que me mira con ojos de reconvención severa y triste!...

IV

¡Qué lejos está!... ¡Cómo muere en el azul de mis esperanzas la última estrella!... Una vez salvé el mar que nos separa, y ya llegaba á la aldea, cuando se desataron cóleras de tempestad. En el cielo no había luz; en la tierra no había justicia, y el mar que me arrojó á la ingrata patria, como á un cadáver insepulto, me recogió de nuevo para llevarme á una playa hospitalaria. ¡Oh! ¡Aquella resaca fué muy oportuna!...

¡Al diablo la patria idolatrada!...

Si allí mi pobre madre no viviera,
No suspirara por volver mi pecho.

.....

¡Al diablo la patria idolatrada!... ¡Pero no mientras viva *ella*!

Y si muero antes (¡Dios lo haga!)... recordad mi pronóstico vosotros que, sin pensar que yo después de muerto sería muy capaz de sacar las manos para pellizcaros las piernas, imagináis que bailaréis danzas y tangos sobre mi tumba; recordadlo: ¡mi madre le pondrá una buena verja que me defienda de las patas de los animales!...

Diciembre, 1883.

IDA Y VUELTA

Don Celedonio cenó muy fuerte aquella noche. Horas antes, había dejado en la calle del Baño una prenda muy querida, una reliquia, docena y media de finísimos pañuelos de Manila, con su nombre bordado en letras de colores vivos. Él lo pensó y discutió mucho, pero no había modo de salvar la reliquia. Carmen, su bella Carmen, su hija única, debía ir á la playa de San Sebastián. No era posible eludir el compromiso. Á San Sebastián habían ido las de Roque y las de Pérez, y á San Sebastián irían las de Suárez. La hija de don Celedonio no podía ser menos.

Durante seis veranos pudo salir airoso de la empresa. Pero la canícula del 82 le sorprendió en todos los horrores de la cesantía.

— ¡Ah! exclamaba él, eso no me hubiese pasado en vida de mi mujer, de mi buena Petra...

Esos pícaros de ministros quisieron más de una vez dejarme cesante; pero ella, mi Petra, que Dios tenga en su santa gloria (y señalaba el techo de la boardilla) tenía tanta influencia con mi amigo el senador, que el gobierno no se salió con la suya.

Cuando don Celedonio salió de la calle del Baño, luego de haber conseguido veinte duros, estaba muy acongojado. Recordaba á la virtuosa Petra... Para él era artículo de fe que desde allá, del cielo, del techo de la boardilla, adonde la llevarán sus muchas virtudes, la Petra le miraba con enojo y le decía á grito hendido: « ¡Celedonio, Celedonio, no empeñes esos pañuelos! » Porque él era supersticioso hasta dejarlo de sobra, y á mayor abundamiento, adoraba en su Petra. Siempre que penetraba en la abandonada alcoba nupcial, que él bautizó con el nombre de *santuario*, decía tristemente: « Aquí huele á mi Petra... » Y aquel tufillo se le subía á la nariz y le hacía bailar los ojos...

Una ración de arroz á la valenciana y una botella de Valdepeñas disiparon sus escrúpulos.

— Después de todo, pensó, las chinches no me dejan vivir... las chinches, que de fijo están subvencionadas por la sociedad protectora.

Con los veinte duros y lo que había en la casa

tenía para los gastos de verano. ¡Oh! él había echado bien sus cuentas.

	Reales.
Dos billetes de ida y vuelta en reservado de tercera clase.	280
Dos cafés á la ida en Miranda de Ebro.	6
Ídem á la vuelta en Ávila.	6
Habitación para dos personas en San Martín durante quin- ce días.	60
Manutención para id. id.	120
Caseta y bañero.	60
Un café diario y dos sillas del <i>boulevard</i>	60
Propina á los criados.	4
Extraordinarios.	8
TOTAL.	604

Al día siguiente, don Celedonio, acompañado de su hija, dejaba su barrio de Chamberí, camino de la estación. Salió á pie á las cuatro de la mañana para llegar á tiempo de tomar el tren de las siete.

Apenas llevaba á la mano algunos chismes: dos maletas, un saco de noche, una colcha, un botijo, la cesta con la merienda, un quitasol, unas zapatillas... Parecía una quincalla ambulante.

Cuando llegó á la estación, sudaba tinta y tenía grandes ampollas en las manos. Carmen, más fresca que la lechuga, cuando está fresca, volvía frecuentemente la cabeza para ver á su novio, un poeta que la llamaba *Laura* y fumaba cigarrillos en el ministerio de la gobernación.

Y aquí empezaba la excursión veraniega.

Lo primero que hacía don Celedonio al entrar en el coche era colocarse de cara al sol para dejar la sombra á su buena hija; ella era muy blanca, y los rayos del astro podían producirle pecas. Después colgaba el botijo, poníase las zapatillas y hacía el acostumbrado chiste:

— ¡Á ver si arrean á esas mulas!

Si soplabá el aire de Guadarrama, don Celedonio desdoblaba la colcha para abrigar á Carmen, mientras él, á cuerpo gentil, desafiaba los elementos. Si el tren se detenía horas en alguna estación, don Celedonio corría á la cantina y compraba una sandía, ó bien, por encargo de su hija, íbase al campo á coger tomillo y saltamontes.

Entre tanto, Carmen, la bella Carmen, miraba voluptuosamente al compañero más próximo, y se le iba un color y se le venía otro, cuál rojo, cuál pálido...

Y así recorrían el camino padre é hija, entre sudores y fríos, entre olores de sandía y olores mefíticos, hasta que el tren, rechinando como carreta desvencijada, llegaba á San Sebastián.

— ¡Oh, cómo van á rabiarse de Suárez, y las de Roque, y las de Pérez! decía la Carmen.

La vida de don Celedonio en San Sebastián no es para descrita.

Á las siete de la mañana, acudía al mercado, y á las nueve acompañaba al baño á su bella Carmen. Él mismo pedía la caseta y registrábala minuciosamente. Si uno de los compartimientos estaba ocupado, don Celedonio se cercioraba de que no había allí ningún caballero... « Estas chicas, pensaba él, están que arden con este calor... »

Mientras duraba el baño de Carmen, no le quitaba ojo de encima, y si veía que algún bañista quería enseñarle á nadar, él agitaba su pañuelo en señal de parlamento.

— Mira, Carmen, le decía en su casa, ese joven es capaz de cualquier cosa, aun estando en el agua...

Al salir ella del baño, faltábale tiempo á su papá para cubrirla con la capa de hule.

De vuelta á San Martín, se disponía á aderezar el almuerzo. ¡ Daba gusto verle friendo sardinas ! Á las dos de la tarde, su hija dormía una buena siesta, y él espantaba las moscas agitando unos zorros.

Tal era la vida de aquel hombre honrado que, habiendo nacido para creer, creía en todo, ¡ hasta en la virtud de su difunta ! Él no se bañaba, no comprendía la utilidad de los baños. Por dentro estaba como un calamar rebozado con huevo.

Cuando, magullado y sin un cuarto, entraba

en su casa de Chamberí, se afligía muchísimo. Su polvorienta habitación era por lo desordenada un *Rastro* aboardillado, y en el cuarto volaban esparcidas por el aire muchedumbres de chinches. amarillentas, secas, con cara de hambre y en actitud de *disidentes*...

Sin embargo, todo lo echaba á barato, porque la Carmen le decía :

— Pero, papá, ¡ cómo han rabiado las de Suárez, y las de Pérez, y las de Roque !

LA MONTES

Lector, ¿quiere usted dar una vuelta por Londres? ¡Buen pueblo de pesca, amigo mío!

Usted será partidario de viajar vertiginosamente, ¿es verdad? Entendido. Hará usted el viaje por el teléfono; yo soy así. Póngase usted el aparato... ¡Ajaja!... ¿Lo ve usted? Ya está usted en Londres, y, muy esbirado de frac, se dispone á comer en *Criterium* (¡qué más quisiera usted!), En una mesita próxima á la suya come también un inglés, muy joven y seductor, que se cae á pedazos de puro aburrido.

Él y usted salen juntos, y usted, sin darse cuenta de ello, le sigue los pasos, y de buenas á primeras se encuentran ustedes en Regent Street... El inglés marcha rápidamente hacia Waterloo Place... pero no tanto que le impida mirar á hurtadillas la doble hilera de rubias cabecitas

que adornan la calle. Es un mar de mujeres bonitas y frías como estatuas de Venus, mar brumoso y sombrío sobre el cual flota un bosque de paraguas de seda. Al inglés se le escapa un bostezo-beso de amor evaporado por la bruma londinense; se mete en un *cab* que no corre, sino vuela; atraviesa las umbrosas alamedas de Hyde Park, por las que vió correr á *wilis* y *gnomos* la calenturienta fantasía del poeta; dirige una mirada de profunda simpatía á la estatua de Byron, como si quisiera expresarle que está conforme con que á Childe Harold le parecieran las españolas más sabrosas que las inglesas, y, llegando á su casa entre bostezo y bostezo, se reclina en una *chaise longue* de terciopelo rojo.

Del montón de periódicos coge distraidamente uno que está, al parecer, escrito en castellano. Lord se fija luego en una crónica. Uno de nuestros primeros revisteros publica un artículo descriptivo del estreno de una pieza titulada *La Calandria* y festeja con colgaduras de pluma las gracias de la *cantaora*, á propósito de la cual dice que « tiene de azabache los ojos, de coral la boca, de rubí el color, y que son sus dientes sarta de perlas de gran tamaño ». Á lord no le importa mayor cosa esa literatura de piedras preciosas. Pero le importa muchísimo *La Calandria*.

Sí, allá, pasando las brumas del Canal, hay calandrias alegres, decidoras, bulliciosas, ebrias de amor, que tienen temperamento sensual de mulata y espíritu soñador de mora; calandrias de ojos pérfidos como la toma de Gibraltar y brillantes como luciérnagas de Cuba... ¡Oh, fantasía deleitosa!... Al otro lado del mar de cabezitas rubias y heladas, alza la imaginación del lord un chispeante tablado, en el cual ruedan botellas de manzanilla, piecitos de manola, chasquidos de guitarrista y acentos quejumbrosos de calandrias sin hiel...

El tablado es más fuerte que el inglés. Lord hace su maleta, y, viajando por el teléfono, llega á Madrid aquella misma noche. Todavía está á tiempo de asistir á la última función de Eslava. Echan *La Calandria*. ¡No faltaba más sino que se la perdiera el lord! Allí le tiene usted, allí; mírele usted, en palco proscenio, con la boca abierta y un cristal en el ojo.

¡Se la come con la vista! ¿Qué á quién? Pues á élla, á la hurí, á la mora, á la mulata, á la calandria, en fin. Arrebuja en magnífico mantón de Manila, con las manos puestas en jarras, el pecho anhelante como si le saliera el corazón por la boca, y con ésta entreabierta para dejar paso franco al cante, está la calandria, insinuante,

provocativa, insultante de hermosura, acurrucándose y estirándose con marrullerías de gata, y descubriendo á las veces una punta del pie aprisionado en primoroso zapatito...

Piensa el lord que aquel pie no es tan pequeño ni tan delicado como él imaginó; pero, en fin, él se fija poco en los detalles, y abarcando con su poderoso cristal aquel conjunto de carne flexible y vibrante, cuyas ondulaciones semejan piel de serpiente anillosa, abrazo de hembra que atrae amorosamente al macho y le rechaza luego estrujado y moribundo, lamenta que no se la pueda tomar como tomaron á Gibraltar sus compatriotas...

Al día siguiente, lord compra todas las localidades del teatro. Como buen inglés, es egoísta, y no quiere compartir con nadie el gusto de ver á la calandria.

Pero ¡oh desencanto! la calandria no sale. La calandria trabaja en una pieza que no tiene cante. La chula se ha transformado en señorita, y en tal estrecho la señorita resulta *imposible*. No sabe qué hacer con las manos (el lord se las estrecharía respetuosamente, y con mil amores); está cohibida, prisionera en la falda como maniquí de modista ó cual si llevara atadas las piernas.

El sombrero se le cae de la cabeza, y el abani-

co parece en sus manos un zorro de sacudir el polvo. Diríase que es una doncella que se ha vestido el domingo para ir á los columpios de las Ventas. Su voz, quebrada, tiene las percusiones del cascajo que rueda; sus ademanes son burdísimos. ¡Al lord se le cae el cristal del ojo, y se queda bizco!

No, no es una actriz aquella señorita. Pero la mujer se impone en el corazón del lord. ¡Decididamente, se casa con ella!

Ya proyecta regalarle un castillo, que hará fabricar en plena mar, algo así como el que fabricó en Plymouth uno de sus compatriotas. Allí vivirá él solo, pero con su calandria, sin temor á gavi-lanes, porque para llegar al castillo habrá que ir á nado ó con vejigas y calabazas, ¡y el agua está muy fría en Inglaterra!

Pero hay que declararse antes de todo. Pues bien, él le declarará su atrevido pensamiento, y se lo declarará á la usanza española, es decir *pelando la pava*. ¡Por eso se ha comprado ya un jipijapa muy ancho!

Los ingleses madrugan mucho. Cinco horas cabales lleva el lord de plantón en la esquina, cuando la calandria se asoma indolentemente al balcón. Al pronto no la conoce. ¿Es posible? No, no puede ser ella. En aquel palmito no hay co-

rales; es una carne morenucha, afelpada, carne de melocotón arrancado prematuramente al árbol. El color rojo, bronceado á la luz de las candilejas del teatro, es ahora color de chocolate de Matías López. Sus ojos no son precisamente de azabache. Aquellos ojos tan vivos y brillantes se mueren de cansancio, rastreantes sobre unas ojeras profundas surcos que abrió y maceró el trabajo por el arte. Lord, muy emocionado, contempla con sorpresa en las manos de la calandria un bejugo verde y doblado á modo de arco, que tiene atravesadas unas bolas amarillas. ¡La calandria se desayuna con una docena de buñuelos!

Lord se queda pensativo ante aquella figura, que perdió de pronto su donaire y resulta figura vulgar que se despereza al levantarse, bajo un mantón de chula. Es una figura que lo pierde todo cuando no hace de *cantaora*, y lord piensa seriamente que no es posible pasarse la vida cantando flamenco en Inglaterra.

¡Si será!... ¡Si no será!... Todavía duda. Pero sí, es ella, la misma, que, fuera de las candilejas, deja ver que está cercana á la linde de esa edad ingrata desde donde se contempla con llanto en los ojos el desfile de la primavera de la vida, que, á modo de fantástica decoración, desaparece muy luego haciendo una horrible mueca

entre las sombras del invierno, sombras de muerte que van cayendo, cayendo, sobre el corazón... Aquel esplendoroso sol de la mañana, en pos del cual viajó por teléfono el lord, es un tristísimo crepúsculo del Albaicín granadino.

Lord se descubre respetuosamente como si estuviera delante de un cadáver, y, con la imperturbabilidad de Wellington en Waterloo, se da un tiro en una esquina, y cae muerto con la pava entre las manos. De allá, del balcón, cayó también una cosa que parecía una lágrima: ¡era un buñuelo!

EL CASERO TENORIO

— ¿Te acuerdas de Antón, aquel Antón mozo de cuerda, que nos hacía reír las tripas roncando como un bendito en mitad de la acera, con la felpuda gorra ladeada sobre los ojos y el amarillento cigarro apagado sobre la boca?

— ¡Antón!... ¡Antón!... ya caigo; sí, un pobre diablo que...

— El mismo... No sé si recuerdas que hablaba con la Paca, una maritornes buena moza... Pues la Paca hablaba también (y algo más) con su señorito, el cual, como era hombre entrado en años y muy poquita cosa además, se fué á tisis más pronto que la vista, no sin dejar una herencia á la Paca, que estaba de siete meses largos de talle, si consentía Antón en casarse con ella...

— ¿Y consintió?

— ¡No había de consentir, hombre! Y ahora

está ricamente, propietario de dos casitas en el barrio de la Prosperidad, chupándose la gran breva (casi nada, treinta y seis mil realitos de renta) y hecho todo un caballero, una persona decente, digna, respetable, propuesto para concejal y muy tirado de levita...

Pues, así como Antón son la mayoría de los caseros, principalmense si tienen sus propiedades en los barrios *miseros*. Cuando no es un empleadillo, que fué á Cuba por lana y se trajo el copón de Guanabacoa inclusive, es un Antón con su Paca ó su indecencia correspondiente. Natural es que caseros así, improvisados, estén como chiquillos con zapatos nuevos, pisoteando al inquilino. Por donde van resultando imposibles en Madrid los contratos de inquilinatos — y ustedes dispensen el sonsonete. — En Francia y en Inglaterra, la cosa más sencilla del mundo es poner casa. En habiendo muebles y dinero para pagar, le dan á usted, no digo pisos, manzanas enteras (de casas) sin más formalidad que soltar la «mosca». Bien es verdad que en Madrid no nos falta imitar á los extranjeros, ¡ca!

— ¿Habla usted de la escuadra inglesa? me decía en el Ferrol un capitán de fragata. ¿Y qué nos cuenta usted de la escuadra inglesa? ¡Truenos y bombas! Á pedradas, sí señor, á pedra-

das, desde ese cerro que usted está viendo, defendemos la plaza contra todas las escuadras de Europa.

Así pues, como nada tenemos que imitar, sigue siendo España, y, lo que es peor, Madriz, el país de los imposibles. La mitad de los españoles se pasa la vida ideando obstáculos que oponer á la otra mitad.

En cuanto á los caseros, diríase que no quieren alquilar sus casas; y eso no será por desconfianza, ¡porque, mire usted que la ley de desahucio...! Bueno y santo que le pidan á usted la *Zeu-la* (como suelen decir y escribir la mayor parte de los señores caseros), que lo peor son otras cosas.

— Pues, decía usted que son ustedes siete de familia, ¿no es así? Usted, una señora y cinco niños... Y diga usted: ¿los cinco niños son de usted?

— Hombre, como ser, le diré á usted: ¡en casa han nacido!

— Y usted y la señora, ¿son matrimonio? porque no siéndolo (¡cuidadito con eso!), yo no permito que en casa...

— Creo que ya le he dicho á usted que llevo diez años de casado.

— Y diga usted: usted, ¿de qué vive?

— Pues, le diré á usted. Yo vivo de las chuletas que me como de vez en cuando.

— Y esas chuletas, ¿las tiene usted por su casa, mayormente, ó se las gana usted en alguna ofecina, *ú* qué?

— Lo que se está usted ganando es una bofetada, me parece.

— Hombre, no se solivianta usted. Yo lo preguntaba, dicho sea sin ofender, porque como en Madrid hay tanto timador... *pues*.

— Eso; me ha tomado usted por uno de tantos. Está bien. Quede usted con Dios, y métase usted el cuarto por donde le coja. ¡Pues ni que fuera el palacio de Murga! Total: ¡un piso cuarto con entresuelo!

De todos los tipos de caseros, el más notable y el que abunda más es el tipo del casero Tenorio. Ése, ése es el que tiene gracia. Vive deseando que alguna inquilina (máxime si es guapa) « se retrase », para condenarle el pago *en metálico ó billetes*; y, si no tiene inquilinas morosas, se vuelve loco el hombre, ideando habilidades á lo Bismarck-casero.

Á lo mejor tira del cordón de la campanilla.
¡Tilín!...

La inquilina (andaluza de buen ver, que está siempre en cueros, « por el *caló* ») asoma un ojo por el ventanillo.

— ¿Qué se le ofrecía á usted?

— Abra usted; soy el casero.

(Como si dijera: don Juan Tenorio.)

— Espérese usted una miajita, que voy á echarme algo encima... Hijo, con este *caló*, está una que echa chispas.

(*Pasan cinco minutos. Se abre la puerta.*)

Él, entrando:

— ¡Qué calor!... Pero ¡qué calor!...

— Calle usted; por Dios; ni en Sevilla se achicharran así las criaturas. Esto no es vivir... Las chinches se la comen á una... (*Pausa.*) Y... ¿á qué tengo el honor de ver á usted por casa?

— Pues... le diré á usted. Me ha dicho la portera que tiene usted *atrancao* el *excusao*.

— ¡*Josú!* ¡Qué barbaridad! ¿Quién dice usted que le ha dicho eso?... ¿la portera? Yo no soy la del atranque, que es la señora de al lado.

Él, muy amoscado:

— ¡Efectivamente! ¡Efectivamente! Me he equivocado.

(*Salé.*)

¡Tilín!... ¡Tilín!...

— ¿Quién?

— Servidor de usted.

— ¡Ah! es usted... Pase adelante.

— ¿Cómo está usted, señora?

— Bien, gracias; ¿y usted?

— Yo, tan bueno, gracias... (Pausa.) Pues venía á ver cómo *andan* esas baldosas, que me ha dicho la portera...

— No la crea usted. Ayer, precisamente, me decía mi marido: « Pero, hija, ¡cómo están estas baldosas! Cualquiera diría que no pasan pies por ellas. »

(Pausa.)

— Y su marido, ¿eh? siempre trabajando, *el pobre*...

— ¿Qué le hemos de hacer? ¡Está todo tan caro en este Madrid!

— Verdad que sí, mucha verdad... ¿Por qué don Carlos, ya que tiene asegurados los garbanzos, no se apana por ahí otro destinillo, por ejemplo, una tenencia de alcaldía? Lo que *tiene* es que *tendría* que salir de noche, y usted no querría estarse sola... bien que yo no sé cómo se las arreglan ustedes para *coger* en esa cama tan estrecha...

— ¿Y á usted qué le importa, señor mío?...

¡No es usted poco figón, vaya! Cuide usted de las baldosas, y no se meta donde no le llaman, si no quiere que mi marido le ponga la cara en el cogote. ¡Habrás visto el trápala este!

* * *

¡Tilín!... ¡Tilín!... ¡Tilín!...

— ¿Quién es?

— Servidor de usted... Don Venancio.

— ¿Don Venancio?... Y ¿quién es don Venancio?

— Soy yo, el casero, para servir á usted.

(Ábrese la puerta, y aparece una chula.)

— ¿Qué se le ofrecía al señor don Venancio?

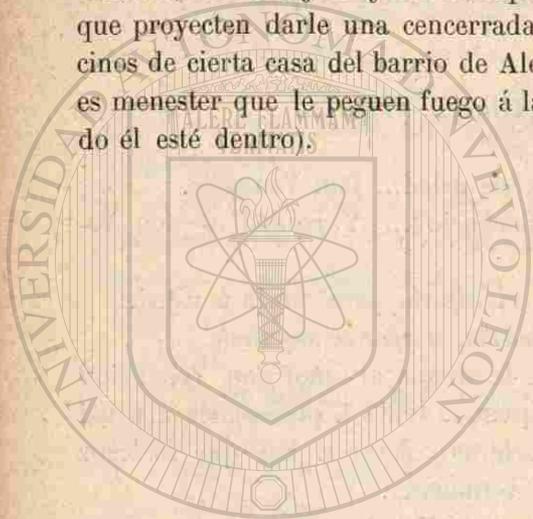
— Pues... pues... venía á presentarle á usted los nuevos porteros y á ver si hay que recorrer las puertas y ventanas...

— ¡Ay qué gracia! Los porteros se los empapela usted, ¿está usted? Y por lo que toca al recorrido, no va á ser flojo el que le dará *el* en cuanto llegue y se entere de lo sinvergüenza que es usted. Y le sacará á usted en *Los Sucesos*. Porque mi pariente escribe en los papeles. ¡Y ya sabemos al olor de lo que viene usted, hombre!... ¡¡Y límpiense usted, que está de huevo!! ¡¡¡Y quítese usted de mi vista, tío pelmazo!!!

(Suena un portazo tremendo.)

Y de este modo
Y de esta manera,

se encuentra usted al casero en el portal, en la escalera, en el tejado y en la sopa. Me explico que proyecten darle una cencerrada algunos vecinos de cierta casa del barrio de Alegría. Lo que es menester que le peguen fuego á la casa (cuando él esté dentro).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MI AMIGO STOR

Aunque me carga la tierra, no por eso deja de aburrirme el mar. Estoy bastante mal con el planeta.

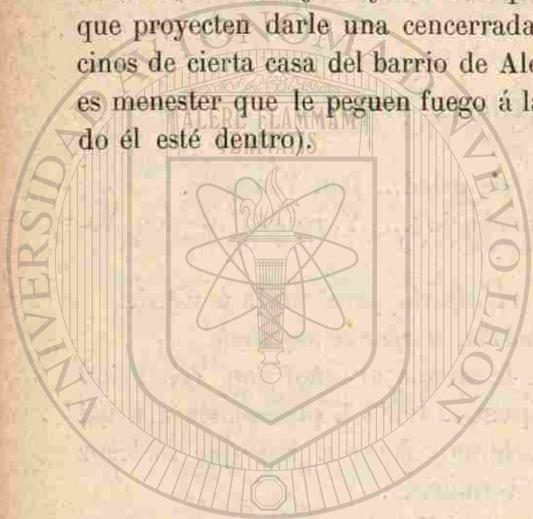
En los primeros días de esa locura que se llama « viaje al otro mundo », todo se me vuelve mirar el cariz del agua; luego me río un poco de los compañeros de viaje; después voy á proa á desacreditar á los de popa y vuelvo á popa á hablar mal de los de proa, y, por fin, entablo con todos ellos las más cordiales relaciones.

En el *Oaxaca* había bastante personal para un palique diario. Pero en el mar son eternos los minutos, y, á los pocos días de tener la casa á flote, se observa que no hay de qué ni con quién hablar.

Estaba yo en proa contemplando el degüello

Y de este modo
Y de esta manera,

se encuentra usted al casero en el portal, en la escalera, en el tejado y en la sopa. Me explico que proyecten darle una cencerrada algunos vecinos de cierta casa del barrio de Alegría. Lo que es menester que le peguen fuego á la casa (cuando él esté dentro).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MI AMIGO STOR

Aunque me carga la tierra, no por eso deja de aburrirme el mar. Estoy bastante mal con el planeta.

En los primeros días de esa locura que se llama « viaje al otro mundo », todo se me vuelve mirar el cariz del agua; luego me río un poco de los compañeros de viaje; después voy á proa á desacreditar á los de popa y vuelvo á popa á hablar mal de los de proa, y, por fin, entablo con todos ellos las más cordiales relaciones.

En el *Oaxaca* había bastante personal para un palique diario. Pero en el mar son eternos los minutos, y, á los pocos días de tener la casa á flote, se observa que no hay de qué ni con quién hablar.

Estaba yo en proa contemplando el degüello

de una vaca y hablando mal de ella, cuando pasó junto á mí un distinguido joven mejicano que ha venido á Europa en desempeño de una comisión de su gobierno.

Los mejicanos se dividen en dos classes : unos (los menos) que odian sistemáticamente á España (como aquel señor *Aguiles* que me enviaba articulos señalados con cruces rojas), y otros mejicanos (los más) que respetan y quieren de amor á la madre patria. Á este número pertenece Stor, y dicho está que esta condición suya, fuera parte de otras no menos relevantes de su espíritu, había de hacer que me fuese simpático, así como también que me prendara yo de su cultura, puesto que soy de mío inclinado á frecuentar el trato de las personas bien educadas, y cuando tengo que habérmelas con un Carvajal (marqués de Pinar del Río) ó con algún salvaje así, sabe Dios que paso las de Caín.

— Vea usted, amigo Stor, cómo esta indecente vaca, que se pasaba las noches en claro dando bufidos que no me dejaban pegar los ojos, tiene ya abierto el pescuezo, y mañana mismo empezaremos á comérmola aderezada con patatas. ¡Justo castigo á su perversidad! Vea usted qué ojos pone. Parece que quiere llamarnos ¡asesinos! Pues, señora mía, no haber nacido vaca.

— La están *fregando*; ¡y bien! amigo. Es la última; pues ya estamos llegando á los mares de Europa. Yo también estoy *fregado* con este viaje y pensando en las diabluras que nos faltan hasta llegar á Liverpool.

— Sí que lleva usted razón. Ese temporal que hemos pasado cerca del banco de Terranova fué una barbaridad. No se fie usted de la niebla que se nos echa encima, y quédese usted en la Coruña. Luego va usted á Madrid, y, á la satisfacción de conocer á la madre patria, se unirá el gustazo de pasar en la villa y corte los días de carnestolendas. Bailaremos habaneras con esa señora de popa...

— Yo estoy siempre á las órdenes de usted, mi amigo. La idea me parece *chulisima*, y luego luego voy á pedir que desembarquen mis equipajes. Porque este viaje es muy largo, y yo estoy *fregado*; ¡y bien!

En la tarde del 5 anclaba en el puerto de la Coruña el magnífico vapor mejicano *Oaxaca*, que había hecho la travesía en once días escasos, con mar muy duro y un temporal muy decente.

Á mi amigo Stor no le cabía el gozo en el pecho. ¡Estar en la patria de sus antepasados! ¡Ver á ese Madrid tan nombrado, y comprar una capa, una bandurria y un calañés para decir luego á sus

amigos de Méjico: « He estado en España, ¡fregados!... »

Aun no había acabado de echar anclas el vapor, que ya estaba mi compañero con sus baúles en el primer tramo de la escala dispuesto á bajar *incontinenti*. Yo le veía... y me sonreía.

Los elementos nos recibían de mala manera. Soplaban con furia un airazo helado y sacaba de sus casillas al mar, que había tomado color de porquería de gato. De repente atraca un bote que venía de tierra, y tratan de llegar á bordo en confuso tropel hombres y mujeres. Aquello era un asalto, una invasión de beduinos...

— Pero, señor, ¿qué es esto? me pregunta todo asustado mi amigo Stor.

Y yo le respondo:

— La fuerza de carabineros.

— ¡Ah! es que los republicanos estarán en guerra...

— No, señor. Es que se trata de impedir el contrabando.

Stor no hace caso; quiere bajar, y es detenido por dos carabineros que, colocados á uno y otro lado de la salida, le apuntan con sus fusiles. Entonces intervengo yo para evitar el fusilamiento de mi amigo, y se me dice que no es posible bajar á tierra porque la aduana está cerrada.

— Y bien, señores, bajaremos con los bultos de mano.

— ¡No puede ser! ¡Hay que bajar con lo puesto! Me dirijo al teniente de carabineros:

— Caballero... usted dispense... mi amigo y yo somos dos personas decentes, aunque nos esté mal el decirlo. Queremos ir á tierra con estos pequeños bultos; dos maletines *yankees*, ya ve usted, muy monos, y dos carabinas...

El teniente hace signos negativos.

— Pero, caballero... prosigo yo, vengo enfermo. (Y le enseño dos tamaños forúnculos en semejante sitio.) En una de esas maletas traigo hilas, esparadrapo y otra porción de cosas que necesito para sacarme el pus del cuerpo — ¡así pudiera madurarme también los forúnculos del alma! — Vea usted, que no puedo mover el cuello, de tanto como me duelen estos malditos diviesos.

Lo dije poniendo una cara tan triste, que el jefe de carabineros se enterneció.

— Bueno, bueno, respondió. Pero antes de bajar hay que ver eso... ¡Eh! tú y tú (dirigiéndose á los centinelas), mirad las maletas de mano de estos señores.

Concluido el registro, que fué una especie de saqueo, fuimos pasando uno á uno por el hueco que dejaban otros centinelas que se habían colo-

cado en la escala, y... aquí palpo, allí estrujo, nos pasaron revista al pecho, á la espalda, á la tripa...

— Pero, hombre, observo yo, ¡bien podían ustedes tocarme esto también!

— ¿Hay revolución en el país? vuelve á preguntar Stor.

— No, señor. Es que persiguen á algunos tabacos que pudiera llevar usted dentro del cuerpo.

Empezamos á bajar. Pero al mismo tiempo que descendemos algunos pasajeros, suben, dando voces y ofreciendo servicios, una muchedumbre de boteros y de intérpretes de hoteles. La confusión es espantosa. « ¡Que se va á romper la escala! — ¡Agárrese usted bien, no se caiga! — ¡C...! — ¡P...! »

Y, naturalmente, cayó al agua. Era un pobre viejo. Desapareció en el fondo, y volvió á salir con cara de agonía. Se oyen gritos, y cien manos generosas quieren salvarle. Quién le coge del pelo, quién de las solapas de la chaqueta, éste le tira de una manga, aquél de los fundillos del pantalón; ¡arriba! y salió el abuelo con medio palmo de lengua fuera, y fué saludado con una ovación de palmas y risas...

Ya estaba yo en el bote esperando á Stor. Pero Stor no bajaba. Permanecía en la escala, oyendo

con asombro aquella algarabía de hombres y mirando aquellas oleadas de mar, que cada vez se asemejaba más á porquería de gato.

— ¿Qué hace usted, que no baja?

— ¡No, hombre! ¡Eso es una locura! Si nos vamos en ese bote, ¡nos fregamos!

— ¡Arrea, botero! le digo al mío.

Y me dispongo á llegar á tierra sin Stor. Otros botes salen al mismo tiempo, pero muy luego nos separa el viento. ¡Qué modo de remar! ¡Qué lucha contra las olas! Sí, vamos á ahogarnos en el puerto, á veinte minutos de la Coruña. Dos botes desaparecen. (No se ha sabido más de ellos.) El que me conduce no da un paso adelante. Yo estoy calado de agua; el frío me hiela los huesos. Digo al botero que procure ganar la escala y me restituya al vapor; y el botero, que se figurá que va á perder el viaje, se niega á complacerme. Le mando... y no hace caso tampoco. Entonces le enseño la boca de un *revólver*; ¡y el *revólver* me lleva á bordo del *Oaxaca*!

Stor me recibe con los brazos abiertos.

— Le vi á usted *fregado*, ¡y bien! me dice. ®

Aun estaba á bordo el señor Carricarte, consignatario de los vapores mejicanos. Llegome á él, le hablo un poco, y aquel cumplido caballero pone á mi disposición la lancha del vapor.

Ya estamos en ella Stor y yo. Hay mucha mar de proa, y el agua nos llega á las rodillas. Lluve al mismo tiempo de un modo salvaje. Un golpe de mar se lleva el paraguas de Stor.

— ¡Vea usted si no le ha llevado el brazo! le grito yo.

Ya es de noche cuando ponemos los pies en la escalera de piedra que conduce al puerto. Estamos más muertos que vivos, necesitados de ropa seca, de lumbre, de reposo. El puente parece que no se concluye nunca. Tropezamos aquí con un bache, allá con un madero, acullá con una cesta de pescado, todo chorreando agua y lodo. Es una peregrinación por un pantano. Pero ya se alcanza á ver un farol del parque... ¡qué alegría!

— ¡Alto!

Son los carabineros (otra vez) que piden ver las maletas.

— Ya están registradas á bordo.

— No importa. ¡Á la casilla con ellas!

Y vamos á la casilla, y se nos registra nuevamente.

— No puede menos que haber una gran revolución en el país, dice Stor.

Y entramos en la ciudad, á pie, porque no hay coches, seguidos de una turba de intérpretes, de mozos de cuerda, de mendigos y de chicos; todos

piden, todos hablan, todos gritan y manotean, y, escoltados por aquella kábila, llegamos al hotel Iberia...

— ¡Á los equipajes! le dije yo á mi amigo al amanecer del día siguiente.

Pasan las ocho, las nueve, las diez, las once, las doce, y el equipaje sin registrar, porque no ha llegado el señor vista.

Llega, por fin, el señor vista, y se procede al registro; ¡uno á uno y cuidadito con moverse nadie! Se forma una cola atroz que llega desde la aduana hasta el final del puente.

Entre tanto los carabineros van registrando. Meten las manos por este lado, las sacan por aquel otro, aquí pinchan, allá aplastan, y dejan los baúles que parecen gallineros.

Ahora... dos realitos por trasladar el cofre de no sé dónde; una peseta por haberle llevado hasta allí; otra peseta por haberle traído hasta aquí; pago de puertas, ventanas y toda una casa de mampostería.

Vaya, tenemos los baúles-mundos.

— ¡Á los tabacos que hemos declarado! le digo yo á mi amigo.

Pero se nos advierte que no está hecho el *precinto*, y que es fuerza que nos estemos en la Coruña otro día más.

Llegado éste, otra vez cola en el establecimiento. « Entre usted por aquí, y salga por allí, y *suba arriba, y baje abajo*, y vuelva usted á entrar por ahí, y salga por allá, y ésta no es la oficina correspondiente, que es la de enfrente, y... pague usted cuarenta y siete pesetas de derechos por doscientos tabacos y ciento ochenta y siete cajetillas. » Con éstas se ha formado un solo bulto; sobre el bulto está el precinto, que es una faja amarilla, y sobre el precinto un sellito.

« ¿No ha traído usted los sellos? » Pues á comprarlos al estanco. Otro paseito, y « entre usted por aquí y salga por allí, y suba y baje... »

Stor estaba verde. Le advirtieron que era de rigor que no rompiese el precinto, *por si le registraban en Madrid*, para lo cual tenía que llevar el paquete de cigarrillos guardando la forma que tenía.

— Pero, señor, decía él, es increíble que pueda ir en el baúl este bojote, que es casi tan grande como el baúl.

— Pues no hay caso. Llévelo usted en el coche.

— ¡Pero iré *fregado!*...

Al salir á la calle se despegó el sellito con el aire que hacía, y se marchó volando. No era cosa de dejarle, porque el tal sellito llevaba encima el sello de la hacienda, y corrimos tras de él, lo-

grando darle alcance en el portal del café de Ambos Mundos, y al bajarse mi amigo fué mordido en la mano por un gallego que salía del establecimiento.

¡Oh María Pita! ¡Oh Santiago á caballo! ¡Oh cueva de Covadonga! ¡Lo que habló mi amigo Stor mientras íbamos á pie desde el hotel Iberia hasta la central del ferrocarril para tomar billetes en el tren correo que sale á las *dos y veinticinco minutos* de la madrugada!

— ¡Ay, mi amigo! ¿Por qué no me avisó usted que nos habían de pasar estas *fregaduras*? ¿Pero esto es España?...

— Esta tierra, le dije yo, es una tierra de bendición. Las gallegas son las mujeres más hermosas de España y acaso las más bonitas también : muy amorosas, frescachonas, dadivosas, sencillas y baratas. Los gallegos son trabajadores, honrados y pacientes. Tienen el *chic* de morirse de *murriña*... Tienen también algo de la resignación del buey uncido al arado... Este pueblo vivía sin ambiciones, ni quebraderos de cabeza, en sus hermosos valles, impregnados de dulces aromas é invadidos de continuo por el rastrear de sombras de indefinible tristeza... En este país se había ocultado el idilio de la vida... Pero la civilización, que todo lo prostituye y aniquila (¡bienaventura-

dos los cafres!), va secando poco á poco la poesía de esta tierra benéfica. No todo ha muerto, sin embargo, y mañana podrá ver usted, al clarear del día, el verdoso fondo de estas montañas por donde corre cristalina el agua que nunca fué enturbiada y de donde bajan, rumiando el musgo y arrastrando las repletas ubres, vaquiñas gallegas pastoreadas por zagalas que tienen colores de cromos y que llevan también hinchadas las barrigas. Porque aquí, amigo Stor, todo el mundo está preñado...

Á este punto de mis filosofías había llegado yo, y libreme Dios de decir adónde hubiera parado, cuando vino á interrumpirme el cadencioso arrullo de una danza habanera. Por ser aquel día el primero de carnaval, celebrábase un baile en uno de los círculos de la ciudad.

— Tienen ustedes tiempo de ver algo, nos dijo el cónsul de Méjico en la capital de Galicia. Aun pasará media hora antes de venir el *Ripper* que ha de Hevarles á la estación.

Entramos en el salón de baile. Corre en seguida la noticia de que está allí un extranjero, y se dan prisa los caballeros en saludar y obsequiar á mi amigo.

Éste, profundamente asombrado, quiere tragarse con los ojos á una porción de chicas que se en-

tregan locamente á la alegría de vivir, de bailar y de ser bonitas.

— ¡Qué caballeros tan finos! me dice Stor, y ¡qué señoritas tan lindas!

— Pues eso, le dije yo, eso es España.

Y él, sin poderlo remediar:

— Pues ¡viva España, y bien!

¡CA HOMBRE, CA!...

Dos cañonazos á derecha é izquierda... ruido de un ancla que desaparece en el fondo de una bahía, y parálisis repentina de un vapor que momentos antes tenía el mal de San Vito... Habíamos llegado al puerto de la Habana.

— Caballero, le dije á un botero que se presentó ante mí con pantalón de muselina, bufanda y jipijapa, el bote de usted me parece demasiado chico. Eso es una canoa.

— ¡Ca, hombre, ca!

Aquella contestación me chocó mucho.

Al llegar á la *machina*, vi una mulata que se balanceaba como una goleta con tiempo duro de popa... Me creí en el caso de hacer una frase erótica.

— Es usted una mulata de flor, le dije.

Y ella :

— ¡Ca, hombre, ca!

¡CA, HOMBRE, CA!

385

Aquella contestación me chocó más todavía. Trabajaba la Judit, y fui al teatro de Tacón. El público estaba entusiasmado. Me figuré que tenía yo el deber de entusiasarme un poco.

— Caballero, le dije á un señor que estaba á mi lado, seguramente no han visto ustedes mejor actriz que ésta.

— Y el caballero :

— ¡Ca, hombre, ca!

Aquella contestación me chocó de un modo extraordinario.

Al día siguiente había toros.

Cuando me encontré en las avenidas del Parque, parecióme que estaba en la Puerta del Sol. Toda la zona que comprende el Parque, el hotel Hispanoamericano, el Louvre y la vidriera Tacón tiene cariz de Puerta del Sol, y lo que se llama *acera del Louvre* pudiera llamarse *acera del Café Imperial*. Había allí una porción de toreros (perdonando la hipérbole), otra porción de aficionados al arte, como una docena de mujeres alegres que se las daban de chulas y una animación muy grande en todos los corros.

Me entusiasmé otro poco.

— Caballero, le dije á un tertuliano del café, se aclimatan aquí las costumbres taurinas. No se dirá que la asimilación no es un hecho...

Y el interpelado:

— ¡Ca, hombre, ca!

Ya no pude resistir; imaginé que todos los vecinos de la Habana se habían puesto de acuerdo para burlarse de mí, echándome á la cara aquel

¡ca, hombre, ca! Estuve por decir al caballero: « Ya está usted saliendo á la calle, que le voy á dar una trompada. » Pero le dije:

— Caballero, necesito que me explique usted esas palabritas.

Y me las explicó. Privaba entonces en el teatro Cervantes la pieza *Toros de punta*, y el público se había enamorado de aquella frase.

— Es lo que tiene la Habana, me dijo el caballero; en poniéndose de moda una *camagüeyana*, una frase ó un adagio, lo repite todo el mundo.

En aquel momento pasó por la acera un vendedor de dulce de coco, y lo ofrecía gritando: ¡Ca, hombre, ca!...

Para ir desde el Parque á la plaza de toros hay que atravesar media Habana, y la Habana, por lo destartalada y estrecha, es una *City*, pero con sol que levanta ronchas.

El camino se hace largo y pesado á la ida. No así á la vuelta, porque á esa hora va de vencida el sol y se le ponen delante, porque valen más, algunos ojos de mujeres habaneras que se asoman

á las rejas y á los balcones para ver el desfile.

La plaza, que es una porquería, está fuera de la población. Los alrededores del circo son más antipáticos que el señor Maribona de Matanzas: unos cuantos árboles cubiertos de polvo y un arroyoapestoso.

Exhibíanse en la plaza muchas notabilidades: en representación del ramo de tabaqueros, el excelentísimo señor don Leopoldo Carvajal; en representación del señorío de la calle de San Miguel, la excelentísima señora *Francisqueta*; á nombre de los revisteros de salones, don José Fornaris.

— Amigo Gaviño, le dije á un periodista que á pesar de ser notable en Cuba lo sería también en Madrid, observo que no hay señoritas en la plaza.

Esto diciendo, acerté á ver una que asomaba por un palco.

— Ésa es Marta, querida de un torero, me dijo haciendo un mohín desdenoso la guapisima Elvira.

— Pues es hermosa esa Marta.

— *El sí...* Pero la llaman el *Pavo...*

Era la heroína del día. Ser la querida de un torero pasado por agua, no cabía más á juicio de Marta.

Y no había otras mujeres, ni más señoritas que la guapisima Elvira, « porque yo no puedo reme-

diarlo, me decía ella; soy catalana, y en hablándome de toros, me derrito ».

Las cubanas son altivas por temperamento; son, además, muy mujeres de su casa. (En Cuba hay hogar.) Por eso se las ve de raro; por eso también no asisten á las corridas. Desprecian profundamente el arte taurino y tienen de los toreros el mismo concepto que se tenía en España de los cómicos de antaño.

El público de aquella corrida se componía, pues, como el público de todas las corridas en la Habana, de hombres, con excepción de alguna que otra Marta y de alguna que otra dama extranjera que no sabe que está mal visto el asistir á los toros.

Pero la plaza era un lleno, un lleno desanimado... Sólo se oía la voz de un negro que gritaba de vez en cuando: « ¡Agua y *duse!* »

Los señoritos *aficionaos* iban tomando asiento en los tendidos, poniendo antes sobre la piedra almohadillas de plumas para no lastimarse las nalguitas... Algunos toreros estaban en zapatillas chinas.

Y salió el toro, que parecía un conejo. Era del tamaño de una rata crecida, con orejas anchas como hojas de tabaco. Tocaron á ponerle picas, y empezó á correr perseguido por el caballo del pi-

cador. Otros caballos le salieron al paso, y ¿qué hace el cornúpeto?... agacha las hojas de plátano que le sirven de orejas y se mete debajo de la tripa de un caballo. Sacáronle de allí tirándole del rabo, y entonces, queriendo emprender de nuevo la carrera, le flaquearon las patas traseras, y, apoyado en las delanteras, tenía toda la figura de un perro sentado. Le dispararon un cohete en el rabo, y volvió en sí, es decir, á continuar corriendo.

Añafiles y atabales,
Con militar armonía,
Hicieron salva y señales
De poner banderillas.

El presidente dió la señal, pero el toro... á escape por el redondel. Un banderillero, que tenía tantos pies como la *fiera*, pudo alcanzarle y le clavó dos banderillas en donde no puede decirse... (*Palmas y habanos.*) Aliviado el toro con aquellas lavativas, se acostó completamente, y, ya en el suelo, tenía toda la traza de un cochinito. Le tiraron del rabo, le levantaron de los cuernos, le dieron de puntapiés, le tiraron pellizcos, le hicieron cosquillas, le pasaron por las narices una vaca... y ¡nada! el toro roncando la siesta.

— Es que esas banderillas le han degollado, observaba un inteligente.

— Le habrá dado el vómito, decía el otro.

Fué preciso que un picador le levantara en vilo y le frotara las piernas con ron alcanforado. Y volvió á empezar la *corrida*.

— ¡Á la muerte! Pero no había modo. Aquello no eran estocadas, sino machetazos; le dejaron la tripa como si le hubieran hecho la operación cesárea, y le remataron *al fin* de una estocada que le entró por la boca y le salió por debajo del rabo. Parecía un *lechón* puesto en el asador.

Cuando volví al café Tacón, todo el mundo decía: « ¡Qué gran *corrida*!... ¡Pero qué toros!... Pero qué toreros!... »

Y yo:

— ¡¡Ca, hombre, ca!!!

EL CONDE DE LA PENDEJADA

Á las diez de la mañana llegué yo á Majagua, caballero en el jumento de un vecino, y á las doce estaban enterados de mi llegada todos los habitantes de la villa. El dueño del hotel me dió la mejor habitación, me hizo unas cuantas cortesías y me cobró luego á razón de diez duros diarios, nada más. Yo *resultaba* de incógnito en Majagua, puesto que se me daban honores de príncipe.

— ¿Sabe usted, *quién está ahí?* se decía. ¡*Aramis!*

¡Yo en Majagua! Realmente, era un suceso... para los vecinos de Majagua, al menos. ®

— ¡Pero, hombre, yo me le había figurado á usted de otra manera!

— Me imaginaba usted echando fuego por los ojos y silbando como serpiente de cascabel...

— Precisamente *eso*, no. Pero, en fin, yo creía

— Le habrá dado el vómito, decía el otro.

Fué preciso que un picador le levantara en vilo y le frotara las piernas con ron alcanforado. Y volvió á empezar la *corrida*.

— ¡Á la muerte! Pero no había modo. Aquello no eran estocadas, sino machetazos; le dejaron la tripa como si le hubieran hecho la operación cesárea, y le remataron *al fin* de una estocada que le entró por la boca y le salió por debajo del rabo. Parecía un *lechón* puesto en el asador.

Cuando volví al café Tacón, todo el mundo decía: « ¡Qué gran *corrida*!... ¡Pero qué toros!...

Pero qué toreros!... »

Y yo:

— ¡¡Ca, hombre, ca!!!

EL CONDE DE LA PENDEJADA

Á las diez de la mañana llegué yo á Majagua, caballero en el jumento de un vecino, y á las doce estaban enterados de mi llegada todos los habitantes de la villa. El dueño del hotel me dió la mejor habitación, me hizo unas cuantas cortesías y me cobró luego á razón de diez duros diarios, nada más. Yo *resultaba* de incógnito en Majagua, puesto que se me daban honores de príncipe.

— ¿Sabe usted, quién está *ahí*? se decía. ¡*Aramis!*

¡Yo en Majagua! Realmente, era un suceso... para los vecinos de Majagua, al menos. ®

— ¡Pero, hombre, yo me le había figurado á usted de otra manera!

— Me imaginaba usted echando fuego por los ojos y silbando como serpiente de cascabel...

— Precisamente *eso*, no. Pero, en fin, yo creía

que era usted un señor de edad, grueso y alto, muy alto...

¡A esa altura había llegado mi fama en Majagua!

Sí, Majagua estaba revuelta, y yo, la verdad, me ruborizaba « como mono ». « ¡Pero qué personaje estoy hecho en Majagua! » pensaba luego; y me reía un poco de mí en compañía de Durante.

No era ni con mucho mi personalidad, ni tampoco las batallas que diera *El Español*, lo que tenía asombrados á aquellos vecinos de Majagua, honrados y sencillos vecinos; era, sin más, la historia del periódico, historia que iba saliendo...

— Calle usted, hombre, calle usted, decía un tertuliano de la botica. ¡Si le han hecho á *El Español* cada infamia!... Figúrese usted que á los comienzos de la publicación llegaban miles de ejemplares enviados *gratuitamente* para que los hiciera circular el Casino Español de la Habana. Y ¿qué cree usted que hizo el Casino? Pues se suscribió á un ejemplar y devolvió á Madrid todos los demás correspondientes á seis ó siete números; casi nada, un cargamento de periódicos por cuyo porte pagó *Aramis* veinte y tantos duros. Aun así y todo, parece ser que el tal Casino discutíó hace días — cuando le fué presentado el re-

cibo, que no ha satisfecho, de la suscripción al periódico, desde que se fundó éste — si debía ó no pagar; y, según dicen, *Aramis* dió orden á su agente de que renunciase al cobro, « ¡porque esa discusión deshonoraba á España! »

— Pero, ¡qué indecencia de Casino!

— Espérese usted un poco... Si empiezo á contarle, no concluyo en un mes. Al Casino Español de Matanzas, como á todos los demás de la isla, llegaba el periódico *El Español*, y llegaba á título de *dáviva*. Pues va ese Casino y remite un volante á Madrid, diciendo que, « por razones de economía », no podía seguir *suscrito* al periódico (que se servía *gratuitamente*).

— Eso ya no me extraña tanto, porque ya sabe usted que en Matanzas se pasan de avaros y de brutos.

— ¡Si le digo á usted que éste es el cuento de nunca acabar! Diga usted, compadre, que quiero yo guardarme algunas cosas gordas, pero muy gordas, porque me da vergüenza el contarlas, y además pudiera oírlas el vecino, que es autonomista, y no quiero darle por la vena del gusto.

— Lo inverosímil es que *El Español* estuviera tanto tiempo sin chistar cuando todos le creíamos *sostenido* y *protegido* por el partido, y que mientras le ocurrían tales cosas en las Antillas, riñera

en Madrid aquellas tremendas batallas con *La Revista* y *La Tribuna* y aceptara duelos exponiendo la pelleja por esos señores bestias de Matanzas, Habana y demás.

— Quite usted allá. Eso no lo ha hecho por ellos; eso lo ha hecho por España, que es muy distinto hacer.

Yo trinaba. ¡De qué modo habían llegado á Majagua tales lástimas!

Cuando conté estas ocurrencias á Durante, mi amigo soltó el trapo á reír.

— ¡Si lo he contado yo *urbi et orbe!* me dijo.

— ¡Pero, hombre, no sea usted tipo! ¿Quién le manda á usted divulgar los secretos de la casa?

— Que soy de la montaña de Santander, y, en cuanto montañés, más claro que los chorros, y quiero que sepa Majagua que esos señores han sido para con usted unos ingratos.

Diablo de Durante; la verdad, me puse furioso.

— Todo se arreglará, me dijo seriamente un tertuliano. Pero hace falta que vea usted al jefe del partido, al señor conde de la Pendejada.

El boticario me llamó aparte y me contó á grandes rasgos la historia del conde. El pobre era un animal, pero con mucha gramática parda y con mucho *pesqui*, á merced del cual estableció unas tartanas que llevaban y traían viajeros de

Majagua á Río Revuelto y *vice versa*. Estas tartanas fueron la base de su fortuna; luego se casó con una mujer rica y... siguió comerciando y fué subiendo como la espuma.

Le hicieron jefe de partido y él se hizo aristócrata... *pour rire*; porque la mayor de las groserías, ha dicho un insigne escritor, es la improvisación de la fortuna y poner las manos sucias, mojadas aún con el agua de un fregadero, en los emblemas de la nobleza, perteneciente por natural derecho á las personas bien nacidas.

— El partido está muy descontento de su jefe; pero, ¿quién le reemplaza? me dijo el bueno del boticario, ¿quién le reemplaza?...

Al día siguiente me puse de tiros largos. Naturalmente, ¡iba á ver al conde de la Pendejada!

Le encontré en mangas de camisa, tirando de un carro del ferrocarril económico que había hecho en su fábrica.

— ¿El conde de la Pendejada?

— Yo soy.

— ¡Ah, es usted!... Pues yo soy *Aramis*...

(Momentos de perplejidad.)

— ¿No me conoce usted?

— No, señor.

— ¡Hombre!... Pero usted conoce de fijo á mi periódico: *El Español*...

— ¿Cómo decía usted que se llama?

— ¡*El Español!*

— Pues, le diré á usted... Yo no leo papeles ¡Hay tantos en la localidad! Algunas veces leo el *Diario*, por enterarme de los telegramas.

— Siento mucho que no sepa usted de mi periódico. Hace cinco años que defiende al partido español, y más de una vez ha defendido y elogiado á usted... sin conocerle...

Nos sentamos, es decir, me senté yo, puesto que no me ofrecía asiento aquel bruto.

— Yo, señor conde, le dije, he venido á poner de relieve el verdadero estado de la política antillana en Madrid. Además, he venido á informar á ustedes, los jefes, de lo que pasa con *El Español*. Es verdad, señor conde, que han llamado á mi periódico « heroe », « illustre », « patriota », etcétera, etcétera; pero esos bonos de heroicidad (etcétera) no corren en los almacenes de papel, ni en la Casa de la Moneda, ni tampoco en la imprenta; pues, si Ginés Hernández es muy amigo mío, no más que lo soy yo de él, no está dispuesto á trabajar de gratis para ustedes. Conque usted, señor conde, dirá...

— Los tiempos están muy malos, y yo no le aconsejo á usted que intente nada, porque se va á llevar chasco. Con la crisis, todos estamos arran-

cados. Veré, sin embargo. Pero están acostumbrados á que yo lo haga todo. Ya verán lo que pierden cuando yo deje el partido. Hay mucha apatía y *sinverguicería*.

— Señor conde, permítame usted : yo creo todo lo contrario. Ese elemento español que usted moteja es el que da su dinero en tiempos de paz; es el que da su sangre en tiempos de guerra. Para ese elemento, créalo usted, lo primero es la integridad de la patria. Todos están deseosos de hacer. Pero falta quien los dirija. ¡Los españoles de las Antillas son generalmente un ejército de leones mandados por asnos!

(Estupefacción.)

ÉL, *tartamudeando*. — Yo veré... Yo veré... Pero me parece que se llevará usted chasco, y eso es lo que no quisiera yo. Vea usted á *Charlatán*, que es bueno. El partido está cansado de suscripciones. La crisis es terrible. Hay mucha apatía. Por mí, estoy dispuesto. Póngame usted por un número y mándeme el recibo de un mes...

Yo, *levántandome*. — ¡Señor conde de la Pendejada, es usted un bacín!

ANIVERSARIO DE UN QUIDAM

ALERE FLAMM ¡13 DE ABRIL!
VERITATIS

« El que á hierro mata, á hierro muere », dijo el fundador de la religión cristiana : por eso el reo ha muerto...

Hay que buscar siempre la paridad entre el delito y la pena.

Intentaste matar, luego debes morir; ¡justicia divina!...

Al despertar en la mañana del 13 de abril, un ruido monótono y triste llamó mi atención; creílo producido por la esquila de las burras de leche que, apenas hecho el día, corren presurosas á la casa del tísico para rociar su lisiado pulmón con el medicinal líquido que brota de la ubre. El monótono y lúgubre sonido procedía de la campanilla de un monaguillo...

« Para pedir por el alma del que van á ajusti-

ciar », gritaba como un energúmeno un hombre vestido de negro, con gran cinta verde cruzada por el pecho. Ese hombre es precursor del verdugo; es más verdugo aún que el ejecutor de la justicia : éste mata en un segundo, aquél durante veinticuatro horas; el uno mata con el garrote en nombre de la ley, el otro con la oración en nombre de Dios. La sociedad escarnece al verdugo que mata con la mano, y respeta al verdugo que mata con el pensamiento.

Hombres y mujeres, los más con semblante indiferente, se asomaban muy de mañana á los portales de sus casas y arrojaban en el platillo una moneda de cobre. Daban dos cuartos, reservando otros dos para ver reflejada en *La Correspondencia* la última mueca del reo.

¡Qué mañana tan brumosa y fría! No la olvidaré nunca : bien así como se oscurece el alma y lloran los ojos al pensar en la muerte, oscureciase la naturaleza y lloraba el cielo el 13 de abril; diríase que la primavera abortaba un feto asqueroso y yerto.

Algunas desarrapadas mujeres voceaban : « ¡La salve que cantan los presos al reo *que hay* que ajusticiar! » Furias malditas, que comerciaban con los despojos de la víctima antes de morir...

¿Quiénes son esos hombres que gritan : « ¡Eh,

al Campo de Guardias! ¡Dos reales, al patíbulo!» como si se tratara de ir á la Plaza de Toros? ¿Qué público es ese que invade las calles y corre presuroso hacia el final de la de Fuencarral? ¿Qué significan esos puestos de buñuelos y aguardiente al lado mismo del patíbulo? ¿Quiénes son esos atildados caballeros que se dirigen al sitio del suplicio, y quiénes esas elegantes damas que abandonan á deshora el mullido lecho y van en carretela á contemplar el cadavérico rostro de un muerto galvanizado? ¿Qué fiesta se celebra?

La muerte de un hombre.

La desgracia le persiguió desde la cuna: primero la miseria, luego la miseria, y siempre el fantasma del hambre pidiendo pan á una imaginación exaltada y á una inteligencia sin cultivo.

Sin hogar, sin mesa, sin lecho, sin una mano que estrechara la suya y sin un corazón que latiera por él, tenía, como Marat, furoros de hiena. La furia del hambre, del frío, del sueño le acosaba de continuo en su sotabanco, menos lóbrego que su calabozo de ahora.

No había hecho nada en el mundo: quiso hacer algo, y cometió un crimen.

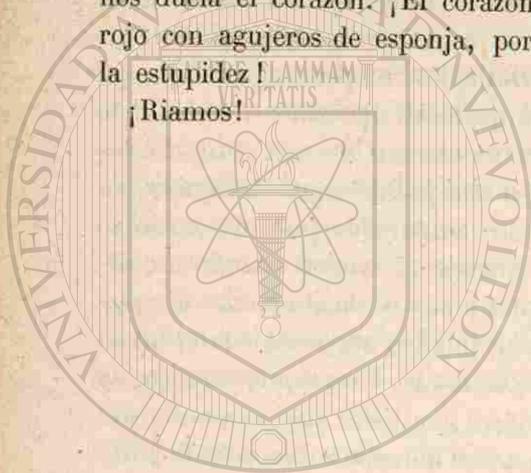
El público espectador ansiaba el cumplimiento de la justicia. Pero de aquel público formaban

parte muchos hombres que, si no matan con el puñal, matan con la lengua ó con la pluma: asesinos de pueblos encadenados á la frivolidad del capricho; ladrones que no roban en la plaza pública, instigados por esa bestia — ¡el hambre! — que lleva al hombre consigo, pero á mansalva defraudan la patria para vivir en deleitosa holganza; hombres criminales de pensamiento; mujeres infames que no sacan diariamente el honor á pública subasta, ni otorgan de mal grado hechizos y encantos, á trueque de seguir luchando por la existencia, pero amparadas por una sociedad que respeta y aplaude el crimen encubierto, dejan los jirones del honor en la alcoba de sus casas y se presentan en público ataviadas con el armiño de la mujer honrada. Pero aquel público, en fin, era de hombres con todas sus pasiones y miserias, y, para tener derecho á saborear la justicia, era de rigor que cumpliese antes el deber de hacérsela á sí mismo...

Ha muerto el *quidam*... ¡Ya cayó sobre su recuerdo la primera escarcha del olvido! Vive y vivirá en la memoria de los que no creen que se ataja el daño con el daño y lloran la muerte de un semejante; espíritus ilusos que viven en quimérico mundo, sin recordar que la humanidad está de fiesta y de uniforme, y come buñuelos,

y bebe aguardiente, y ríe y goza cuando se ahorca á un hombre.

¿Quién se acuerda del doble crimen? La Puer del Sol sigue en el mismo sitio... vamos á los toros y comemos cocido. Riamos, pues, aunque nos duela el corazón. ¡El corazón! ¡Un pingajo rojo con agujeros de esponja, por donde circula la estupidez!
¡Riamos!



CONSUELO EN PARÍS

— *¿Pur qui pregunté bu?...* decía Consuelo á tiempo que un camarero del hotel Central le presentaba un aderezo y... la cuenta correspondiente.

Luego, abriendo mucho sus ojos garzos, se encará con el mozo, y le dijo sin pestañear:

— *Bueno: pagué bu pur muá, y ye bu pagaré después.*

Y se quedó tan tranquila y... tan francesa.

* * *

Consuelo es una fugitiva del cielo andaluz.

Estuvo en Madrid poco tiempo, secuestrada por su hombre, y cuando éste la puso en libertad, esto es, en la puerta de la calle, Consuelo se desterró voluntariamente de España.

— Lo que es yo, dice, ni pa Dios vuelvo á Madrid sin los moños que tenía.

Y empieza á sacar papeletas. Total : diez y seis mil *riales* de moños... empeñados.

Pero es muy difícil que una Consuelo, con todo de ser tan bonita y tan... tan... haga dinero en París para ponerse moños en ninguna parte.

Lo primero que hizo Consuelo al llegar á la ciudad del Sena fué armar una *bronca* en el *Américain*; y cuando volvió, al día siguiente, después de pasar la noche en la prefectura, y custodiada por un gendarme, le dijo atentamente un mozo que el café estaba *defendido* para ella.

Con tan triste motivo, Consuelo se coló en la *Montaña rusa*, y en seguida hizo descarrilar un carrito del tren. Otra vez á la prefectura con el correspondiente gendarme... y cuando quiso volver á subir á la *Montaña*, le dijo un empleado, con la finura del mundo, que aquel sitio estaba *defendido* para ella.

Y déle usted consejos, para que le conteste:

— Hijo, si tuvieras... vergüenza, me llevarías al *Américain*, y haríamos un Dos de Mayo.

— Pero, mujer... ¿cuántas veces tendré que decirte que no soy un Linzka de Castellón, ni he vedido á dárme las de Daoiz y Velarde en París?

Pues si el de los consejos es extranjero (para

Consuelo todos son extranjeros en París, todos... menos los españoles), le suelta esta andanada:

— *Y á bu*, ¿qué le importe á bu?

Eso... y que le entren moscas.

*
*

¡Delicioso!

Se levanta con ganas de verde, quiero decir de campo y *juerga*.

— Hoy, *comía* yo caracoles.

— Pídelos. Ahí los tienes en la lista: *escargots*... eso, caracoles.

— ¿Escar... qué? Oye, niño, no seas guasón.

Viene el mozo con una docena de caracoles más limpios que los chorros, pero en seco, y servidos en plato.

— ¡Qué indecencia! exclama Consuelo.

Ella recuerda los caracoles de las Ventas... ¡Aquéllos... aquéllos sí que eran caracoles!... Boquiabiertos, nadando en un mar de salsa amarillenta, y servidos en cazuela... ¿Qué se puede esperar de un país que no come caracoles en cazuela?

La primera vez que tuve el honor de saludar á Consuelo fué en el *Grand Café de la Paix*. La

mujer había pedido un *refresqué*, y, como el mozo no la entendiera, se revolvió en su asiento ni más ni menos que una fiera en la jaula.

— ¿Qué es lo que quiere usted? le pregunté.

— ¡Ah! exclamó ella. ¿Es usted español?

¡Hombre, gracias á Dios que encuentro una persona decente!... Pues quiero, prosiguió Consuelo, un refresco: ¿está usted? y he pedido un *refresqué*. Está bien claro, me parece. ¡Y no lo entienden estos brutos!

— *Garçon, un rafraichissement pour madame*, dije yo.

Y Consuelo:

— Un refrachis... á ver, ¿cómo ha dicho eso?

Pero ¡qué gracia tiene usted!

Del *Grand Café de la Paix* también la echaron ò defendieron otra noche, porque se cantó unas coplas, de pie en una de las mesas.

Á ese paso, le dicen el mejor día que París está defendido para ella, y tendrá que volverse por donde vino... sin moños, no hay que decirlo.

FIN

ÍNDICE

DEDICATORIA	v
PRÓLOGO	vii
Necrología	1
Don Cholo Picapica	7
Al amor del hogar	17
¿Qué crimen purgará?	30
Nieves	34
La huerta	44
Los ojos tristes	51
Los dos polos	55
Incidente parlamentario	64
De regreso	74
El banco de los difuntos	78
Pitusa	82
¡Á vivir!... ¡Á vivir!...	95
El avispero	99
Los inseparables	187
El capitalista	193
El señor está servido	207
Corina	213
Nada	220
La carne rubia	228

mujer había pedido un *refresqué*, y, como el mozo no la entendiera, se revolvió en su asiento ni más ni menos que una fiera en la jaula.

— ¿Qué es lo que quiere usted? le pregunté.

— ¡Ah! exclamó ella. ¿Es usted español?

¡Hombre, gracias á Dios que encuentro una persona decente!... Pues quiero, prosiguió Consuelo, un *refresco*: ¿está usted? y he pedido un *refresqué*. Está bien claro, me parece. ¡Y no lo entienden estos brutos!

— *Garçon, un rafraichissement pour madame*, dije yo.

Y Consuelo:

— Un *refrachis*... á ver, ¿cómo ha dicho eso?

Pero ¡qué gracia tiene usted!

Del *Grand Café de la Paix* también la echaron ò *defendieron* otra noche, porque se cantó unas coplas, de pie en una de las mesas.

Á ese paso, le dicen el mejor día que París está *defendido* para ella, y tendrá que volverse por donde vino... sin moños, no hay que decirlo.

FIN

ÍNDICE

DEDICATORIA	v
PRÓLOGO	vii
Necrología	1
Don Cholo Picapica	7
Al amor del hogar	17
¿Qué crimen purgará?	30
Nieves	34
La huerta	44
Los ojos tristes	51
Los dos polos	55
Incidente parlamentario	64
De regreso	74
El banco de los difuntos	78
Pitusa	82
¡Á vivir!... ¡Á vivir!...	95
El avispero	99
Los inseparables	187
El capitalista	193
El señor está servido	207
Corina	213
Nada	220
La carne rubia	228

De venta.	239
Tric-trac.	243
La orgía.	253
Mis muertos.	262
Interview con Marat.	270
Poesía pastoril.	278
La cuaresma en el cielo.	286
El hueco del árbol.	293
Los diputados.	299
Impresiones del boulevard.	306
Flor ajada.	316
El zapatero.	319
†	322
Facetas de la vida.	328
Contrastes.	336
Por mor de la primavera.	340
Ella.	345
Isla y vuelta.	350
La Montes.	356
El casero Tenorio.	363
Mi amigo Stor.	371
¡Ca, hombre, ca!	384
El conde de la Pendejada.	391
Aniversario de un quidam.	398
Consuelo en París.	403

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

DE LA

LIBRERÍA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS

6, rue des Saints-Pères, Paris.

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

Colección de novelas de los mejores autores,
en tomos en 12.º Tela.

- ANGUITA. — *Las Hijas del alcalde*. 1 tomo.
- ABDÓN DE PAZ. — *La Estrella de Meruan*, leyenda árabe. 1 t.
- BEECHER STOWE (HARRIET). — *La Cabaña del tío Tom*, versión castellana por el doctor GABARRÓ. 2 tomos.
- BELOT (A.). — *La Boca de la señora X...*, versión castellana de la 45.ª edición francesa por E. PASTOR Y BEDOYA. 1 tomo.
- BOUILLY. — *Las Madres de familia*. 2 tomos.
- CASTELAR (E.). — *La Hermana de la caridad*, nueva edición. 2 t.
- CONWAY (H.). — *Misterio*, novela original escrita en inglés con el título de *Called back*. 1 tomo.
— *Días sombríos*, novela traducida del inglés. 1 tomo.
- COTTÍN (M^{ra}). — *Matilde ó Memorias sacadas de la historia de las Cruzadas*. 1 tomo.
- CHATEAUBRIAND. — *Atala, René y el Último Abencerraje*. 1 t.
- DEMESSE (E.). — *El Testamento robado*, novela traducida del francés por E. PASTOR Y BEDOYA. 2 tomos.
— *Las Tres duquesas*, id., id., por ANDREA LEÓN. 2 tomos.
- DÍAZ (EUGENIO). — *Manuela*, novela de costumbres colombianas, con un prólogo de SALVADOR CAMACHO ROLDÁN. 2 tom.
- DUERRY-DUMINIL. — *Días en el campo ó Pintura de una buena familia*. 3 tomos.
— *El Mozo de buen humor, que no pena por nada*. 1 tomo.
- ESCOSURA (P. DE LA). — *El Patriarca del valle*, nueva edición 4 tomos.
- FEUILLET (O.). — *El Diario de una dama*, novela traducida de la 24.ª edición francesa. 1 tomo.
- GENLÍS (M^{ra} DE). — *El Sitio de la Rochela ó la Desgracia y la Conciencia*, tercera edición. 1 tomo.
- GÓLDSMITH (O.). — *El Vicario de Wakefield*, versión castellana por MANUEL DOMÍNGUEZ. 1 tomo.

- GIL (SALOMÉ) (JOSÉ MILLA). — *La Hija del Adelantado*. 1 tomo.
- KOCK (P. DE). — *Georgina*, tercera edición. 1 tomo.
— *Magdalena*, tercera edición. 1 tomo.
- LAFUENTE (R. DE). — *Un Caballero particular*. 1 tomo.
- MATTHEY (A.). — *La Brasileña*, traducción de E. PASTOR Y BEDOYA. 1 tomo.
— *Zoe chien-chien*. 1 tomo.
- MONTEPÍN. — *La Hija de Margarita*, versión de E. PASTOR Y BEDOYA. 6 tomos.
— *Su Majestad el dinero*: I. *Las Tres Hijas del Norte*; II. *El Matrimonio de Lázare*; III y IV. *La Condesa de Gordes*; V. *Las Tres Hermanas*. 5 tomos.
- ORTEGA (ENRIQUE). — *Los Casamientos del diablo*, novela histórica americana. 1 tomo.
— *Justos y Pecadores*. 1 tomo.
- PASTOR Y BEDOYA (E.). — *El Dote de Margarita*, novela imitada del inglés. 1 tomo.
- PÉREZ ESCRICH (E.). — *El Amor de los amores*, nueva edición. 4 t.
— *El Infierno de los celos* (continuación de *El Amor de los amores*). 4 tomos.
— *Los Matrimonios del diablo*, nueva edición. 4 tomos.
— *El Corazón en la mano*, nueva edición. 4 tomos.
— *El Pan de los pobres*, nueva edición. 4 tomos.
— *La Perdición de la mujer*, nueva edición. 4 tomos.
— *El Cura de aldea*, nueva edición. 3 tomos.
— *La Caridad cristiana*. 4 tomos.
— *La Mujer adúltera*. 4 tomos.
— *Escenas de la vida*, colección de novelas. 6 tomos.
— *Las Obras de Misericordia*. 6 tomos.
— *La Envidia* (historia de los pequeños). 4 tomos.
— *La Calumnia* (páginas de la desgracia). 4 tomos.
— *La Madre de los desamparados*, nueva edición. 4 tomos.
— *Los Desgraciados* (cuadros sociales). 4 tomos.
— *Los Hijos de la Fe*. 4 tomos.
- PERIÉ (E.). — *Sapos y Culebras*. 1 tomo.
- PONSÓN DU TERRAIL. — *Los Piratas de alto bordo*. 7 tomos.
— *El Capitán de las penitentes negras*. 3 tomos.
— *Las Noches del barrio de Breda*. 1 tomo.
— *Maese Rosñol, el libre pensador*, novela verdadera. 1 t.
— *Las Últimas Aventuras de Rocambole*. 2 tomos.
— *La Cuerda del ahoreado*. 2 tomos.
- PUERTA VIZCAÍNO. — *El Amor y la Caridad*. 2 tomos.
- RICHEBOURG (E.). — *La Madre adoptiva*. 2 tomos.
- ROCHE (REGINA M.). — *Oscar y Amanda*, nueva traducción del inglés. 2 tomos.

- SÁEZ DE MELGAR (F.). — *La Pastora del Guadiela*. 2 tomos.
— *La Marquesa de Pinares*. 2 tomos.
- SANDEAU (J.) (de la Academia Francesa). — *Mariana*, traducida por EUGENIO DE OCHOA (de la Academia Española); nueva edición. 1 tomo.
- SCOTT (WÁLTER). — *El Anticuuario*, nueva traducción directa del inglés. 2 tomos.
— *Ivanohe*, nueva traducción. 2 tomos.
— *Quintín Durward ó el Escocés en la corte de Luis XI*, nueva traducción. 2 tomos.
- STAEEL (M^{ms} DE). — *Corina ó la Italia*, tercera edición. 2 tomos.
- STÉVENSON (R. L.). — *La Isla del tesoro*, traducida del inglés por MANUEL CABALLERO. 1 tomo.
- TÁRRAGO Y MATEOS. — *El Monje negro ó el Hambre de Madrid*, nueva edición. 2 tomos.
- VÍCTOR HUGO. — *Los Miserables*, traducción de JOSÉ SEGUNDO FLORES. 5 tomos.

BIBLIOTECA POÉTICA

Tomos en 12.º, impresos lujosamente con caracteres elzevirianos. El tomo primero de cada autor trae su retrato grabado con mucho esmero. Tela con plancha dorada.

- ACUÑA (M.). — *Poesías*, con un prólogo de F. SOLDEVILLA; segunda edición. 1 tomo.
« Las poesías de Acuña, dice su ilustrado prólogoista, serán siempre leídas con admiración en todos los ámbitos de la tierra en que se habla la hermosa lengua castellana; y la memoria del inmortal poeta será eternamente una brillante estrella del pueblo mejicano, hijo predilecto del pueblo español. »
- ARBOLEDA (JULIO). — *Poesías*, colección formada sobre los manuscritos originales, con preliminares biográficos y críticos por M. A. CARO (de la Academia Colombiana). 1 t.
- BLANCO (BENJAMÍN). — *Poesías*, con un prólogo de EUSEBIO BLASCO. 1 tomo.
- BARRA (E. DE LA) (C. de la Real Academia Española). — *Rimas Chilenas*, precedidas de la biografía del autor por LEONARDO ELIZ. 1 tomo.

CAMPOAMOR (de la Academia Española). — *Doloras y Poemas*, con un prólogo de E. ZEROLÓ. 2 tomos.

El tomo I, que comprende las *Doloras*, es la colección más completa de estas bellísimas composiciones de cuantas se han publicado hasta la fecha.

En el tomo II se han reunido diez y nueve de los mejores *pequeños poemas* del eminente autor: *El Tren expreso*, *La Novia y el Nido*, *Los Grandes Problemas*, *Dulces Cadenas*, *Historia de muchas cartas*, *El Quinto no matar*, *La Calumnia*, *Don Juan*, *Dichas sin nombre*, *Los Amores en la luna*, *La Lira rota*, *Los Caminos de la dicha*, *Por donde viene la muerte*, *Los Buenos y los Malos*, *Los Amorios de Juana*, *El Amor ó la Muerte*, *Como rezan las solleras*, *El Anillo de boda* y *La Orjía de la inocencia*.

CUENCA (C. M.). — *Obras poéticas escogidas*, con una biografía del mismo, por su discípulo T. ÁLVAREZ, y un prólogo de M. DE TORO Y GÓMEZ. 1 tomo.

ESTÉVANEZ (NICOLÁS). — *Romances y Cantares*, con un prólogo de E. BENOT (de la Academia Española), tercera edición. 1 tomo.

FLORES (MANUEL M.). — *Pasionarias*, con un prólogo por IGNACIO M. ALTAMIRANO. 1 tomo.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ. — *Poesías*, con introducción y noticias, por S. CAMACHO ROLDÁN, RAFAEL POMBO, MANUEL URIBE ÁNGEL y E. ISAZA. 1 tomo.

HERNÁNDEZ (D. R.). — *Flores y Lágrimas*, colección de composiciones poéticas, con un prólogo de JULIO CALCANO; segunda edición. 1 tomo.

PEÓN Y CONTRERAS. — *Romances históricos y dramáticos. Trovas colombinas*, con una noticia de la vida y obras del autor. 1 tomo.

PEZA (J. DE DIOS). — *Poesías completas*, única colección autorizada por el autor. Se han publicado:
Hogar y Patria. 1 tomo.
El Arpa del Amor. 1 tomo.

RAM DE VIU (LUIS, BARÓN DE HERVÉS). — *Flores de muerto y Poemas mínimos*, con un prólogo por FAUSTINO SANCHE Y GIL; segunda edición aumentada. 1 tomo.

VELARDE (JOSÉ). — *Obras poéticas*. 2 tomos.

VILLALOBOS (R.). — *Memorias de un corazón (Tentativas poéticas)*, con prólogo de M. DE TORO Y GÓMEZ. 1 tomo.

Se encuentran en preparación otros tomos de famosos poetas españoles y americanos.

BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

Tomos en 12.º lujosamente empastados en medio becerro.

ALARCÓN (J. R. DE). — *Teatro*, con un estudio crítico y apuntes sobre cada comedia, por GARCÍA RAMÓN. 2 tomos.

CALDERÓN DE LA BARCA. — *Teatro*, con un estudio crítico-biográfico y apuntes históricos y biográficos sobre cada comedia, por GARCÍA RAMÓN. 4 tomos.

CHATEAUBRIAND. — *Los Mártires ó el Triunfo de la religión cristiana*, versión castellana de MIGUEL DE TORO; novísima edición corregida. 1 tomo.

— *El Genio del Cristianismo*, versión castellana de MIGUEL DE TORO. 2 tomos.

ESPRONCEDA. — *Obras poéticas*, sexta edición corregida y aumentada, la más completa que existe. 1 tomo.

GOETHE. — *Fausto y El Segundo Fausto*, seguidos de una colección de poesías alemanas traducidas por L. AQUARONE. 1 tomo.

— *Wérther; Hermán y Dorotea*, con un prólogo de SAINTE-BEUVE; traducción de AGUADO DE LOZAR. 1 tomo.

GRANADA. — *Guía de pecadores*, en el cual se contiene una larga y copiosa exhortación á la virtud y guarda de los mandamientos divinos. 1 tomo.

HURTADO DE MENDOZA. — ALCALÁ. — *El Lazarillo de Tormes*, por HURTADO DE MENDOZA, y *El Donado Hablador ó Alonso, mozo de muchos amos*, por JERÓNIMO DE ALCALÁ. 1 tomo.

JOVELLANOS. — *Obras escogidas*, con un prólogo de F. SOLDEVILLA. 1 tomo.

LA BRUYÈRE. — *Los Caracteres de Teofrasto, traducidos del griego, con los Caracteres ó las costumbres de este siglo*, precedidos de un juicio de SAINTE-BEUVE de la Academia Francesa. Traducción de N. ESTÉVANEZ. 1 tomo.

LARRA (Figaro). — *Obras*, con su vida y retrato; tercera edición. 4 tomos.

LOPE DE VEGA CARPIO. — *Obras escogidas*, con un prólogo por ELÍAS ZEROLÓ. 4 tomos. — Tomo I, tragedias y dramas; tomos II y III, comedias; tomo IV, obras sueltas.

MAISTRE (JAVIER DE). — *Obras completas*, precedidas de un estudio acerca del autor por SAINTE-BEUVE, de la Academia francesa; versión castellana de ARTURO VINARDELL ROIG. 1 tomo.

MANZONI. — *Los Novios, historia milanese del siglo XVII*; versión castellana del Excmo. señor don JUAN NICASIO GALLEGO, de la Academia Española. 2 tomos con ciento cincuenta láminas.

MIRABEAU. — *Cartas amatorias*, precedidas de un estudio sobre Mirabeau por MARIO PROTH; versión española de ARTURO VINARDELL ROIG. 1 tomo.

MORATÍN. — *Comedias*, con una reseña histórica sobre el estado del teatro español y literatura dramática en el siglo XVIII. Edición aumentada con notas literarias y un juicio crítico sobre cada comedia, arreglada por PASCUAL HERNÁNDEZ. 1 tomo.

— *Obras escogidas*. 1 tomo.

— *Orígenes del Teatro español*. 1 tomo.

QUEVEDO. — *Obra festivas*, con una noticia de su vida. 1 tomo.
— *El Parnaso español, con las Nueve Musas castellanas*. 2 tomos.

QUITANA. — *Obras escogidas*, con un estudio crítico biográfico por GARCÍA RAMÓN. 1 tomo.

ROUSSEAU (J. J.). — *Las Confesiones*, versión castellana por ALVARO G. GIL. 2 tomos.

SEVIGNÉ (M^{me} DE). — *Castas escogidas*, acompañadas de notas explicativas sobre los hechos y las personas de su tiempo, precedidas de observaciones literarias por SAINTE-BEUVE y del retrato de madame de Sevigné por madame de LAFAYETTE. Versión española de FERNANDO SOLDEVILLA. 1 tomo.

SOLÍS. — *Historia de la Conquista de Méjico: Población y progresos de la América septentrional conocida con el nombre de Nueva España*. Nueva edición aumentada con un resumen histórico desde la rendición de Méjico hasta el fallecimiento de Hernán Cortés, é ilustrada con notas. 1 tomo.

TERESA DE JESÚS (SANTA). — *Cartas y otros escritos referentes á esta santa madre*. Nueva edición. 1 tomo.

VOLNEY. — *Las Ruinas de Palmira: La Ley natural y la Historia de Samuel*. Traducción de EMILIO PRIETO Y VILLAREAL. 1 tomo.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(Véase el Catálogo.)

